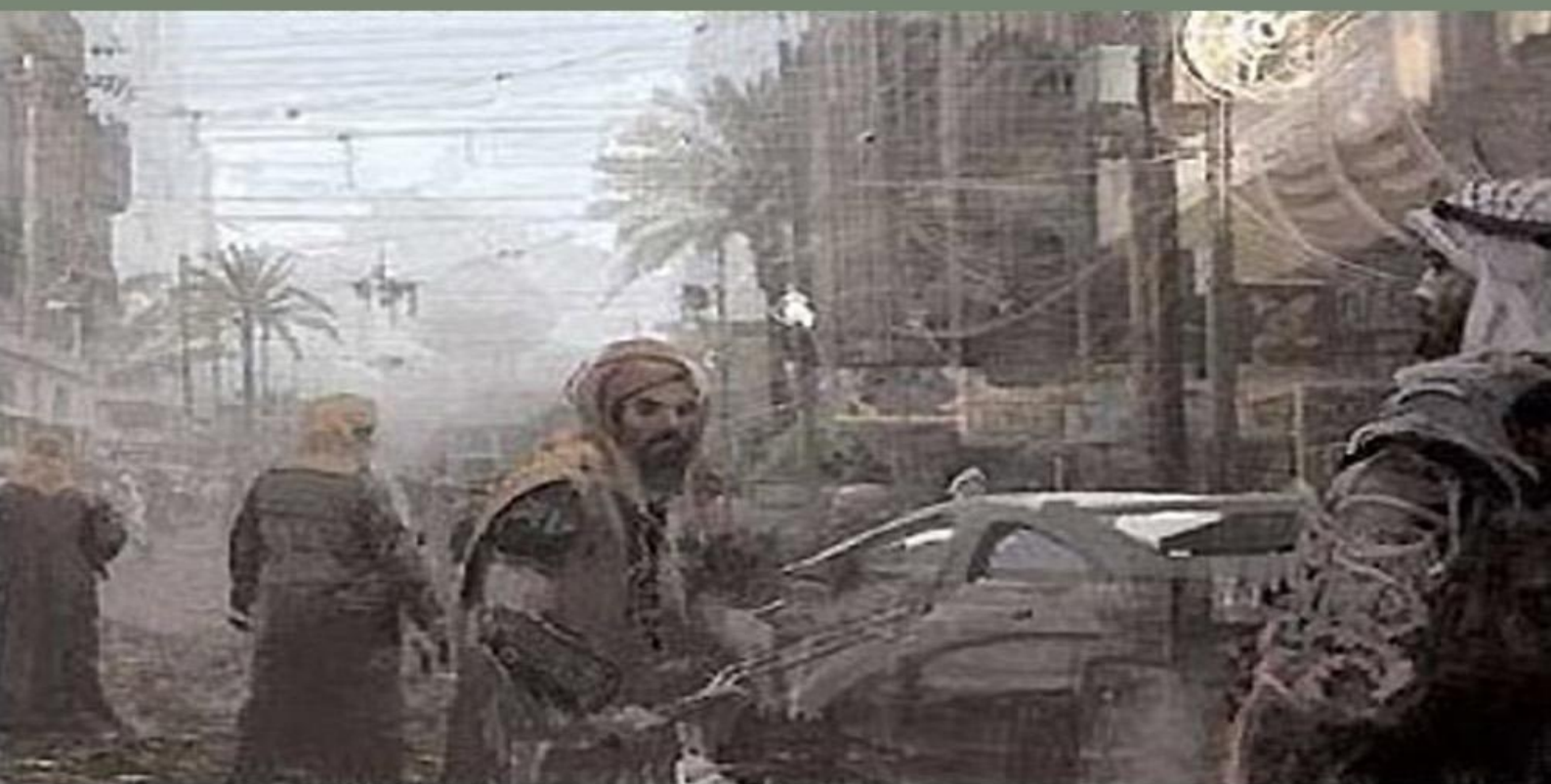


Trilogía Cyberpunk #3

# EL BESO DEL EXILIO



GEORGE ALEC EFFINGER

Lectulandia

En un futuro no demasiado lejano, en el que la Unión Soviética ha sufrido un proceso irreversible de balcanización y Occidente ha perdido el protagonismo que detenta en la actualidad, los Países Árabes controlan en gran medida el destino de las naciones, y su cultura y tradiciones florecen incorporando los últimos avances de la tecnología y la informática. En este marco se desarrollan las peripecias de Marîd Audran, un hijo del Budayén, el barrio maldito donde prosperan la corrupción y la violencia. Tal como se narraba en “Cuando falla la gravedad y Un fuego en el Sol”, Marîd se ha visto despojado de su independencia y ahora está obligado a actuar como mano derecha de Friedlander Bey.

Marîd empieza a conocer los métodos utilizados por Bey para ejercer su poder mientras se encuentra convertido en un instrumento más de éste, vislumbrando el escalofriante alcance del mafioso en el mundo. Sin embargo, abandonado junto a Bey en lo más profundo del desierto, sabe que en esa ocasión la supervivencia de ambos depende tan sólo de la capacidad de su organismo para soportar una deshidratación cuyos efectos bloquea artificialmente.

La vida en compañía de una tribu de nómadas del desierto le fuerza a contrastar el dilema moral que le tortura con las simples y férreas normas que rigen las vidas de éstos. El libro santo, el Corán, establece la obligación de tomar venganza ante cualquier ofensa, y en el desierto esta norma se acata con vehemencia.

Un cóctel explosivo de temas como nunca antes se habían reunido en un libro del género.

# Lectulandia

George Alec Effinger

## El beso del exilio

Trilogía Cyberpunk - 3

ePUB v1.0

OZN 11.03.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Titulo original: The Exile Kiss

Titulo traducido: El beso del exilio

Autor: George Alec Effinger

Traductor: Teresa Camprodón

ISBN: 84-270-1555-0

© 1991 by George Alec Effinger

© 1991, Ediciones Martínez Roca, S. A. Colección Gran Super—Ficción.

Aunque oro y plata llueva en tierra extraña, y dagas y lanzas en tu hogar, no hay nada  
como el hogar.  
Proverbio malayo

¡Largo como mi exilio, dulce como mi venganza!  
William Shakespeare, Coriolano, acto quinto, escena tercera

# 1

Nunca pensé que pudieran raptarme. No existían motivos para ello. En realidad, el día había empezado de un modo bastante inocente. Me despabilé por completo poco antes del alba, gracias a un potenciador experimental que llevaba en mi implante cerebral anterior. Esa conexión es la que me confiere poderes y habilidades superiores a las de cualquier mortal. Según tengo entendido soy el único en los alrededores que posee dos implantes.

Uno de estos daddies especiales me proyecta a la conciencia total a la hora elegida. He aprendido a utilizarlo junto con otro daddy que me reanima el cuerpo, vaciando mi sistema de alcohol y drogas a una velocidad superior a la normal. De ese modo no me levanto medio borracho e inservible. En el pasado otros han sufrido por culpa de mis resacas y juré que eso no volvería a suceder jamás.

Me di una ducha, me cepillé la barba pelirroja y me vestí una costosa gallebeya color arena, con el gorro blanco de punto de mi Argelia natal. Estaba hambriento. Mi esclavo, Kmuzu, es quien normalmente me prepara las comidas, pero ese día tenía una cita para desayunar con Friedlander Bey. Eso sería después de la llamada matinal a la oración, así que disponía de treinta minutos libres. Atravesé la gran casa de Friedlander Bey, desde el ala oeste hasta el ala este, y llamé a la puerta de las habitaciones de mi esposa.

Indihar respondió en un camisón de satén blanco que yo le había regalado, con el cabello castaño recogido en la nuca. Indihar entornó sus grandes ojos oscuros.

—Te deseo buenos días, esposo —dijo ella.

No es que saltase de alegría al verme.

Su hijo pequeño, Hâkim, de cuatro años, estaba colgado a sus faldas y lloraba. Podía oír a Jirji y a Zahra armando jaleo en la otra habitación. Ni rastro de Senalda, la doncella valenciana que yo había contratado. Acepté la responsabilidad de mantener a la familia porque me sentía en parte responsable de la muerte del esposo de Indihar. Papa —Friedlander Bey— decidió que, para cumplir ese propósito sin levantar habladurías, debía también casarme con Indihar y adoptar a los tres niños. No recuerdo ningún otro caso en el que a Papa le preocupasen las habladurías.

No obstante, pese a la indignación de Indihar y mi negativa absoluta, ahora los dos somos marido y mujer. Papa siempre se sale con la suya. Hace algún tiempo, Friedlander Bey me agarró por el pescuezo, me dio un buen rapapolvo y convirtió al buscavidas de segunda que yo era en un poderoso pez gordo del submundo de la ciudad.

De modo que ahora Hâkim era legalmente... mi hijo, por muy fastidiosa que me resultara la idea. Nunca antes había convivido con niños y no sabía como comportarme. Creedme, ellos os lo dirán. Lo levanté en volandas y sonreí ante su

rostro manchado de mermelada.

—Bueno, ¿por qué lloras, oh inteligentísimo? —le dije.

Hâkim se detuvo un momento para tomar aliento y luego siguió berreando aún más fuerte.

Indihar refunfuñó con impaciencia.

—Por favor, esposo, no intentes hacer de hermano mayor. Ya tiene uno: Jirji.

Me quitó a Hâkim de los brazos y lo dejó en el suelo.

—No intento hacer de hermano mayor.

—Pues tampoco intentes hacer de colega. No necesita un colega, necesita un padre.

—Está bien. Dime lo que debe hacer un padre y lo haré.

Llevaba semanas intentando comportarme lo mejor que sabía y Indihar no hacía más que deprimirme. Empezaba a cansarme.

Se rió sin ganas y echó a Hâkim hacia el fondo de la habitación.

—¿Es éste el verdadero motivo de tu visita, esposo? —me preguntó.

—Indihar, si abandonaras un poco tu resentimiento, tal vez pudiéramos sacar alguna ventaja de esta situación. ¿Qué daño puede hacerte estar aquí?

—¿Por qué no le preguntas a Kmuzu cómo se siente? —dijo ella, que aún no me había invitado a entrar.

Ya había permanecido bastante en el recibidor y la aparté a un lado para entrar en el salón. Me senté en un sofá. Indihar me contempló unos segundos, luego suspiró y se sentó en una silla frente a mí.

—Ya te lo he explicado antes —respondí—. Papa me ha hecho algunos regalos. Regalos que yo no deseaba, como los implantes, el bar de Chiriga o Kmuzu.

—Y a mí —dijo ella.

—Sí, y a ti. Papa intenta distanciarme de todos mis amigos. No desea que conserve ninguna de mis viejas amistades.

—Simplemente podías haberte negado, esposo. ¿Lo has pensado alguna vez?

¡Como me habría gustado que fuera tan sencillo!

—Cuando me llenaron de cables el cerebro, Friedlander Bey pagó a los doctores para que introdujeran un circuito en el centro de dolor de mi cerebro.

—¿Centro de dolor? ¿No sería en el centro de placer?

Sonreí lastimosamente.

—Si me hubieran circuitado el centro de placer, probablemente ahora ya estaría muerto. Eso es lo que les ocurre a quienes se lo hacen. No habría durado mucho.

Indihar frunció el ceño.

—Bien, entonces, no comprendo. ¿Por qué el centro de dolor? Porque permitiste...

Levanté la mano para cortarla.

—¡Hey, yo no lo permití! Papa lo hizo sin mi consentimiento. Tiene montones de aparatos electrónicos que pueden estimular por control remoto mis centros de dolor. Así es como me mantiene a raya.

Saber que en realidad era el abuelo de mi madre no me predispuso más favorablemente hacia él. No, en la medida en que se negó a tratar el asunto de mi libertad.

La vi temblar.

—No tenía ni idea, esposo.

—No se lo he dicho a nadie. Pero Papa siempre acecha por encima de mi hombro, presto a pulsar el botón del tormento si hago algo que no le gusta.

—Así que tú también eres un prisionero —dijo Indihar—. Eres su esclavo, igual que todos los demás.

No creí necesario responderle. La situación era algo distinta en mi caso, porque llevaba sangre de Friedlander Bey y me sentía obligado a intentar quererlo. En verdad aún no lo había logrado. Ese sentimiento me lo hacía pasar mal y Papa no me lo ponía fácil.

Indihar me tendió la mano y yo la cogí. Era la primera vez, desde que estábamos casados, que ella se ablandaba ante algo. Vi que aún tenía la palma de la mano y los dedos teñidos de un pigmento ocre, de la henna que sus amigas le habían aplicado la mañana de nuestra boda. Había sido una ceremonia muy peculiar porque Papa declaró que no habría sido correcto que me desposara más que con una doncella. Indihar era, claro está, una viuda con tres hijos, de modo que él la declaró virgen honoraria. Nadie se rió.

La boda fue una mezcla de costumbres propias de la ciudad y del pueblo natal egipcio de Indihar. Pretendía ser la unión de una joven virgen y un muchacho magrebí de futuro prometedor. Friedlander Bey dijo que no era necesario invitar a la familia de Indihar a la ceremonia, sus amigos del Budayén la reemplazarían.

—Omitiremos la certificación ritual —había dicho Indihar.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Temía que, en el último minuto, me obligasen a pasar una especie de examen escrito que debía haber estudiado desde la pubertad.

—En algunas regiones musulmanas —explicó Friedlander Bey—, la noche de bodas, la novia es llevada a un dormitorio, lejos del resto de invitados. Las mujeres de ambas familias la tumban sobre la cama. El marido envuelve un paño blanco entorno a su dedo y se lo inserta, para demostrar la virginidad de la muchacha. Si el paño se tiñe de sangre, el marido se lo ofrece al padre de la novia, que desfila con la tela anudada a un palo, para que todos la vean.

—¡Pero estamos en el siglo XVII de la Hégira! —dije atónito.

Indihar se encogió de hombros.



—Es un momento de gran orgullo para los padres de la novia. Demuestra que han educado a una hija casta y digna. Cuando me casé por primera vez, temí la ignominia hasta que oí los gritos de júbilo de los invitados. Entonces supe que mi matrimonio había sido bendecido y que me había convertido en una mujer a los ojos del pueblo.

—Como tú dices, hija mía —prosiguió Friedlander Bey—, en este caso no se requerirá semejante certificación.

Papa era razonable, cuando no tenía nada que perder.

Le compré a Indihar una elegante alianza de oro y también una segunda joya. Chiri, mi no tan pacífica compañera, me ayudó a escoger el regalo en una de las caras boutiques del este del Boulevard il-Jameel, donde compran los europeos. Era un broche, un lagarto de oro con incrustaciones de esmeraldas y dos rubíes por ojos. Me costó doce mil kiams y es el artículo más caro que he comprado en toda mi vida. Se lo di a Indihar la mañana de la boda. Abrió la caja satinada, miró unos segundos el lagarto de esmeraldas y dijo:

—Gracias, Marîd.

Nunca más ha vuelto a mentarlo ni tampoco se lo he visto puesto.

Indihar jamás había sido rica, ni siquiera antes de que asesinaran a su marido. Aportó a nuestro matrimonio sólo una modesta colección de enseres domésticos y sus escasas pertenencias personales. Su contribución no era materialmente importante, porque yo me había enriquecido gracias a mi colaboración con Papa. De hecho, la cantidad estipulada como el precio de la novia en nuestro contrato matrimonial era más de lo que Indihar había visto en toda su vida. Dos tercios de esa cantidad se le dio en metálico. El tercio final se le daría en caso de divorcio.

Yo no hice más que vestirme mi mejor túnica y mi mejor gallebeya blanca, pero Indihar tuvo que soportar mucho más. Chiri, su mejor amiga, le ayudó a prepararse para la ceremonia. A primera hora del día, le depilaron el vello de los brazos y las piernas, cubriéndolos con una mezcla de azúcar y jugo de limón. Cuando la pasta se endureció, Chiri la arrancó. Nunca olvidaré lo dulce y fresca que olía Indihar esa noche. A veces, aún me excita la fragancia de los limones.

Cuando Indihar acabó de vestirse y aplicarse una púdica cantidad de maquillaje, ella y yo posamos para el holo oficial de nuestra boda. Ninguno de los dos parecía especialmente feliz. Ambos sabíamos que era un matrimonio puramente nominal y que duraría sólo lo que viviera Friedlander Bey. El hológrafo se pasó el rato haciendo chistes vulgares sobre las noches de boda y las lunas de miel, pero Indihar y yo nos limitábamos a mirar el reloj, contando las horas que faltaban para la conclusión de la prueba.

La ceremonia tuvo lugar en el gran salón de Papa. Acudieron cientos de invitados, algunos eran amigos, otros eran siniestros, hombres silenciosos que observaban desde los extremos de la multitud. Mi padrino fue Saied Medio Hajj, que, en honor a la

ocasión, no se puso ningún moddy, algo notable en la medida de lo que vale. La mayoría de los otros propietarios del Budayén estaban allí, también las chicas, los transexuales y los travestís que conocíamos, y también ciertos personajes del Budayén como Laila, Fuad y Bill el taxista. Habría sido una ocasión realmente feliz, si Indihar y yo realmente nos hubiéramos amado y deseado casarnos.

Nos sentamos frente a un juez de turbante azul que perpetró la ceremonia musulmana del matrimonio. Indihar estaba encantadora en un hermoso vestido blanco de satén y un velo también blanco, con un ramito de fragantes flores. Primero el juez imploró las bendiciones de Alá y leyó la primera azora del noble Corán. Luego preguntó a Indihar si consentía en desposarse. Hubo una breve pausa, en la que me pareció ver la pena reflejada en sus ojos.

—Sí —dijo con voz muy queda.

Nos dimos la mano derecha y el juez las cubrió con un pañuelo blanco. Indihar repitió las palabras del juez, declarando que se casaba conmigo por propia voluntad, por el precio de la novia de setenta y cinco mil kiams.

—Repíte conmigo, Marîd Audran —dijo el juez—. Acepto tu compromiso conmigo, te tomo a mi cargo y te ofrezco mi protección. Que los presentes sean testigos.

Tuve que repetirlo tres veces para que tuviera valor.

El juez concluyó leyendo algo más del sagrado Corán. Nos bendijo a nosotros y a nuestro matrimonio. Hubo un instante de paz en el salón y luego de las gargantas de las mujeres nació un grito, el vibrante sonido del zagareet.

Poco después se celebró una fiesta, yo bebí y simulé estar contento. Había comida abundante y los invitados nos ofrecieron presentes y dinero. Indihar se retiró pronto con la excusa de que tenía que meter a los niños en la cama, aunque Senalda estaba precisamente para eso. Abandoné la celebración no mucho más tarde. Regresé a mis aposentos, me tragué siete u ocho tabletas de soneína y me tumbé en la cama con los ojos abiertos.

Estaba casado. Ahora era todo un marido. Mientras los opiáceos empezaban a hacerme efecto, pensé en lo guapa que estaba Indihar. Deseé haberla besado, al menos.

Aquéllos eran mis recuerdos de nuestra boda. Ahora, sentado en su salón, me preguntaba cuáles eran mis verdaderas responsabilidades.

—Me has tratado bien, a mí y a mis hijos —dijo Indihar—. Has sido generoso y debería estar agradecida. Disculpa mi comportamiento, esposo.

—No debes lamentarte de nada, Indihar —le dije. Me levanté. La mención de los niños me recordó que podían irrumpir en el saloncito, chillando y haciendo bobadas, en cualquier momento. Quise salir de allí lo antes posible—. Si necesitas algo, sólo tienes que pedirselo a Kmuzu o a Tariq.

—Tenemos de todo.

Me miró fijamente a los ojos y luego apartó la vista. No podría decir cuáles eran sus sentimientos.

Empezaba a sentirme incómodo.

—Entonces, me voy. Te deseo que pases una buena mañana.

—Que tengas un día agradable, esposo.

Me dirigí a la puerta y me volví para mirarla otra vez antes de irme. Parecía tan triste y sola.

—Que Alá te de la paz —murmuré, cerrando la puerta tras de mí.

Tenía tiempo de sobra para volver al comedor pequeño, cercano al despacho de Friedlander Bey, donde desayunábamos cuando él deseaba tratar asuntos de negocios conmigo. Cuando entré, él ya ocupaba su asiento. Los dos gigantes taciturnos, Habib y Labib, le flanqueaban las espaldas. Seguían mirándome con ojos suspicaces, como si después de todo ese tiempo aún fuera capaz de sacar un cuchillo y rebanarle el cuello a Papa.

—Buenos días, hijo mío —dijo Friedlander Bey ceremonioso—. ¿Qué tal de salud?

—Doy gracias a Dios cada hora —respondí.

Me senté al otro lado de la mesa y empecé a servirme los platos del desayuno.

Papa vestía una camisa azul celeste de manga larga, unos pantalones de lana marrones y un tarboosh de fieltro rojo en la cabeza. No se había afeitado en dos o tres días y su rostro estaba cubierto de barba cana. Había estado hospitalizado recientemente y había perdido mucho peso. Tenía las mejillas hundidas y le temblaban las manos. Sin embargo, ello no había afectado a su agilidad mental.

—¿Has pensado en alguien para que te ayude en el proyecto de la base de datos? —me preguntó, poniendo fin a los cumplidos y yendo directo al grano.

—Creo que sí, oh caíd. Mi amigo, Jacques Dévaux.

—¿El muchacho marroquí? ¿El cristiano?

—Sí, aunque no estoy seguro de poder confiar totalmente en él.

Papa asintió.

—Es bueno que pienses en eso. No es prudente confiar en ningún hombre hasta haberlo puesto a prueba. Hablaremos de ello cuando haya oído los cálculos de las compañías de terminales de información.

—Sí, oh caíd.

Le observé detenidamente pelar una manzana con un cuchillo de plata.

—¿Te han dicho lo de la reunión de esta noche, hijo mío?

Nos habían invitado a una recepción en el palacio del caíd Mahali, el emir de la ciudad.

—Me asombra saber que he llamado la atención del príncipe.

Papa me ofreció una breve sonrisa.

—Tu reciente matrimonio te ha proporcionado algo más que alegría. El emir ha dicho que no puede permitir que exista un conflicto entre el caíd Reda Abu Adil y yo.

—Ah, ya entiendo. Y la fiesta de esta noche es el intento del emir de reconciliaros.

—El vano esfuerzo por reconciliarnos —Friedlander Bey frunció el ceño ante la manzana, luego le clavó el cuchillo con saña y la apartó—. No habrá paz entre el caíd Reda y yo. Es sencillamente imposible. Pero entiendo que el emir está en una posición difícil: cuando dos reyes luchan, son los campesinos los que mueren.

Sonreí.

—¿Insinúas que el caíd Reda y tú sois los reyes en este litigio y el príncipe de la ciudad es el campesino?

—En realidad su poder no puede compararse al nuestro. Su influencia se extiende por toda la ciudad, pero nosotros controlamos naciones enteras.

Me recosté en la silla y le observé.

—¿Esperas otro ataque esta noche?

Friedlander Bey se frotó el labio superior pensativo.

—No —dijo despacio—, esta noche no, mientras estemos bajo la protección del príncipe. El caíd Reda no es tan estúpido. Pero será pronto, hijo mío, muy pronto.

—Estaré alerta —dije, levantándome para dejar al viejo.

Lo último que deseaba oír es que nos arrastraban a otra maquinación.

En el transcurso de la tarde recibí a una delegación de Capadocia que deseaba la ayuda de Friedlander Bey para declarar la independencia de Anatolia y establecer una república popular. La mayoría de la gente piensa que Papa y Abu Adil hicieron sus fortunas con el vicio callejero, pero eso no es del todo cierto. En realidad son responsables de casi todas las actividades ilegales de la ciudad, pero éstas subsisten básicamente para dar empleo a sus innumerables parientes, amigos y socios.

La verdadera fuente de riqueza de Papa reside en seguirle la pista a la siempre cambiante alineación nacional de nuestra parte del mundo. En una época en la que la media de vida de un nuevo país es menor que una sola generación de sus ciudadanos, alguien debe preservar el orden en medio del caos político. Ése es el valioso servicio que brindan Friedlander Bey y el caíd Reda. De un régimen al siguiente, ellos recuerdan dónde estaban las fronteras, quiénes pagaban los impuestos, y dónde estaban enterrados los cadáveres, literal y figurativamente. Cuando un gobierno da paso a su sucesor, Papa o el caíd Reda intervienen para apaciguar la transición y llevarse una buena tajada.

Todo eso me parecía fascinante y me alegraba que Papa me hubiera puesto a trabajar en esa sección, en lugar de supervisar sus lucrativas, pero fundamentalmente aburridas, empresas criminales. Mi bisabuelo me instruía con ilimitada paciencia y

daba órdenes a Tariq y Youssef para prestarme la ayuda que necesitara. Cuando entré por primera vez en casa de Friedlander Bey, pensé que eran sólo el ayuda de cámara y el mayordomo de Papa, pero ahora me he dado cuenta de que saben más de los acontecimientos de alto nivel que suceden por todo lo ancho y largo del mundo islámico que ninguna otra persona, excepto el propio Friedlander Bey.

Cuando por fin los capadocios se despidieron, observé que disponía de poco más de una hora antes de que Papa y yo acudiéramos al palacio del emir. Kmuzu me ayudó a seleccionar un vestuario adecuado. Hacía mucho que no me ponía mis viejos téjanos, mis botas y una camisa informal; me estaba acostumbrando a llevar el atuendo árabe convencional. Algunos hombres de la ciudad aún llevaban el típico traje de terno euroamericano, pero yo nunca me he sentido cómodo con él. En casa de Papa, solía vestir gallebeya porque sabía que él la prefería. Además, era más fácil esconder mi pistola estática bajo una túnica holgada, y una keffiya, el tocado árabe, ocultaba mis implantes, que ofendían a ciertos musulmanes conservadores.

Así que, cuando terminé de vestirme, lucía una impecable gallebeya blanca, propia de un novio, bajo una túnica azul real, con ribetes de oro. Calzaba unas cómodas sandalias, una daga ceremonial colgaba de mi cinto y me cubría la cabeza una sencilla keffiya blanca anudada por una cuerda akal negra.

—Estás muy guapo, yaa Sidi —dijo Kmuzu.

—Eso espero. Nunca antes he conocido a un príncipe.

—Has demostrado tu valía y tu reputación ya ha llegado a oídos del emir. No debes sentirte intimidado por él.

Para Kmuzu era fácil decirlo. Eché un último vistazo a mi reflejo y lo que vi no me impresionó demasiado.

—Marîd Audran, el defensor de los oprimidos —dije con escepticismo—. Sí, tienes razón.

Luego bajé la escalera para re unirme con Friedlander Bey.

Tariq conducía la limusina de Papa y llegamos puntuales al palacio del emir. Nos presentamos en el gran salón y me invitaron a reclinar sobre algunos almohadones en el lugar de honor, a la diestra del caíd Mahali. Friedlander Bey y los otros invitados se pusieron cómodos y me presentaron a muchos hombres ricos e influyentes de la ciudad.

—Por favor, sírvete tú mismo —dijo el emir.

Un criado presentaba una bandeja llena de pequeñas tazas de café espeso, aderezado con cardamomo y canela, y altos vasos de jugos de frutas helados. No se servían bebidas alcohólicas porque el caíd Mahali era un hombre muy religioso.

—¡Que tu mesa sea eterna! —dije—. Tu hospitalidad es famosa en toda la ciudad, oh caíd.

—¡Alegría y júbilo! —respondió, complacido por mis lisonjas.

Conversamos durante media hora antes de que los criados entraran con las bandejas de verduras y carnes asadas. El emir había preparado comida para servir a una concurrencia cinco veces mayor que la nuestra. Utilizaba un elegante cuchillo engarzado en joyas para ofrecermos los bocados más exquisitos. Toda mi vida he desconfiado de los ricos y los poderosos, pero, a pesar de ello, el príncipe me caía bastante bien.

Se sirvió una taza de café y me ofreció otra.

—Vivimos en una ciudad mestiza —me dijo—, y numerosos grupos y partidos ponen en tela de juicio mis decisiones. Estudio los métodos de los grandes gobernantes musulmanes del pasado. Precisamente hoy he leído una historia maravillosa sobre Ibn Saud, que gobernó una Arabia unida, la cual durante mucho tiempo llevó su apellido. También él tuvo que tomar enérgicas e inteligentes medidas a propósito de problemas difíciles.

»Un día —prosiguió el príncipe—, cuando Ibn Saud visitaba el campamento de una tribu de nómadas, se le acercó una mujer y se arrojó a sus pies. Exigía la muerte del asesino de su marido.

»"¿Cómo murió tu marido?", preguntó el rey.

»La mujer le respondió: "El asesino se subió a lo alto de una palmera para recoger fruta. Mi marido estaba ocupado en sus cosas, sentado a la sombra del árbol. El asesino perdió pie y cayó sobre él, rompiéndole el cuello. ¡Ahora él está muerto y yo soy una pobre viuda sin medios para mantener a mis hijos huérfanos!".

»Ibn Saud se frotó la barbilla, pensativo. "¿Crees que el hombre se lanzó sobre tu marido intencionadamente?", le preguntó.

»"¿Y eso qué importa? Sea como fuere mi marido está muerto."

»"Bueno, recibirás una honrosa compensación. ¿O de verdad exiges la muerte de ese hombre?"

»"Según el Recto Camino, la vida del asesino me pertenece."

»Ibn Saud se encogió de hombros. Poco pudo hacer ante una mujer tan obstinada, pero le dijo: "Entonces morirá y lo hará del mismo modo que le arrebató la vida a tu esposo. Ordeno que se ate fuertemente a este hombre al tronco de la palmera. Tú te encaramarás al árbol y te dejarás caer sobre el cuello del hombre para matarlo". El rey se detuvo para mirar a la familia y a los vecinos de la mujer que se habían congregado a su alrededor, y añadió: "O aceptarás una honrosa compensación después de todo".

»La mujer titubeó unos instantes, aceptó el dinero y se fue.

Me reí en voz alta y los demás convidados aplaudieron la anécdota del caído Mahali. En unos segundos me olvidé por completo de que él era el emir de la ciudad y yo, bueno, yo sólo era yo.

La velada perdió su placidez con la irrupción de Reda Abu Adil. Entró

ruidosamente y saludó a los demás invitados como si él y no el emir fuera el anfitrión de la fiesta. Vestía más o menos como yo, incluida la keffiya que ocultaba sus implantes corímbicos. Detrás de Abu Adil le seguía un joven, probablemente su nuevo ayudante administrativo y amante. El joven tenía el cabello rubio y corto, gafas de montura metálica y unos labios finos y exangües. Vestía una túnica de algodón blanca que le llegaba hasta los tobillos, una costosa americana deportiva de seda y babuchas de fieltro azul. Echó un vistazo entorno a la gran sala y devolvió una mirada de asco a todos y a cada uno de los concurrentes.

La expresión de Abu Adil se tornó alegre al vernos a Friedlander Bey y a mí.

—¡Mis viejos amigos! —gritó, cruzando la sala y haciendo poner a Papa en pie. Se abrazaron aunque Papa no abrió la boca. Luego el caíd Reda se dirigió a mí—. ¡Y aquí está el afortunado novio!

Yo no me levanté, lo que constituía un insulto flagrante, pero Abu Adil simuló no darse cuenta.

—¡Te he traído un precioso regalo! —dijo, mirando a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo se fijaba—. Kenneth, dale al joven su regalo.

El muchacho rubio me miró unos momentos, escrutándome. Después se llevó la mano al bolsillo interior de su americana y sacó un sobre. Me lo ofreció con dos dedos, pero no estaba lo bastante cerca como para que yo pudiera cogerlo. Sin duda, él lo consideraba una especie de desafío.

Personalmente, me importaba un carajo. Fui hacia él y cogí el sobre. Hizo una pequeña mueca con los labios y levantó las cejas como diciendo: Ya nos veremos las caras más tarde. Me hubiera gustado arrojarle el sobre a su cara de idiota.

Recordé dónde me encontraba y quién presenciaba la escena, de modo que abrí el sobre y saqué una hoja de papel. Leí el regalo de Abu Adil, pero no le encontraba ningún sentido. Lo volví a leer—, pero no lo vi más claro la segunda vez.

—No sé que decir —dije.

El caíd Reda se echó a reír.

—¡Sabía que te gustaría! —luego se volvió despacio, para que los demás pudieran oír sus palabras sin dificultad—. He utilizado mi influencia en el Jaish para conseguirle un cargo a Marîd Audran. ¡Ahora es oficial del Ejército de Ciudadanos!

El Jaish era esa tropa extraoficial de extrema derecha con la que ya me las había visto antes. Les gustaba vestir uniformes grises y desfilar por las calles. En un principio su misión era librar a la ciudad de extranjeros. Con el paso del tiempo, y dado que la mayoría de los fondos de grupos paramilitares procedían de personas como Reda Abu Adil —que había llegado a la ciudad en su juventud—, cambió el propósito del Jaish. Ahora daba la impresión de que su tarea era perseguir a los enemigos de Abu Adil, extranjeros y nacionales por igual.

—No sé qué decir —repetí.

Era una acción increíble por parte del caíd Reda, y por mi vida que no podía adivinar sus intenciones. Sin embargo, conociéndolo, pronto lo vería dolorosamente claro.

—Quedan olvidadas nuestras pasadas diferencias —dijo Abu Adil lleno de optimismo—. A partir de ahora seremos amigos y aliados. Debemos trabajar juntos para mejorar las vidas de los pobres fellahín que dependen de nosotros.

A los convidados allí reunidos les agradó ese sentimiento y aplaudieron. Miré a Friedlander Bey, que se limitó a encogerse de hombros discretamente. Para ambos era obvio que Abu Adil estaba desplegando un nuevo plan ante nuestros ojos.

—Entonces, brindo por el novio —dijo el caíd Mahali poniéndose en pie—. Y brindo por el fin del conflicto entre Friedlander Bey y Reda Abu Adil. Mi pueblo me tiene por un hombre recto, he intentado gobernar esta ciudad con sabiduría y justicia. Esta paz entre vuestras casas facilitará mi tarea.

Alzó su taza de café y todos los demás se pusieron en pie y lo imitaron. A todos, excepto a Papa y a mí, les pareció una reconciliación esperanzadora. Yo sólo sentí un nudo de ansiedad en lo más profundo de mi estómago.

El resto de la velada fue bastante agradable, creo. Después de un rato me sentí harto de comida y de café, y ya había conversado bastante con ricos extraños como para unos cuantos días. Abu Adil no volvió a cruzarse en nuestro camino en toda la noche, pero no pude evitar percatarme de que su rubio compañero, Kenneth, no me quitaba ojo sin dejar de mover la cabeza.

Resistí en la fiesta un poco más, pero el aburrimiento me llevó hasta el exterior. Disfruté de los cuidados jardines del caíd Mahali, aspirando profundamente el aire perfumado, saboreando un vaso de sharab helado. Dentro de la residencia oficial del emir la fiesta aún estaba animada, pero ya me había hartado del resto de convidados, que se dividían en dos variedades: hombres a los que no conocía y con los que tenía poco en común, y hombres a los que no conocía y prefería evitar.

En esta ocasión no habían mujeres invitadas; a pesar de que formalmente era la celebración de mi matrimonio, mi esposa, Indihar, no estaba presente. Había acudido con Kmuzu, Friedlander Bey, su conductor, Tariq, y sus dos guardaespaldas gigantes, Habib y Labib. Tariq, Kmuzu y las dos Rocas Parlantes disfrutaban de un refrigerio junto con los otros criados en un edificio aparte que también servía de garaje y establos del emir.

—Si deseas volver a casa, hijo mío —dijo Friedlander Bey—, nos despediremos de nuestro anfitrión.

Papa siempre me llamaba «hijo» aunque desde nuestro primer encuentro estaba enterado del parentesco que nos unía.

—Ya me he divertido bastante, oh caíd —dije.

En realidad, el último cuarto de hora había estado observando una lluvia de



meteoros en el cielo despejado.

—Yo también. Me he cansado mucho. Deja que me apoye en tu brazo.

—No faltaba más, oh caíd.

Friedlander Bey siempre ha sido fuerte como un toro, pero era muy viejo, se acercaba a su tricentenario. Hacía pocos meses, alguien había intentado asesinarle y se había visto obligado a someterse a una sofisticada operación de neurocirugía para reparar el mal. Aún no se había recuperado por completo de esa experiencia, estaba débil y bastante inseguro.

Nos alejamos de los bellos y regulares jardines, y dimos un solitario paseo hasta la sala tenuemente iluminada. Al vernos, el emir se levantó y se acercó, extendiendo los brazos para abrazar a Friedlander Bey.

—¡Has hecho un gran honor a mi casa, oh excelentísimo —dijo.

Yo permanecí a un lado y dejé que Papa se ocupara de los formalismos. Tenía la sensación de que la recepción había sido una especie de encuentro entre aquellos dos poderosos hombres y de que la celebración de mi matrimonio era por completo irrelevante frente a las sutiles conversaciones a las que había conducido.

—¡Que tu mesa sea eterna, oh príncipe! —dijo Papa.

—Gracias, oh sapientísimo —dijo el caíd Mahali—. ¿Te vas ya?

—Es más de la medianoche y soy un hombre viejo. Cuando me vaya, vosotros los jóvenes podréis proseguir con la verdadera juerga.

El emir se echó a reír.

—Te llevas nuestro amor, oh caíd —se inclinó y besó a Friedlander Bey en ambas mejillas—. Ve en paz.

—Que Alá te conceda una larga vida —dijo Papa.

El caíd Mahali se dirigió a mí —¡Kif oo basat! —me dijo, que significa: «¡Buen humor y alegría!» y que trata de resumir la actitud de la ciudad ante la vida.

—Te damos las gracias por tu hospitalidad —le dije—, y por el honor que nos has hecho.

El emir parecía apreciarme.

—Que Alá te bendiga, joven —me respondió.

—La paz sea contigo, oh príncipe.

Retrocedimos de espaldas unos pasos, luego nos dimos la vuelta y nos internamos en la noche.

Había recibido una verdadera montaña de regalos por parte del emir y de los demás invitados. Aún se exhibían en la sala y serían enviados a casa de Friedlander Bey al día siguiente. Mientras Papa y yo salíamos al tibio aire de la noche, me sentía satisfecho y feliz.

Volvimos a pasar por los jardines y admiré los árboles frutales esmeradamente cuidados y sus temblorosas imágenes en el reflejo de la alberca. Casi inaudible por

encima del agua llegaba el sonido de risas y oía el líquido tintineo de las fuentes, aparte de ello la noche estaba en calma.

La limusina de Papa se encontraba apostada en el garaje del caíd Mahali. Apenas habíamos empezado a cruzar el patio cubierto de césped, cuando se encendieron sus faros delanteros. El antiguo coche —uno de los pocos vehículos de combustión interna que aún circulan por la ciudad— se dirigió despacio hacia nosotros. La ventana del conductor se bajó en silencio y me sorprendió no ver a Tariq, sino a Hajjar, el corrupto teniente de policía que supervisaba los asuntos del Budayén.

—Entrad en el coche —dijo—. Los dos.

Miré a Friedlander Bey, que no hizo más que un gesto. Entramos en el coche. Es probable que Hajjar creyese tenerlo todo bajo control, pero Papa no parecía preocupado ni lo más mínimo, a pesar de que un tipo grandote nos apuntaba con una pistola de agujas desde el asiento corredizo.

—¿Qué demonios es esto, Hajjar? —le pregunté.

—Os estoy arrestando a ambos —dijo el policía.

Apretó un botón y subió el panel de cristal que le separaba del compartimento de los pasajeros. Papa y yo estábamos solos con el matón de Hajjar, y el matón no parecía demasiado interesado en darnos conversación.

—Cálmate —dijo Papa.

—Esto es obra de Abu Adil, ¿no es cierto?

—Es posible —me contestó Papa encogiéndose de hombros—. Todo se aclarará según la voluntad de Alá.

No podía evitar estar inquieto. Odiaba esa sensación de impotencia. Observaba a Friedlander Bey, prisionero en su propia limusina, en manos de un policía que aceptaba el soborno de Papa y de su principal rival, Reda Abu Adil. Durante unos minutos me dolió el estómago y pensé en las cosas inteligentes y heroicas que haría en cuanto Hajjar nos dejara bajar del coche. Mientras avanzábamos por entre los exiguos callejones de la ciudad, mi mente empezó a buscar alguna pista sobre lo que nos estaba sucediendo.

Pronto el dolor de estómago se hizo más agudo y deseé haber llevado encima la caja de píldoras. Papa me había advertido que llevar mi reserva de fármacos a casa del emir habría constituido una grave afrenta a la etiqueta. Eso me pasaba por haberme convertido en un chico tan respetuoso. Me habían secuestrado y tendría que sufrir cualquier pequeña molestia física que me saliera al paso.

En el bolsillo de mi gallebeya guardaba una pequeña selección de daddies en una ristra. Uno de ellos funcionaba de maravilla bloqueando el dolor, pero no tenía la menor intención de comprobar cual sería la reacción del matón si intentaba meter la mano dentro de mi túnica. No me habría levantado el ánimo oír que las cosas podían ponerse aún más negras.

Después de lo que me pareció una hora de paseo, la limusina se detuvo. No sabía dónde estábamos. Miré al esbirro de Hajjar y le pregunté:

—¿Qué sucede?

—Cállate —me informó el matón.

Hajjar salió del coche y le abrió la puerta a Papa. Yo bajé tras él. Nos hallábamos junto a unos edificios de metal acanalado, que daban a una lanzadera suborbital privada atravesada en una amplia explanada de cemento. Sus luces de control parpadeaban, pero sus tres propulsores gigantes permanecían imperturbables y mudos. Si ése era el aeropuerto principal, nos encontrábamos a unas treinta millas al norte de la ciudad. Nunca antes había estado allí.

Empezaba a preocuparme, pero Papa conservaba una expresión serena en el rostro. Hajjar me empujó a un lado.

—¿Tienes tu teléfono, Audran? —dijo con tranquilidad.

—Sí —respondí—, siempre lo llevo en el cinturón.

—Déjame un minuto, ¿vale?

Lo desabroché y se lo ofrecí a Hajjar. Él me sonrió, dejó caer el teléfono al suelo y lo pisoteó haciéndolo añicos.

—Gracias —dijo.

—¿Qué cono pasa? —grité, agarrándolo por el brazo.

Hajjar se limitó a mirarme, divertido. Entonces, el esbirro me retorció ambos brazos por detrás de la espalda.

—Vamos a subir a esa lanzadera —explicó—. Hay un juez que tiene algo que contaros.

Nos subieron a bordo de la lanzadera suborbital y nos obligaron a tomar asiento en la desierta cabina delantera. Hajjar se sentó a mi lado y el matón junto a Friedlander Bey.

—Tenemos derecho a saber adonde nos llevas —dije.

Hajjar se examinó las uñas, simulando indiferencia.

—A decir verdad —dijo, mirando a través de la ventana—, no sé adonde vais. El juez os lo dirá cuando os lea el veredicto.

—¿Veredicto? —grité—, ¿qué veredicto?

—Oh —dijo Hajjar con una sonrisa maliciosa—, no lo adivináis. Tú y Papa estáis siendo juzgados. El juez decidirá que sois culpables mientras os deportan. Este método ahorra al sistema legal un montón de tiempo y dinero. Debí dejarte que besaras el suelo como despedida, Audran, porque no volverás a ver esta ciudad nunca.

## 2

Dulce Pilar es la mujer más deseable del mundo. Preguntad a cualquiera. Preguntad al viejo y arrugado imán de la mezquita Shimaal y él os dirá: «Dulce Pilar, no cabe duda». Tiene el cabello largo y claro, ojos glaucos y transparentes, y el cuerpo más despampanante de los anales de la ciencia antropológica. Por fortuna, ella es accesible. Se gana la vida grabando módulos de personalidad de sí misma en plena actividad sexual. También están Brigitte Stahlhelm y otras estrellas de la industria del pornomoddy, pero ninguna de ellas tiene ni punto de comparación con el vertiginoso erotismo de Dulce Pilar.

En alguna ocasión, para variar, le dije a Yasmin que deseaba ponerme uno de esos moddies de Dulce. Yasmin sonrió y adoptó un papel activo, yo me tumbé de espaldas y experimenté lo que sentiría una mujer fogosa y rabiosamente sensible. Al menos el comercio de moddies ha servido para que un montón de personas vislumbren lo que hace vibrar a los ocho sexos opuestos.

Cuando terminamos de follar, me dejé el moddy de Dulce Pilar enchufado. La bajada de Dulce Pilar era tan fenomenal como sus orgasmos. Sin el moddy, me habría dado la vuelta y echado a dormir. Con él, me acurruqué junto a Yasmin, cerré los ojos y me invadió un bienestar físico y emocional, sólo comparable a un buen pico de morfina. Al estado en que te deja la morfina después de vomitar, me refiero.

Así es como me sentía al abrir los ojos. No recordaba ninguna experiencia sexual supersónica, así que supuse que en algún momento del trayecto me habían suministrado algún fármaco benevolente. Mis párpados parecían pegados y cuando intenté quitarme el pegamento, los brazos no me respondían. Era como tener un brazo postizo de gomaespuma o algo parecido, y no deseaba más que dejarme caer en la arena que me rodeaba.

Muy bien, pensé, ya arreglaré todo esto dentro de un minuto. Me olvidé de mis ojos y me hundí en un delicioso letargo. Un día me gustaría conocer al tipo que inventó el letargo, porque creo que el mundo no se lo ha reconocido lo suficiente. Así era como deseaba pasar el resto de mi vida, y eso es lo que haría hasta que alguien me presentara una buena razón, me limitaría a tumbarme en la oscuridad y a jugar con mi brazo flácido.

Yacía tumbado con la espalda en la tierra y la mente flotando en algún lugar del Cielo, y la línea divisoria parecía ser mi cuerpo. Precisamente la parte que tanto me dolía. Sentía un dolor agudísimo bajo la bruma del opiáceo. Cuando la droga perdió su efecto, me percaté del calibre del dolor que me aquejaba y me asusté mucho. Por fortuna, no pude detener mi mente en ello más que unos pocos segundos. Luego volví a sonreír y a murmurar palabras para mis adentros.

Supongo que me dormí, aunque en semejante estado es muy difícil establecer la

diferencia entre el sueño y la vigilia. Recuerdo que intenté abrir los ojos, esta vez pude mover la mano hasta la barbilla y recorrer con los dedos mis labios, mi nariz y mis párpados. Me restregué los ojos hasta limpiármelos, pero el esfuerzo me dejó tan agotado que no pude retirar la mano. Tuve que descansar un minuto con los dedos bloqueándome la vista. Por fin, intenté enfocar a mi alrededor.

No acerté a ver mucho. Aún me costaba levantar la cabeza, de modo que sólo distinguí lo que tenía directamente delante de mí: un triángulo brillante de base estrecha en el suelo, que se levantaba en una cúspide afilada de unos cuantos centímetros de alto. El resto era oscuridad. Me pregunté si alguna vez había estado en peligro mortal por culpa de un triángulo brillante. La respuesta se hizo esperar: no. Bueno, pensé, entonces olvidémoslo. Volví a dormirme.

Cuando volví a despertarme las cosas eran diferentes. No es

que fueran agradablemente diferentes. Sentía un tremendo y punzante dolor de cabeza y tenía la garganta como si por ella descenso diera un delgado hombrecito con gafas que me la limpiara con un chorro de arena. Me dolía el pecho como si hubiera inhalado una docena de kilos de barro y luego los hubiera tosido uno a uno. Todas las juntas de mi cuerpo rechinaba de dolor cada vez que hacía el menor movimiento. Los brazos y las piernas me dolían particularmente, de modo que decidí no volverlos a mover jamás.

Tardé unos minutos en catalogar todas mis dolencias, pero por fin llegué al final de la lista. Cuando me di cuenta de que la mayoría de la superficie de mi piel hervía de dolor —prueba de que algún loco me había desollado vivo antes de romperme los huesos— tenía pocas opciones: podía quedarme allí tumbado y evaluar la totalidad de mis dolores, podía volver a catalogarlos para ver si me había olvidado alguno o podía intentar sentirme un poco mejor.

Opté por la número tres. Decidí sacar mi caja de píldoras, a pesar de que ese acto me costaría caro en materia de futuros sufrimientos. Recordé lo que me decían los médicos en estas ocasiones: «Ahora —siempre decían— esto le dolerá un poco». Aja.

Moví con cuidado la mano derecha por encima del vientre hasta dejarla plana a un lado. Luego traté de que mis dedos reptaran por mi gallebeya hasta el bolsillo donde guardaba las drogas. Realicé tres rápidas observaciones. Primera, no llevaba mi gallebeya. Segunda, vestía una camisa larga y mugrienta, sin bolsillos. Tercera, no había caja de píldoras.

Me he enfrentado a maníacos cuyo interés primordial era acabar con mi vida. Ni siquiera en los momentos más desesperados había experimentado ese absoluto y glacial vacío que me envolvía. Me preguntaba qué decía de mí el hecho de que prefiriera morir antes que soportar el dolor. Supongo que en lo más hondo de mi ser no soy un hombre valiente. Probablemente me motiva el temor de que los demás sepan la verdad sobre mí.

Casi rompí a llorar cuando no encontré la caja de píldoras. Contaba con que estuviera allí conteniendo las tabletas de soneína, para borrar ese horrible dolor, al menos durante un momento. Intenté gritar. Tenía los labios encostrados, al igual que los párpados. Me costó un poco de esfuerzo abrir la boca y cuando lo hice mi garganta estaba demasiado ronca y seca como para hablar. Por fin, tras grandes penalidades logré graznar: «Ayuda». Pronunciar esta sola palabra hizo que me doliera la garganta como si me hubieran rebanado el pescuezo con un cuchillo mellado. Dudé que alguien pudiera oírme.

No sé cuanto tiempo transcurrió. Paulatinamente fui consciente de que, además de mis restantes dolencias, también sufría un hambre y una sed enormes. Cuanto más permanecía allí tumbado, más tenía la sensación de haberme metido en un problema del que no saldría con vida. Aún no había especulado sobre dónde estaba o cómo había llegado hasta allí.

Después de un rato noté que el triángulo brillante se iba apagando. A veces pensaba que el triángulo se oscurecía porque alguien o algo pasaba delante de él. Por fin, el triángulo casi desapareció por completo. Me di cuenta de que lo extrañaba mucho. Pese a que no tenía ni idea de lo que era, era la única cosa real de mi mundo, además de mí mismo.

Una mancha de luz amarilla apareció en la oscuridad donde antes había estado el triángulo brillante. Parpadeé unas cuantas veces, intentado enfocar con más nitidez. Vi que la luz amarilla procedía de una pequeña lámpara de aceite en la mano de una persona pequeña vestida de negro. La persona vestida de negro se acercó hacia mí a través del triángulo, que ahora identificaba como la abertura de una tienda. Una tienda que olía a demonios, por lo que pude comprobar.

El visitante levantó la lámpara para que la luz iluminara mi rostro.

~¡Yaa Alá! —murmuró ella cuando se percató de que estaba consciente.

Con la otra mano se apresuró a coger un extremo del pañuelo de su cabeza y cubrir con él su rostro. La vi sólo unos segundos, pero sabía que era una muchachita sobria, bonita, pero muy sucia, probablemente a punto de cumplir los veinte.

Respiré todo lo hondo que el dolor de pecho y pulmones me permitió y grité otro: «Ayuda». Ella se quedó allí de pie, mirándome unos instantes. Luego se arrodilló, dejó la lámpara sobre la arena, fuera de mi alcance, volvió a levantarse y salió corriendo de la tienda. A veces produzco ese efecto en las mujeres.

Ahora empezaba a preocuparme. ¿Dónde me encontraba exactamente y cómo había llegado hasta allí? ¿Estaba entre amigos o enemigos? Sabía que debía estar entre nómadas del desierto, pero ¿qué desierto? Existen numerosos océanos de arena en el área geográfica del mundo islámico. Podía estar en cualquier parte, desde el extremo occidental del Sahara en Marruecos, hasta la frontera del Gobi en Mongolia. Aunque también podía estar a pocos kilómetros al sur de la ciudad.

Mientras estos pensamientos daban vueltas en mi mente turbada, la muchacha vestida de negro regresó. Se quedó de pie a mi lado y me hizo preguntas. Adiviné que eran preguntas gracias a las inflexiones. El problema era que sólo entendía una palabra de cada diez. Hablaba en cierto tosco dialecto árabe, pero por lo que a mi respecta podía estar farfullando en japonés.

Sacudí la cabeza, ahora ligeramente hacia la izquierda, ahora a la derecha.

—Me duele —dije con voz mortecina.

Ella se limitó a mirarme. No daba muestras de comprenderme. Aún llevaba púdicamente el velo sobre el rostro, por encima de la nariz, pero creí que su expresión —la parte que podía ver— era amable y atenta. Al menos, prefería creerlo por el momento.

Intentó hablarme de nuevo, pero yo no podía entender lo que me decía. Acerté a decir:

—¿Quién eres tú?

Y ella asintió y dijo:

—Noora.

En árabe significa «luz», pero adiviné que era también su nombre. Desde el momento en que había entrado en la tienda con la lámpara, ella había sido la única luz en mi oscuridad.

Alguien apartó bruscamente la cortina de entrada y entró, trayendo una bolsa de piel y otra lámpara. No era una tienda grande, tendría unos cuatro metros de diámetro por dos de alto, de modo que empezaba a estar algo llena. Noora se apartó hacia la pared trasera, el hombre se acuclilló junto a mí y me estudió durante un rato. Su rostro era severo, huesudo, dominado por una gran nariz ganchuda. Tenía la piel curtida y ajada, y me resultaba difícil adivinar su edad. Vestía una gran túnica y una keffiya en la cabeza, pero no la ceñía con una cuerda negra akal, simplemente la sujetaba con los extremos. En el baile de sombras parecía un salvaje asesino.

No es que mi situación mejorara mucho después de que me formulara algunas preguntas en el mismo dialecto que Noora había empleado. Creo que una de ellas se refería a mi procedencia. Todo lo que pude hacer fue hablarle de la ciudad. Entonces debió preguntarme dónde estaba la ciudad, pero no estoy seguro de que ésa fuera la pregunta.

—Me duele —gruñí.

Él asintió y abrió la bolsa de cuero. Me sorprendí cuando sacó una vieja jeringuilla desechable y un frasquito con un líquido. Montó la aguja y me la clavó en la cadera. Yo solté una exclamación de dolor y él me dio unos golpecitos en la muñeca. El murmuró unas palabras y a pesar de ignorar su dialecto podía decir que fueron: «Calma, calma».

Se levantó y me examinó minuciosamente durante más tiempo. Luego hizo un

gesto a Noora y me dejó solo. En pocos minutos, la inyección surtió efecto. Mi experiencia en la materia me indicaba que me había suministrado una dosis considerable de soneína; la modalidad inyectable era mucho más eficaz que las pastillas que conseguía en el Budayén. Estaba terriblemente agradecido. Si ese hombre de tez curtida hubiera regresado a la tienda en ese preciso momento, le habría dado lo que me hubiera pedido.

Me rendí a la poderosa droga y vagué a la deriva, sabiendo todo el rato que pronto cesaría el alivio del dolor. En los ilusorios momentos de bienestar intenté pensar algo en serio. Era consciente que todo andaba bastante mal y en cuanto me recuperase debería intentar enderezar las cosas. La soneína me indujo a creer que nada escapaba a mi poder.

Mi mente engañada por la droga me dijo que me hallaba en estado de gracia. Todo era perfecto. Estaba en paz con el mundo y con sus criaturas. Me sentía como si tuviera inagotables reservas de energía física e intelectual. Cierto que tenía problemas, sí, pero tenían fácil solución. El futuro se me presentaba como el feliz panorama de una victoria tras otra: el Cielo en la tierra.

Mientras me felicitaba de mi buena suerte, regresó el hombre con cara de halcón, esta vez sin Noora. Eso me entristeció. En cualquier caso, el hombre se acuclilló junto a mí, descansando en cuclillas sobre sus talones. Yo nunca he podido permanecer así sentado mucho tiempo; siempre he sido un chico de ciudad.

Esta vez, cuando me habló, lo entendí perfectamente.

—¿Quién eres tú, oh caíd?

—Ma... —empecé, pero me tiraba la garganta.

Me señalé los labios. El hombre comprendió y me pasó una bolsa de pellejo de cabra llena de agua salina. La bolsa olía mal y el agua tenía el sabor más repugnante que había probado nunca.

—Bismillah —murmuré: «En el nombre de Dios».

Luego bebí ese horrible agua con avidez, hasta que me puso la mano en el brazo y me contuvo.

—Marîd —dije, respondiendo a su pregunta.

Él retiró la bolsa de agua.

—Yo soy Hassanein. Tu barba es roja. Nunca había visto una barba roja.

—Es corriente en Mauritania —dije.

Ahora podía hablar un poco mejor, después de haber bebido agua.

—¿Mauritania? —preguntó moviendo la cabeza.

—Argelia. En el Magreb.

Volvió a sacudir la cabeza. Me pregunté cuánto había vagado para encontrar a un árabe que nunca hubiera oído hablar del Magreb, nombre que reciben las tierras musulmanas del norte de África.



—¿De qué raza eres? —preguntó Hassanein.

Le miré sorprendido.

—Árabe —le dije.

—No. Yo soy árabe. Tú eres otra cosa.

Su declaración era firme, aunque sin malicia. Sentía verdadera curiosidad hacia mí.

Llamarme árabe era inexacto, porque soy medio beréber, medio francés, o al menos eso es lo que siempre me ha dicho mi madre. En mi ciudad de adopción, cualquiera nacido en el mundo musulmán, que hablase en lengua árabe, era árabe. Allí, en la tienda de Hassanein, no valía una definición tan laxa.

—Soy beréber —le dije.

—No conozco a los beréberes. Nosotros somos Bani Salim.

—¿Badawis? —le pregunté.

—Beduinos —me corrigió.

Resulta que la palabra que siempre empleaba para designar a los nómadas árabes, badawi, era un poco elegante plural de un plural. Los nómadas preferían beduino, que deriva de una palabra que significa desierto.

—¿Me has cuidado tú?

Hassanein asintió. Extendió la mano hacia mí. A la oscilante luz de la lámpara, veía polvillo de arena sobre el vello de su brazo, como azúcar sobre un pastel de limón. Tocó ligeramente mis implantes corímbicos.

—Estás maldito —dijo.

No respondí. Por lo que parecía se trataba de un musulmán estricto, que pensaba que yo me iba a ir al infierno por haberme operado el cerebro.

—Estás doblemente maldito —insistió.

Incluso allí, mi segundo implante era tema de conversación. Me preguntaba dónde estaría mi ristra de moddies y daddies.

—Tengo hambre —dije.

Él asintió.

—Mañana comerás, inshallah.

Si Dios quiere. Era difícil imaginar que Alá me hubiera hecho pasar las penalidades que había sufrido, sólo para abstenerse de darme el desayuno por la mañana.

Cogió la lámpara y la acercó a mi cara. Con un pulgar sucio me bajó un párpado y me examinó el ojo. Me hizo abrir la boca y me miró la lengua y el fondo de la garganta. Se inclinó hacia adelante y apoyó la oreja en mi pecho, luego me dijo que tosiera. Me apretaba y examinaba con manos expertas.

—Colegio —le dije, señalándole—. Universidad.

Él se echó a reír y sacudió la cabeza. Dobló despacio mis piernas hacia arriba y

luego me hizo cosquillas en las plantas de los pies. Me apretó las uñas y observó cuánto tardaba en volver el color.

—¿Doctor? —le pregunté.

Volvió a negar con la cabeza. Me miró y tomó una decisión. Se aflojó la keffiya. Me sorprendió ver que tenía su propio moddy enchufado en la coronilla. Luego se lió de nuevo la keffiya alrededor de la cabeza.

Le miré interrogativo.

—¿Maldición? —dije.

—Sí —me respondió, con expresión estoica—. Soy el caíd de los Bani Salim. Es mi obligación. Debo llevar la marca del *shaitan*<sup>[1]</sup>

—¿Cuántos moddies? —le pregunté.

No comprendió la palabra «moddies». Volví a formular la pregunta y descubrí que habían operado su cerebro de modo que sólo podía utilizar dos módulos: el moddy de médico y otro que le convertía en un docto líder religioso. Ésos eran todos los que poseía. En el árido desierto en el que habitaban los Bani Salim, Hassanein era el anciano más sabio y, a sus propios ojos, había vendido el alma por amor a su tribu.

Me di cuenta de que nos comprendíamos gracias a la gramática y al vocabulario insertos en el módulo de médico. Cuando se lo quitó, nos costó mucho comunicarnos como antes. La conversación empezaba a fatigarme; el resto tendría que esperar hasta mañana.

Me dio una cápsula para ayudarme a pasar la noche. La tragué con más agua del pellejo de cabra.

—¡Que mañana despiertes sano, oh caíd!

—¡Dios te bendiga, oh sapientísimo! —murmuré.

Dejó la lámpara ardiendo a mi lado sobre el suelo de arena y se levantó. Se internó en la oscuridad y oí cerrar la cortina de la tienda detrás de él. Aún no tenía ni idea de dónde estaba y no sabía nada sobre los Bani Salim, pero, por alguna razón, me sentía perfectamente a salvo. Me dormí enseguida y me desvelé sólo una vez durante la noche, para ver a Noora sentada con las piernas cruzadas contra la pared negra de la tienda, dormida.

Cuando me desperté por la mañana, veía con más claridad. Levanté un poco la cabeza y miré a través del triángulo brillante. Ahora podía atisbar un paisaje de arena dorada y, no muy lejos, dos camellos trabados. En la tienda, Noora seguía vigilándome. Se había despertado antes que yo y se acercó al verme mover la cabeza. Aún medio dormida se tapó la cara con un extremo del pañuelo, lo cual fue una pena porque era muy hermosa.

—Creí que éramos amigos —dije; esa mañana no me costaba demasiado hablar.

Juntó las cejas y sacudió la cabeza. A mí no me costaba hablar, pero sí me costaba que me entendieran. Lo volví a intentar, hablando más despacio y empleando ambas

manos para explicar mis palabras.

—Nosotros... somos... amigos —dijo ella. Acentuando cada palabra de un modo extraño, pero descifraría el dialecto si me daba un poco de tiempo—. Tú... huésped... de... Bani Salim.

¡ Ah, la legendaria hospitalidad de los beduinos!

—¿Hassanein es tu padre? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza. No sabía si negaba el parentesco o si simplemente no había comprendido mi pregunta. La repetí más despacio.

—Caíd... Hassanein... hermano... padre —dijo ella.

Después de eso, nos acostumbramos a hablar con sencillez y a distanciar las palabras. No tardamos en comprendernos sin dificultad, incluso a la velocidad de una conversación normal.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Debía descubrir dónde me encontraba en relación a la ciudad y a qué distancia del puesto de civilización más próximo.

Noora volvió a fruncir el ceño mientras repasaba mentalmente la geografía. Hundió un índice en la arena delante de ella.

—Aquí está Bir Balagh. Los Bani Salim han acampado aquí dos semanas —hizo otro agujero en la arena, a unos diez centímetros del primero—. Aquí está el pozo de Khaba, tres días al sur —extendió la mano a una mayor distancia e hizo otro agujero con el dedo—. Aquí está Mughshin. Mughshin es hauta.

—¿Qué es hauta? —le pregunté.

—Un lugar sagrado, caíd Marîd. Los Bani Salim se encuentran con otras tribus allí y venden su rebaño de camellos.

Perfecto, pensé, nos dirigiremos hacia Mughshin. Nunca había oído hablar de Mughshin e imaginé que probablemente sería un pedacito de palmeras y un pozo, excavado en medio del desierto amedrentador. Lo más probable es que no hubiera campo de lanzaderas suborbitales cerca. Sabía que estaba perdido en algún lugar entre los reinos y los indelimitados territorios de las tribus de Arabia.

—¿A qué distancia está Riyadh?

—No conozco Riyadh —dijo Noora.

Riyadh era la antigua capital de su país, cuando se unió bajo la casa de Saud. Aún era una gran ciudad.

—¿La Meca?

—Makkah —me corrigió.

Pensó unos segundos y luego señaló decidida a través de mi cuerpo.

—Por ahí —dije yo—. Muy bien. ¿A qué distancia?

Noora se limitó a encogerse de hombros. No había averiguado gran cosa.

—Lo siento —dijo—. El viejo caíd hace las mismas preguntas. Quizás mi tío

Hassanein sepa más.

¡El viejo caíd! Había estado tan inmerso en mi propio sufrimiento que me había olvidado de Papa.

—¿El viejo caíd está vivo?

—Sí, gracias a ti y a la sabiduría del tío Hassanein. Cuando Hilal y bin Turki os encontraron en las dunas, creyeron que ambos estabais muertos. Regresaron a nuestro campamento y si esa noche no hubieran hablado al tío Hassanein de vosotros, lo más seguro es que a estas horas estaríais muertos.

La contemplé unos instantes.

—¿Hilal y bin Turki nos dejaron allí?

Ella se encogió de hombros.

—Os dieron por muertos.

Un ligero temblor me recorrió el cuerpo.

—Me alegro de que se les ocurriera mencionarnos mientras estaban cómodamente sentados alrededor del fuego del campamento.

Noora captó mi acritud.

—El tío Hassanein os trajo al campamento. A esta tienda. El viejo caíd está en la tienda de bin Musaid.

Bajó los ojos al mencionar su nombre.

—Entonces, ¿dónde duermen tu tío y bin Musaid?

—Duermen con los otros que no tienen tiendas. Sobre la arena, junto al fuego.

Como es natural me hicieron sentir un poco culpable, porque sabía que las noches en el desierto son muy frías.

—¿Cómo está el viejo caíd?

—Cada día más fuerte. Sufrió mucho de la exposición al sol y la sed, pero no tanto como tú. Gracias a tu sacrificio se mantiene con vida, caíd Marîd.

No recordaba ningún sacrificio. No recordaba nada de lo que nos había sucedido. Noora debió comprender mi confusión porque alargó la mano y casi tocó mis implantes.

—Esto —dijo ella—. Has abusado de ellos y ahora sufres, pero han salvado la vida al viejo caíd. Él tiene muchas ganas de hablar contigo. El tío Hassanein le dijo que mañana podrás recibir visitas.

Me alivió oír que Friedlander Bey estaba en mejor forma que yo. Esperaba que fuera capaz de llenar ciertas lagunas de mi memoria.

—¿Cuánto hace que estamos aquí?

Ella contó mentalmente y respondió:

—Doce días. Los Bani Salim planeaban quedarse en Bir Balagh sólo tres días, pero el tío Hassanein decidió quedarse hasta que tú y el viejo caíd estuvierais en condiciones de viajar. Algunos de la tribu se disgustaron por ello, en especial bin

Musaid.

—Ya lo has mencionado antes. ¿Quién es ese tal bin Musaid?

Noora humilló los ojos y habló en voz muy baja.

—Quiere casarse conmigo.

—Aja. ¿Y cuáles son tus sentimientos?

Ella me miró a la cara. Podía ver la cólera en sus ojos, aunque no podía decir si iba dirigida contra mí o contra su pretendiente. Se levantó y salió de la tienda sin decir palabra.

Deseé que no hubiera hecho eso. Quería pedirle algo de comer y que pasara el recado a su tío de que necesitaba otro pico de soneína. En su lugar intenté encontrar una postura cómoda y pensar en lo que Noora me había dicho.

Papa y yo casi morimos en el desierto, pero aún no sabía a quién culpar por ello. No me sorprendería si tuviera relación con el teniente Hajjar y, por medio de él, con Reda Abu Adil. Lo último que recordaba era estar sentado en la lanzadera suborbital, esperando el despegue. Todo lo que sucedió después —el vuelo, la llegada a nuestro destino y los acontecimientos que me llevaron a mitad del desierto— escapaba de mi memoria. Esperaba recuperarla a medida que fuera restableciéndome o que Papa tuviera una idea más clara de lo sucedido.

Decidí concentrar mi rabia en Abu Adil. Sabía que a pesar de la aparente tranquilidad, todavía me encontraba en peligro de muerte. Aún cuando los Bani Salim nos permitieran acompañarlos a Mughshin —dondequiera infiernos que estuviera— nos resultaría muy difícil regresar a la ciudad. No podíamos aparecer por allí sin riesgo de ser arrestados. Debíamos evitar la mansión de Papa y sería muy peligroso para mí volver a pisar el Budayén.

Sin embargo, todo eso pertenecía al futuro. Nos aguardaban preocupaciones más acuciantes. No tenía ninguna certeza de que los Bani Salim continuasen siendo amigos. Me parecía que la hospitalidad beduina les obligaba a devolvernos la salud a Papa y a mí. Después de eso, la suerte estaba echada. Cuando pudiéramos alimentarnos por nosotros mismos, la tribu podía incluso capturarnos y entregarnos a nuestros enemigos. Podían haber ofrecido una recompensa. Sería un error bajar la guardia.

De una cosa estaba seguro: si Hajjar y Abu Adil eran los responsables de lo que nos había ocurrido tras bajar de la lanzadera, lo pagarían caro. Lo juraba.

Mis sombríos pensamientos fueron interrumpidos por el cariñoso saludo de Hassanein.

—Toma, oh caíd, puedes comer —me ofreció un trozo de pan ácimo, redondo y plano, y un cuenco con cierto horrible líquido blanco. Levanté la vista hacia él—. Leche de camella —dijo, cumpliendo mis temores.

—Bismillah —murmuré.

Corté un pedazo de pan y me lo comí, luego bebí del cuenco. En realidad la leche de camella no estaba mal. Era más fácil de tragar que el agua del pellejo de cabra.

El caíd Hassanein se acuclilló sobre sus talones a mi lado.

—Algunos de los Bani Salim están inquietos y dicen que si esperamos aquí demasiado, no sacaremos demasiado dinero por nuestros camellos en Mughshin. Además, debemos encontrar otro lugar para que pasten los animales. En dos días estarás preparado para viajar.

—Sí, estaré preparado cuando vosotros lo estéis.

«Ja, ja», pensé. Sólo estaba presentando mi lado noble.

El asintió.

—Come más pan. Más tarde Noora te traerá algunos dátiles y té. Esta noche, si lo deseas, comerás un poco de cabra asada.

Estaba tan hambriento que hubiera devorado un animal crudo. Había polvo en el pan y granos de arena en la leche, pero no me importaba.

—¿Has aprovechado el tiempo para meditar sobre el significado de lo que te ha sucedido? —me preguntó Hassanein.

—Sí, oh sapientísimo. Mi mente carece de los detalles, pero he pensado largo y tendido sobre la razón que me ha llevado tan cerca de la muerte. También he reflexionado sobre el futuro. Va a haber una carnicería.

El líder de los Bani Salim asintió. Me preguntaba si sabía lo que estaba pensando. Me preguntaba si reconocía el nombre de Reda Abu Adil.

—Está bien —dijo en una voz cuidadosamente neutral.

Se levantó para salir.

—Oh sapientísimo, ¿me das algo para el dolor?

Entornó los ojos para mirarme.

—¿De verdad te duele tanto?

—Sí. Ahora estoy más fuerte, gracias a Alá, pero mi cuerpo aún sufre.

Murmuró algo entre dientes, pero abrió la bolsa de cuero y preparó otra inyección.

—Ésta es la última —me dijo.

Luego me pinchó en la cadera.

Se me ocurrió que igual no disponía de un gran surtido de medicamentos. Hassanein debía atender todos los accidentes y enfermedades que achacasen a los Bani Salim y probablemente yo ya había consumido gran parte de sus analgésicos. Me hubiera gustado no haberle pedido que me inyectara egoístamente ese último calmante. Suspiré mientras esperaba que la soneína surtiera efecto.

Hassanein salió de la tienda y volvió a entrar Noora.

—¿No te ha dicho nadie que eres muy hermosa, hermana?

No habría sido tan osado si el opiáceo no hubiera fluido en ese instante en mi

cerebro.

Me di cuenta de que eso incomodaba a Noora. Se cubrió el rostro con el pañuelo y se instaló contra la pared de la tienda. Ella no me habló.

—Perdóname, Noora —dije, balbuceando las palabras.

Apartó la vista de mí y yo maldije mi estupidez. Luego, justo antes de que me arrastrara un cálido y maravilloso sueño, ella murmuró:

—¿De verdad soy hermosa?

Yo le sonreí torvamente y mi cabeza dio vueltas abandonando este mundo.

### 3

Cuando empecé a recuperar la memoria, recordé que me había sentado al lado de Hajjar en la nave suborbital y frente a nosotros estaban Friedlander Bey y el esbirro de Hajjar. El policía corrupto se había divertido de lo lindo mirándome, sacudiendo la cabeza y chasqueando la lengua de modo irritante. Me preguntaba cuánto tendría que retorcerle su escuálido pescuezo antes de separárselo de la cabeza.

Papa conservaba la calma. No iba a darle a Hajjar la satisfacción de verlo preocupado. Al cabo de un rato, me limité a hacer ver que Hajjar y el matón no existían. Maté el rato imaginando que sufrían todo tipo de trágicos accidentes.

Al cabo de unos cuarenta minutos de vuelo, cuando la lanzadera había llegado a la cúspide de la parábola y descendía hacia su destino, un hombre alto de cara delgada y un horrible bigote negro descorrió las cortinas de la cabina posterior. Imaginé que se trataba del juez civil que había llegado a una decisión sobre nosotros. Ver que el juez vestía el uniforme gris y las botas de cuero de oficial del Jaish de Reda no me puso de mejor humor.

Bajó la vista hacia un montón de papeles que llevaba en la mano.

—¿Friedlander Bey? —preguntó—. ¿Marîd Audran?

—Él y él —dijo el teniente Hajjar, inclinando el pulgar hacia nosotros.

El juez asintió. Aún estaba de pie ante nosotros en el pasillo.

—Se trata de un cargo muy grave. Hubiera sido mejor que se declararan culpables y pidieran clemencia.

—Oye, tío —dije—. ¡Aún no he oído de qué se nos acusa! ¡Ni siquiera sé qué se supone que hemos hecho! ¿Cómo vamos a declararnos culpables? No nos han dado la oportunidad de declarar.

—¿Puedo hablar, honorable? —dijo Hajjar—. Me tomé la libertad de alegar por ellos. Con el fin de ahorrar a la ciudad tiempo y dinero.

—De lo más irregular —murmuró el juez, revolviendo sus papeles—. Pero como ambos han entregado el alegato de inocencia, no veo mayor problema.

Di un puñetazo sobre el brazo del asiento.

—Pero si acaba de decir que habría sido mejor para nosotros si...

—Tranquilo, hijo mío —dijo Papa con voz imperturbable, luego se dirigió al juez—. Por favor, honorable, ¿de qué se nos acusa?

—Oh, homicidio —dijo el juez perplejo—. Homicidio en primer grado. Ahora, puesto que tengo todas las...

—¡Homicidio! —grité.

Oí reírse a Hajjar, me volví hacia él y le lancé una mirada furibunda. Levantó las manos para protegerse. El matón se acercó y me cruzó la cara de un bofetón. Me encaré, airado, con él, pero me encañonó la nariz con su pistola de agujas. Me aparté



un poco.

—¿A quién se supone que hemos asesinado? —preguntó Papa.

—Espere un momento, lo debo tener en alguna parte —dijo el juez—. Sí, a un oficial de policía llamado Khalid Maxwell. El crimen fue descubierto por un ayudante del caíd Reda Abu Adil.

—Sabía que Abu Adil estaba metido en esto —me lamenté.

—Khalid Maxwell —dijo Papa—. Nunca he tenido ningún contacto con nadie llamado así.

—Ni yo tampoco —dije yo—. No he oído hablar de ese tipo en mi vida.

—Era uno de mis más fieles subordinados —apostilló Hajjar—. Ha sido una gran pérdida para la ciudad y para la policía.

—¡Nosotros no lo hemos hecho, Hajjar! —grité—. ¡Y tú lo sabes!

El juez me miró con reprobación.

—Ya es tarde para negarlo —dijo. Su cara sombría no parecía lo bastante gorda como para soportar ni su bulbosa nariz ni la tupida mata a ella pegada—. Ya he dictado el veredicto.

Papa empezó a dar muestras de preocupación.

—Ya ha tomado una decisión, ¿sin permitirnos presentar nuestra versión de los hechos?

El juez dio un golpe con los papeles.

—A los hechos me remito. Existen relatos de testigos presenciales e informes de la investigación del teniente Hajjar. Tantas pruebas documentadas no permiten la menor duda. ¿Cuál es su versión de los hechos? ¿Que niegan haber cometido este horrible crimen? Claro, eso es lo que me han dicho. No tengo por qué perder el tiempo escuchándoles. ¡Tengo todo esto! —y volvió a dar un golpe con los papeles.

—Entonces, ya ha dictado un veredicto —dijo Papa— y nos ha encontrado culpables.

—Exactamente —dijo el juez—. Culpables de los cargos. Culpables a los ojos de Alá y de los hombres. Sin embargo, se ha desdeñado la pena de muerte a petición de uno de los más respetados ciudadanos.

—¿El caíd Reda? —dije.

Empezaba a molestarme el estómago de nuevo.

—Sí —dijo el juez—. El caíd Reda ha apelado ante mí en vuestro nombre. Por respeto a él, no seréis decapitados en el patio de la mezquita Shimaal como merecéis. En lugar de ello, vuestra sentencia es el destierro. Os prohíbo volver jamás a la ciudad, bajo pena de arresto y ejecución sumaria.

—Bien —dije amargamente—, es un alivio. ¿Adónde nos lleváis?

—El destino de esta lanzadera es el reino de Asir —dijo el juez.

Miré a Friedlander Bey. Conservaba la serenidad de anciano sabio. Me sentí un

poco mejor. No sabía de Asir más que bordeaba el Mar Rojo al sur de La Meca. Asir era mejor que muchos de los sitios donde podían desembarcarnos, y desde allí podíamos servirnos de nuestros recursos para preparar el regreso a la ciudad. Costaría tiempo y un montón de dinero, pasaría por debajo de algunas mesas, pero al fin regresaríamos a casa. Ya imaginaba la reunión con Hajjar.

El juez me miró a mí y luego a Papa, inclinó la cabeza y se retiró a la cabina posterior. Hajjar esperó a que saliera, entonces dejó escapar una sonora risotada.

—¡Hey! —gritó—. ¿Qué os parece?

Lo agarré por el gaznate antes de que pudiera evitarlo. El esbirro se levantó de su asiento y me apuntó con la pistola de agujas.

—¡No dispaes! —dije con fingido terror, mientras estrujaba la laringe de Hajjar con más fuerza—. ¡Por favor, no me dispaes!

Hajjar intentó hablar pero yo le tenía la tráquea cerrada. Su rostro se puso de color del vino del paraíso.

—Suéltalo, hijo mío —dijo Friedlander Bey, al cabo de un rato.

—¿Ahora mismo, oh caíd? —pregunté.

Aún no lo había soltado.

—Ahora mismo.

Aparté a Hajjar de un empujón y se dio con la nuca en el reposa—cabezas. Jadeó y tosió, intentando llenarse de aire los pulmones. El matón bajó la pistola de agujas y se volvió a sentar. Me daba la impresión de que personalmente no le interesaba el estado de Hajjar. Supuse que eso significaba que no tenía mejor opinión del teniente que yo; siempre que yo no acabase del todo con él, podía hacerle más o menos lo que se me antojase sin que el esbirro interfiriese.

Hajjar me miró con odio.

—Te arrepentirás de esto —dijo con voz ronca.

—No lo creo, Hajjar —dije—. El recuerdo de tu rostro encarnado y los ojos saliéndote de las órbitas me alentará en las dificultades venideras.

—Siéntate en tu sitio y cállate, Audran —murmuró Hajjar entre dientes—. Un movimiento o un ruido y haré que tu amigo te rompa la cara.

De todos modos empezaba a aburrirme. Recliné la cabeza y cerré los ojos, pensando en que cuando llegásemos a Asir, necesitaría todas mis fuerzas. Podía sentir el despertar a la vida de los motores de maniobra. El piloto viró la lanzadera gigante en un gran y lento arco hacia el oeste. Descendimos rápidamente, trazando círculos en el cielo nocturno.

La lanzadera empezó a temblar y se produjo un gran estruendo y un agudo gemido. El esbirro de Hajjar parecía asustado.

—El tren de aterrizaje cerrado —dije.

Él hizo una ligera señal de asentimiento.

Y en un momento la lanzadera había aterrizado y chirriaba por una pista de cemento. Por lo que podía ver no había luces en el exterior, pero estaba seguro de que debíamos estar en un gran campo de aviación. Al cabo de un rato, cuando el piloto frenó la lanzadera con lo que pareció un aullido, pude ver el perfil de los hangares, los almacenes y otros edificios. Luego la lanzadera se detuvo por completo, aunque no habíamos llegado al edificio de la terminal.

—Quedaos en vuestros asientos —dijo Hajjar.

Nos sentamos allí, escuchando el susurro del aire acondicionado por encima de nuestras cabezas. Por fin, apareció el juez, procedente de la cabina trasera. Aún sujetaba el montón de papeles. Sacó una hoja y leyó:

—Testifico que, con respecto a los actos de miembros de la comunidad, actos que constituyen crímenes irrefutables y afrentas a Alá y a todos los hermanos en el Islam, aquellos en custodia, identificados como Friedlander Bey y Marîd Audran, han sido hallados culpables y su castigo será el destierro de la comunidad a la que han ofendido gravemente. Se trata de una deferencia para con ellos, y deberán considerar el resto de sus vidas como una bendición y dedicarlas a buscar la proximidad a Dios y el perdón de los hombres.

Entonces el juez se apoyó en el reposacabezas y firmó la hoja y dos copias para que Papa se quedara una y yo la otra.

—Ahora podéis iros —dijo.

—Vamos, Audran —dijo Hajjar.

Me levanté y me dirigí hacia el pasillo detrás del juez. El matón me siguió con Papa tras él. Hajjar se quedó el último. Me volví para mirarlo, tenía una expresión particularmente lúgubre. Debió de pensar que pronto estaríamos fuera de su alcance y se le había acabado la diversión.

Bajamos por la escalerilla hacia la explanada de cemento. Papa se desperezó y bostezó. Yo estaba muy cansado y volvía a tener hambre, a pesar de toda la comida que había ingerido en la fiesta del emir. Miré en torno al campo de aviación, intentando descubrir algo útil. Vi un gran letrero pintado a mano que decía «Najran» en uno de los edificios bajos y oscuros.

—¿«Najran» significa algo para ti, oh caíd? —pregunté a Friedlander Bey.

—Cállate, Audran —dijo Hajjar y prosiguió dirigiéndose al esbirro—. Asegúrate de que no causan ningún problema. Te hago responsable.

El matón asintió. Hajjar y el juez salieron juntos hacia el edificio.

—Najran es la capital de Asir —dijo Papa.

Papa ignoraba por completo la presencia del matón. Por su parte, el esbirro no demostraba demasiado interés en lo que hacía, siempre que no intentáramos echar a correr por el campo de aterrizaje hacia la libertad.

—¿Tenemos amigos aquí? —pregunté.

Papa asintió.

—Tenemos amigos en todas partes, hijo mío. El problema es ponernos en contacto con ellos.

No comprendí a qué se refería.

—Bueno, Hajjar y el juez volverán a subir a bordo de la lanzadera en unos minutos, ¿me equivoco? Después, supongo que nos dejarán a nuestras anchas. Entonces podremos ponernos en contacto con esos amigos y pasar el resto de la noche en cómodos y blandos lechos.

Papa me miró con tristeza.

—¿De verdad crees que nuestros problemas acaban aquí?

Me falló la confianza.

—¿Ah no? —dije.

Como para defender la teoría de Papa, Hajjar y el juez salieron del edificio, acompañados de un tipo fornido vestido de policía, con una cartuchera de rifle bajo el brazo. No parecía un policía particularmente inteligente ni disciplinado, pero su rifle era más de lo que Papa y yo podíamos controlar.

—Pronto paladaremos la venganza —me susurró Papa antes de que llegara Hajjar.

—Contra el caíd Reda —respondí.

—No, contra quien sea que haya firmado la orden de deportación. El emir o el imán de la mezquita Shimaal.

Eso me dio qué pensar. Nunca supe por qué Friedlander Bey evitaba con tanto escrúpulo hacer daño a Reda Abu Adil, a pesar de todas las provocaciones. Y me pregunté cuál sería mi reacción si Papa me ordenara matar al caíd Mahali, el emir. El príncipe no podía haber sido más hospitalario esa noche, sabiendo que cuando saliéramos de la recepción seríamos raptados y exilados. Prefería creer que el caíd Mahali no sabía nada de lo que nos estaba sucediendo.

—Aquí están sus prisioneros, sargento —dijo Hajjar al gordo policía local.

El sargento asintió. Nos echó un vistazo y frunció el ceño. Llevaba una placa con su nombre que indicaba que se llamaba al—Bishah. Tenía un vientre gigantesco que intentaba abrirse camino entre los botones de su camisa empapada de sudor. Llevaba una barba negra de cuatro o cinco días y tenía los dientes rotos y renegridos. Se le cerraban los párpados, al principio pensé que se debía al hecho de ser despertado en mitad de la noche, pero sus ropas olían fuertemente a hachís y supe que el policía pasaba las solitarias noches de guardia con su narguile.

—Deja que lo adivine —dijo el sargento—. El joven apretó el gatillo y este viejo loco y cascado del tarbooh rojo fue el cerebro de la operación.

Se mesó la barba negra y lanzó una escandalosa carcajada. Debía de ser el hachís, porque ni siquiera Hajjar esbozó una sonrisa.

—Correcto —dijo el teniente—. Ahora son todos tuyos.

Luego Hajjar me dijo:

—La última noche antes de que nos digamos adiós para siempre, Audran. ¿Sabes qué es lo primero que haré mañana?

Su sonrisa era la más vil y horrible que había visto en mi vida.

—No, ¿qué?

—Voy a cerrar ese club tuyo. Y ¿sabes que será lo segundo? —aguardó un instante, pero me negué a seguirle el juego—. Muy bien, te lo diré. Voy a empujar a tu Yasmin a la prostitución y cuando la tenga en mi profundo agujero especial, veré qué es lo que tiene para que te guste tanto.

Estaba muy orgulloso de mí mismo. Un año atrás le hubiera partido la cara, con matón o sin él. Ahora había madurado, así que me limité a mirarle impasible a sus ojos de bestia, repitiendo para mí: la próxima vez que veas a este hombre, lo matarás. Eso evitó que hiciera alguna estupidez mientras me apuntaban dos armas.

—¡Sueña con eso, Audran! —gritó Hajjar, mientras él y el juez volvían a subir por la escalerilla.

Ni siquiera me volví para mirarle.

—Has obrado con astucia, hijo mío —dijo Friedlander Bey.

Le miré y por su expresión supe que mi comportamiento le había impresionado.

—He aprendido mucho de ti, abuelo —dije.

También eso pareció agradarle.

—Está bien —dijo el sargento provinciano—, vamos. No quiero estar aquí fuera cuando pongan en marcha este pirulí.

Hizo un movimiento con el cañón de su rifle en dirección al edificio oscuro, y Papa y yo le seguimos por la pista de aterrizaje. El interior estaba negro como boca de lobo, pero el sargento al—Bishah no encendió ninguna luz. —Seguid la pared —dijo.

Me abrí paso a tientas por un angosto pasillo hasta doblar una esquina. Llegamos a una pequeña oficina que albergaba un destartado escritorio, un teléfono, un ventilador mecánico y un pequeño y desvencijado aparato holo. Tras el escritorio se encontraba una silla y el sargento se dejó caer pesadamente en ella. En un rincón había otra silla y dejé que Papa se sentara. Yo permanecí en pie contra la asquerosa pared de yeso.

—Me enfrento al problema —dijo el policía— de qué hacer con vosotros. Ahora estáis en Najran, no el piojoso villorrio donde sois influyentes. En Najran no sois nadie, pero yo sí. Vamos a ver qué podéis hacer por mí y si no podéis hacer nada, iréis a la cárcel. —¿Cuánto dinero tienes, hijo mío? —me preguntó Papa. —No demasiado.

No llevaba mucho conmigo, porque no creí que lo fuera a necesitar en casa del

emir. Normalmente siempre llevaba dinero repartido en los bolsillos de mi galebeya, precisamente para estas ocasiones. Conté lo que tenía en el bolsillo izquierdo, poco más de ciento ochenta kiams. No estaba dispuesto a permitir que el perro del sargento supiera que tenía más en el otro bolsillo.

—Ni siquiera es dinero de verdad —se quejó al—Bishah. A pesar de ello lo guardó todo en el cajón del escritorio—. ¿Y el viejo? —No tengo nada de dinero —dijo Papa.

—Eso está muy mal —dijo el sargento prendiendo su narguile con un encendedor. Se inclinó y cogió la boquilla entre los dientes. Se podía oír el burbujeo de la pipa de agua y olerse el aroma particular del hachís negro. Exhaló el humo y sonrió—. Podéis escoger celda, hay dos. ¿O tenéis algo más que me pueda interesar? Pensé en mi cuchillo ceremonial.

—¿Qué te parece esto? —dije, depositándolo sobre el escritorio frente a él. Sacudió la cabeza.

—Dinero contante y sonante —dijo, empujando el cuchillo hacia mí. Pensé que cometía un terrible error, porque la daga llevaba incrustadas un montón de oro y joyas. Quizás no tenía dónde esgrimir un objeto como ése—. O crédito —añadió—. ¿Hay algún banco al que podáis llamar?

—Sí —dijo Friedlander Bey—. Será una llamada cara, pero puedes lograr que el ordenador de mi banco transfiera fondos a tu cuenta.

Al—Bishah dejó caer la boquilla de sus labios. Se sentó muy tieso.

—¡Eso es lo que deseaba oír! Serás tú quien pague la llamada. A cobro revertido, ¿vale?

El obeso policía le acercó el teléfono de su despacho y Papa pronunció una larga serie de números.

—¿Cuánto quieres?

—Un buen y succulento soborno. Lo bastante como para sentirme sobornado. Si no es suficiente, iréis a la celda. Podéis quedaros ahí para siempre. ¿Quién sabrá que estáis aquí? ¿Quién pagará vuestra libertad? Ésta es vuestra oportunidad, hermano.

Friedlander Bey miró al hombre con repugnancia mal disimulada.

—Cinco mil kiams —dijo Papa.

—Déjame pensarlo, ¿cuánto es en dinero de verdad? —se quedó unos segundos en silencio—. No, mejor que sean diez mil.

Estoy seguro de que Papa le habría pagado cien mil, pero el policía no tenía suficiente imaginación como para pedírselos.

Papa esperó un momento, luego asintió.

—Sí, diez mil.

Volvió a hablar por el teléfono, luego se lo ofreció al sargento.

—¿Qué? —preguntó al—Bishah.

—Di al ordenador el número de tu cuenta —dijo Papa.

—Ah, muy bien.

Cuando la transacción finalizó, el gordo cabeza de chorlito hizo otra llamada. No pude oír de qué se trataba, pero cuando colgó dijo.

—Estoy pidiendo algún medio de transporte para vosotros. No os quiero aquí, no os quiero en Najran. Tampoco puedo devolveros a vuestro destino, no desde esta pista de lanzaderas.

—Está bien —dije—. ¿Entonces, adonde vamos?

Al—Bishah me ofreció una clara panorámica de sus dientes cariados y putrefactos.

—Será una sorpresa.

No teníamos otra elección. Esperamos en su apestosa oficina hasta que una llamada anunció que nuestro vehículo había llegado. El sargento se levantó de su despacho, cogió el rifle, se lo colocó bajo el brazo y nos indicó que debíamos volver a la pista de aterrizaje. Me alegraba de salir de esa exigua habitación.

Fuera, bajo el cielo despejado de la noche sin luna, vi que la lanzadera suborbital de Hajjar había despegado. En su lugar se encontraba un pequeño helicóptero supersónico con emblemas militares. En el aire resonaban los chirridos de sus motores y una fuerte brisa me traía las corrosivas emanaciones del combustible derramado sobre la pista de cemento. Miré a Papa, que se limitó a encogerse ligeramente de hombros. No podíamos hacer otra cosa más que ir adonde deseaba el hombre del rifle.

Debíamos recorrer los treinta kilómetros de pista de aterrizaje vacía hasta llegar al helicóptero, y no íbamos a ofrecer resistencia. Sin embargo, al—Bishah salió tras de mí y me golpeó en la nuca con la culata de su rifle. Caí de rodillas y ante mis ojos desfilaron puntos de vivos colores. Me dolió terriblemente la cabeza. Por un momento me sentí a punto de vomitar.

Oí proferir un quejido cerca y cuando volví la cabeza vi a Friedlander Bey tendido, indefenso, en el suelo a mi lado. Que el policía gordo golpease a Papa me enfureció más que me sacudiera a mí. Me puse en pie, tambaleándome y ayude a levantarse a Papa. Se había puesto pálido y tenía los ojos desencajados. Deseé que no hubiera sufrido una conmoción. Conduje lentamente al anciano hacia la compuerta del helicóptero.

Al—Bishah nos observó subir al vehículo. No me volví para mirarlo, pero, a través del rugido de los motores del aparato oí que nos decía:

—Si volvéis a Najran, sois hombres muertos.

Le señalé con el dedo.

—Disfruta mientras puedas, cabrón —grité—, porque no durará mucho.

Él no hizo más que sonreírme. Luego el copiloto del helicóptero cerró la

compuerta e intenté acomodarme junto a Friedlander Bey sobre el duro banco de plástico.

Me puse la mano bajo la keffiyah y me toqué la nuca con cuidado. Mis dedos volvieron ensangrentados. Miré a Papa y me alegré de que hubiera recuperado el color.

—¿Estás bien, oh caíd? —le pregunté.

—Doy gracias a Alá —dijo, haciendo una pequeña mueca de dolor.

No pudimos decir nada más porque el helicóptero, que se preparaba para despegar, ahogaba nuestras palabras. Me senté a esperar los próximos acontecimientos. Me entretuve incorporando al sargento al—Bishah en mi lista, justo después del teniente Hajjar.

El helicóptero describió un círculo en torno al campo de aterrizaje y luego partió hacia su misterioso destino. Volamos mucho rato sin alterar el rumbo en lo más mínimo. Me senté sujetando la cabeza entre las manos, al compás de unos agudos y rítmicos pinchazos en la base de mi cráneo. Entonces recordé que tenía la ristra de software neurológico. Lo saqué alegremente, me quité la keffiyah y me conecté el daddy que bloqueaba el dolor. Al instante, me sentí un ciento por ciento mejor, y sin los efectos adversos de los analgésicos químicos. Aunque no me lo podía dejar conectado mucho tiempo. Si lo hacía, tarde o temprano tendría una onerosa deuda con mi sistema nervioso central.

No podía hacer nada para que Papa se sintiera mejor. Sólo podía dejar que sufriera en silencio, mientras apretaba la cara contra la tronera de plástico de la portezuela. Hacía mucho rato que no veía ninguna luz allí abajo, ni una ciudad, ni un pueblo, ni siquiera una casa solitaria apartada de la civilización. Supuse que volábamos sobre agua.

Descubrí lo equivocado que estaba cuando el sol empezó a salir, por encima de nosotros, un poco a estribor. Todo el tiempo habíamos estado volando hacia el noreste. Según mi impreciso mapa mental, eso significaba que nos habíamos dirigido hacia el corazón de Arabia. No me había percatado de lo despoblada que estaba esa parte del mundo.

Decidí quitarme el daddy antidolor y conectármelo una media hora más tarde. Me lo desenchufé, esperando sentir una oleada de nuevo suplicio, pero me vi sorprendido agradablemente. El dolor punzante se había estabilizado en un normal y manejable dolor de cabeza. Volví a colocarme la keffiyah. Luego me levanté del banco de plástico y me dirigí hacia la cabina.

—Buenas —dije al piloto y al copiloto.

El copiloto se volvió para mirarme. Echó un largo vistazo a mi principesco atuendo, pero se contuvo la curiosidad.

—Vuelve a sentarte. No podemos preocuparnos por vosotros mientras intentamos



hacer volar esta cosa.

Me encogí de hombros.

—Parece como si hubiéramos volado con el piloto automático todo el trayecto. ¿Cuánto rato habéis pilotado realmente vosotros, tíos?

Eso no le gustó nada al copiloto.

—Vuelve a sentarte —dijo— o te llevaré yo y te esposaré al banco.

—No deseo causar ningún problema. Nadie nos dice nada. ¿No tenemos derecho a saber adónde vamos?

El copiloto me dio la espalda.

—Mira, tú y el viejo asesinasteis a algún pobre hijo de puta. Ya no tenéis derechos.

—Fantástico —murmuré.

Volví al banco. Papa me miró y yo sacudí la cabeza. Papa estaba despeinado, cubierto de tizne y había perdido el tarboosh cuando al—Bishah le golpeó en la nuca. No obstante, recuperó buena parte de su prestancia durante el vuelo y ya volvía a ser él. Tenía la sensación de que pronto necesitaríamos de todo nuestro ingenio.

Quince minutos más tarde, noté que el helicóptero frenaba. Miré por la tronera y vi que ya no avanzábamos, sino que oscilábamos sobre las dunas de arena rojiza que se extendían en el horizonte hacia todas direcciones. Hubo un zumbido y sobre la compuerta se encendió una luz verde. Papa me tocó el brazo y me volví hacia él, pero no podía decirle qué estaba sucediendo.

El copiloto se quitó el cinturón de seguridad y se levantó de su asiento de la cabina. Se dirigió con precaución a través de la zona de carga hasta nuestro banco.

—Ya hemos llegado —dijo.

—¿Qué quieres decir con ya hemos llegado? Aquí no hay más que arena. Ni siquiera un árbol ni un matorral.

Al copiloto no le importó.

—Mira, todo lo que sé es que debemos entregaros a los Bayt Tabiti aquí.

—¿Qué son los Bayt Tabiti?

El copiloto me ofreció una sonrisa socarrona.

—Una tribu de Badawi. Las demás tribus les llaman los leopardos del desierto.

«Sí, seguro que tienes razón», pensé.

—¿Y qué van a hacer esos Bayt Tabiti con nosotros?

—Bueno, no esperéis que os reciban como hijos pródigos. Mi consejo es que intentéis ganároslos deprisa.

No me gustaba nada, pero ¿qué podía hacer?

—¿Así que vais a hacer aterrizar el helicóptero y echarnos de un puntapié al desierto?

El copiloto sacudió la cabeza.

—No, no vamos a aterrizar. El helicóptero no tiene filtros de arena del desierto. Levantó una palanca de seguridad y corrió la compuerta. Miré hacia el suelo.

—¡Estamos a seis metros de altura! —grité.

—No por mucho tiempo —dijo el copiloto.

Levantó el pie y me empujó fuera. Sentí la arena tibia, intentando rodar mientras caía. Tuve suerte de no partirme las piernas. El helicóptero levantaba un fuerte viento, que me arrojaba la molesta arena a la cara. Apenas podía respirar. Pensé en utilizar la keffiyia para lo que fue creada, para protegerme la nariz y la boca de la artificial tormenta de arena. Antes de que pudiera colocármela, vi que el copiloto empujaba a Friedlander Bey desde la compuerta abierta. Hice lo que pude para amortiguar la caída de Papa y él tampoco resultó malherido.

—¡Esto es un asesinato! —grité hacia el helicóptero—. ¡No podemos sobrevivir aquí!

El copiloto separó las manos.

—Los Bayt Tabiti están al llegar. Tomad, esto os durará hasta que lleguen.

Nos arrojó un par de grandes cantimploras. Luego, finalizado su deber hacia nosotros, cerró la compuerta. Al cabo de un momento, el helicóptero supersónico ascendió, giró en el aire y volvió por donde había venido.

Papa y yo estábamos solos en medio del desierto arábigo. Cogí ambas cantimploras y las sacudí. Hicieron un ruido afirmativo. Me pregunté cuántos días de vida contendrían. Luego fui hacia Friedlander Bey. Sentado bajo el caluroso sol de la mañana se frotaba el hombro.

—No puedo andar, hijo mío —dijo, anticipándose a mi interés.

—Supongo que deberemos hacerlo, oh caíd.

No tenía ni la menor idea de qué hacer. No sabía dónde estábamos ni qué dirección tomar.

—Primero pidamos a Alá que nos guíe —dijo.

No veía motivos para no hacerlo. Papa decidió que se trataba sin duda de una emergencia, por tanto no tuvimos que emplear nuestra preciosa agua para lavarnos antes de la oración. En una situación semejante está permitido usar arena limpia. De eso teníamos mucho. Se quitó los zapatos y yo las sandalias y nos preparamos para acercarnos a Dios tal y como prescribe el noble Corán.

Buscó la dirección del sol naciente y se volvió de cara a La Meca. Yo permanecí a su lado y ambos repetimos la poesía familiar de la oración. Cuando acabamos, Papa recitó una parte adicional del Corán, un verso de la segunda azora que dice: «Se prescribe la ley del talión en el homicidio: el libre por el libre, el esclavo por el esclavo, la mujer por la mujer».

—Alabado sea Alá, señor de los mundos —murmuré.

—Dios es grande —dijo Papa.

Era el momento de comprobar si podíamos salvar nuestras vidas.

—Supongo que discurriremos cómo salir de ésta.

—Discurrir no sirve en el desierto —dijo Papa—. No podemos discurrir la comida, ni el agua, ni la protección.

—Tenemos agua —dije, ofreciéndole una de las cantimploras.

La abrió y echó un trago, luego la cerró y se la colgó del hombro.

—Tenemos un poco de agua. Está por ver si tenemos la suficiente.

—He oído que hay aguas subterráneas incluso en los desiertos más áridos.

Creo que hablaba para mantener su moral alta, o la mía. Papa se echó a reír.

—Recuerdas los cuentos de hadas que te contaba tu madre sobre el valiente príncipe perdido en las dunas y el manantial de agua dulce que fluía desde la falda de la montaña de arena. En la vida real no es así, querido, y tu fe inocente no nos sacará de ésta.

Sabía que tenía razón. Me pregunté si, en su juventud, tenía alguna experiencia en sobrevivir en el desierto. Había décadas enteras de su vida anterior de las que nunca hablaba. Decidí que, en cualquier caso, sería mejor confiar en su sabiduría. Pensé que no me moriría por quedarme un rato callado. Tal vez aprendiese algo.

—¿Qué vamos a hacer, entonces, oh caíd? —pregunté.

Se enjuagó el sudor de su frente con la manga y miró a su alrededor.

—Estamos perdidos en la parte más suroriental del desierto arábigo. El Rub al—Khali.

La región desolada. No sonaba muy prometedor.

—¿Cuál es la ciudad más próxima?

Papa sonrió.

—No hay ciudades en el Rub al—Khali, no en más de seiscientos kilómetros cuadrados de arena y erial. Existen grupos verdaderamente pequeños de nómadas que atraviesan las dunas, pero sólo viajan de pozo en pozo, buscando pasto para sus camellos y cabras. Podemos esperar encontrar un pozo o que la suerte nos conduzca hasta uno de esos clanes beduinos.

—¿Y si no es así?

Papa agitó su cantimplora.

—Tenemos unos cinco litros de agua para cada uno. Si no caminamos durante el día, bebemos con moderación y recorremos la mayor distancia posible durante el frescor de la noche, podemos vivir cuatro días.

Eso era peor que mi previsión más pesimista. Me dejé caer pesadamente sobre la arena. Había leído sobre ese lugar hacía años, cuando era un muchacho en Argel. Pensé que la descripción era exagerada, pues pintaba el Rub al—Khali más severo que el Sahara, que era nuestro desierto local, y no creía que ningún lugar en la tierra

podría ser más desolado que el Sahara. Era evidente que me equivocaba. También recordaba cómo llamó un viajero occidental al Rub al—Khali en sus memorias: «El gran lugar funesto».

## 4

Según ciertos geógrafos, el desierto arábigo es una extensión del Sahara. La mayoría de la Península Arábiga es un erial deshabitado y las zonas pobladas se agrupan en torno a las cercanías del mar Mediterráneo, el Mar Rojo y el Mar de Arabia, junto al Golfo Arábigo —que es el nombre que nosotros damos a lo que otros llaman Golfo Pérsico— y en el creciente fértil de la arcana Mesopotamia.

El Sahara es mayor en extensión, pero hay más arena en el desierto arábigo. Cuando era niño, pensaba en el Sahara como un ardiente, interminable y yermo paisaje de arena, pero eso no es muy preciso. La mayor parte del Sahara está formada por mesetas rocosas, áridos llanos de pedregal y cadenas de montañas barridas por el viento. Las extensiones de arena sólo ocupan un diez por ciento del área del desierto. La parte del desierto arábigo denominado Rub al—Khali lo supera en un treinta por ciento. Por lo que a mí respecta podía no haber más que arena de un extremo al otro.

¿Qué demonios importaba?

Entorné los ojos hasta casi cerrarlos bajo el sol dolorosamente brillante. Una de las ventajas de haber sido abandonado en tan letal sitio consistía en que era demasiado letal incluso para los buitres. Me ahorré la enervante visión de las aves carroñeras volando pacientemente en círculo, esperando a que tuviera la cortesía de morirme.

Estaba bastante resuelto a no morirme. No lo había hablado con Friedlander Bey, pero confiaba en que fuera de mi parecer. Estábamos sentados a sotavento de una alta duna modelada por el viento. Supuse que la temperatura debía ser ya de cuarenta grados centígrados o más. El sol había ascendido pero no era mediodía, aún haría más calor.

—Bebe cuando tengas sed, hijo mío —me dijo Papa—. He visto hombres deshidratarse y morir por ser demasiado avaros con sus cantimploras. No beber lo suficiente es como derramarla en el suelo. Se necesitan unos cuatro litros al día con este calor. Dos o tres litros no te mantendrán con vida.

—Sólo tenemos cuatro litros cada uno, oh caíd.

—Cuando se agote, deberemos encontrar más. Quizás tropecemos con un rastro, inshallah. Hay rastros incluso en el corazón del Rub al—Khali y van de pozo a pozo. Si no, recemos por que haya llovido hace poco. A veces hay arena húmeda al pie de una duna.

No tenía prisa en poner a prueba mis habilidades como boy scout del desierto. La charla sobre el agua me había provocado aún más sed, de modo que destapé la cantimplora.

—En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso —dije, y bebí una generosa cantidad.

Había visto los hologramas de nómadas árabes sentados en la arena, utilizando palos para hacerse tiendas con sus keffiyas en busca de sombra. Sin embargo, en ese paisaje no había ni palos.

El viento cambió de dirección, arrojándonos una fina cortina de arena a la cara. Seguí el ejemplo de Friedlander Bey y me tumbé de costado, dando la espalda al viento. Después de unos minutos, me senté, me quité la keffiya y se la di. La aceptó sin una palabra, pero leí la gratitud en sus ojos enrojecidos. Se puso el tocado, se cubrió el rostro y se tumbó a esperar que pasara la tormenta de arena.

Nunca en mi vida me había sentido tan expuesto a los elementos. No dejaba de decirme a mí mismo:

—Tal vez todo es un sueño. Tal vez me levante en mi cama y mi esclavo Kmuzu me esté esperando con una maravillosa taza de chocolate caliente.

Pero el ígneo sol sobre mi cabeza parecía demasiado real, y la arena que se me metía en los oídos y en los ojos, en los agujeros de la nariz y entre los labios no parecía un sueño.

Los gritos espeluznantes de una pequeña banda de hombres que se acercaban por el vértice de la duna me distrajeron de tales molestias. Desmontaron de los camellos y corrieron hacia nosotros, mostrando rifles y cuchillos. Eran los patanes más zarrapastrosos y zafios que había visto en mi vida. En comparación, la peor escoria del Budayén parecían colegiales y caballeros.

Supuse que éstos eran los Bayt Tabiti. Los leopardos del desierto. Su jefe era un hombre alto y flacucho de cabello largo y correoso. Hizo ostentación de su rifle, lanzó un grito y pude ver que le faltaban dos dientes en el lado derecho de la mandíbula superior y tenía otros dos rotos en el lado izquierdo de la inferior. Probablemente no se había hecho un empaste desde hacía años. Ni tampoco se había bañado en mucho tiempo.

Era a quien se suponía debíamos confiar nuestras vidas. Miré a Friedlander Bey y sacudí la cabeza levemente. Por si acaso los Bayt Tabiti decidían asesinarnos mientras estábamos sentados en la arena, en lugar de conducirnos hasta donde había agua, me puse en pie y saqué mi daga ceremonial. En realidad no creía que esa arma me fuera de mucha utilidad contra los rifles beduinos, pero eso era todo lo que tenía.

El jefe se acercó a mí, alargó la mano y tocó mis costosas ropas. Se volvió hacia sus compañeros y dijo algo; los seis estallaron en risas. Yo me limité a esperar.

El jefe me miró a la cara y frunció el ceño. Se golpeó en el pecho.

—Muhammad Musallim bin Ali bin as—Sultan —anunció, como si yo debiera reconocer su nombre.

Simulé estar impresionado. Me golpeé en el pecho.

—Marîd al—Amin —dije, utilizando el epíteto que me daban los pobres fellahín de la ciudad y que significaba: «el honrado».

Muhammad abrió los ojos. Se volvió hacia sus compañeros.

—Al—Amín —dijo en tono reverente.

Luego volvió a partirse de risa. Un segundo Bayt Tabiti fue hacia Friedlander Bey y miró al viejo de arriba abajo.

—Ash—caíd —dije, dejando que los mugrientos nómadas supieran que Papa era un hombre importante.

Muhammad dirigió su mirada hacia Papa y luego otra vez hacia mí. Dijo unas rápidas palabras en su incomprensible dialecto y el segundo hombre dejó a Papa en paz y volvió a su camello.

Muhammad y yo pasamos un rato intentando obtener respuestas a nuestras preguntas, pero su tosco árabe entorpecía la comunicación. A pesar de ello, al cabo de un rato nos entendíamos bastante bien. Deduje que los Bayt Tabiti habían recibido la orden del jefe de su tribu de salir a nuestro encuentro. Muhammad no sabía cómo su jefe conocía nuestra presencia, pero estábamos donde se esperaba, y habían visto y oído el helicóptero militar a lo lejos.

Observé cómo dos de los andrajosos bribones ponían rudamente en pie a Friedlander Bey y lo llevaban hasta uno de los camellos. El propietario del camello golpeó las rodillas del animal con un palo e hizo un sonido como: «¡khirr, khirr!». El camello rugió manifestando su disconformidad y no parecía dispuesto a arrodillarse. Papa dijo algo al Bayt Tabiti, que cogió las riendas del animal y tiró de ellas hacia abajo. Papa colocó un pie en el cuello del camello y éste lo levantó hasta la montura.

Era evidente que lo había hecho antes. Por otro lado, yo nunca había montado en camello y no veía la necesidad de empezar ahora.

—Iré caminando —dije.

—Por favor, joven caíd —dijo Muhammad, sonriendo a través de su escasa dentadura—, Alá pensará que somos poco hospitalarios.

No creo que Alá tuviera una idea equivocada de los Bayt Tabiti.

—Caminaré —repetí.

Muhammad se encogió de hombros y montó en su camello. Todos dimos la vuelta a la duna, seguidos por el beduino que había cedido su camello a Papa y por mí.

—¡Venid con nosotros! —gritó el jefe de la partida—. ¡Tenemos comida, tenemos agua! ¡Os llevaremos a nuestro campamento!

No dudaba que nos dirigiéramos a su campamento, pero tenía serias sospechas de que Papa y yo llegaríamos allí con vida.

El hombre que caminaba a mi lado debió leerme el pensamiento, porque se volvió hacia mí y dio un respingo.

—Confía en nosotros —dijo con expresión astuta—. Ahora estáis a salvo.

Apuesta algo, pensé. No podíamos hacer otra cosa más que seguirles. Lo que nos sucediera después de llegar al campamento principal de los Bayt Tabiti estaba en

manos de Dios.

Viajamos en dirección sur durante algunas horas. Por fin, cuando empezaba a estar exhausto —y más o menos cuando mi cantimplora se vació—, Muhammad dio el alto.

—Esta noche dormiremos aquí —dijo, indicando una angosta brecha entre dos cadenas de dunas.

Me alegré de que cesaran los esfuerzos del día; pero mientras me sentaba junto a Papa y observaba cómo los beduinos cuidaban sus animales, se me ocurrió que era extraño que no intentasen reunirse con el resto de la tribu antes de que oscureciera. Su jefe les había enviado en nuestra busca y llegaron al cabo de sólo unas horas de que fuéramos arrojados desde el helicóptero. El campamento principal de los Bayt Tabiti no podía estar muy lejos.

Siguieron con sus quehaceres, susurrándose entre sí y señalándonos cuando creían que no les veíamos. Fui hacia ellos, ofreciéndome a ayudarles a descargar sus camellos.

—No, no —dijo Muhammad, impidiéndome el paso—, ¡por favor, descansa! Nosotros nos ocuparemos de los fardos.

Algo andaba mal. Y Friedlander Bey también se dio cuenta.

—No me gustan estos hombres —me dijo en voz baja.

Observamos a uno de los beduinos poner puñados de dátiles en cuencos de madera. Otro hombre hervía agua para el café. Muhammad y el resto trabaron los camellos.

—No han dado ninguna muestra de hostilidad. Al menos no desde que corrieron hacia nosotros gritando y blandiendo sus armas.

Papa rió sin ganas.

—No te engañes creyendo que nos hemos ganado su admiración. Mira al hombre que reparte los dátiles. Sabes que los fardos de los camellos están cargados con comida mejor que ésa. Estos Bayt Tabiti son demasiado tacaños para compartirla con nosotros. Pretenden no tener nada mejor que viejos dátiles duros como piedras. Más tarde, después de que nos vayamos, se prepararán su comida.

—¿Después de que nos vayamos? —pregunté.

—No creo que exista un campamento mayor a un día de viaje. Y no creo que los Bayt Tabiti estén dispuestos a brindarnos su hospitalidad mucho más tiempo.

Me estremecí, a pesar de que el sol aún no se había puesto y el calor del día aún no había desaparecido.

—¿Estás asustado, oh caíd? —le pregunté.

Frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No temo a estas criaturas, hijo mío. Estoy alerta, creo que sería prudente controlar lo que traman a cada momento. No son hombres astutos, pero nos aventajan



en número y están en su terreno.

La charla fue interrumpida cuando el beduino que habíamos estado observando se acercó a nosotros y nos ofreció a cada uno un cuenco de dátiles que olían a rancio y una sucia taza de porcelana llena de café flojo.

—Estas pobres provisiones son todo lo que tenemos —dijo el hombre en una voz inexpresiva—, pero nos honra compartirla con vosotros.

—Vuestra generosidad es una bendición de Alá —dijo Friedlander Bey, cogiendo un cuenco de dátiles y una taza de café.

—No tengo palabras para agradeceréoslo —dije cogiendo mi cena.

El beduino sonrió y comprobé que sus dientes estaban tan mal como los de Muhammad.

—No tenéis que darnos las gracias, oh caíd —respondió—. La hospitalidad es un deber. Podéis viajar con nosotros y aprender nuestras costumbres. Como dice el proverbio: «El que convive con una tribu cuarenta días se convierte en uno de ellos».

¡Era una idea de pesadilla, viajar con los Bayt Tabiti y convertirse en uno de ellos!

—Salaam alaykum —dijo Papa.

—Alaykum as—salaam —respondió el hombre.

Luego llevó los cuencos de dátiles a sus compañeros.

—En nombre de Alá, el clemente, el misericordioso —murmuré.

Luego me metí uno de los dátiles en la boca. No estuvo allí mucho tiempo. En primer lugar, estaba completamente rebozado de arena. En segundo lugar, estaba tan duro como para partirme un diente; me pregunté si esos dátiles eran los causantes de la ruina de la dentadura de los Bayt Tabiti. En tercer lugar, la fruta olía como si la hubieran dejado pudrir unas semanas bajo un camello muerto. Sentí náuseas mientras lo escupía y tuve que quitarme el gusto con el café arenoso.

Friedlander Bey se llevó uno de los dátiles a la boca y lo observé luchar para mantener la compostura mientras lo mascaba.

—La comida es la comida. En la Región Desolada no puedes permitirte tener escrúpulos.

Sabía que estaba en lo cierto. Quité toda la arena que pude de otro dátil y luego me lo comí. Después de unos cuantos me acostumbré a su sabor a podrido. Sólo pensaba en reponer fuerzas.

Cuando el sol se puso tras el promontorio de una duna occidental, Friedlander Bey se quitó los zapatos y se puso en pie despacio. Utilizaba mi keffiya para barrer la arena frente a él. Me di cuenta de que se preparaba para la oración. Papa abrió su cantimplora y se humedeció las manos. Como no tenía más agua en mi cantimplora, fui a su lado y extendí las manos con las palmas hacia arriba.

—Alá yisallimak, hijo mío —dijo Papa: «Dios te bendiga».

Mientras realizábamos las abluciones, repetí la fórmula ritual:

—Me lavo para limpiarme de las impurezas y ser digno de buscar la proximidad de Alá.

Una vez más, Papa me dirigió en la oración. Cuando terminamos, el sol había desaparecido por completo y cayó la noche implacable del desierto. Imaginé el calor evaporándose de la arena. Sería una noche fría y no teníamos mantas.

Decidí comprobar hasta dónde llegaba la falsa hospitalidad de los Bayt Tabiti. Me acerqué a su pequeño fuego hecho con excrementos secos de camello, alrededor del cual se sentaban y hablaban seis bandidos.

—Rezáis a Alá —dijo Muhammad, con una sonrisa sarcástica—. Sois hombres buenos. Nosotros queremos rezar, pero a veces nos olvidamos.

Los hombres de su tribu cacarearon su ocurrencia.

No les presté atención.

—Necesitaremos agua para el viaje de mañana, oh caíd —dije.

Supongo que podía habérselo dicho con más educación.

Muhammad lo pensó un instante. No podía negarse, pero no se alegraba de compartir con nosotros sus provisiones. Se inclinó y murmuró algo a uno de los demás. El segundo beduino se levantó y trajo una bolsa de agua hecha de pellejo de cabra y me la ofreció.

—Aquí tienes, hermano —dijo con expresión indiferente—. Que sea de tu agrado.

—Os estamos agradecidos. Sólo llenaremos nuestras cantimploras y os devolveremos el resto del agua.

El hombre asintió, luego extendió la mano y me tocó un implante corímbico.

—Mi primo quiere saber qué es esto —dijo.

Me encogí de hombros.

—Dile a tu primo que me gusta escuchar la música de la radio.

—Ah —dijo el Bayt Tabiti.

No sé si me creyó. Vino conmigo mientras rellenaba mi cantimplora y la de Papa. Luego el beduino cogió la bolsa de piel de cabra y la devolvió a sus amigos.

—Los hijos de puta no nos han invitado a acompañarlos junto al fuego —dije, sentándome en la arena junto a Papa.

Se limitó a mover una mano.

—Eso no significa nada, hijo mío. Ahora debo dormir. Sería bueno que te quedaras despierto y vigilaras.

—Por supuesto, oh caíd.

Papa se puso todo lo cómodo que pudo sobre la arena prieta del suelo del desierto. Me senté un ratito, absorto en mis pensamientos. Recordé que Papa había hablado de venganza y del bolsillo de mi gallebeya saqué el papel que el caíd me

había dado. Era una copia de los cargos contra Friedlander Bey y contra mí, el veredicto y la orden de deportación. Estaba firmada por el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq, imán de la mezquita Shimaal y consejero del emir en la interpretación de la sharia, es decir de la ley religiosa. Me alegró comprobar que, en apariencia, el caíd Mahali no había participado en nuestro secuestro.

Por fin, decidí tumbarme y simular dormir, porque me di cuenta de que los Bayt Tabiti me estaban vigilando y no se retirarían a dormir hasta que yo lo hiciera. Me tendí cerca de Friedlander Bey, pero no cerré los ojos. Tenía sueño, pero no me atrevía a dejarme vencer por él. Si lo hacía, podía no despertar jamás.

Veía la cumbre de una duna graciosamente curvada a unos cien metros. Esa particular colina de arena debía de tener unos sesenta metros de alto y el viento le había modelado un delicado y sinuoso pliegue. Creí ver un firme cedro en la misma cresta de la duna. Sabía que el espejismo era producto de mi fatiga, o quizás ya estaba soñando.

Me pregunté cómo podía vivir el cedro en ese lugar tan árido y me respondí a mí mismo que la única explicación era que alguien debía cultivarlo. Alguien había planeado que ese cedro estuviera allí y se esforzaba para que creciera.

Abrí los ojos y me di cuenta de que no había ningún cedro en esa duna. Quizás había sido una visión inspirada por Alá. Quizás Dios me estaba diciendo que debía hacer planes y trabajar duro y perseverar. No había tiempo para el descanso.

Levanté un poco la cabeza y vi que los Bayt Tabiti se habían acostado en el suelo cerca del fuego, del que no quedaba más que unas tímidas y débiles brasas. Uno de los beduinos había sido encargado de la vigilancia, pero permanecía sentado contra una pared de arena con la cabeza caída y la boca abierta. Su rifle descansaba en el suelo a su lado.

Pensé que los seis estaban dormidos, pero no me moví. Durante una hora no hice más que contemplar los segundos parpadear en el cristal de mi reloj. Cuando estuve seguro de que todos los Bayt Tabiti dormían profundamente, me senté con cuidado y toqué a Friedlander Bey en el hombro. Se despertó enseguida. Ninguno de nosotros dijo una palabra. Cogimos las cantimploras y nos levantamos lo más silenciosamente que pudimos. Dudé unos instantes en robar comida y rifles, pero al final decidí que habría sido suicida acercarme a los camellos durante el sueño de los beduinos. En lugar de eso, Papa y yo nos internamos en la noche.

Caminamos hacia el oeste largo rato antes de que ninguno de los dos pronunciara una palabra.

—¿Nos seguirán cuando descubran que nos hemos escapado? —pregunté.

Papa frunció el ceño.

—No sabría decirlo, hijo mío. Tal vez se limiten a dejarnos marchar. Estarán convencidos de que en cualquier caso moriremos en el desierto.

No tenía respuesta para ello. A partir de entonces, nos concentramos en poner toda la distancia que pudimos entre nosotros y ellos, dirigiéndonos en ángulo recto con respecto a la dirección hacia la que habíamos viajado durante el día. Recé para que si nos tropezábamos con un rastro en el curso de la noche lo viéramos. Era nuestra única esperanza de encontrar un pozo.

Nos guiábamos por las estrellas, caminamos hacia el oeste durante dos horas, hasta que Papa anunció que debíamos detenernos y descansar. Habíamos estado viajando contra las dunas, que van de oeste a este debido a los principales vientos. La ladera oeste de cada duna era suave y gradual, pero la vertiente oeste este, que debíamos escalar, solía ser alta y empinada. En consecuencia, dábamos grandes rodeos al intentar atravesar una colina por uno de sus salientes bajos. Era una marcha lenta, agotadora, zigzagueante y no debíamos llevar más de un kilómetro y medio o dos, mientras la arena dejaba escapar su lamento.

Nos sentamos jadeantes en la base de otro monstruoso promontorio de arena. Abrí la cantimplora y di un trago antes de percatarme de lo salobre y alcalina que era.

—Alabado sea Alá —gruñí—, tendremos suerte si esta agua no nos mata antes de que lo haga el sol.

Papa también bebió.

—No es agua dulce, querido —dijo—, pero existe poca agua dulce en el desierto. Ésta es el agua que los beduinos beben casi todos los días de su vida.

Sabía que los nómadas vivían en condiciones duras y extremas, pero empezaba a creer que había subestimado sus capacidades para subsistir en un medio tan adverso.

—¿Por qué no se van a otro sitio? —pregunté, tapando mi cantimplora.

Papa sonrió.

—Son gente orgullosa. Les satisface su habilidad para subsistir aquí, en un lugar que significa la muerte para el extraño. Se burlan de la placidez y el lujo de pueblos y ciudades.

—Sí, tienes razón. Lujos como agua fresca y comida de verdad.

Nos levantamos y volvimos a caminar. Era casi media noche. El camino a través de las dunas no se hizo más fácil, y en un momento pude escuchar la pesada respiración de Papa. Me preocupaba el estado del anciano. Mi propio cuerpo empezaba a protestar ante ese ejercicio desacostumbrado.

Las estrellas giraron despacio por encima de nuestras cabezas y cuando volví a mirar el reloj era la una y media. Quizás pudiéramos recorrer otro kilómetro.

Papa estimaba que el Rub al—Khali tendría unos mil kilómetros de este a oeste y unos quinientos de norte a sur. Imaginé que era probable que el helicóptero militar nos hubiera dejado caer justo en el medio, de modo que, calculando generosamente que hacíamos un kilómetro y medio por hora, caminando ocho horas cada noche, saldríamos de la Región Desolada en, oh, precisamente en cuarenta y seis días;

siempre que contáramos con la ayuda de una caravana gigantesca cargada con equipo de asistencia y provisiones pisándonos los talones.

Hicimos otro receso, bebimos más agua amarga y proseguimos la última etapa del viaje nocturno. Ambos estábamos demasiado cansados para hablar. Bajé la cabeza ante el viento que constantemente nos arrojaba arena a la cara. Me limitaba a poner un pie delante de otro. Me dije a mí mismo que si Friedlander Bey tenía el coraje para seguir andando, yo también.

Llegamos al límite de nuestras fuerzas a eso de las cuatro y nos derrumbamos de cansancio extremo. El sol no saldría hasta al cabo de una hora o así, pero la idea de seguir caminando estaba fuera de lugar. Nos detuvimos bajo la ladera vertical de una duna gigantesca, que nos proporcionaba cierta protección del viento. Allí bebimos toda el agua que pudimos y nos preparamos para dormir. Me quité mi hermosa túnica azul real y cubrí a Papa con ella. Luego me acurruqué en posición fetal dentro de mi gallebeya y me sumí en un sueño gélido y agitado.

Me despertaba y me volvía a dormir, me asediaban sueños turbios y desasosegantes. Al cabo de un rato fui consciente de que el sol se había alzado y supe que lo mejor que podía hacer era dormir todo lo que pudiera durante el tórrido día. Tiré de mi gallebeya hacia arriba para protegerme la cara y la cabeza de las quemaduras. Luego me hice a la idea de que todo andaba bien y cerré los ojos.

A eso de las diez me di cuenta de que no iba a poder dormir más. El sol chocaba en mí y notaba las quemaduras en las zonas de piel expuestas. Entonces, también Friedlander Bey se despertó y no parecía haber descansado mejor que yo.

—Ahora debemos orar —dijo.

Su voz sonaba rara y ronca. Alisó la arena que tenía ante él y se la quitó de la cara y las manos. Yo hice lo mismo. Rezamos juntos, agradeciendo la protección de Alá y pidiéndole que, si era su voluntad, nos permitiera sobrevivir a estas penalidades.

Cada vez que rezaba con Papa, me llenaba de paz y esperanza. De algún modo, el hecho de estar perdido en el desierto me aclaraba el significado de mi religión. Hubiera preferido no llegar hasta tal extremo para comprender mi relación con Alá.

Cuando acabamos, bebimos toda el agua que pudimos. Ya no quedaba mucha en las cantimploras, pero no creímos necesario hablar de ello.

—Hijo mío —dijo el viejo—, creo que sería prudente enterrarnos en la arena hasta la tarde.

Eso me pareció una locura.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿No nos coceremos como un pastel de cordero?

—La arena más profunda está más fría que en la superficie. Eso evitará que se nos queme más la piel y nos ayudará a reducir la pérdida de agua debida a la sudoración.

Una vez más, cerré la boca y aprendí algo. Excavamos profundos hoyos y nos

cubrimos con la arena. En cierto sentido, comprobé lo parecido que era a estar en una tumba. Me sorprendió descubrir que mi cuerpo disfrutaba de la experiencia. La tibia arena aflojó mis doloridos músculos y pude relajarme por primera vez desde que fui secuestrado de la fiesta del emir. De hecho, después de un rato, me sumí en un ligero sueño escuchando el murmullo de los insectos.

El día transcurrió despacio. Tenía la cabeza cubierta por mi gallebeya, de modo que no podía ver nada. No podía hacer nada más que tumbarme allí en la arena y pensar y planear y ceder a las fantasías.

Después de unas horas, me alertó un siseo vibrante. No imaginaba qué podía ser, aunque, al principio, pensé que me zumbaban los oídos. Pero no remitió, sino que se hizo más fuerte.

—¿Oyes eso, oh caíd?

—Sí, hijo mío, no es nada.

En aquel momento estaba convencido de que se trataba del susurro premonitorio de una nave que se aproximaba. No sabía si eran buenas o malas noticias. El ruido se hizo más fuerte hasta convertirse en un clamor. No podía incorporarme, ni verlo, de modo que saqué las manos de la arena y me bajé el cuello de la gallebeya.

No había nada. El zumbido creció en intensidad hasta que la nave debía de haberse visto por encima de nuestras cabezas, pero el cielo estaba vacío y azul. De repente, cuando el viento cambió de dirección, todo regresó al silencio. El fuerte ruido no disminuyó, sino que desapareció bruscamente.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté perplejo.

—Era el famoso «canto de la arena». Oírlo es un raro privilegio.

—¿La arena hace ese ruido? ¡Era como el rugido de un motor!

—Dicen que lo hace una capa de arena deslizándose sobre otra, ni más ni menos.

Me sentí estúpido por preocuparme tanto por un pequeño zumbido creado por una duna. No obstante, Papa no se rió ni se burló de mí y yo se lo agradecí. Volví a cubrirme de arena y me recliné a mí mismo ser tan idiota.

A las cinco, emergimos de nuestro lecho de arena y nos preparamos para el ejercicio nocturno. Rezamos, bebimos el agua salina y luego nos encaminamos hacia el oeste. Al cabo de media hora de camino tuve una brillante idea. Saqué mi ristra de software neuro—lógico y me enchufé el daddy especial que bloquea la sed. De inmediato me sentí recuperado. Era una ilusión peligrosa, porque, aunque no tenía sed —y no la tendría mientras llevara el daddy enchufado—, mi cuerpo seguía deshidratándose al mismo ritmo. Sin embargo, me sentí capaz de seguir más tiempo sin agua y le di mi cantimplora a Papa.

—No puedo dejarte sin ella —dijo.

—Claro que sí, oh caíd. El potenciador evitará que sufra mientras nuestras cantimploras hacen lo mismo por ti. Mira, si no encontramos agua pronto, ambos

moriremos.

—Eso es cierto, querido, pero...

—Caminemos, abuelo.

El sol empezaba a ponerse y el aire se hacía más frío. Descansamos al cabo de un rato y oramos. Papa terminó el agua de una de las cantimploras. Luego nos pusimos en marcha.

Empezaba a tener mucha hambre y caí en la cuenta de que, a excepción de los penosos dátiles de los Bayt Tabiti, mi última comida había sido hacía casi cuarenta y ocho horas en el palacio del emir. Estaba de suerte, porque tenía un daddy que también bloquea el hambre. Me lo conecté y desapareció el doloroso vacío de mi vientre. Sabía que Papa debía estar hambriento, pero no podía hacer nada. Vacíé mi mente de todo menos de recorrer el resto de la Región Desolada.

Una vez, cuando coronamos la cima de una elevada duna, me volví para mirar atrás. Detrás de una duna remota creí ver una nube de polvo bajo la pálida luz de la luna. Recé a Alá para que no fueran los Bayt Tabiti persiguiéndonos. Cuando intenté señalarla a Friedlander Bey no pude encontrarla. Quizás la había imaginado. El vasto desierto era excelente para ese tipo de alucinaciones.

Al cabo de la segunda hora tuvimos que descansar. El rostro de Papa estaba ojeroso y fatigado. Abrió la otra cantimplora y la vació. Ahora nos habíamos quedado sin agua. Nos miramos mudos durante un momento.

—Doy fe de que no hay más dios que Alá —dijo Papa en voz muy serena.

—Doy fe de que Mahoma es el profeta de Dios —añadí.

Nos levantamos y reemprendimos la marcha.

Después de un rato Papa cayó de rodillas y empezó a tener arcadas. No tenía nada en el estómago para vomitar, pero sentía fuertes y violentos espasmos. Deseé que no hubiera perdido mucha agua. Sabía que la náusea era uno de los primeros signos de la deshidratación grave. Al cabo de unos minutos, movió la mano débilmente para hacerme saber que quería continuar caminando. A partir de entonces, me asusté más que nunca. Me quedaba la ilusión de que sólo un milagro podía salvarnos.

Empecé a experimentar severos calambres musculares y por tercera vez recurrí a mi ristra de moddies. Me enchufé el daddy bloqueador del dolor, sabiendo que me encontraría en muy baja forma si vivía para desconectármelo. Como dice mi amiga Chiriga: «Las resacas son unas putas».

Alrededor de la media noche, después de otro período de descanso, noté que Papa empezaba a tambalearse. Fui hacia él y le toqué en el hombro. Me miró, pero tenía la mirada perdida.

—¿Qué ocurre, hijo mío? —dijo con voz recia y palabras vagas.

—¿Cómo te encuentras, oh caíd?

—Me encuentro... extraño. Ya no tengo hambre, lo cual es una bendición, pero

tengo un terrible dolor de cabeza. Ante mis ojos lucen muchos puntitos brillantes; casi no veo lo que tengo delante. Y siento un molesto hormigueo en los brazos y en las piernas. Malos síntomas.

—Sí, oh caíd.

Me miró. Por primera vez desde que lo conocía, sus ojos estaban verdaderamente tristes.

—Ya no quiero seguir andando.

—Sí, oh caíd. Entonces, yo te llevaré.

Protestó, pero no consiguió nada. Le pedí perdón, luego lo cogí y me lo cargué a hombros como hacen los bomberos. No habría sido capaz de transportarlo ni diez metros sin los daddies, que inhibían cualquier señal desagradable que mi cuerpo enviaba al cerebro. Proseguí con una alegre y completamente falsa sensación de bienestar. No tenía hambre, ni sed, no estaba cansado y ni siquiera me dolía. Incluso tenía otro daddy que podía utilizar si empezaba a sentir miedo.

En un instante, me percaté de que Papa deliraba. Era cosa mía salir de aquella penosa situación. Apreté los dientes y seguí caminando. Mi cerebro operado estaba ridículamente seguro de que saldría victorioso contra el desierto más asesino del mundo.

Pasó la noche. Yo caminaba sobre la arremolinada arena como un robot. Todo el tiempo mi cuerpo sufría los mismos efectos debilitadores de la deshidratación que aquejaban a Papa y el cansancio envenenaba mi cuerpo.

El sol salió a mi espalda y sentí crecer el calor en el dorso de mi cabeza y en la nuca. Yo caminaba penosamente en la mañana. Papa ya no hacía ningún ruido. De repente, hacia las ocho de la mañana me fallaron las piernas y los brazos. Dejé caer a Papa pesadamente al suelo y me desplomé a su lado. Me permití un pequeño respiro. Sabía que estaba abusando de mi cuerpo. Pensé que quizás tumbarme allí inmóvil serviría de algo.

Supongo que me quedé inconsciente, porque la siguiente vez que miré el reloj habían transcurrido dos horas. Me puse en pie, levanté a Papa y me lo cargué sobre el otro hombro. Luego caminé un poco más.

Seguí hasta que volví a derrumbarme. Pronto perdí toda noción del tiempo. El sol se alzó en el cielo, el sol se puso. Volvió a alzarse y a ponerse. No tenía ni idea de cuánto había conseguido caminar. Recordaba vagamente haberme sentado en la ladera de una gran duna, dar golpecitos en la mano de Friedlander Bey y llorar. Permanecí allí sentado un buen rato y luego creí oír una voz que decía mi nombre. Cogí a Papa y caminé tambaleante hacia la voz.

Esa vez no llegué muy lejos. Atravesé dos, quizás tres, grandes dunas y luego mis músculos me abandonaron. Yacía en el suelo con la cara medio apretada contra la arena roja y caliente. Podía ver la pierna de Papa con el rabillo del ojo. Estaba



convencido de que no volvería a levantarse.

—Me refugio... —murmuré.

No tenía suficiente saliva para concluir. «Me refugio en el señor de los mundos», dije mentalmente.

Volví a perder el sentido. Cuando lo recuperé era de noche. Probablemente aún estaba vivo. Un hombre con rostro severo y enjuto, dominado por una gran nariz en gancho, estaba inclinado sobre mí. No sabía quién era, ni siquiera si realmente estaba allí. Me dijo algo, pero no entendí sus palabras. Me humedeció los labios con agua y yo intenté arrebatarle la bolsa de pellejo de cabra de las manos, pero mis manos no parecían funcionar. Me dijo algo más. Luego extendió los brazos y tocó mis implantes.

Me di cuenta horrorizado de lo que intentaba hacer.

—¡No! —grité con la voz rota—. ¡Por favor, por el amor de Alá, no!

Retiró la mano y me estudió unos segundos. Luego abrió una bolsa de cuero, sacó una anticuada jeringuilla desechable y un frasquito con cierto líquido, y me puso una inyección.

Lo que de verdad deseaba era un litro de agua limpia y fresca. Pero el pico de soneína tampoco estuvo mal.

## 5

Ahora tenía claros los acontecimientos que transcurrieron entre el secuestro y nuestro rescate a manos de los Bani Salim. Sin embargo, los días que siguieron probablemente se hayan perdido para siempre entre la bruma de la fiebre. El caíd Hassanein me sedó y luego me quitó los daddies. Al instante, mi mente y mi cuerpo se vieron asolados por un dolor devastador. Le estaba agradecido a Hassanein por haberme mantenido drogado con soneína hasta que empecé a recuperarme.

Noora estaba despierta y vigilante cuando me senté y me desperecé por la mañana. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba. Las cortinas delantera y trasera de la tienda, hechas de pelo de cabra, estaban abiertas y corría una impetuosa y tibia brisa. Incliné la cabeza y recé.

—¡Oh, que este día sea propicio, concedednos no ver ningún mal!

—Que las bendiciones de Alá sean contigo, oh caíd —dijo Noora.

Se acercó más, con un cuenco de leche de camella y un plato de pan y hummus, una pasta hecha con garbanzos y aceite de oliva.

—Bismillah —murmuré, cortando un trozo de pan—. Que tengas un día agradable, Noora.

Empecé a engullir el desayuno.

—Es bueno observar que has recuperado el apetito. ¿Quieres más?

Tenía la boca absolutamente llena, de modo que me limité a asentir. Noora salió de la tienda para volver con una segunda ración. Aspiré una bocanada de aire e hice el experimento de mover las extremidades. Aún tenía los músculos muy inflamados, pero noté que pronto podría levantarme. Recordé lo que Hassanein me había dicho: muy pronto los Bani Salim deberían buscar nuevos pastos para sus animales. No me emocionaba la perspectiva de caminar unos trescientos kilómetros con ellos, de modo que había llegado el momento de aprender a montar en camello.

Noora regresó con otro plato de pan y hummus y yo lo ataqué con voracidad.

—El viejo caíd te visitará cuando termines de comer —dijo ella.

Me alegraba oír eso. Quería ver lo bien que había sobrevivido Friedlander Bey a nuestra odisea. Aunque ésta todavía no había concluido. Aún nos quedaba una gran distancia que recorrer, en condiciones igual de duras. La diferencia vital era que viajaríamos con los Bani Salim y ellos sabían dónde estaban todos los pozos.

—Papa y yo tenemos mucho de qué hablar.

—Debéis planear la venganza.

—¿Qué sabes tú de eso?

Ella sonrió. Me di cuenta de que ya no se sujetaba el pañuelo sobre el rostro.

—Me has hablado muchas veces sobre el emir, el caíd, el imán y el caíd Reda. La mayoría del tiempo, balbuceabas, pero entendí mucho de lo que decías y el viejo caíd

me contó la misma historia.

Alcé las cejas y rebañé el último bocado de hummus con un pedazo de pan.

—¿Qué crees que debemos hacer?

Su expresión se tornó solemne.

—Los beduinos insisten en la venganza. Prácticamente constituye una parte esencial de nuestra religión. Si no regresas a tu ciudad y matas a quienes han tramado esto contra ti, los Bani Salim no serán tus amigos cuando regreses con nosotros.

Casi me eché a reír cuando la oí hablar de mi regreso al Rub al—Khali.

—¿Aunque el responsable sea un respetado imán? ¿Aunque sea amado por los fellahin de la ciudad? ¿Aunque sea famoso por su bondad y su generosidad?

—Entonces es un imán con dos caras —dijo Noora—. Para algunos quizás sea sabio en el culto a Alá y apreciado por sus hermanos en el Islam. Sin embargo os causó ese mal, de modo que su verdadera naturaleza es corrupta. Acepta las monedas de vuestro enemigo y sentencia injustamente a hombres inocentes a un destierro que supone una muerte segura. La segunda cara hace que la primera sea falsa y es una abominación a los ojos de Dios. Tu deber es reparar su traición con un castigo acorde a la tradición.

Me sorprendió su vehemencia. Me pregunté por qué ese asunto entre Papa y yo, por un lado, y el doctor Abd ar—Razzaq, por el otro, la alteraba tanto. Se percató de que la escrutaba, se sonrojó y se cubrió el rostro con el pañuelo de su cabeza.

—La tradición de los beduinos puede no ser legal en la ciudad —dije.

Sus ojos centellearon.

—¿Qué es la legalidad? Sólo existe el bien y el mal. Las mujeres beduinas cuentan a sus hijos una historia sobre un malvado imán en un pozo. Escucha. Tal vez hubo, o tal vez no, un imán malvado en Ash—Shám, a la que vosotros llamáis Damasco, cuando Ash—Shám era la única ciudad del mundo. Los beduinos no tienen necesidad de imanes, porque cada miembro de la tribu reza a Dios como un igual y no delega ante nadie. Los débiles de las ciudades necesitan un imán que les ayude, porque han olvidado lo que es tener que encontrar su propia agua y hacerse su propia comida, y dependen de otras personas para abastecerse de estas cosas. De modo que también dependen de un imán para que los guíe por el camino que conduce hasta Alá.

»Ahora —prosiguió Noora—, muchos de los habitantes de Ash—Shám siguen creyendo que el malvado imán era sabio y bueno, porque convencía a todo el que le oía rezar de que diera dinero a sus hermanos necesitados. El imán nunca daba dinero del suyo, porque era muy aficionado a él. Amaba tanto el dinero que vendió su influencia a uno de los ciudadanos más corruptos y ambiciosos de Ash—Shám.

»Cuando Alá se percató de que el corazón del imán se había vuelto negro, envió a uno de sus ángeles a la tierra. Las instrucciones del ángel eran llevar al imán al desierto y encarcelarlo para que nunca pudiera conducir a nadie de Ash—Shám por el

mal camino. El ángel encontró al imán en su tesoro secreto, apilando montones de monedas de oro y plata, y lanzó un encantamiento sobre el imán que lo sumió en un profundo sueño.

»El ángel cogió al imán malvado, lo transportó en la palma de la mano y lo condujo al mismo corazón del Rub al—Khali. El imán no se enteraba de nada, porque aún estaba profundamente dormido. El ángel construyó un pozo muy hondo, donde sólo se encontraba el agua más amarga y asquerosa, y metió en él al imán. Luego el ángel lo despertó.

»"¡Yaa Alá! —gritó el malvado imán—. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado a este lugar?"

»"Es demasiado tarde para implorar a Dios, hijo de Adán" —dijo el ángel. Su voz severa resonaba como el trueno en el aire y las paredes del pozo retumbaban en torno al imán.

»"¡ Déjame salir —dijo el imán atemorizado—, y te prometo que cambiaré! ¡Ten piedad de mí!"

»El ángel negó con la cabeza y sus ojos lanzaron terribles haces de luz. Dijo: "No me corresponde a mí juzgarte ni tener compasión por ti. El Juez ya te ha condenado a este lugar. Reflexiona sobre tus actos y enmienda tu alma, pues aún tienes que encontrarte con Dios en el Último Día". Luego el ángel se fue y dejó al malvado imán solo.

»Llegó el día en que el sucesor del imán malvado, que se llamaba Salim y era el fundador de nuestra tribu, en uno de sus viajes llegó al pozo. Salim no conocía al malvado imán y era tan distinto a él como el sol de la luna. El joven era realmente bueno y generoso, y estimado por toda la gente de Ash—Shám, que le había nombrado imán en reconocimiento de sus virtudes.

»As Salim se inclinó para ver el pozo, le sorprendió descubrir que numerosas criaturas habían caído en él y el malvado imán las había atrapado. Los animales le suplicaron que los liberara del profundo pozo. Salim sintió tanta lástima por los animales que se desenrolló la keffiya y la metió en el oscuro agujero.

»El primer animal en subir por la escala de tela hasta la libertad fue un lagarto, al que los beduinos llaman Abu Qurush, o Padre de las Monedas. Porque la punta de la cola de este lagarto es plana y redonda. Abu Qurush estaba tan agradecido por el rescate que se arrancó un trozo de piel y se la ofreció a Salim diciendo: "Si alguna vez necesitas ayuda en una situación desesperada, quema este trozo de piel y yo acudiré". Empezó a correr sobre la arena cálida, pero se volvió hacia Salim para decirle: "¡Cuídate del hijo de Adán que está en el pozo! ¡Es un hombre malvado y debes dejarlo allí abajo!"

»La siguiente criatura que Salim sacó era una loba. La loba se alegró tanto como el lagarto. Se arrancó algunos pelos del bigote y se los dio a Salim diciendo: "Si

alguna vez te encuentras en alguna situación tan apurada como esta de la que me has rescatado, quema esto y yo acudiré". La loba echó a correr, pero también le dijo: "Has de saber, hombre, que el hijo de Adán que está en el pozo es muy malo".

»Salim acabó de sacar a los demás animales y escuchó sus advertencias. Luego empezó a enrollarse la keffiya alrededor de la cabeza. Su compatriota, el malvado imán, le gritó con una voz que partía el corazón: "¿Cómo puedes salvar a todas estas criaturas y dejarme morir en este pozo de sombras? ¿Acaso no somos hermanos según las sagradas palabras del profeta, que las bendiciones de Alá y la paz sean con él?".

»Salim se debatía entre las advertencias de los animales y su naturaleza bondadosa. Pero resolvió que compartía un vínculo de humanidad con el prisionero invisible y una vez más bajó su keffiya al pozo. Tras liberar al imán malvado, reemprendió su viaje y al cabo de muchas semanas regresó a Ash—Sham.

—Es una historia magnífica, Noora —dije, bostezando—, pero parece que no acaba nunca y te recuerdo que tu tío me ha dicho que los Bani Salim necesitan llegar pronto al próximo pozo. Sin duda no deseas que vuestros camellos y cabras mueran de hambre mientras tú devanas este maravilloso cuento beduino ante mí.

Noora suspiró.

—Enseguida termino —dijo.

Me di cuenta de que a ella le encantaba contar historias. Quizás había sido descortés por mi parte interrumpirla, pues tenía la sensación de que intentaba establecer determinada comparación. Si tenía cierta sabiduría que impartir, podía hacerlo igual en cincuenta palabras que en quinientas.

Sabía que en la historia Salim era yo y el imán malvado debía ser el doctor Abd ar—Razzaq. Creí adivinar lo que iba a suceder.

—Entonces Salim se mete en líos por culpa del imán malvado y llama al lagarto y a la loba.

—En realidad —dijo ella, intentando alejarse de mí—, al principio Salim no se metió en ningún lío. Quemó la piel del lagarto y, antes de que el último soplo de humo gris se desvaneciera en el aire, Abu Qurush apareció ante él. «¿Qué deseas?», le preguntó el lagarto.

»"Me gustaría ser rico como un rey", dijo Salim.

»"La solución es sencilla. Debes hacer lo que yo te diga. Coge la cesta que tu criado utiliza para servir el pan y déjala esta noche a las puertas de la ciudad. Luego debes levantarte antes que el sol y llévatela otra vez a casa." Salim hizo lo que le había indicado, dejó la cesta vacía contra las paredes del palacio del rey y cuando volvió a la mañana siguiente estaba llena de oro.

—¿Es así como Salim se metió en líos? —pregunté.

Noora gesticuló en el aire.

—Espera, espera. De modo que durante unos días Salim se dio la gran vida. Comía los mejores manjares de la ciudad, se compró ropas nuevas, disfrutó de los placeres de Ash—Shám que no están prohibidos por Alá. Sin embargo, al cabo de un tiempo el rey notó que había desaparecido una parte de su tesoro. Estaba irritado y furioso, y promulgó un edicto: «El que hallare al ladrón del oro del rey obtendrá a su bella hija en matrimonio y la mitad de su reino».

»Ante tal recompensa, muchos hombres sabios e inteligentes fueron a examinar las bóvedas reales. Se quedaron asombrados y todos sin excepción dijeron al rey que ningún hombre podía haber penetrado en la cámara del tesoro y robado el oro. Por fin, el más listo de todos pidió que pusieran unas cuantas brazadas de hojas de palmera secas en el tesoro. El rey no hizo preguntas, pero hizo lo que le decía el hombre inteligente. Luego el ingenioso hombre prendió fuego a las hojas de palmera y sacó al rey y a sus cortesanos fuera del edificio. En pocos minutos todos pudieron ver una franja negra de humo salir de una fina brecha en la base de los muros del palacio. El hombre astuto se acercó y examinó el terreno, donde vio unas ligeras huellas sobre el polvo. "¡Observad, majestad! —dijo—. El ladrón no era un hombre, sino un lagarto!"

»El rey, que tenía poca paciencia con los hombres inteligentes, pensó que estaba tratando de burlarse de él, de modo que ordenó que fuera arrestado y decapitado. Y ése fue el final de aquel hombre listo.

—¿Se supone que encierra una moraleja para mí? —pregunté.

Noora sonrió.

—No, la historia no ha acabado. El hombre listo no tenía ninguna importancia. Ni siquiera le he dado un nombre. En cualquier caso, corrió la voz de lo sucedido por toda la ciudad de Ash—Shám, hasta que llegó a los oídos del imán malvado. El imán malvado comprendió que la mano de la hija del rey y la mitad del reino podían ser suyos, porque había oído las palabras de Abu Qurush en el pozo. Corrió hasta la sala de audiencias del rey y gritó: «El ladrón es tu propio imán, Salim».

»Bueno, el rey dudó de que fuera cierto, pero envió a sus soldados a casa de Salim, donde encontraron el resto del oro. Arrestaron a Salim y lo encerraron, cargado de cadenas, en la más profunda y sucia mazmorra real. Salim sabía quién lo había traicionado y maldijo su estupidez por desoír los consejos de los animales y haber liberado al imán.

»Salim languidecía en la penumbra de su celda día tras día y noche tras noche, cuando de pronto recordó las palabras de la loba. Sacó los bigotes de la loba y los quemó. En menos que canta un gallo la loba estaba ante él. "¿Qué deseas de mí?", le preguntó.

»"Sólo tú puedes librarme de este terrible encierro, igual que yo te saqué del pozo", dijo Salim.

»"Esta noche serás libre", dijo la loba y se coló por debajo de la puerta de su celda.

»Pasaron muchas horas hasta que llegó el cuarto más oscuro de la noche. De repente llegaron gritos de terror desde el dormitorio del joven hijo del rey y heredero. El rey entró corriendo en la habitación y vio a la loba con la cabeza del muchacho atrapada entre sus largos y afilados dientes. Cada vez que el rey o uno de sus soldados o consejeros intentaban aproximarse, la loba soltaba un fuerte y fiero gruñido. Nadie podía hacer nada para salvar al joven príncipe.

Inevitablemente, la noticia se difundió por todo el palacio. Los guardianes de la mazmorra hablaban de ello en voz alta y Salim los oyó. "Llebadme ante el rey —pidió— y yo salvaré la vida del príncipe."

»Los guardias se echaron a reír, diciendo que los más valientes de su tropa no podían hacer nada, así que ¿cómo esperaba lograrlo un simple religioso? Por fin, Salim convenció a los guardias de que lo llevaran ante el rey. Se apresuraron hasta la cámara del príncipe. En cuanto Salim entró, la loba empezó a mover el rabo y a emitir unos sonidos como los de un perro feliz al ver a su amo. "La loba se marchará sin hacer daño al muchacho —dijo Salim—, pero sólo si le ofreces el corazón del antiguo imán de Ash—Shám."

»El rey ordenó a sus soldados que se dieran prisa, salieron de la ciudad y buscaron al imán malvado. Lo arrestaron, lo llevaron otra vez a palacio y le cortaron la cabeza. Luego le abrieron el pecho, le arrancaron el corazón y lo pusieron en un cuenco de oro. Salim colocó el cuenco de oro ante la loba. El animal le lamió la mano, cogió el corazón del imán malvado en la boca y escapó libremente del palacio.

»El rey estuvo tan contento que perdonó a Salim y le concedió la mano de su hija. Esperé un momento para asegurarme de que la historia había acabado por fin.

—¿Se supone que debo arrancarle el corazón al doctor Sadiq Abd ar—Razzaq? —dije.

—Sí, y dárselo de comer a un perro —dijo Noora con fiereza.

—¿A pesar de que en la ciudad ya no hagamos esas cosas? Quiero decir, estamos hablando de teología, no de Hitler ni de Gengis Kan.

Noora me miró atónita.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó.

Yo me sonreí.

—No importa.

Me retiró el plato y el cuenco vacíos y salió de la tienda. Friedlander Bey entró casi inmediatamente. Se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—¿Cómo te encuentras, querido? —me preguntó.

Me alegré de verlo.

—Es voluntad de Alá, oh caíd —dije.

Él asintió.

—Mira, tienes la cara muy quemada del sol y del viento. ¡Y las manos y los brazos, de llevarme! —sacudió la cabeza—. He venido a verte todos los días, incluso cuando estabas inconsciente. He asistido a tu sufrimiento.

Respiré hondo.

—Era necesario.

De nuevo asintió.

—Supongo que estoy intentando expresarte mi gratitud. Siempre es...

Levanté la mano que tenía libre.

—Por favor, oh caíd, no hagas que ambos nos sintamos incómodos. No me des las gracias. Hice lo que pude para salvar nuestras vidas. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Sin embargo tú fuiste más allá de todo límite humano, te dañaste el cuerpo y la mente por mi culpa. Yo te di esos malditos implantes e hice de ti mi arma. Ahora tú me recompensas con un valor sin límites. Me siento avergonzado.

Cerré los ojos unos segundos. Si eso se prolongaba mucho más, sería tan insoportable como la caminata por el desierto.

—No deseo seguir hablando de eso —dije—. No tenemos tiempo para ser complacientes con nuestros sentimientos. La única esperanza que tenemos de salir vivos de ésta, de regresar a la ciudad y recuperar nuestra posición, es centrarnos claramente en un plan.

Papa se frotó la mejilla, en la que la pelusilla gris se estaba convirtiendo en una frondosa barba. Le observé morderse el labio mientras meditaba. Era evidente que había tomado una decisión, porque a partir de entonces se convirtió en el viejo Friedlander Bey que todos conocíamos en el Budayén.

—Con los Bani Salim no corremos peligro —dijo.

—Bien. No sabía de qué lado estaban.

—Han aceptado la responsabilidad de cuidarnos hasta que lleguemos a Mughshin. Seremos considerados huéspedes de honor y nos tratarán con la mayor cortesía. Debemos evitar abusar de su hospitalidad, porque nos darán su comida aunque eso les suponga pasar hambre. No deseo que eso suceda.

—Yo tampoco, oh caíd.

—Nunca he oído hablar de Mughshin, supongo que se trata de una comunidad de cabañas y tiendas alrededor de un gran pozo, en algún lugar del sur. Nos equivocamos al pensar que el sargento de Najran había ordenado que nos soltaran en el centro de la Región Desolada. El helicóptero viajó más de lo que nos pensábamos, nos arrojaron en la parte noreste de las Arenas —yo fruncí el ceño, y Papa explicó—: Sí, así llaman los beduinos a este enorme desierto: sencillamente las Arenas. Nunca han oído hablar del Rub al—Khali.



—A nosotros nos era indiferente dónde estuviéramos —dije—. Si los Bani Salim no nos hubieran encontrado, hace tiempo que hubiéramos muerto.

—Debimos caminar en dirección opuesta, hacia el este. Estábamos más cerca de Omán que del extremo occidental.

—Tampoco hubiéramos podido llegar a Omán. Pero, ¿vamos a viajar hacia el sur con los Bani Salim?

—Sí, hijo mío. Podemos confiar en ellos. Eso es más importante para nosotros que el tiempo o la distancia.

Levanté las rodillas como experimento, sólo para ver si aún funcionaban. Así era y me alegró mucho, aunque las tenía muy débiles después de dos semanas de descanso forzoso.

—¿Has planeado cuál será nuestro futuro cuando llegemos a Mughshin?

Miró hacia arriba, por encima de mi cabeza, como si mirase a la lejanía hacia el Budayén y hacia nuestros enemigos.

—No sé dónde está Mughshin y ni siquiera el caíd, Hassanein puede mostrármelo. Los Bani Salim no tienen mapas ni libros. Algunos beduinos me han asegurado que desde Mughshin existe un viaje fácil a través de montañas hasta una ciudad ribereña llamada Sálala. —Papa sonrió fugazmente.— Hablan de Sálala como si fuera el lugar más maravilloso de la tierra, con todo tipo de lujos y placeres.

—Montañas —dije tristemente.

—Sí, pero no grandes montañas. Además, Hassanein nos ha prometido encontrar guías dignos de confianza en Mughshin.

—¿Y luego?

Papa se encogió de hombros.

—Una vez llegemos a la costa, viajaremos en barco hasta una ciudad que tenga aeropuerto de lanzaderas suborbitales. Debemos tener mucho cuidado cuando regresemos a casa, porque encontraremos espías...

Noora regresó, esta vez con ciertas prendas dobladas.

—Esto es para ti, caíd Marîd —dijo—. ¿Quieres ponerte ropa limpia y dar un paseo conmigo?

No tenía ninguna prisa por poner a trabajar mis doloridos músculos, pero no podía negarme. Papa se levantó y salió de la tienda. Noora le siguió y dejó caer las cortinas delanteras y traseras de la tienda, para que pudiera vestirme en la intimidad.

Me levanté despacio, dispuesto a retirarme a descansar en caso de notar dolores fuertes. Desdoblé la ropa limpia. En primer lugar había un trozo de tela gastada que me coloqué a modo de ropa interior. No estaba muy seguro de cómo se la ponían los hombres Bani Salim y no iba a averiguarlo. Por encima de eso me puse una larga y blanca bata que los beduinos llamaban thobe. Los pobres de la ciudad llevaban algo muy similar; Friedlander Bey solía vestir una, que revelaba sus orígenes. Encima de

la thobe me puse una camisa blanca larga totalmente abierta en el pecho, con mangas amplias y largas. Para la cabeza tenía una keffiya limpia de algodón pero había perdido mi akal en alguna parte. Me la coloqué en la cabeza, atándola tal como la llevaban esos beduinos del sur. Luego me puse mi túnica azul, ahora gastada y manchada por el viaje, que los Bayt Tabiti habían admirado tanto. No había sandalias con el resto de las ropas. Imaginé que podía ir descalzo.

Daba gusto volver a levantarse, vestirse y estar preparado para la acción. Cuando salí de la tienda, me sentí orgulloso porque mi atuendo me hacía parecer un rico caíd de un mundo decadente y decrepito del otro lado del Rub al—Khali. Era consciente de que los ojos de todo el campamento estaban fijos en mí.

Friedlander Bey, Noora y su tío Hassanein me estaban esperando. El caíd de los Bani Salim me saludó con una amplia sonrisa.

—Toma —dijo—, aquí tienes tus pertenencias. Las cogí para guardarlas. Temía que algunos de nuestros hombres más jóvenes cayeran en la tentación de tomarlas prestadas.

Me dio mis sandalias, mi daga ceremonial y mi ristra de moddies y daddies. Me alegré mucho de recuperarlas.

—Por favor, oh caíd —dijo a Hassanein—, me honraría que aceptaras este regalo. Sólo es una muestra de todo lo que os debo.

Le ofrecí la daga espléndidamente encajada.

La tomó en sus manos y la contempló. Permaneció en silencio unos minutos.

—¡Por la vida de mis ojos —dijo por fin—, esto no es para mí! Esto es para un noble príncipe o un rey.

—Amigo mío —dijo Papa—, tú eres tan noble como cualquier príncipe de sangre real. Acéptalo. Esta daga tiene una larga historia, es digna de ti.

Hassanein no balbuceó unas efusivas gracias. Se limitó a asentir y se ató el cinturón trenzado alrededor de la cintura. Llevaba la daga a la manera beduina, directamente delante, sobre el estómago. No dijo nada más, pero era evidente que el regalo le había agradado sobremanera.

Paseamos despacio entre las tiendas de negro pelo de cabra. Podía ver las caras de los hombres volviéndose para mirarnos. Hasta las mujeres nos miraban al pasar, mientras se ocupaban de sus quehaceres domésticos. No muy lejos, los niños apacentaban los camellos y las cabras hacia los matorrales bajos y miserables. No era el mejor alimento para los animales, pero en ese lugar desolado no tenía más remedio que serlo. Enseguida comprendí lo que Hassanein quería decir con eso de movernos. Allí había poco sustento para los animales.

El campamento consistía en una docena de tiendas. El terreno que rodeaba Bir Balagh se parecía al que Papa y yo habíamos atravesado. No había árboles que dieran sombra, ni palmeras, ni un verdadero oasis. Lo único que hablaba en favor de esa

franja baja y plana que se extendía en una depresión entre dos cadenas de dunas era un solitario y ancho agujero en el suelo: el pozo. Cuando un viajero se acercaba a uno de estos pozos, a veces se pasaba horas excavando, porque las arenas movedizas no tardaban en cubrirlo.

Me di cuenta de lo desvalidos que Papa y yo habríamos estado, incluso de haber llegado a ese agujero enfangado. El agua solía estar a tres metros de la superficie, o más, y no había ni cubos ni cuerdas. Cada tribu de beduinos errantes acarrea su propia cuerda para extraer el agua vivificadora. Aunque Alá nos hubiera concedido la buena suerte de encontrar uno de estos caudales salinos, podíamos haber muerto de sed a sólo tres metros en vertical del agua.

Eso me hizo estremecer y murmuré una oración de gracias. Luego los cuatro reanudamos el paseo. En una de las tiendas más próximas, unos cuantos hombres descansaban y bebían café en unas tacitas poco más grandes que dedales. En el campamento ésa era la principal ocupación de los hombres beduinos. Uno de ellos me vio y dijo algo, arrojando su taza de café al suelo. Se armó un alboroto entre sus amigos, se puso en pie de un salto y se apresuró hacia mí, gritando y gesticulando como un loco.

—¿Qué significa esto? —pregunté a Hassanein.

El caíd interceptó al enojado hombre.

—Son nuestros huéspedes —dijo Hassanein—. Cállate o nos deshonrarás a todos.

—¡Él es quien nos ha traído el deshonor! —gritó el beduino furioso, señalándome con un dedo largo y huesudo—. ¡Lo está haciendo ante nuestras narices! ¡Intenta echarla a perder! ¡La seduce con sus impías maneras de ciudad! ¡No es un verdadero musulmán, maldita sea la religión infiel de su padre! ¡No le preocupa ella en absoluto, la deshonrará y la abandonará para volver a su harén de mujeres corruptas!

Hassanein no logró contener al joven, que seguía gritando y apretando el puño ante mí. Intenté ignorarlo, pero pronto toda la tribu se había reunido a nuestro alrededor. El asunto se estaba saliendo rápidamente de su cauce.

Noora empalideció. La miré, parecía ausente. Temí que rompiera a llorar.

—No me lo digas —le dije—, éste es bin Musaid, tu admirador secreto, ¿no es cierto?

Me miró a la cara con impotencia.

—Sí —dijo en voz baja—. Está resuelto a matarte.

Pensé en que hubiera sido mejor declinar la invitación del caíd Mahali y en vez de ello salir a emborracharme.

## 6

Observé como los Bani Salim recogían el campamento. No tardaron mucho. Cada persona de la tribu tenía su tarea asignada y la realizaba con rapidez y eficacia. Incluso el resentido Ibrahim bin Musaid, al que habían contenido y convencido de que no me asesinase mientras me encontrara allí, estaba atareado juntando los camellos de carga.

Era un hombre de tez oscura, taciturno, de unos veinte años, y una cara alargada y estrecha. Al igual que algunos de los Bani Salim más jóvenes, no llevaba keffiya y un cabello rebelde y fibroso le cubría la cabeza. Tenía la mandíbula superior algo prominente, lo que le daba una desafortunada expresión estúpida, y sus ojos negros contemplaban el mundo bajo unas pobladas cejas.

La situación entre él y Noora era más complicada de lo que pensaba. No se trataba simplemente de un amor no correspondido, lo cual en la cerrada comunidad de una tribu beduina habría sido bastante malo. Hassanein me contó que bin Musaid era el hijo de uno de los dos hermanos del jefe y Noora era hija del otro. Entre los Bani Salim, una muchacha está comprometida desde su nacimiento con su primo mayor y no se puede casar con nadie más, a no ser que él la libere del compromiso. Bin Musaid no tenía la menor intención de hacerlo, a pesar de que Noora había dejado claro que deseaba casarse con otro joven llamado Suleimán bin Sharif.

Yo contribuí a empeorar las cosas, porque bin Musaid había centrado sus celos en mí. Supongo que era un blanco más fácil que Sharif, porque era un foráneo y un enclenque civilizado. Bin Musaid expresaba claramente su indignación por las horas que Noora había pasado conmigo, en particular aquellas largas noches en las que me estaba recuperando. Para él no cambiaba nada el hecho de que hubiera pasado la mayoría del tiempo inconsciente. Aún insinuaba todo tipo de comportamiento impropio.

No obstante, esa mañana no era el momento para soltar más acusaciones. Los camellos yacían acostados en el suelo, mientras los hombres Bani Salim apilaban las tiendas plegadas y los fardos de las pertenencias y provisiones. En el aire resonaban los fuertes rugidos y gruñidos de los camellos, que eran conscientes de lo que iba a suceder y mostraban unánimemente su disconformidad. Algunos volvían la cabeza para morder a sus propietarios, que intentaban colocarle la carga, y los beduinos debían apartarse rápido.

Cuando todo estuvo repartido y perfectamente cargado, estuvimos preparados para viajar. Bin Sharif, el novio de Noora, me trajo una pequeña camella llamada Fatma. La tribu tenía unas cuantas docenas de camellos en su manada, pero sólo dos o tres eran machos. Bin Sharif me explicó que venderían o se comerían el resto de los machos, porque no creían en alimentar y dar de beber a un animal que no daba leche

a cambio.

Vi a uno de los hombres montar a un camello en marcha. Se subió a una de las patas del animal, trepó agarrado con los tobillos a la rodilla y luego empinándose al cuello del camello y a la silla de montar. Yo no estaba preparado para hacer ese tipo de exhibición y esperé hasta que bin Sharif hizo arrodillar a Fatma tocándole las rodillas con un palo y haciendo el mismo «¡khirr khirr!» que había oído emplear a los Bayt Tabiti. Luego me subí con cierto reparo en la montura de madera cubierta con piel de cabra. Bin Sharif puso en pie al animal y me dio la rienda de la cabeza y una fusta. Vi que habían ayudado a Friedlander Bey a montar en otro camello pequeño.

—¡En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso! —gritó el jefe Hassanein, guiando a los Bani Salim hacia el sur de Bir Balagh.

—¡Allahu akbar! ¡Dios es el más grande! —gritaron los hombres de su tribu.

Nos encontrábamos a tres días de viaje de Khaba, el siguiente pozo.

Papa colocó su camello a mi izquierda y Hilal, uno de los dos Bani Salim que nos encontraron en el desierto, cabalgó a mi derecha. No era una experiencia encantadora y no podía imaginar permanecer en esa silla tres días hasta llegar a Khaba, y mucho menos las dos semanas que tardaríamos en llegar a Mughshin.

—¿Cómo te encuentras, hijo mío? —me preguntó Papa.

Gruñí.

—Odio esto —dije.

—Estas sillas no son tan cómodas como las de los beduinos del norte. Esta noche nos dolerán los músculos.

—Mira —dijo Hilal—, nosotros no nos sentamos en las sillas como los de la ciudad; nos arrodillamos.

De hecho, él estaba arrodillado en la grupa del camello. Yo ya tenía bastantes problemas para mantener el equilibrio, encajado en la silla de madera y agarrado a la vida. Si intentaba arrodillarme como Hilal, seguro que me caía y rodaba por el suelo hasta el siguiente bamboleante camello. Con lo cual tendría que añadir un cuello roto a mi dolorida espalda.

—¡Quizás sea mejor que me baje y camine —dije.

Hilal sonrió y me mostró sus fuertes dientes blancos.

—¡Alégrate, hermano! —dijo—. ¡Estás vivo y estás entre amigos!

En realidad nunca había estado con gente tan espantosamente alegre como los beduinos. Se pasaron todo el camino cantando desde Bir Balagh hasta Khaba. Supongo que había pocas cosas en las que pasar el tiempo. De vez en cuando, uno de los hombres jóvenes se encaramaba a hombros de uno de sus primos; se trataba de una competición a lomos de los camellos, cada uno intentaba derribar al otro al suelo. La posibilidad de romperse un hueso no parecía intimidarles.

Al cabo de una hora y media, mi espalda, mi cuello y mis piernas empezaron a

quejarse. No podía estirarme lo suficiente y me di cuenta de que sólo haría que empeorara. Entonces recordé los daddies. Al principio dudé en volver a enchufarme el daddy bloqueador del dolor, pero mi argumento era que sólo el abuso de drogas y daddies era peligroso. Saqué el daddy y me lo conecté, prometiéndome a mí mismo que no me lo iba a dejar más tiempo del necesario. A partir de entonces, el viaje en camello fue apenas una ligera tensión de mis encalabrados músculos. Sin embargo, nunca he encontrado nada más aburrido.

El resto del día me encontré bastante bien. De hecho, me sentí casi invencible. Habíamos sobrevivido al desierto del Rub al—Khali —con la ayuda de los Bani Salim, claro está— y nos disponíamos a castigar a Reda Abu Adil y a su obediente imán. Una vez más había demostrado a Friedlander Bey que era un hombre de honor y valiente. Dudaba de que volviera a recurrir a mi centro de dolor para conseguir mi cooperación. Aunque en ese momento no todo andaba bien, estaba seguro de que pronto se arreglaría.

Me sentí como si una fuerte comente de fuerza dinámica fluyera hasta mí desde alguna fuente mística. Sentado incómodamente a horcajadas sobre Fatma, imaginé que Alá inspiraba a nuestros aliados y creaba confusión en nuestros adversarios. Nuestra meta era honrada y digna y supuse que Dios estaba de nuestro lado. Incluso antes del secuestro, me había vuelto más serio con mis obligaciones religiosas. Ahora, cuando los Bani Salim se detenían para rezar las cinco veces prescritas, me unía a ellos con sincera devoción.

Cuando llegamos a un valle entre dos promontorios de arena paralelos, Hassanein dio el alto para la acampada nocturna. Los hombres hicieron arrodillar a los camellos y los descargaron. Luego los niños pastorearon a los animales hasta unos matojos bajos de aspecto agostado.

—¿Ves el haram, el caramillo? —dijo Suleimán bin Sharif.

Él y Ibrahim bin Musaid habían descargado a Fatma y al camello de Papa.

—Sí —respondí.

El haram tenía hojas rojizas de aspecto mortecino y era la planta más infeliz que había visto en mi vida.

—No está muerta, aunque parecen palos secos brotando del suelo. En esta parte de las Arenas no ha caído agua en casi dos años, pero si lloviera mañana, el haram florecería en una semana y podría vivir otros dos años.

—Los Bani Salim son como el haram —dijo bin Musaid, mirándome con expresión amenazadora—. No somos como esos débiles habitantes de las ciudades, que no pueden vivir sin sus ornamentos cristianos.

«Cristiano» parecía ser el peor insulto que podía imaginar.

Tenía una respuesta para ello; bin Musaid me recordaba verdaderamente al haram, pero no podía imaginarlo cubierto de flores, porque antes necesitaría un baño.

Decidí no decirlo en voz alta, porque imaginé los titulares: PROPIETARIO DE UN CLUB DEL BUDAYEN MUERE EN LA MASACRE DEL CARAMILLO.

Las mujeres plantaron las tiendas de pelo de cabra y Hassanein nos ofreció la suya a Papa y a mí.

—Gracias, oh caíd —dije—, pero ahora ya estoy lo bastante bien como para dormir junto al fuego.

—¿Estás seguro? —me preguntó Hassanein—. Sería un mal ejemplo de mi hospitalidad si te dejara dormir esta noche bajo el cielo de Dios. Me sentiría en verdad honrado si...

—Yo acepto tu amable invitación, caíd Hassanein —dijo Friedlander Bey—. Mi nieto desea experimentar la vida de los beduinos. Aún conserva ideas románticas de la existencia nómada, sin duda piensa en Ornar Khayyám. Una noche junto al fuego le sentará bien.

Hassanein se echó a reír y fue a decir a su esposa que preparase una habitación en su tienda para Papa. En cuanto a mí, deseé que esa noche no hiciera mucho frío. Al menos tenía mi túnica para conservar el calor.

Compartimos una cena sencilla de carne de cabra seca, unas gachas de arroz, pan, café y dátiles. Había acumulado mucha hambre durante el día y ésa fue la comida más satisfactoria que recordaba. Parte de la satisfacción procedía de la compañía. Los Bani Salim nos habían acogido unánimemente a Papa y a mí y era como si hubiéramos nacido entre ellos.

Bueno, la aceptación era «casi» unánime. Por supuesto, el único disidente era Ibrahim bin Musaid. El primo de Noora no tenía ningún problema con Friedlander Bey, pero aún me miraba con recelo y murmuraba entre dientes cuando me pescaba mirándole. Yo estaba bajo la protección del caíd Hassanein y por tanto completamente a salvo de su sobrino. Y bin Musaid era lo bastante listo como para percatarse de que si se limitaba a esperar, yo acabaría marchándome.

Cuando terminé de cenar, me desconecté el daddy bloqueador del dolor. Excepto cierta hinchazón en la nuca y la espalda, me sentía bastante bien. Vi como algunos de los hombres se levantaban para comprobar que los muchachos habían trabado bien a los camellos para pasar la noche. Aún quedábamos cinco o seis junto al fuego y empezó una sesión de historias festivas, sobre los hombres que tenían esposas que les preparaban la comida y tiendas para dormir en ellas. Un hombre contó cierto chismorreo sobre bin Shahira que, como algunos de los Bani Salim, lo llamaban por el nombre de su madre y no por el de su padre.

—Llevar el nombre de su madre lo volvió loco toda su vida —dijo el narrador—. Todos los años que fuimos niños juntos se quejó de la estricta tiranía de su madre. Así que ¿con quién se casó? Con la hija del viejo Wadood Ali. Solía llamarla Badia la Jefa. Ahora es el hombre más tiranizado que ha montado jamás sobre un camello.

Esta noche, durante las oraciones, creo haberle oído pedir a Alá que dejara que los Bayt Tabiti nos ataquen y se la lleven. ¡Sólo a ella y nada más!

—Min qhayr sharr —dijo otro hombre, al que no divirtió en absoluto; se trataba de una fórmula supersticiosa para evitar el mal que bin Shahira deseaba.

Nadie estaba a salvo de esos lenguaraces Bani Salim, excepto, claro está, el resto de los que se sentaban alrededor del fuego. Incluso el caíd Hassanein despertó ciertos sarcásticos comentarios sobre el modo en que estaba manejando al cabeza loca de su sobrino, bin Musaid, y a su hermosa sobrina, Noora. Era evidente que bin Musaid y bin Sharif no eran los únicos hombres en la tribu que tenían ojos para Noora, pero como bin Musaid era su primo mayor, tenía un incontestable derecho sobre ella.

La conversación variaba en una dirección, luego en otra. Uno de los hombres más viejos empezó el recital de una remota batalla en la que se distinguió. Los hombres más jóvenes se quejaron de que ya habían oído la historia cien veces, pero eso no desalentó al orador. Hilal y bin Turki se levantaron de sus sitios y se sentaron a mi lado.

—¿Nos recuerdas, oh caíd? —preguntó Hilal, que cabalgó a mi lado la mayor parte del día.

—Sí, por supuesto —dije—. Vosotros sois los jóvenes listos que nos encontraron en el desierto.

Hilal y bin Turki se sonrieron entre sí.

—Mi primo quiere preguntarte algo —dijo Hilal.

—Claro.

Bin Turki era un joven guapo y tímido. Incluso a la luz de las llamas podía ver que estaba furiosamente sonrojado.

—Oh caíd —dijo—, cuando regreses a la ciudad ¿estarás lejos de China?

Me pregunté qué quería decir con eso.

—Muy lejos, bin Turki, ¿por qué?

—¿A diez días de marcha? ¿a veinte?

Hice cálculos rápidos. Los camellos viajan una media de unos cinco kilómetros por hora y los Bani Salim recorren doce horas de viaje por día. Digamos unos sesenta kilómetros. La distancia de la ciudad a China...

—Cientos de días, amigo mío, a través de desiertos y mares y grandes montañas.

Bin Turki me miró parpadeante.

—Oh caíd —dijo con voz temblorosa—, ni siquiera el mundo de Alá es tan grande.

Pensó que le estaba mintiendo, pero no podía acusar a un invitado de su tribu.

—En realidad sí es tan grande. Las Arenas son sólo una parte de Arabia y Arabia es al mundo... lo que un camello a una manada entera.

—... ¡Walláhi! —murmuró Hilal.



Significa «Por Dios bendito» y es uno de los juramentos más fuertes de los Bani Salim, a los que rara vez los oí recurrir a la obscenidad.

—¿A qué se debe tu curiosidad por China, bin Turki? —pregunté.

Esa gente jamás había oído hablar de Inglaterra, Nuevo Texas; ni siquiera de las tierras occidentales del mundo musulmán.

—¿Acaso no dijo el profeta, que las bendiciones de Alá y la paz sean con él: Buscad el conocimiento en China? Pensé que podía volver contigo a tu ciudad y luego partir desde allí hacia China.

Hilal se echó a reír.

—Bin Turki está sediento de conocimiento —dijo con voz molesta—. Ya se ha bebido todo el conocimiento que tenemos en las Arenas.

—No tienes que ir a China —dije—. Si sinceramente quieres aprender, quizás puedas viajar con nosotros cuando lleguemos a Mughshin. ¿Te gustaría?

Vi temblar a bin Turki.

—Sí, oh caíd —dijo en voz baja.

—¿Existe algún motivo por el que no puedas venir con nosotros? ¿Te necesitan los Bani Salim? ¿Quizás el caíd Hassanein te haya prohibido ausentarte unos meses?

—Aún no lo he hablado con el jefe —dijo bin Turki.

—Los Bani Salim no te necesitan —dijo Hilal—. Nunca haces nada útil. Será un estómago menos que llenar del agua de los pozos de las Arenas. En serio, hermano, el caíd Hassanein te dejará partir con su bendición.

Transcurrieron unos segundos en los que bin Turki pensó en silencio sobre las consecuencias de lo que deseaba hacer. Escuchamos crepitar y crujir en el fuego las ramas muertas de los árboles ghaf, parecidos a la mimosa. Luego el joven demostró su coraje.

—Si el caíd Hassanein me da su permiso —preguntó—, ¿podré unirme a vosotros?

Sonreí al muchacho.

—¿Conoces el camino a través de las montañas desde Mughshin a la ciudad costera?

—¿Hasta Sálala? —dijo bin Turki—. Sí, He estado allí muchas veces. Dos o tres.

—Bueno, entonces nos alegrará tu compañía. Háblalo con el caíd Hassanein y a ver qué dice. Hay un mundo grande y extraño ahí fuera. Tal vez te arrepientas de haber abandonado a los Bani Salim.

—Si eso ocurre, regresaré a las Arenas, inshallah.

Hilal me miraba a mí y luego a bin Turki, dándose cuenta de que su amigo pronto dejaría la comunidad en busca de una vida inimaginable más allá del desierto.

—La illah ill'Allah —dijo sorprendido, que significa: «No hay más Dios que Alá».

Bin Musaid se acercó al fuego y me contempló unos segundos.

—No tienes por qué dormir aquí sobre la arena esta noche —dijo—. Serás bien recibido en mi tienda.

Tras la generosidad de su oferta se escondía una expresión amarga. Me pregunté por qué me hacía esa invitación. Quizás Hassanein había tenido una charla con él.

—Qué Alá te lo pague, bin Musaid —dije—, pero esta noche deseo dormir bajo las estrellas.

—Bueno —dijo.

No intentó convencerme. Uno de los otros le pasó un pellejo de leche de camella y él se agachó para beber. Los beduinos consideran vergonzoso beber de pie. No me preguntéis por qué.

Noora se unió a nosotros, pero ni siquiera miró a bin Musaid.

—Mi tío quiere saber si necesitas algo —dijo.

Hace algún tiempo, no mucho, me habría hecho el débil y habría pedido al jefe alguna medicación.

—Dile a Hassanein que me encuentro muy bien.

—Noora —dijo Hilal—, cuéntanos de cuando Abu Zayd fue rescatado de los Bayt Tabiti.

—No existe ninguna historia sobre Abu Zayd y los Bayt Tabiti —dijo otro de los hombres.

—Dale a Noora un minuto y la habrá —dijo bin Turki.

Bin Musaid gruñó ofendido, se levantó y se internó en la noche cerrada.

—Sería mejor que lo colgaran como un camello —dijo Hilal—, porque su esposa no será feliz con él.

Hubo un silencio incómodo, mientras intentábamos por todos los medios no mirar a Noora.

—Bien, ¿alguien quiere oír la historia de Abu Zayd? —dijo ella por fin.

—¡Sí! —dijeron varias voces.

Abu Zayd es un héroe popular del folclore árabe. Su tribu mítica es la responsable de todo, desde las ruinas romanas del norte de África hasta los misteriosos petroglifos del Rub al—Khali.

—Todos los que amáis al profeta —empezó Noora— decid: «Que Alá se apiade de él y le conceda la salvación». Un día Abu Zayd se perdió en una parte de las Arenas por las que nunca antes había viajado. No encontró huellas familiares y no sabía que estaba al borde del terrible llano de yeso llamado Abu Khawf, o Padre del Miedo. Condujo a su fiel camello, Wafaa, hacia el llano, que duraba ocho días de viaje. Al cabo de tres días, Abu Zayd se había bebido toda el agua. Al final del día siguiente, cuando se encontraba en el mismo centro del Abu Khawf, estaba sediento, e incluso Wafaa, su camello, empezaba a trastabillar.

»Pasó otro día y Abu Zayd temió por su vida. Oró a Dios, diciendo que, si era la voluntad de Alá, prefería salir de Abu Khawf vivo. Justo entonces oyó una fuerte voz. Sobre dos camellos cargados con pellejos de cabra llenos, se acercaba un hombre de los Bayt Tabiti.

»" ¡Salaam alaykum, hermano!", gritó el extraño. Soy Abduh bin Abduh y te daré agua.

»"Alaykum as—salaam", dijo Abu Zayd, aliviado. Observó al Bayt Tabiti coger varias bolsas de agua y colgárselas a Wafaa. Luego Abduh bin Abduh le ofreció una bolsa de leche de camella, que Abu Zayd bebió con avidez. "Me has hecho un gran favor —dijo—. Has evitado que muriera en este miserable llano de yeso. Ningún hombre me ha demostrado más hospitalidad y generosidad. Insisto en que des la vuelta a tus camellos y vuelvas conmigo hasta el oasis más próximo. Allí te daré una recompensa apropiada."

»"No pensaba en ninguna recompensa —dijo Abduh bin Abduh—. Pero si insistes..." Dio media vuelta a sus camellos y los dos hombres recorrieron juntos lo que restaba de Abu Khawf, el Padre del Miedo. Dos días más tarde llegaron a Bir Shaghir, un campamento alrededor de un pozo con las aguas más dulces de las Arenas. Abu Zayd cumplió su promesa, comprando una gran carga de harina, mantequilla, dátiles, café, arroz y carne seca, y ofreciéndosela a Abduh bin Abduh. Poco después los hombres se expresaron su gratitud y buenos deseos hacia el otro y partieron, tomando caminos distintos.

»Al cabo de un año exacto de esa fecha, Abu Zayd volvió a perderse en las Arenas; esta vez se había internado en Abu Khawf desde otra dirección. Pasaron tres días y se dio cuenta de que el destino lo había llevado a la misma situación que había sufrido el año anterior. Oró a Dios diciendo: "Yaa Allah, tu voluntad es como la tela que la araña teje. ¡Toda gloria a Dios!".

»Y en el quinto día, cuando Abu Zayd y su camello, Wafaa, se estaban debilitando sin agua, el que se acercaba por el llano de yeso no era otro que el mismo Bayt Tabiti. "¡Que Dios te bendiga! —gritó Abduh bin Abduh—. Todo el año he hablado a mis amigos de tu generosidad. Esperaba volver a encontrarte para que supieras que tu nombre es legendario entre mi pueblo por tu gratitud."

»Abu Zayd estaba sorprendido, pero una vez más persuadió a Abduh bin Abduh de dar media vuelta a sus camellos y regresar con él a Bir Shaghir. Esta vez compró a los Bayt Tabiti tanta harina, mantequilla, dátiles, café, arroz y carne seca, que necesitaron un tercer hombre para ayudar a transportarlo todo. Luego se juraron amistad eterna y partieron en direcciones opuestas.

»Sin embargo, antes de que Abduh bin Abduh desapareciera de su vista, Abu Zayd se giró y le gritó: "Ve en paz, hermano y disfruta de mis regalos, porque es la segunda vez que me salvas la vida. Nunca olvidaré lo que has hecho y mientras mis

hijos y los hijos de mis hijos tengan aliento, cantarán tus alabanzas. Pero escucha, oh afortunado: no soy un hombre rico. Si me encuentras el año que viene en Abu Khawf, pasa de largo y déjame morir de sed. No puedo permitirme el lujo de agradecértelo una vez más".

Los hombres del campamento se rieron en voz alta y Noora se levantó sonriendo; parecía complacida.

—Buenas noches, hermanos —dijo—. Que mañana os levantéis con buena salud.

—Tu eres la hija del bienestar —dijo bin Sharif.

Se trataba del idioma beduino, posiblemente de un idioma exclusivamente Bani Salim. Noora levantó una mano y luego cruzó una zona abierta del campamento hasta la tienda de su padre.

La mañana pronto llegaría y los hombres solteros no tardaron en acomodarse para pasar la noche. Me envolví en mi manto e intenté relajarme, sabiendo que mañana me esperaba otro largo día de viaje. Antes de caer rendido, me entretuve imaginando lo que sucedería cuando regresáramos a la ciudad. Imaginaba a Indihar, a Chiri y a Yasmin corriendo hacia mí con lágrimas de alegría en los ojos, alabando a Alá porque estaba sano y salvo. Imaginé que a Reda, sentado en su solitario palacio, le castañetearían los dientes de miedo ante el castigo que pronto recibiría. Imaginé que Friedlander Bey me recompensaría con toneladas de dinero y me diría que contrataría a otro para que se ocupara del doctor Sadiq Abd ar—Razzaq y que no tendría que molestarme.

El desayuno matinal consistía en unas gachas de arroz, dátiles y café. No era muy apetitoso y era bastante escaso. Teníamos mucha agua de Bir Balagh, pero empezaba a ponerse salobre y después de un día en los pellejos de cabra, empezaba a saber a..., bueno, a pellejo de cabra. Estaba deseando llegar al pozo de Khaba, del que los Bani Salim hablaban como el último pozo de agua dulce antes de la gran travesía hacia Mughshin.

El segundo día Friedlander Bey volvió a cabalgar a mi lado.

—He estado pensando sobre el futuro, hijo mío —dijo bostezando.

Estoy seguro de que hacía años que no dormía en el suelo ni compartía tan pocas raciones, sin embargo no le oí quejarse.

—El futuro —dije—. ¿Primero el imán ar—Razzaq y luego Abu Adil? ¿O al revés?

Papa permaneció en silencio un instante.

—¿No he dejado suficientemente claro que no haremos ningún daño al caíd Reda bajo ninguna circunstancia? —dijo—. Ni a sus hijos, si los tiene.

—Sí —asentí—, ya sé todo eso. ¿A qué te refieres con «hacer daño»? ¿Te refieres físicamente? Entonces no levantaremos la mano contra él. Seguro que no te importa que destruyamos su negocio y su influencia en la ciudad. Es lo mínimo que se

merece.

—Se lo merece, Alá lo sabe. No podemos destruir su influencia. No tenemos medios.

Me reí sin ganas.

—¿Me das tu permiso para intentarlo?

Papa movió una mano, ignorando el tema.

—Cuando hablo del futuro, me refiero a nuestra peregrinación.

No era la primera vez que sacaba a colación el viaje a La Meca. Simulé no saber de qué me estaba hablando.

—¿Peregrinación, oh caíd?

—Eres un hombre joven y te quedan décadas para cumplir ese deber. Pero a mí no. El apóstol de Dios, que las bendiciones de Alá y la paz sean con él, nos impuso la obligación de viajar a La Meca al menos una vez en la vida. Yo he retrasado ese viaje santo año tras año hasta ahora, que temo que me quedan muy pocos. Planeaba ir este año, pero cuando llegó el mes de la peregrinación, estaba demasiado enfermo. Tengo grandes deseos de que concretemos los planes para ir el año que viene.

—Sí, oh caíd, por supuesto.

Mi interés primario era regresar a la ciudad y rehabilitarnos. Friedlander Bey olvidaba todo eso y ya hacía planes para cuando la vida retornara a la normalidad. Era una actitud que deseaba aprender de él.

El segundo día de marcha fue muy parecido al primero. Avanzamos por encima de las altas barreras de las dunas, deteniéndonos sólo para rezar las veces prescritas. Los Bani Salim no paraban para comer. La andadura bamboleante de Fatma, mi camello, tuvo un efecto apaciguador y a veces me sumía en un sueño inquieto. Cada poco, de repente, uno de los hombres gritaba: «¡No hay más Dios que Alá!». Los demás se unían a él y luego volvían a quedarse en silencio, absortos en sus propios pensamientos.

Cuando la tribu se detuvo la segunda noche, el valle entre las dunas parecía idéntico a nuestro campamento de la noche anterior. Me maravillé de como esa gente encontraba el camino de sitio en sitio, en ese inmenso desierto. Sentí un escalofrío de miedo: ¿y si en realidad no sabían el camino? ¿Y si sólo simulaban que sabían dónde estábamos? ¿Qué sucedería cuando el agua de los pellejos se acabara?

Olvidé mi estupidez mientras esperaba que Suleimán bin Sharif hiciera arrodillar a Fatma. Bajé por su prominente costado y estiré mis doloridos músculos. Había cabalgado todo el día sin la ayuda del daddy, me sentía orgulloso de mí mismo. Fui hacia Papa y le ayudé a descabalgár. Luego los dos ayudamos a los Bani Salim a montar el campamento.

Era otra serena y cautivadora noche del desierto. El primer altercado se produjo cuando Ibrahim bin Musaid se me acercó y puso su nariz a pocos milímetros de la

mía.

—¡Te he visto, hombre de la ciudad! —gritó—. Te he visto mirando a Noora. La he visto a ella mirándote vergonzosamente. ¡Lo juro por mi honor y por Dios todopoderoso que la mataré, antes de permitir que te burles de los Bani Salim!

Era lo que podía esperarse de bin Musaid. Lo que de verdad me apetecía era golpear al hijo de puta, pero sabía que los beduinos se tomaban la violencia física muy en serio. Un miserable puñetazo en la nariz habría sido suficiente provocación para que bin Musaid me matara, con la aprobación de todos los Bani Salim. Me cogí la barba, que es como los beduinos hacen sus juramentos, y dije:

—No he deshonrado a Noora y no he deshonrado a los Bani Salim. Dudo que alguien pudiera deshonrarte, porque tú no tienes honor del que hablar.

Hubo un fuerte murmullo alrededor y me pregunté si había ido demasiado lejos. A veces tengo tendencia a hacerlo. De cualquier modo, el rostro de bin Musaid se oscureció, pero no dijo nada más.

Se marchó precipitadamente. Sabía que me había ganado un enemigo mortal. Se detuvo y volvió el rostro hacia mí, levantando su brazo delgado y señalándome con el dedo, temblando de ira:

—¡La mataré! —gritó.

Me volví hacia Hilal y bin Turki, pero se limitaron a encogerse de hombros. Bin Musaid era mi problema, no el suyo.

No tardó en producirse otro altercado. Miré hacia el fuego en la zona más distante del campamento. Cinco personas discutían a gritos, cada vez más fuertes y violentos. Miré a bin Musaid y a Noora gesticulando furiosos. Entonces, bin Sharif, el joven con quien Noora deseaba casarse, salió en su defensa y pensé que los dos jóvenes empezarían a estrangularse allí mismo. Una mujer mayor se unió a ellos, y empezó a lanzar acusaciones contra Noora.

—Es Umm Rashid —dijo Hilal—. Tiene el temperamento de un zorro del desierto.

—No oigo lo que dice —comenté.

Bin Turki se echó a reír.

—Está acusando a Noora de acostarse con su marido. Su marido es demasiado viejo para acostarse con ella, y todos los Bani Salim lo saben, pero Umm Rashid está acusando a Noora de que su marido no le haga caso.

—No lo comprendo, Noora es una chica buena y dulce. No ha hecho nada para merecer esto.

—Ser buena y dulce en esta vida es suficiente para atraer el mal —dijo Hilal frunciendo el ceño—. Busco refugio en el Señor de los Mundos.

Umm Rashid chillaba y agitaba las manos como una gallina enloquecida. Bin Musaid hizo lo mismo, prácticamente acusando a Noora de seducir al marido de la

vieja. Bin Sharif intentó defenderla, pero apenas le dejaban meter baza.

Por fin entró en escena Nasheeb, el padre de Noora. Salió de su tienda, bostezando y rascándose la barriga.

—¿Qué es todo esto? —dijo.

Al instante, Umm Rashid le gritaba en una oreja y bin Musaid en la otra. El padre de Noora sonreía perezosamente y gesticulaba con las manos adelante y atrás.

—No, no —dijo—, eso no puede ser. Mi Noora es una buena chica.

—¡Tu Noora es una meretriz y una puta! —gritó Umm Rashid.

Ésa fue la gota que colmó el vaso de Noora. Se precipitó, no hacia la tienda de su padre, sino hacia la de su tío Hassanein.

—No te permito que la insultes —dijo bin Sharif enojado.

—¡Y éste es su chulo! —dijo la vieja con las manos en las caderas, ladeando la cabeza—. Te lo advierto, si no alejas a esa zorra de mi marido, te arrepentirás. El Corán me lo permite. El Recto Camino me permite matarla si amenaza con romper mi hogar.

—No es cierto —dijo bin Sharif—, eso no lo dice en ninguna parte.

Umm Rashid no le prestó atención.

—Si sabes lo que le conviene —dijo dirigiéndose a Nasheeb—, la mantendrás alejada de mi esposo.

El padre de Noora no hizo sino sonreír.

—Es una buena chica —dijo—. Es pura y virgen.

—Te hago responsable, tío —dijo bin Musaid—. Prefiero verla muerta que mancillada por las maneras de ese infiel de la ciudad.

—¿Qué infiel de la ciudad? —preguntó Nasheeb confuso.

—Ya sabes —dijo Hilal pensativo—, por una persona tan buena y amable como Noora, sin duda existe un montón de gente horrible dispuesta a herirla.

Asentí. A la mañana siguiente, recordé lo que él había dicho cuando descubrí el cuerpo sin vida de Noora.

Los Bani Salim estaban reunidos en la depresión de una duna en forma de herradura, cerca del campamento, agrupados en semicírculo en torno al cadáver de Noora. Noora yacía de espaldas con el brazo derecho apoyado sobre la colina de arena, como si apuntara al cielo. Tenía los ojos muy abiertos, contemplando el cielo despejado. La garganta de la muchacha estaba seccionada de oreja a oreja y su sangre había teñido de oscuro la arena dorada.

—Como un animal —murmuró bin Turki—. La han degollado como una cabra o un camello.

Los beduinos habían formado diversos grupos. Friedlander Bey y yo estábamos con Hilal y bin Turki. A un lado se encontraban Nasheeb y su esposa, que, de rodillas, gritaban su pena. Nasheeb parecía conmocionado y no cesaba de repetir:

—No hay más Dios que Alá. No hay más Dios que Alá.

No lejos de ellos, Ibrahim bin Musaid y Suleiman bin Sharif se habían enzarzado en una feroz controversia. Vi a bin Sharif apuntar bruscamente hacia el cuerpo de Noora y a bin Musaid levantar ambas manos como para parar un golpe. El caíd Hassanein permanecía al margen con expresión sombría, asintiendo a las palabras de su hermano, Abu Ibrahim. Los demás contribuían al revuelo y a la confusión, especulando, discutiendo y orando en voz alta.

También hubo muchas citas de las escrituras.

—Él, que ha sido injustamente asesinado —citó Hilal—. Damos licencia a su heredero, pero no le dejemos vengarse sin medida. ¡Mirad! Él será asistido.

—Toda alabanza a Alá —dijo bin Turki—, pero ¿qué heredero tenía Noora para saldar esta deuda de sangre?

Hilal sacudió la cabeza.

—Sólo a Nasheeb, su padre, pero no creo que haga nada. No tiene temperamento para la venganza.

—Quizás sus tíos —dije.

—Si no lo hacen ellos, nosotros tomaremos cartas en el asunto —dijo Friedlander Bey—. Es una tragedia innecesaria. Apreciaba mucho a la joven. Fue muy buena conmigo mientras me recuperaba.

Yo asentí. Sentía arder en mí la llama de la ira, la misma sensación ardiente y desasosegante que me invadía cuando presenciaba la escena de un crimen. Sin embargo, las otras veces había ocurrido en casa. En el Budayén el crimen y la muerte violenta son sucesos cotidianos; mis endurecidos amigos apenas pestañean.

Esto era diferente. Se trataba de un crimen entre gente muy unida, una tribu que dependía de cada uno de sus miembros para el bienestar de todos. Sabía que la justicia de los pueblos del desierto era más firme y rápida que la justicia de la ciudad,



y me alegraba de ello. La venganza no nos devolvería a Noora, pero ayudaba un poco saber que su asesino tenía las horas contadas.

Sin embargo, no estaba del todo claro quién la había asesinado. Los dos candidatos más probables, en base a sus amenazas anunciadas en voz alta la noche anterior, eran bin Musaid y Umm Rashid.

El caíd Hassanein levantó los brazos y pidió atención.

—Esta muchacha debe ser enterrada con el ocaso —dijo—. Y su asesino debe ser identificado y castigado.

—¡Y la deuda de sangre pagada! —gritó el acongojado Nasheeb.

—Lo será de acuerdo con el Libro —le aseguró Hassanein—. Abu Ibrahim, ayúdame a llevar a nuestra sobrina hasta el campamento. Hilal, tú y bin Turki empezad a cavar una tumba.

—¡Que Dios se apiade de ella! —dijo alguien mientras Hassanein y su hermano envolvían a Noora en un manto y se la levantaban.

Caminamos en lenta procesión desde la duna en forma de herradura, a través de una angosta garganta, hasta el campamento. El caíd escogió un lugar para el reposo final de Noora; Hilal y bin Turki trajeron palas plegables y empezaron a excavar el duro vientre del desierto.

Mientras tanto, Hassanein desapareció dentro de su tienda durante unos minutos. Cuando regresó, se había colocado la keffiya en la cabeza con más esmero. Supuse que también se había enchufado uno de los dos moddies, probablemente el que le aportaba la sabiduría de un líder religioso suní musulmán.

Los Bani Salim estaban alterados e irritados y estallaron varios acalorados debates que intentaban encontrar un sentido al asesinato. El único que no participaba era bin Musaid. Parecía mantenerse al margen. Le miré y él me contempló a través del espacio abierto. Por fin me dio la espalda, despaciosa e insultantemente.

—Caíd Marîd —dijo Hassanein—, me gustaría hablar contigo.

—¿Hmm? Claro, no faltaba más.

Me acompañó dentro de su umbría tienda. Me invitó a sentarme y así lo hice.

—Por favor, perdóname —dijo—, pero debo hacerte algunas preguntas. Si no te importa, lo haremos sin la conversación y el café preliminares. En estos momentos, sólo me interesa saber cómo murió Noora. Cuéntame todo lo relativo a las circunstancias en las que la hallaste esta mañana.

Estaba nervioso, aunque Hassanein no me consideraba un sospechoso importante. Yo era uno de esos niños que, cuando entraba el profesor y preguntaba quién ha escrito la palabrota en la pizarra, aunque no hubiera sido yo, me sonrojaba y parecía culpable. Todo lo que debía hacer ahora —me dije a mí mismo—, era respirar una bocanada de aire y decirle al caíd lo que había sucedido.

Aspiré una profunda bocanada de aire.

—Debí levantarme poco antes del alba —dije—. Tenía que hacer mis necesidades y recuerdo que me pregunté cuánto faltaría para que el viejo Hammad bin Mubarak nos despertara con su llamada a la oración. La luna estaba baja en el horizonte, pero el cielo estaba tan luminoso que no tuve ningún problema en seguir los pequeños pasillos entre las dunas orientales del campamento. Cuando terminé, caminé de vuelta hacia el fuego. Debí tomar otro camino, porque antes no había visto a Noora. Estaba tendida enfrente de mí, tal como tú la viste. La pálida luz de la luna daba a su rostro exangüe un aspecto fantasmagórico. Supe enseguida que estaba muerta. Entonces fue cuando decidí ir directamente a tu tienda. No quería molestar a los demás hasta no comunicártelo.

Hassanein se quedó mirándome unos segundos. Con el moddy de imán, su comportamiento y su modo de hablar era más meditado.

—¿Viste algún rastro de otra persona? ¿Había huellas? ¿El arma, tal vez?

—Sí, había huellas. No distingo las pisadas en la arena tan bien como en el barro, oh caíd. Imagino que eran las huellas de Noora y de su asesino.

—¿Viste trazas largas, como si la hubieran arrastrado hasta ese lugar?

Rememoré la escena de los albores.

—No, seguro que no vi ninguna traza. Debió caminar hasta allí y reunirse con otra persona. O quizás fue obligada. Estaba viva cuando llegó allí, porque no había ningún rastro de sangre que condujese al campamento.

—Después de contarme lo de Noora, ¿se lo dijiste a alguien más?

—Perdóname, oh caíd, pero cuando regresé al fuego, bin Turki estaba despierto y me preguntó si todo iba bien. Le conté lo de Noora. Estaba muy afectado y nuestra charla despertó a Hilal; en pocos segundos todo el mundo supo la noticia.

—Todo es voluntad de Alá —dijo Hassanein, levantando las manos con las palmas abiertas—. Gracias por tu sinceridad. ¿Me harías el honor de ayudarme a interrogar a los demás?

—Haré lo que pueda.

Me sorprendió que me pidiera ayuda. Quizás pensaba que los árabes de la ciudad están más acostumbrados a este tipo de cosas. Bueno, al menos en mi caso era cierto.

—Entonces, llama a mi hermano, Nasheeb.

Salí al exterior. Hilal y bin Turki aún cavaban la tumba, pero avanzaban despacio. Fui hacia Nasheeb y su esposa, que estaban arrodillados en el suelo junto al cuerpo envuelto de su hija. Me incliné para tocar el hombro del viejo. Me miró con una expresión vacía. Mucho me temía que estaba conmocionado.

—Ven —le dije—, el caíd quiere hablar contigo.

El padre de Noora asintió y se puso en pie despacio. Ayudó a incorporarse a su esposa, que gritaba y se golpeaba el pecho con el puño. Ni siquiera entendía lo que

chillaba. Los conduje hasta la tienda de Hassanein.

—Que la paz de Alá sea con vosotros —dijo el caíd—. Nasheeb, hermano mío, comparto tu pena.

—No hay más Dios que Alá —murmuró Nasheeb.

—¿Quién lo hizo? —gritó su esposa—. ¿Quién me ha quitado a mi niña?

Me sentí como un intruso siendo testigo de su angustia y también incómodo sabiendo que no podía hacer nada por ayudarlos. Me limité a permanecer en silencio unos diez minutos, mientras Hassanein murmuraba palabras tranquilizadoras e intentaba conducir a la pareja a un estado mental adecuado para responder a algunas preguntas.

—Llegará el día de la resurrección —dijo Hassanein— y ese día el rostro de Noora resplandecerá, mirando al Señor. Y la cara de su asesino estará llena de temor.

—Alabado sea Alá, el Señor de los Mundos —rezó Umm Noora—. El clemente, el misericordioso. Suyo es el día del Juicio Final.

—Nasheeb —dijo Hassanein.

—No hay más Dios que Alá —dijo el hermano del caíd, apenas consciente de dónde estaba.

—Nasheeb, ¿quién crees que ha asesinado a tu hija?

Nasheeb parpadeó una vez, dos, y luego se sentó muy erguido. Sus dedos recorrieron su barba gris.

—¿Mi hija? —suspiró—. Fue Umm Rashid. Esa loca dijo que la mataría y lo ha hecho. Y debes hacer que pague por ello —miró directamente a los ojos de su hermano—. Debes hacerle pagar por ello, Hassanein, júralo por la tumba de nuestro padre.

—¡No! —gritó su esposa—. ¡No fue ella! ¡Fue bin Musaid, ese asesino malvado y celoso! ¡Fue él!

Hassanein me dirigió una mirada cargada de dolor. No envidiaba su responsabilidad. Pasó otros cinco minutos calmando a los padres de Noora y luego los acompañó fuera de la tienda.

El siguiente con el que Hassanein quiso hablar fue Suleiman bin Sharif. El joven entró en la tienda del caíd y se sentó en el suelo de arena. Era evidente que apenas podía mantener el control de sí mismo. Sus ojos volaban de un lado a otro y crispaba y descripaba los puños en su regazo.

—Salaam alaykum, oh respetable —dijo Hassanein, entornando los ojos, y vi que observaba detenidamente a bin Sharif.

—Alaykum as—salaam, oh caíd —dijo el muchacho.

Hassanein permaneció en silencio un buen rato antes de proseguir.

—¿Qué sabes de esto? —preguntó por fin.

Bin Sharif se sentó tieso, como si le hubieran agujoneado.

—¿Qué sé de esto? —gritó—. ¿Cómo iba yo a saber nada de este terrible suceso?

—Eso es lo que quiero averiguar. ¿Cuáles eran tus sentimientos hacia Noora bin Nasheeb?

Bin Nasheeb miró a Hassanein y luego me miró a mí.

—Yo la amaba —dijo inexpresivamente—. Imagino que todos los Bani Salim lo sabían.

—Sí, era de común conocimiento. ¿Y crees que ella te correspondía?

No titubeó.

—Sí —dijo—. Estoy seguro.

—Pero vuestro matrimonio era imposible. Ibrahim bin Musaid nunca lo hubiera permitido.

—¡Que Dios ennegrezca su cara de perro! —gritó bin Sharif—. ¡Que Dios destruya su casa!

Hassanein levantó una mano y esperó hasta que el joven se calmara.

—¿La mataste tú? ¿Asesinaste a Noora bin Nasheeb, antes de permitir que perteneciera a bin Musaid?

Bin Sharif intentó responder, pero no le salió sonido alguno. Respiró hondo y lo volvió a intentar.

—No, oh caíd, yo no la maté. Lo juro por la vida del profeta, que las bendiciones de Alá y la paz sean con él.

Hassanein se levantó y puso la mano en el hombro de bin Sharif.

—Te creo —dijo—. Me gustaría poder hacer algo para aliviar tu pena.

Bin Sharif levantó sus atormentados ojos hacia él.

—Cuando descubriste el asesinato —dijo en voz muy baja—, debiste permitirme ser el instrumento de su destrucción.

—Lo siento, hijo mío. Esa dura tarea sólo me corresponde a mí.

Tampoco parecía que a Hassanein le ilusionara esa responsabilidad.

Bin Sharif y yo salimos fuera. Ahora le tocaba el turno a Umm Rashid. Fui en su busca, pero, al acercarme, ella retrocedió.

—La paz sea contigo, señora —dije—. El caíd desea hablar contigo.

Me contempló horrorizada, como si yo fuera un *afrit*<sup>[2]</sup>. Ella retrocedió a través del campo abierto.

—¡No te acerques! —chilló—. ¡No me hables! ¡Tú no eres de los Bani Salim y no eres nadie para mí!

—Por favor, señora. El caíd Hassanein desea...

Cayó de rodillas y empezó a rezar.

—¡Oh Señor! Mis penas y tribulaciones son grandes, y profundos mis pesares y sufrimientos, mis buenas acciones son escasas y mis faltas me afligen pesadamente. Por tanto, mi Señor, yo te imploro en nombre de tu grandeza...

Intenté que se levantara, pero empezó a chillarme y a golpearme con los puños. Regresé impotente con Hassanein, que vio mis dificultades y salió de su tienda. Retrocedí y Umm Rashid cayó de rodillas otra vez.

El caíd se agachó y le murmuró unas palabras. Pude observar que ella movía la cabeza enérgicamente. Volvió a hablarle, gesticulando con una mano. Su expresión era serena y su voz demasiado baja para que pudiera oír sus palabras. La mujer volvió a negar con la cabeza. Por fin, Hassanein le puso la mano bajo el codo y la ayudó a incorporarse. Ella empezó a llorar y él la escoltó hasta la tienda de su marido.

Hassanein regresó a su tienda y buscó su equipo de hacer café.

—¿Con quién deseas hablar ahora? —le pregunté.

—Siéntate, caíd Marîd —dijo—. Haré café.

—El único sujeto verdaderamente sospechoso es Ibrahim bin Musaid.

Hassanein hizo como si no me hubiera oído. Derramó un puñado de granos de café en un cacito de hierro con mango largo. Lo puso sobre las brasas encendidas del fuego de cocinar que su mujer había prendido esa mañana.

—Si tenemos un buen día —dijo—, llegaremos a Khaba para las oraciones vespertinas de mañana, inshallah.

Miré hacia afuera, hacia el campamento, pero no vi a Friedlander Bey. Los dos jóvenes aún cavaban la tumba de la muchacha muerta. Quedaban algunos Bani Salim por ahí cerca, debatiendo los aspectos de la situación, pero el resto ya había regresado a sus tiendas o estaba vigilando los animales. Bin Musaid estaba de pie en un rincón, de espaldas a nosotros, como si nada de esto le afectara en absoluto.

Cuando los granos de café estuvieron tostados a la satisfacción de Hassanein, los dejó enfriar. Se levantó, trajo un pequeño pellejo de cabra y volvió hacia el fuego.

—Toma —me dijo—, pase lo que pase, mi esposa me hace laban fresco todas las mañanas.

El laban consistía en leche de camella cuajada, una especie de yogurt.

Cogí el pellejo y murmuré:

—Basmala.

Luego bebí un poco, pensando en lo curioso que era que todo el mundo, desde mi madre hasta el caíd Hassanein, me hicieran beber leche de camella cuajada. En realidad no me gustaba mucho, pero simulé que me encantaba por respeto a su hospitalidad.

Le devolví la bolsa y él engulló un poco de laban. Para entonces, los granos de café se habían enfriado, los puso en un mortero de bronce y los trituró con una mano de piedra. Tenía dos cafeteras, una de bronce brillante, radiante y resplandeciente, y la otra negra de hollín. Abrió la cafetera tiznada, que contenía los restos del café de la mañana, y metió los granos molidos. Añadió un poco de agua de otro pellejo de cabra

y una pizca de cardamomo en polvo. Luego puso la cafetera negruzca al fuego y, con cuidado, agitó el café hasta que rompió a hervir.

—¡Demos gracias a Alá por el café! —dijo Hassanein.

Lo cambió de la cafetera tiznada a la lustrosa, volvió a pasarlo a la tiznada y luego otra vez a la lustrosa. Eso hizo que la mayoría de los posos del café se asentaran. Por fin, puso un pedazo de cáñamo en el surtidor de la cafetera brillante para que hiciera de filtro.

—¡Ill hamdu lillah! —dijo, que significa: «Alabado sea Dios», y sirvió tres tacitas de café.

Yo cogí una.

—Que tu mesa sea eterna, oh caíd.

Me llenó la copa y luego alzó la mirada.

—Ibrahim bin Musaid —llamó—. ¡Ven! ¡Aquí tienes café!

Bin Musaid se dio la vuelta y nos miró. Su expresión delataba que no comprendía lo que el caíd estaba haciendo. Se acercó despacio hacia nosotros.

—Oh caíd —dijo suspicaz— ¿no tienes obligaciones más importantes?

Hassanein se encogió de hombros.

—Hay tiempo para todo. Los Bani Salim tenemos mucho tiempo. Ahora es el momento del café. ¡Repón fuerzas! —dijo, ofreciéndole una de las tacitas al joven.

Tomamos una taza de café y luego otra. Hassanein charlaba ocioso sobre su camello favorito, cuyas patas eran tiernas y probablemente no podría transportarle por los llanos de guijarros hacia el sur.

Es costumbre beber tres tacitas de café y luego indicar que ya tienes suficiente moviendo la tacita. Después de la tercera taza, Hassanein volvió a sentarse y miró a bin Musaid. El silencio se hizo denso y amenazador. Por fin, bin Musaid rió en voz alta.

—Se trata de un truco, oh caíd. Esperas avergonzarme con tu café y tu hospitalidad. Crees que me agarraré a tus rodillas e imploraré el perdón de Alá. Crees que he asesinado a Noora.

Se puso en pie y lanzó la taza de porcelana contra el suelo donde se hizo añicos. Hassanein dio un respingo.

—Yo no he dicho nada de eso.

—Busca en otra parte a tu asesino, oh caíd —dijo bin Musaid acalorado—. Mira a tu huésped, el infiel de la ciudad. Quizás sólo él y Alá sepan la verdad.

Se dio media vuelta y cruzó el campamento, desapareciendo en su tienda negra.

Esperé a que hablara Hassanein. Transcurrieron varios minutos, él se sentó fuera de su tienda con una expresión amarga, como si hubiera probado algo podrido. Luego, cuando ya estaba a punto de perder la paciencia, respiró hondo, dando un pesado suspiro.

—No hemos averiguado nada —dijo con tristeza—. Nada en absoluto. Debemos volver a empezar.

Se puso en pie despacio y yo le imité. Cruzamos hasta donde Hilal y bin Turki estaban cavando.

—Un poco más hondo aún, oh excelentes —dijo Hassanein—. Pero cuando hayáis cavado la tumba no metáis a la infortunada muchacha.

—Pronto la enterraremos —dijo bin Turki, alzando la vista y haciéndose sombra con la mano—. El noble Corán...

Hassanein asintió.

—Descansará en paz antes del ocaso, como prescribe la Sabia Mención de Dios. Pero no la bajéis a la tumba hasta que yo os lo diga.

—Sí, oh caíd —dijo Hilal.

Eché una mirada a bin Turki, que se limitó a encogerse de hombros. Ninguno de nosotros tenía ni idea de lo que maquinaba Hassanein.

—En el Hadhramaut, que es el reino que se encuentra en el talón de la bota de Arabia —dijo Hassanein—, a veces un asesino es sometido a una prueba de fuego. Por supuesto, todo eso es superstición, y el valor de tal prueba reside en la fe que se tiene en su poder.

Me estaba conduciendo fuera del campamento hasta el rebaño de camellos. Los niños se habían encaramado a los árboles ghaf que crecían en los exiguos valles entre las dunas. Cortaban las ramas superiores de los árboles y los camellos pastaban satisfechos la vegetación.

Hassanein prosiguió su historia sobre la justicia en el Hadhramaut.

—La ceremonia siempre tiene lugar por la mañana, después de las plegarias del alba. El maestro de ceremonias reúne al acusado de asesinato, a los testigos, a los familiares de la víctima y a todo el que tenga algún interés en el asunto. El maestro de ceremonias emplea un cuchillo que ha sido calentado al rojo vivo. Cuando considera que ya está suficientemente caliente, obliga al acusado a abrir la boca y sacar la lengua. El maestro envuelve su propia mano en la keffiya y coge la lengua del acusado. Con la otra mano, coge el cuchillo ardiente y golpea la lengua del hombre, primero con un lado plano y luego con el otro.

—¿Con qué objeto? —pregunté.

Hassanein fue hasta su camello favorito y le dio unos golpecitos en el cuello.

—Si el hombre es inocente, será capaz de escupir enseguida. Aunque generalmente el maestro le concede un par de horas. Luego se examina la lengua del hombre. Si está gravemente quemada, entonces se le considera culpable. Será ejecutado de inmediato, a no ser que la familia de la víctima acepte un precio razonable. Si no hay signos de quemaduras, o sólo una decoloración sin importancia, el hombre es declarado inocente y se le deja en libertad.

Me preguntaba que estaba tramando el caíd. Había hecho arrodillar al camello y había empezado a ensillarlo.

—¿No es ésa la costumbre entre los Bani Salim?

Hassanein se echó a reír.

—Nosotros no somos supersticiosos como los fieros hombres de Hadhramaut.

Yo pensaba que los Bani Salim eran muy supersticiosos, pero no creí prudente decirlo.

—¿Vas a dar un paseo? —le pregunté.

—No —dijo Hassanein.

Colocó dos almohadillas de fibra de palma sobre la espalda del camello, detrás de la joroba y luego colocó sobre ellas el marco de madera de su montura. Ató fuerte la silla en su sitio sobre la cruz del animal, ante la joroba. Después puso un grueso almohadón de fibra de palma sobre la silla de madera, acomodándolo detrás de la joroba y atándolo con una cuerda. Ese almohadón se colocaba detrás y servía de cómodo respaldo trasero. Luego, Hassanein puso una manta sobre el almohadón y una pesada piel de oveja sobre la manta. Con gruesas cuerdas de lana ató todo firmemente.

—Bueno —dijo, retrocediendo un paso y supervisando su trabajo.

Cogió la rienda del camello, le obligó a levantarse y le llevó hasta el medio del campo.

—¿Sabes quién es el asesino? —pregunté.

—Aún no, pero pronto lo sabré —dijo—. Una vez oí a un hombre en Sálala que hablaba de cómo se atrapan y se castigan a los criminales en otros países —movió la cabeza abatido—. No creo que necesite alguna vez emplear tales métodos.

—¿Vas a utilizar este camello?

Asintió con la cabeza.

—Ya sabes que los árabes no somos el único pueblo astuto e inteligente del mundo. A veces creo que nuestro orgullo nos impide adoptar ideas que en realidad podrían ayudarnos.

Condujo el camello justo hasta el borde de la tumba, donde Hilal y bin Turki estaban cavando el hoyo.

—Necesitaré que me ayudéis los tres —dijo el caíd, acostando al camello de nuevo.

Señaló el cuerpo envuelto de Noora.

—¿Quieres ponerla en la silla? —preguntó Hilal.

—Sí —dijo Hassanein.

Los tres nos miramos entre nosotros y luego al caíd, pero nos agachamos y le ayudamos a levantar a la muchacha muerta. Utilizó algunas cuerdas más para atarla fuerte y que no se cayera al suelo cuando el camello se levantara. No sabía qué



estaban haciendo, pero me parecía muy raro.

—Levántate, Ata Alá —susurró Hassanein.

El nombre del camello era «Regalo de Dios». Le instó a levantarse, el animal se quejó, pero se puso despacio en pie. El caíd tiró de la rienda y empezó a guiarlo alrededor de la amplia circunferencia del campamento, más allá de todas las tiendas.

Hilal, bin Turki y yo observábamos atónitos mientras Hassanein se llevaba el camello.

—¿Se trata de alguna costumbre de los Bani Salim? —pregunté—. ¿Como un velatorio en movimiento, en el que los parientes se quedan en un lugar y el cadáver realiza un recorrido?

—No —dijo bin Turki frunciendo el ceño—, nunca he visto al caíd comportarse así. Quizás el asesinato de su sobrina le haya enloquecido.

—¿Hay muchos asesinatos entre los beduinos? —pregunté.

Los dos jóvenes se miraron y se encogieron de hombros.

—Como en cualquier otra parte, supongo —dijo bin Turki—. Una tribu ataca a otra y los hombres mueren. La sangre debe ser vengada y comienza la vendetta. A veces las vendettas duran años, décadas e incluso generaciones.

—Pero rara vez hay un asesinato dentro de una tribu, como éste —dijo Hilal—. Esto no es normal.

Hassanein me llamó por encima del hombro.

—¡Ven, caíd Marîd, camina conmigo!

—No comprendo lo que está haciendo —dijo Hilal.

—Creo que espera averiguar quién es el asesino de este modo —dije—. Pero no acierto a imaginar cómo.

Me apresuré tras Ata Alá y su macabro entierro.

Muchos Bani Salim salieron de sus tiendas, señalando a Hassanein y al camello.

—¡Mi niña! ¡Mi chiquitina! —gritó la madre de Noora.

La mujer se apartó del lado de su marido y corrió tambaleándose en dirección al camello. Gritaba oraciones y acusaciones hasta que cayó al suelo bañada en lágrimas. Nasheeb fue hacia ella e intentó ayudarla a ponerse en pie, pero no la consoló. El padre de Noora miró humildemente a su esposa, luego a la envuelta figura de su hija. No parecía saber exactamente lo que estaba ocurriendo.

Suleiman bin Sharif acertó por el campamento y nos interceptó.

—¿Qué estás haciendo? ¡Esto es vergonzoso! —dijo.

—Por favor, oh excelente —dijo Hassanein—, debes confiar en mí.

—Dime qué estás haciendo —exigió bin Sharif.

—Me aseguro de que todo el mundo se entere de lo que le ha ocurrido a Noora, la luz de nuestros días.

—Pero si no hay nadie en la tribu que no haya oído lo ocurrido —dijo bin Sharif.

—Oírlo es una cosa y ver la verdad es otra.

Bin Sharif levantó las manos enfadado y dejó que el caíd condujera el camello en círculo.

Llegamos junto a la tienda de Umm Rashid y la vieja se limitó a mover la cabeza. Su marido, que en realidad era demasiado viejo como para flirtear con ninguna mujer, asomó la cabeza fuera de la tienda y bostezó de hambre. Umm Rashid dijo una plegaria en dirección a Noora, luego entró dentro.

Cuando habíamos recorrido tres cuartos del círculo, vi que Ibrahim bin Musaid estaba mirándonos con una expresión de odio absoluto. Se quedó pasmado como una estatua tallada en granito, volviendo sólo un poco la cabeza a medida que nos acercábamos. No dijo nada mientras pasábamos ante él y volvíamos hasta la tumba que Hilal y bin Turki habían cavado en el desierto.

—¿Es ya el momento de enterrarla, oh caíd? —pregunté.

—Mira y aprende —dijo Hassanein.

En lugar de detenerse, hizo que Ata Alá pasara de largo de la tumba e iniciara un segundo recorrido del campamento. Los Bani Salim, que nos estaban observando y estaban tan asombrados como nosotros, lanzaron una fuerte exclamación.

La madre de Noora nos salió al paso y nos gritó maldiciones.

—¡Hijo de perra! —gritó lanzando puñados de arena a Hassanein—. ¡Que tu casa sea destruida! ¿Por qué no dejas que mi hija descanse en paz?

Sentí lástima por ella, pero Hassanein siguió, con una expresión vacía. No sabía cuál era su razonamiento, pero me parecía que estaba siendo innecesariamente cruel. Nasheeb aún estaba de pie en silencio junto a su esposa. Parecía estar más consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Bin Sharif había meditado un momento sobre lo que Hassanein estaba haciendo. Había perdido su rabia.

—Tú eres un hombre sabio, oh caíd —dijo—. Lo has demostrado en el curso de los años, guiando a los Bani Salim con mano firme y equitativa. Confío en tu conocimiento y experiencia, pero sigo pensando que lo que estás haciendo es una afrenta a la muerta.

Hassanein se detuvo y fue hacia bin Sharif. Puso la mano sobre el hombro del joven.

—Quizás algún día seas el jefe de esta tribu —dijo—. Entonces comprenderás el sufrimiento del poder. Aunque tienes razón. Lo que estoy haciendo es una desconsideración hacia mi dulce sobrina, pero no tengo más remedio. Ham kitab —concluyó, que significa: «Está escrito».

En realidad eso no explicaba nada, pero zanjó la argumentación de bin Sharif, que miró a los ojos al caíd y por fin bajó los ojos al suelo. Mientras proseguíamos nuestra marcha, vi que el joven se encaminaba a su tienda con expresión pensativa. No había

tenido muchas oportunidades de hablar con él, pero me daba la impresión de que era un hombre inteligente y serio. Si Hassanein tenía razón y bin Sharif llegaba a sucederle algún día, creo que los Bani Salim estarían en muy buenas manos.

Miré hacia atrás, un poco infeliz por formar parte de esta extraña comitiva. Era otro día típico de la Región Desolada y el cálido viento soplaba en mi cara hasta hacerme refunfuñar entre dientes. Ya estaba harto y, pese a lo que pensase Friedlander Bey, la vida beduina no me parecía ni mucho menos romántica. Era dura, sucia y carente por completo de placer, por lo que a mí me concernía se la podían quedar, ¡que les aprovechase! Recé para que Alá me permitiera regresar pronto a la ciudad, porque estaba claro que nunca llegaría a ser un buen nómada.

Durante la última parte de la curva, bin Musaid estaba aún observando con ojos turbios. Se quedó en el mismo lugar que antes, con los brazos cruzados sobre el pecho. No había dicho una palabra ni se había movido un centímetro. Nos miraba como si estuviera a punto de explotar. No deseaba estar cerca de él cuando lo hiciera.

—¿No es ya suficiente, oh caíd? —preguntó bin Turki mientras pasábamos junto a la tumba.

Ya se estaba empezando a llenar de la fina arena que se levantaba del suelo del desierto.

Hassanein sacudió la cabeza.

—Otra vuelta —dijo.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Nos explicarás lo que estás haciendo, oh caíd? —dije.

Hassanein me miró, pero su mirada se perdió en la distancia por encima de mi hombro.

—Existía un pueblo en un confín del mundo —dijo con voz cansada—. Un pueblo tan pobre como nosotros, que también llevaba una vida errante y dura. Cuando uno de su tribu era asesinado, los ancianos llevaban el cadáver alrededor del campamento cinco o seis veces. La primera vez, todos los de la tribu, dejaban lo que estuvieran haciendo para mirar y se unían al velatorio de la desafortunada víctima. La segunda vez, sólo observaba la mitad de la tribu. La tercera, despertaba el interés de poca gente. A la quinta o sexta vez, sólo una persona aún prestaba atención al paseo del cadáver y ése era el asesino.

Miré en torno al campamento y vi que casi todos habían regresado a sus quehaceres. Aunque esa mañana hubiera muerto una mujer joven, quedaba mucho trabajo por hacer, o no habría ni comida ni agua, ni para los Bani Salim ni para los animales.

Condujimos a Ata Alá despacio alrededor del círculo; sólo bin Musaid y unos pocos observaban nuestro paso. El padre de Noora buscó con la mirada a su mujer, pero se había ido a su tienda hacía mucho. Nasheeb se recostó contra una cuerda tiesa

y nos contempló con ojos ausentes.

Cuando nos acercábamos a bin Musaid, éste nos bloqueó el paso.

—¡Que Alá arruine vuestras vidas por esto! —se lamentó, con la cara encendida de ira.

Luego se fue a su tienda.

Esta vez, cuando llegamos hasta los dos jóvenes, Hassanein les dio instrucciones.

—Debéis buscar el arma del asesino —les dijo—. Un cuchillo. Hilal, búscalo donde el caíd Marîd descubrió el cuerpo de Noora. Bin Turki, debes buscar en los alrededores de la tienda de sus padres.

Pasamos junto a la tumba e iniciamos la última vuelta. Tal como Hassanein había predicho, sólo una persona nos observaba: Nasheeb, su hermano, el padre de Noora.

Antes de que llegáramos hasta él, Hilal corrió hasta nosotros:

—¡Lo he encontrado! —gritó—. ¡He encontrado el cuchillo!

Hassanein lo cogió y lo examinó brevemente. Me lo enseñó.

—¿Ves? —dijo—. Es la marca de Nasheeb.

—¿Su propio padre? —estaba sorprendido—. Hubiera apostado a que el asesino era bin Musaid.

Hassanein asintió.

—Sospecho que empezó a temer que los comentarios y chismorreos tuvieran una base cierta. Si Noora había perdido el buen nombre, él nunca obtendría el precio de la novia. Probablemente la mató, pensando que culparían a algún otro, a mi sobrino Ibrahim o la vieja Umm Rashid, y al menos él cobraría la deuda de sangre.

Miré a Nasheeb, que aún estaba con la mirada perdida fuera de la tienda. Me horrorizaba que el hombre hubiera matado a su propia hija por una razón tan estúpida.

El sistema beduino de justicia es sencillo y directo. El caíd Hassanein tenía todo lo que necesitaba para convencerse de la identidad del asesino, sin embargo dio a Nasheeb una oportunidad para negar la evidencia. Cuando nos detuvimos junto a él, el resto de los Bani Salim se percataron de que habíamos encontrado al asesino, salieron de sus tiendas y se quedaron en los alrededores, para ser testigos de lo que iba a ocurrir.

—Nasheeb, hijo de mi padre —dijo Hassanein—, has asesinado a tu propia hija, carne de tu carne y espíritu de tu espíritu. «No matarás a tus hijos temiendo caer en la pobreza», dice el noble Corán, «nosotros velaremos por ellos y por ti. ¡Pues he aquí que matarlos es un grave pecado!».

Nasheeb escuchó estas palabras y humilló la cabeza. Parecía ser sólo vagamente consciente de lo que estaba sucediendo. Su esposa se derrumbó en el suelo llorando y aclamando a Alá, y otras mujeres de la tribu la atendieron. Bin Musaid había regresado, le temblaban los hombros. Bin Sharif se limitaba a contemplar a Nasheeb

atónito.

—¿Niegas esta acusación? —preguntó Hassanein—. Si lo deseas, puedes jurar tu inocencia en el gran altar del caíd Ismail bin Nasr. Recuerda que, hace sólo un año, Ali bin Sahib juraba en falso en ese altar sagrado y al cabo de una semana moría de una mordedura de serpiente.

Ése era el mismo caíd Hassanein que me acababa de asegurar que los Bani Salim no eran supersticiosos. Me preguntaba en qué medida creía en esas cosas de los juramentos en los altares y en que medida era en beneficio de Nasheeb.

El asesino, el propio padre de Noora, habló en una voz tan baja que sólo Hassanein y yo pudimos oírlo.

—No haré ningún juramento —dijo.

Eso era una admisión de su culpabilidad.

Hassanein asintió.

—Entonces, preparemos a Noora para que descanse hasta el día del Juicio Final. Mañana al amanecer, Nasheeb, te permitiremos rezar por tu alma. Y luego haré lo que debo hacer, inshallah.

Nasheeb sólo cerró los ojos. Nunca antes había visto un rostro tan angustiado. Creí que se iba a desmayar en el acto.

Condujimos a Noora al emplazamiento de la tumba. Dos de las mujeres trajeron una sábana blanca para emplearla como sudario, amortajaron a la muchacha y rezaron por ella. Hassanein y Abu Ibrahim, los tíos de Noora, la bajaron a la tumba y el caíd rezó por ella. Luego sólo restaba tajarla y marcar el lugar con unas cuantas piedras.

Hassanein y yo contemplamos a Hilal y a bin Turki acabar su trabajo, ninguno de nosotros dijo una palabra. No sé lo que pensaría el caíd, pero yo me preguntaba por qué tanta gente considera el asesinato una solución a sus problemas. En la populosa ciudad o en desierto vacío, ¿puede una vida ser tan insoportable como para creer que la muerte de otro la mejorará? ¿O es que en lo más profundo de nuestro ser consideramos que la vida de los demás no vale tanto como la nuestra?

Mientras los dos jóvenes completaban su triste tarea, Friedlander Bey se unió a nosotros.

—Que las bendiciones de Alá y la paz sean con ella —dijo—. Caíd Hassanein, tu hermano ha huido.

Hassanein se encogió de hombros, como si supiera que eso iba a ocurrir.

—Prefiere morir en el desierto y no bajo mi espada —se irguió y suspiró—. Sin embargo debemos ir tras él y traerlo de nuevo, si Dios quiere. Esta tragedia aún no ha concluido.

## 8

Bueno, por mucho que odiara la idea, el tiempo que pasé con los Bani Salim cambió mi vida. De eso estaba seguro. Mientras me adormilaba sobre Fatma, soñaba despierto en cómo serían las cosas cuando regresase a la ciudad. Me gustaba en especial la fantasía de irrumpir en casa de Reda Abu Adil y darle el gran beso, el que los señores del crimen sicilianos conocen como la marca de la muerte. Entonces recordé que Abu Adil estaba fuera de alcance y dirigí mi atención hacia otra cosa.

¿Qué pescuezo preferiría retorcer? ¿El de Hajjar? Eso no hacía falta decirlo, pero cargarme a Hajjar no me produciría la auténtica satisfacción que yo andaba buscando. Estoy seguro de que Friedlander Bey esperaba que aspirase a más.

Una mosca aterrizó en mi rostro y le di un manotazo. Abrí los ojos para ver si algo había cambiado, pero no era así. Aún nos mecíamos y deambulábamos despacio por las montañas de arena llamadas Uruq ash—Shaiba. Se trataba de verdaderas montañas, no colinas. Los picos arenosos del Uruq ash—Shaiba alcanzaban los veinte metros y se extendían sin cesar hacia el horizonte oriental como ondas de luz solar congelada.

A veces nos resultaba muy difícil hacer que los camellos remontaran esas dunas. A menudo teníamos que descabalgarnos y llevar a los animales por las riendas. Los camellos se quejaban constantemente y a veces incluso debíamos aligerar sus cargas y llevar los fardos nosotros mismos. La arena de las pendientes era blanda, comparada con el firme y prieto suelo del desierto, e incluso los camellos de pie certero tenían dificultades en su lucha con la cresta de las altas dunas. Luego, en el costado de sotavento, cuyo curso era más escalonado, los animales corrían el peligro de tropezar y herirse gravemente. Si eso ocurría podía costarnos la vida.

Seis de nosotros formábamos el grupo de persecución. Yo cabalgaba al lado de Hassanein, que era nuestro líder tácito. Su hermano, Abu Ibrahim, cabalgaba con bin Musaid y Suleiman bin Sharif con Hilal. Cuando nos detuvimos para descansar, el caíd se acuclilló y dibujó un tosco mapa sobre la arena.

—Éste es el camino de Bir Balagh por el pozo de Khaba hacia Mughshin —dijo, dibujando una línea quebrada de norte a sur. Luego dibujó otra línea paralela a ésta, a unos treinta centímetros a la derecha—. Aquí está Omán. Quizás Nasheeb cree que puede pedir clemencia al rey, pero se equivoca. El rey de Omán es débil y se halla bajo la presión del emir de Muscat, que es un ferviente defensor de la justicia islámica. Nasheeb no vivirá más allá que si regresara con los Bani Salim.

Señalé el espacio entre la ruta del desierto y la frontera omaní.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Acabamos de entrar en esta zona —dijo Hassanein, tamborileando con los dedos sobre la arena de color miel—. Esto es el Uruq ash—Shaiba, estos altos picos.

Tras ellos existe algo peor —deslizó su pulgar en la arena a lo largo de la frontera con Omán—. La Umm as—Samim.

Eso significaba: «Madre de los venenos».

—¿Qué clase de lugar es ése? —pregunté.

Hassanein levantó la mirada hacia mí y pestañeó.

—Umm as—Samim —dijo, como si el mero hecho de repetir el nombre lo explicara todo—. Nasheeb es mi hermano, creo que conozco sus planes. Me parece que se dirige allí porque prefiere elegir su muerte.

Asentí.

—¿Así que en realidad no estás impaciente por capturarlo?

—Si intenta morir en el desierto, lo permitiré. Pero si intenta escapar debemos prepararnos para decapitarlo —se dirigió a su hermano—. Musaid, coge a tu hijo y ve hacia el límite septentrional del Umm as—Samim. Bin Sharif, Hilal y tú id hacia el sur. Este noble hombre de la ciudad y yo seguiremos a Nasheeb hasta el extremo de las arenas movedizas.

Así pues, nos dividimos y quedamos en volvernos a encontrar con el resto de los Bani Salim en Mughshin. No nos sobraba tiempo porque en el Uruq ash—Shaiba no había pozos. El agua de nuestros pellejos de cabra debía durarnos hasta que cazáramos a Nasheeb.

A medida que transcurría el día me iba quedando solo con mis pensamientos. Hassanein no era un hombre conversador y había poco de lo que hablar. Aprendí mucho de él. Pensé que en la ciudad, a veces me quedaba paralizado, preocupado por el bien, el mal y todas las tonalidades de gris intermedias. Eso era una especie de debilidad.

Aquí en las Arenas, las decisiones eran más claras. Retrasarse ponderando todos los aspectos de una línea de acción podía ser fatal. Me prometí que cuando regresara a la ciudad, intentaría conservar la mentalidad beduina. Recompensaría el bien y castigaría el mal. La vida era demasiado corta para tener en cuenta circunstancias atenuantes.

Justo entonces, Fatma tropezó. La interrupción en su rítmico y oscilante paso me sobresaltó en mi introspección y me recordó que tenía asuntos más urgentes que atender. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que había sido la voluntad de Alá que recibiera esa lección. Era como si el asesinato de Noora hubiera sido dispuesto para enseñarme algo importante.

No acertaba a comprender por qué Noora había tenido que morir por ello. Si se lo hubiera preguntado al profundamente religioso Friedlander Bey, se habría encogido de hombros y hubiera dicho: «Es la voluntad de Alá». Lo cual era una respuesta insatisfactoria, pero era la única que todo el mundo me daba. Tratar sobre estos asuntos siempre me devolvía a la reflexión del final de mi adolescencia sobre por qué

Alá permitía el mal en el mundo.

¡Alabado sea Alá el inescrutable!

Cabalgamos hasta la puesta del sol, luego el caíd Hassanein y yo nos detuvimos y acampamos en una pequeña zona plana entre dos dunas inmensas. Siempre había oído que era más sabio viajar de noche y dormir durante el tórrido día, pero los Bani Salim consideraban menos peligroso lo contrario de la sabiduría convencional. Después de todo, Fatma ya tenía bastantes problemas para mantener el equilibrio a la luz del día, cuando veía donde pisaba. En la oscuridad podíamos provocar un desastre.

Desensillé a Fatma y la até con una larga cadena que le permitía buscar comida. Necesitábamos viajar ligeros, de modo que nuestra comida no era mucho mejor. Masticamos dos o tres tiras de carne de cabra seca mientras Hassanein preparaba un té de menta caliente sobre un pequeño fogón.

—¿Cuánto falta? —pregunté contemplando el fuego parpadeante.

Sacudió la cabeza.

—Es difícil decirlo, sin saber los planes de Nasheeb. Si en verdad intenta cruzar el Umm as—Samim, nuestro deber acabará mañana al mediodía. Si intenta evitarnos, lo cual no puede hacer, pues su vida depende de que encuentre agua pronto, tendremos que cercarlo desde tres flancos y puede haber un violento enfrentamiento. Confío en que mi hermano se comporte de modo honorable, después de todo.

Había algo que no comprendía.

—Oh caíd —dije—, has llamado «arenas movedizas» a Umm as—Samim. Creí que sólo existían en los programas holo, y en alguna improbable ruta de la jungla.

Hassanein soltó una corta y aullante risotada.

—Nunca he visto un programa holo.

—Bueno, las arenas movedizas parecen fango viscoso. A mí me parece que si eres capaz de caminar sobre el agua, debes poder permanecer en la superficie en un medio aún más denso. No te hundes inmediatamente.

—¿Hundirse? —preguntó el caíd, frunciendo el ceño—. Muchos hombres han muerto en el Umm as—Samim, pero ninguno de ellos se ha hundido. «Engullido» es la palabra. Las arenas movedizas consisten en un lago pantanoso de agua no potable, sobre la que descansa una capa de cristales alcalinos lavados por los arroyos de las colinas que se extienden a lo largo de la frontera omaní. La capa está oculta a la vista, pues las arenas del desierto se han depositado sobre ella. Desde lejos, el Umm as—Samim parece un suelo tranquilo e inofensivo en un extremo del desierto.

—Pero si Nasheeb intenta atravesarlo...

Hassanein sacudió la cabeza.

—Que Alá se apiade de su alma —dijo.

Eso me recordaba que nos habíamos retrasado en las plegarias del ocaso, aunque



sólo por unos minutos. Limpiamos una pequeña zona de suelo del desierto y realizamos la abluciones rituales con arena limpia. Oramos y yo añadí una plegaria por el alma de Noora y por que Alá nos guiara al resto. Luego era la hora de dormir. Estaba agotado.

Tuve sueños extraños toda la noche. Aún recuerdo uno, tenía que ver con la figura de un padre fuerte que me daba estrictos sermones sobre ir a la mezquita el viernes. De hecho, la figura del padre no me permitía escoger ninguna vieja mezquita; tenía que ser aquella a la que él asistía, pero no me decía cuál. Hasta que no me desperté no me di cuenta de que no era mi padre, sino Jirji Shaknahyi, que había sido mi compañero durante el breve tiempo que trabajé para el departamento de policía de la ciudad.

Ese sueño me preocupaba enormemente por dos razones: de vez en cuando aún me culpaba por la muerte de Shaknahyi y me preguntaba cómo en mi sueño había llegado a representar el comportamiento estricto y severo. No era así en absoluto. ¿Por qué turbaba ahora mi descanso, en lugar de soñar con Friedlander Bey?

Comimos más carne de cabra seca y tomamos té antes de cargar los camellos y proseguir la persecución de Nasheeb. Normalmente el desayuno sólo consistía en gachas de arroz y dátiles.

—Come lo que desees —me dijo Hassanein—. Será un día lleno de acontecimientos desagradables. Come y bebe hasta saciarte, porque no volveremos a detenernos hasta que mi hermano haya muerto.

«Yepa», pensé. ¿Cómo se puede hablar de eso con tanta serenidad? Me tenía por duro, pero ese jefe del desierto me estaba demostrando en qué consistía la verdadera fortaleza.

Puse la complicada silla sobre la espalda de Fatma y ella profirió las indiferentes objeciones de rigor. Colgué la mitad de las provisiones de la silla y luego puse en pie al camello. No era una tarea fácil, creedme. En más de una ocasión deseé que los Bani Salim hubieran resultado ser uno de esos clanes del desierto que cabalgaban sobre hermosos corceles. En su lugar, tenía a esa obstinada y apestosa bestia. Oh, todo era voluntad e Alá.

Dirigimos los camellos hacia el este, hacia el Umm as—Samim. Hassanein estaba en lo cierto: sería un día desagradable. No obstante, cuando concluyera, su resolución sería catártica para el caíd, inshallah.

Ninguno de los dos hablábamos. Nos envolvían tenebrosos pensamientos mientras, sentados en los camellos, nos balanceábamos despacio hacia nuestra cita con Nasheeb. Transcurrieron pocas horas hasta que oí al caíd exclamar:

—¡Allah Akbar! —dijo con fervor—. ¡Ahí está!

Miré una vez. Supongo que estaba dormitando porque no había visto la amplia y brillante llanura que se desplegaba ante nosotros. En el extremo occidental había un

hombre, descargando su camello como si planeara acampar allí.

—Bien —dije—, como mínimo no va a llevarse al pobre animal con él.

Hassanein se volvió para mirarme. Su natural buen humor había desaparecido por completo. Tenía una expresión severa y tal vez algo vengativa.

Azuzamos a nuestros camellos para que fueran más aprisa y bajamos las altas dunas como si se tratara de una correría beduina. Cuando estábamos a unos trece metros de Nasheeb, él se dio la vuelta para mirarnos. En su rostro no había temor ni rabia, sólo una especie de tristeza inmensa. Levantó un brazo haciéndonos un gesto. No sabía lo que quería decir. Luego corrió hacia la pulida capa de Umm as—Samim.

—¡Nasheeb! —gritó Hassanein desesperado—. ¡Espera! Regresa con los Bani Salim, donde al menos puedes ser perdonado antes de la ejecución. ¿No es mejor morir en el seno de tu tribu, que aquí solo en este lugar desolado?

Nasheeb no entendió las palabras de su hermano. Casi lo atrapamos antes de que diera su primer paso titubeante en la capa cubierta de arena.

—¡Nasheeb! —gritó Hassanein.

Esta vez el asesino se dio media vuelta. Se tocó el pecho por encima del corazón, se llevó los dedos a los labios y los besó, luego se tocó la frente.

Por fin, después de los que me parecieron los momentos más largos de la historia del mundo, se dio la vuelta y avanzó más sobre la superficie de costra alcalina.

—Quizás él...

Mis palabras fueron silenciadas por un grito de extrema desesperanza, mientras su siguiente paso rompió la capa y se hundió inevitablemente en el lago pantanoso. Su cabeza reapareció brevemente, pero todo fue en vano. Los Bani Salim no consideran que saber nadar sea una de las habilidades necesarias para la supervivencia.

—En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso —gimió Hassanein—. Que las bendiciones de Alá y la paz sean con él.

—Afirmo que no hay más Dios que Alá —dije, casi tan conmovido como mi compañero.

Cerré los ojos, aunque ya no había nada que ver, excepto el pequeño agujero que Nasheeb había roto en la corteza de sal. No quedó ni rastro de él. Murió muy rápido.

Ya no había nada que hacer allí y la severidad del entorno nos invitaba a reunirnos con el resto de la tribu en Mughshin lo antes posible. Hassanein lo comprendió antes que yo y sin pronunciar palabra desmontó y cogió la rienda del camello de Nasheeb, guiándolo por la sibilante arena hasta su propia montura. Si había que lamentarse, el caíd lo haría en silencio, mientras emprendíamos camino hacia el suroeste.

No recuerdo haber cruzado palabra con Hassanein durante el resto del día. Guió nuestra pequeña expedición hasta el agotamiento; cabalgamos durante una hora o dos después de que cayera la noche, deteniéndonos sólo para la oración del ocaso. El caíd explicó la situación concisamente.

—La parte sur de las Arenas está ahora devastada. Hay poca agua y poco pasto para los camellos. Esta parte del desierto está atravesando una sequía.

Qué demonios, estaba a punto de preguntarle cómo un lugar tan árido como la Región Desolada podía sufrir una sequía. Quiero decir, ¿cómo lo sabía? Probablemente puedes guardar la pluviosidad anual de la región en una pequeña lata. Pero sabía que Hassanein no estaba de humor para hablar, así que permanecí en silencio.

Al cabo de unas dos horas acampamos, comimos nuestra escasa cena y extendimos las mantas cerca del fuego, donde nos unimos a Hilal y a bin Sharif. Me alegraba de verlos, aunque los recientes acontecimientos pesaban sobre esa pequeña reunión como el temor de Dios.

Los recién llegados se hicieron un hueco junto al fuego.

—Os vimos a vosotros y a Nasheeb desde lejos —dijo Hilal—. En cuanto os vimos abandonar el límite de Umm as—Samim, nos dimos cuenta de que Nasheeb se debía haber suicidado. Entonces acortamos por las Arenas para interceptaros. Nos habríamos reunido con vosotros enseguida, pero debéis haber llevado un ritmo agotador.

—No quiero perder más tiempo que el necesario —dijo Hassanein con voz sombría—. Nuestra comida y nuestra agua...

—Creo que es suficiente —dijo bin Sharif—. Simplemente queríais dejar atrás lo sucedido.

El caíd le miró durante un largo rato.

—¿Me estás juzgando, Suleiman bin Sharif? —preguntó en la más brusca de las voces.

—Yeta salaam, no me atrevería —dijo el joven.

—Entonces extiende tu manta y duerme un poco. Por la mañana nos espera un largo camino.

—Como tú digas, oh caíd —dijo Hilal.

En pocos minutos estábamos todos soñando bajo el cielo frío y negro del Rub al—Khali.

A la mañana siguiente, deshicimos el campamento y empezamos la travesía del desierto, sin que nos guiara más rastro que la memoria de Hassanein. Viajamos así unos días, sólo hablaba Hassanein y éste no pronunciaba una palabra más de lo necesario: «¡La hora de rezar!» o «¡Detengámonos aquí!» o «¡Ya es bastante por hoy!». Así que tenía mucho tiempo para la introspección y, creedme, lo empleé todo. Había llegado a la conclusión de que el tiempo que había pasado con los Bani Salim no sólo me había cambiado, sino que cuando regresara —si es que regresaba— a la ciudad, se producirían ciertos cambios drásticos en mi comportamiento. Siempre había sido muy independiente, sin embargo, de algún modo ahora deseaba la

aprobación de ese tosco clan y de su taciturno líder.

Por fin, viajamos tan lejos y tantos días, que los pensamientos de la ciudad se desvanecieron de mi mente. Sólo pensaba en llegar a salvo a otro pueblo, a otro poblado beduino del extremo sur de las Arenas. Y por tanto sentí una alegría inmensa cuando Hassanein se detuvo y señaló el horizonte, ligeramente al sur suroeste.

—Las montañas —anunció.

Yo miré, pero no vi ningunas montañas.

—Éstos son los últimos kilómetros de las Arenas. Ahora estamos en Ghanim.

Claro, oh caíd, si tú lo crees. A mí nada me parecía diferente. Pero nos desviamos un poco hacia el sur y pronto encontramos el camino centenario que lleva del pozo de Khaba a Mughshin, en el lugar más lejano de las montañas de Qarra. Mughshin era nuestra meta, donde debíamos reunimos con el resto de la tribu. Los Bani Salim hablaban de Mughshin como si fuera el lugar de las mil maravillas, como si fuera Singapur o Edo o Nueva York. Ya me había hecho a la idea de abstenerme de juzgarla hasta que tuviera la oportunidad de vagar por sus callejas.

En dos o tres día de viaje el terreno empezó a empinarse y ya no me cupo duda de que el caíd sabía adónde nos dirigíamos. Al pie de las montañas que nos separaban de la orilla del mar estaba Mughshin. Me imaginaba perfectamente el lugar, por las historias de mis compañeros, así que no estaba preparado para la dura confrontación con la realidad. Mughshin consistía en unas cincuenta o sesenta tiendas —tiendas comerciales, hechas en Europa— esparcidas en una amplia llanura de modo que cada ocupante dispusiera de la suficiente intimidad. Un fuerte viento arenoso soplaba en todo el pueblo y no se veía a un alma.

Bin Sharif e Hilal se alegraron muchísimo al ver el pueblo y se levantaron en la grupa de sus camellos, hicieron ondear sus rifles y gritaron las frases religiosas convencionales.

—Id —dijo Hassanein— y ved si nuestra tribu está allí. Nuestro terreno de acampada acostumbrado parece vacío.

—Quizás nos hayamos adelantado —dijo bin Sharif—. Podemos viajar más rápido que la lenta comitiva de los Bani Salim.

El caíd asintió.

—Tendremos que esperar aquí hasta que lleguen.

Hilal se arrodilló en su montura y gritó algo que no entendí. Entonces azuzó su camello con gran estrépito seguido de cerca por bin Sharif.

Hassanein señaló hacia el pueblo.

—¿Tu ciudad es más grande que ésta? —preguntó.

Eso me sorprendió. Miraba el puñado de tiendas verdes y grises.

—En muchos sentidos, sí —dije—. En otros, definitivamente no.

El caíd gruñó. El tiempo de charla había concluido. Espoleó su camello y yo le

seguí a ritmo más lento. Empezaba a tener una gran sensación de victoria al haber sobrevivido en ese entorno de tan misérrima tecnología. La operación de mi cerebro me había sido de muy poco uso desde mi rescate a manos de los Bani Salim. Incluso había intentado dejar de usar los bloqueadores del dolor, el hambre y la sed, porque deseaba demostrarme a mí mismo que podía soportar todo lo que soportaban los beduinos sin modificar.

Claro que no estaba tan disciplinado como ellos. Cada vez que el dolor, el hambre o la sed eran demasiado grandes, me amparaba agradecido en el escudo anestésico de mi software intracraneal. No tenía ningún sentido sobrepasarme, sobre todo si sólo era una cuestión de orgullo. El orgullo era demasiado caro en las Arenas.

Era cierto que los Bani Salim aún no habían llegado. El caíd Hassanein nos condujo al lugar donde la tribu solía acampar y establecimos un campamento temporal y descubierto. ¡Como anhelaba las tiendas permanentes! Hubiera dado un montón de dinero por alquilar una, porque el viento era helado y transportaba buenos puñados de arena en sus dientes. Una versión anterior de Marîd Audran habría dicho: «¡Al infierno con todo esto!» y se habría ido a descansar dentro de una de las tiendas. Ahora era mi orgullo, mi caro orgullo, el que me impedía abandonar a Hassanein y a los dos jóvenes. Me interesaba más lo que pensarán de mí que mi propia comodidad. Eso era algo nuevo.

Al día siguiente estaba muy aburrido. No teníamos nada que hacer hasta que los Bani Salim se encontraran con nosotros. Exploré el pueblo, tarea que me llevó poco tiempo. Descubrí un pequeño zoco donde los más ambiciosos mercaderes de Mughshin despleaban mantas en el suelo y las cubrían de diversos objetos. Había carne fresca y en conserva, verduras, dátiles y otras frutas, y los productos básicos de la dieta beduina: arroz, café, carne seca y col, zanahorias y otras hortalizas.

Me sorprendió bastante ver a un viejo que no tenía más que siete cuadraditos de plástico sobre su manta: daddies traídos a través de las montañas, procedentes de Sálala, importados de Dios sabe dónde. Los examiné con gran curiosidad, preguntándome qué personajes pensaba ese ingenioso tipo que podía vender a los pocos cerebros llameantes que vagaban por el Rub al—Khali.

Se trataba de dos daddies de Imán Santo, probablemente el mismo que tenía Hassanein, dos daddies de médicos, un daddy programado con varios dialectos árabes que se hablan en la parte sur de Arabia, un manual de sexo ilegal, y un compendio de la sharia, o ley religiosa. Pensé que el último podía ser un buen regalo para el caíd. Pregunté al viejo cuánto costaba.

—Doscientos cincuenta riyals —dijo, con voz débil y temblorosa.

—No tengo riyals —admití—, sólo kiams.

Casi tenía cuatrocientos kiams que había ocultado al sargento al—Bishah en Najran.

El viejo me miró larga y astutamente.

—Kiams, ¿eh? Muy bien, cien kiams.

Ahora me tocaba regatear a mí.

—¡Eso es diez veces lo que vale!

Se limitó a encogerse de hombros.

—Algún día, alguien pensará que son cien kiams bien empleados y lo venderé por cien. No, no. Porque tú eres un huésped en nuestro pueblo te lo venderé por noventa.

—Te doy quince por él.

—Ve entonces, busca a tus compañeros. No necesito tu dinero. El Señor Todopoderoso velará por mis necesidades. Ochenta kiams.

Separé las manos.

—No puedo pagar un precio tan elevado. Te daré veinticinco, pero es todo lo que puedo pagar. Que sea extranjero no significa que sea rico, sabes.

—Setenta y cinco —dijo, sin pestañear.

El hábito del regateo era más una costumbre social que un serio intento de sacarme el dinero.

Así seguimos durante unos minutos más, hasta que acabé comprando el daddy legal por cuarenta kiams. El viejo se inclinó ante mí como si yo fuera un gran caíd. Claro que, desde su punto de vista lo era.

Cogí el daddy y me encaminé hacia nuestro campamento. Antes de que caminara veinte metros, me interceptó otro de los pueblerinos.

—Salaam —dijo.

—Alaykum as—salaam —respondí.

—¿Te interesaría, oh excelente, probar unos módulos de personalidad particularmente interesantes y raros?

—Bueno —dije con curiosidad—, tal vez.

—Tenemos unos tan... peculiares que no encontrarás nada parecido, ni en Najran ni al otro lado de las montañas en Sálala.

Le dirigí una sonrisa paciente. Yo no procedía de ningún villorrio primitivo como Najran ni Sálala. Creía haber probado algunos de los moddies más extraños y pervertidos del mundo. Sin embargo, me interesaba ver qué mercancías me ofrecía ese alto y delgado jockey de camellos.

—Sí —dije—, enséñamelos.

El hombre estaba muy nervioso, como si temiera que alguien pudiera oímos.

—Podían cortarme una mano por mostrarte los moddies que vendemos. No obstante, si entras sin dinero, eso nos protegerá a los dos.

No acababa de comprender.

—¿Qué debo hacer con mi dinero?

—El mercader que te vendió el daddy tiene algunas cajas fuertes de metal, oh

caíd. Dale tu dinero y él lo pondrá a buen recaudo, te dará un recibo y la llave de la caja. Luego entras en mi tienda y pruebas nuestros moddies todo el tiempo que quieras. Cuando decidas comprar o no comprar, regresaremos y te devolveremos tu dinero. De este modo, si alguna autoridad interrumpe la exhibición, podemos demostrar que tú no tenías intención de comprar, ni yo de vender, porque no llevabas dinero encima de tu noble persona.

—¿Con qué frecuencia suelen ser interrumpidas tus «demostraciones»? —le pregunté.

El buscavidas beduino me miró y parpadeó un par de veces.

—Cada poco —dijo—, cada poco, oh caíd. Es un inconveniente de esta industria.

—Sí. Lo sé. Lo sé muy bien.

—Entonces, oh excelente, ven conmigo y dale tu dinero a Ali Muhammad, el viejo mercader.

Tenía mis sospechas sobre el joven, pero el viejo mercader me parecía honesto a la vieja usanza.

Fuimos hasta su manía. El joven dijo:

—Ali Muhammad, ese señor desea inspeccionar nuestro surtido de moddies número uno. Está dispuesto a dejar su dinero contigo.

Ali Muhammad me miró de soslayo.

—¿No será de la policía ni de una ralea parecida?

—Sólo me ha bastado hablar con este noble caíd —dijo el hombre nervioso—, para inspirarme plena confianza. Te prometo sobre los altares de todos los imanes que no nos creará problemas.

—Eh, bueno, ya veremos —dijo Ali Muhammad rezongón—. ¿Cuánto dinero tiene?

—No lo sé, oh sapientísimo —dijo mi nuevo amigo.

Dudé un momento, luego le entregué casi todo mi dinero. No se lo quería dar todo, pero ambos hombres se percataron de lo que hacía.

—No debes quedarte nada en el bolsillo —dijo Ali Muhammad—. Diez riyals bastarían para que los tres nos ganáramos un severo castigo.

Yo asentí.

—Tomad, pues —dije dándole el resto del dinero.

Bastaba un penique, bastaba una libra, me dije a mí mismo. Sólo que estaba expuesto por unos cuantos cientos de kiams.

El viejo mercader desapareció dentro de una tienda vecina. Sólo estuvo dos o tres minutos. Cuando regresó me entregó una llave y un recibo escrito. Nos dimos las gracias mutuamente, como es costumbre, y luego mi impaciente guía me condujo hacia otra tienda.

Antes de que recorriéramos la mitad de la distancia, dijo:

—¿Has pagado los cinco kiams de depósito por la llave, oh caíd?

—No lo sé —dije—. ¿Qué depósito? No me habías hablado de ningún depósito.

—Lo siento de veras, señor, pero no podemos permitirte ver los moddies hasta que pagues el depósito. Sólo cinco kiams.

Sentí un escalofrío en el estómago, de advertencia. Dejé que el tipejo flacucho leyera mi recibo.

—Mira —dije.

—Aquí no dice nada del depósito, oh caíd —dijo—. Pero sólo son cinco kiams más y luego podrás jugar todo el día con los moddies que desees.

Me había seducido demasiado fácilmente la idea de los moddies clasificados X.

—Muy bien —dije enfadado—, has visto como le daba hasta el último kiam a ese viejo. No tengo otros cinco kiams.

—Bueno, eso me preocupa, oh sapientísimo. No puedo enseñarte los moddies sin el depósito.

En ese momento supe que me habían engañado, que seguramente no había moddies.

—Muy bien —dije bruscamente—. Volvamos a buscar mi dinero.

—Sí, oh caíd, si eso es lo que deseas.

Di media vuelta y me dirigí hacia la manta de Ali Muhammad. Se había ido. No había ni rastro de él. Guardando la entrada de la tienda que albergaba las cajas fuertes había un hombre gigantesco con una expresión turbia y sombría. Me acerqué a él, le enseñé el recibo y le pedí que me permitiera recuperar mi dinero.

—No puedo, a no ser que pagues el depósito de cinco kiams —dijo.

Gruñía más de lo que haría un ser humano, pensé.

Intenté amenazarle, suplicarle y le prometí una considerable recompensa cuando llegara Friedlander Bey con el resto de los Bani Salim. No dio resultado. Por fin, sabiendo que me habían timado, me dirigí a mi nervioso guía. También se había ido.

De modo que sólo tenía un recibo sin valor, una llave —que seguramente tenía el récord de la llave más cara e inútil del mundo—y la certeza de que me habían dado una lección de orgullo. Una lección muy cara, pero lección al fin y al cabo. Sabía que Ali Muhammad y su joven aliado ya estaban a medio camino de las montañas Qarra y en cuanto me diera media vuelta Mister Músculos Beduino se desvanecería también. Empecé a reír. Era una anécdota que jamás contaría a Friedlander Bey. Diría que alguien me había robado una noche mientras dormía. Lo cual era casi cierto.

Me largué, riéndome de mí mismo y de mi pérdida superioridad. En realidad el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq, que me había condenado a este horrible lugar, me había hecho un favor. Más que eso, pues había hecho trizas muchas de las falacias sobre mí mismo. Cuando saliera del desierto sería un hombre totalmente distinto del que había entrado.



En cuatro o cinco días llegaron los Bani Salim y se hicieron muchas celebraciones y reuniones ruidosas. Confirmé que Friedlander Bey no había empeorado con el viaje y parecía más feliz y saludable que nunca. En una de las celebraciones el caíd Hassanein me abrazó como si fuera un miembro de la familia y nos aceptó a Friedlander Bey y a mí en su clan. Ahora éramos auténticos Bani Salim. Me preguntaba si alguna vez nos resultaría útil. Le di a Hassanein el daddy de la sharia, que le gustó mucho.

Al día siguiente nos preparamos para partir. Bin Turki vendría con nosotros y nos guiaría a través de las montañas hasta la ciudad costera de Sálala. Desde ahí embarcaríamos en la primera nave que partiera para Qishn, a más de trescientos kilómetros hacia el oeste, la ciudad más próxima que tenía aeropuerto de clase suborbital.

Nos íbamos a casa.

## 9

A bordo de la nave suborbital Imán Muhammad al—Baqir las amenidades apenas eran superiores a las de la lanzadera que nos llevó a Najran, al exilio. Ahora no éramos prisioneros, pero nuestro billete no incluía la comida, ni siquiera bebidas gratis.

—Eso nos pasa por haber sido abandonados en un confín de la tierra —dije—. La próxima vez, haremos que nos deporten a un sitio más cómodo.

Friedlander Bey asintió, no lo consideró ningún chiste, como si previera muchos secuestros y deportaciones en el futuro. Su carencia de sentido del humor era inherente a él. Le había transformado de un pobre emigrante sin dinero a uno de los dos hombres más influyentes de la ciudad. También le había creado un exagerado sentido de la precaución. No confiaba en nadie, ni siquiera después de probar a la gente una y otra vez en el curso de los años. Aún no estaba completamente seguro de que confiara en mí.

Bin Turki apenas pronunciaba palabra. Se sentó con el rostro pegado a la ventanilla y de vez en cuando hacía comentarios de entusiasmo o reprimía una exclamación. Era bueno tenerlo con nosotros, porque me recordaba cómo yo era antes de hastiarme de la vida moderna. Todo eso era nuevo para bin Turki, que se estiraba como una ruda semilla de heno en la pobre encrucijada de la ciudad de Sálala. Temblaba sólo de pensar en lo que le ocurriría cuando llegáramos a casa. No sabía si corromperlo lo más rápido posible —para que tuviera defensas contra los lobos del Budayén— o proteger su adorable inocencia.

—El tiempo de vuelo de Qishn a Damasco será de cuarenta minutos —anunció el capitán de la nave suborbital—. Todo el mundo a bordo dispondrá del tiempo suficiente para tomar sus enlaces.

Eran buenas noticias. Aunque no tendríamos tiempo libre para explorar ni un poco de Damasco —la ciudad, continuamente habitada, más antigua del mundo—, me alegraba de que el viaje de regreso a nuestra ciudad se hiciera en el mínimo tiempo. Haríamos una escala en Damasco de unos treinta y cinco minutos. Luego cogeríamos otra lanzadera suborbital directa a la ciudad. Estaríamos en casa. No podríamos movernos con entera libertad, pero como mínimo estaríamos en casa.

Friedlander Bey miró un buen rato por la ventanilla después de despegar, pensando en asuntos que sólo yo podía adivinar. Por fin dijo:

—Debemos decidir adonde ir cuando aterrice la nave que nos conducirá de Damasco a la ciudad.

—¿Por qué no vamos a casa? —pregunté.

Me miró con una expresión ausente durante unos segundos.

—Porque aún somos criminales a los ojos de la ley. Somos fugitivos de lo que allí

se considera «justicia».

Lo había olvidado.

—No conocen el significado de esa palabra.

Papa hizo un gesto impaciente.

—En cuanto asomemos la cabeza por la ciudad tu teniente Hajjar nos arrestará y nos juzgará por un asesinato no resuelto.

—¿Todo el mundo en la ciudad habla ese galimatías de árabe mutilado? —preguntó bin Turki—. ¡No puedo entender lo que decís!

—Eso me temo —le dije—. Pero pronto te harás con el dialecto local —añadí, dirigiéndome a Papa, cuya expresión grave me hizo caer en la cuenta de que nuestros problemas estaban lejos de haber concluido—. ¿Qué sugieres? —le pregunté.

—Debemos pensar en alguien digno de confianza, que pueda alojarnos durante una semana o así.

No podía adivinar sus intenciones.

—¿Una semana? ¿Qué sucederá en una semana?

Friedlander Bey me dirigió todo el poder de su aterradora y gélida sonrisa.

—Entonces —dijo— habremos concertado una entrevista con el caíd Mahali. Le convenceremos de que nos han escatimado la posibilidad de recurrir legalmente, que tenemos derecho a una apelación y que necesitamos poderosamente que el emir proteja nuestros derechos, porque al hacerlo descubrirá la corrupción oficial que tiene lugar ante sus mismísimas narices.

Me estremecí y di gracias a Alá de no ser el blanco de la investigación, al menos no lo bastante como para ponerme nervioso por ello. Me preguntaba si el teniente Hajjar y el doctor Abd ar—Razzaq dormirían bien. Me preguntaba si se olían los acontecimientos que se les avecinaban. Me producía un delicioso escalofrío imaginar su inminente destrucción.

Debí dejarme llevar por el sueño porque un poco más tarde me despertó uno de los ayudantes de vuelo de la nave, que deseaba que bin Turki y yo nos asegurásemos de que llevábamos los cinturones bien abrochados antes de aterrizar. Bin Turki estudió el suyo y se imaginó cómo funcionaba. Yo cooperé porque eso pareció agradar al asistente de vuelo. Ahora no debía preocuparse por que mis miembros mutilados volasen hacia la cabina, en caso de que el piloto plantara el aparato de cabeza en las dunas de arena más allá de las puertas de la ciudad.

—Creo que es una excelente oportunidad, oh caíd —dije.

—¿De qué hablas? —dijo Papa.

—Se supone que ya estamos muertos —expliqué—. Tenemos cierta ventaja. Pasará algún tiempo antes de que Hajjar, el caíd Reda y el doctor Abd ar—Razzaq se percaten de que sus dos cadáveres abandonados están metiendo las narices en asuntos que no desean que salgan a la luz. Quizás debamos proceder despacio, para retrasar el

fortuito descubrimiento lo más posible. Si entramos en la ciudad haciendo ostentaciones, todas nuestras posibilidades se desvanecerán de inmediato.

—Sí, muy bien, hijo mío —dijo Friedlander Bey—. Estás aprendiendo a razonar sabiamente. Rara vez se gana una batalla sin que la lógica dirija el ataque.

—Sin embargo, también he aprendido de los Bani Salim los peligros de la duda.

—Los Bani Salim no se sentarían en la oscuridad y maquinarián planes —dijo bin Turki—. Los Bani Salim se abalanzarían sobre sus enemigos y dejarían hablar a los rifles. Luego harían que sus camellos pisotearan los cadáveres en el polvo.

—Bueno —dije—, no tenemos camellos con los que pisotearlos. Pero me gusta el punto de vista de los Bani Salim.

—Tu experiencia en el desierto te ha cambiado —dijo Papa—. Sin embargo no debemos dudar. Actuaremos con precaución pero con firmeza y si es necesario liquidar a uno de los actores principales, lo haremos sin arrepentimiento.

—Siempre que el actor no sea el caíd Reda Abu Adil —dije.

—Sí, por supuesto.

—Me gustaría saber toda la historia. ¿Por qué se salva el caíd Reda cuando hombres mejores, como su imán favorito, deben ser sacrificados en nuestro honor?

Papa soltó un largo suspiro.

—Hubo una mujer —dijo volviendo la cabeza y mirando otra vez por la ventanilla.

—No digas más. No necesito escuchar los detalles. Una mujer, bueno, eso lo explica todo.

—Una mujer y una promesa. Parece que el caíd Reda ha olvidado la promesa que hicimos, pero yo no. Cuando yo muera estarás libre de la promesa, pero no antes.

Respiré pesadamente.

—Debió ser cierta mujer —dije.

Era más de lo que siempre había comentado sobre las misteriosas reglas del juego en el eterno conflicto con su rival Abu Adil.

Friedlander Bey no se dignó a contestar a eso. Se limitó a contemplar la negrura del cielo y la oscuridad del planeta con el que pronto nos toparíamos.

Sobre el sistema de altavoces un letrero nos decía que permaneciésemos sentados hasta que la lanzadera suborbital estuviera completamente parada y fuera sometida a un cuarto de hora de enfriamiento. En cierto modo era frustrante, porque siempre había deseado visitar Damasco y ahora que estaba allí sólo tendría la oportunidad de ver el edificio de la terminal.

El Imán Muhammad al—Baqir bajó su tren de aterrizaje y en pocos minutos tomábamos tierra. Sentí un ligero alivio. Siempre me ocurre. No es que tema ser lanzado al espacio en un cohete, es que cuando estoy a bordo, de repente pierdo toda mi fe en la física moderna y en el diseño de naves suborbitales. Siempre me viene a la

mente el terrorífico pensamiento infantil de que no será capaz de arrastrar los montones de toneladas hasta el aire y, aunque lo haga, nunca será capaz de sostenerlas ahí. En realidad, el momento que más me preocupaba era el despegue. Si la nave no estallaba en millones de añicos brillantes, suponía que lo habíamos superado y me relajaba. Pero durante unos minutos, seguía oyendo al piloto decir algo así como «La torre de control ha decidido abortar este vuelo una vez estemos lo suficientemente lejos de la zona de despegue».

Tuvimos un agradable y suave aterrizaje en Damasco y luego miramos por las ventanillas durante quince minutos mientras la lanzadera suborbital se sometía a las ordenanzas aprobadas por la IAA. Papa y yo sólo llevábamos tres bolsas pequeñas y las trasladamos desde la pista de aterrizaje a la terminal. No tardamos en adivinar dónde debíamos coger la nave suborbital que nos llevaría a casa.

Me acerqué a la pequeña tienda de souvenirs, con la intención de comprar algo para mí y quizás algo para Indihar y algo para Chiri. Me molestó descubrir que casi todos los souvenirs tenían una etiqueta de «Hecho en la Reserva Occidental» o «Hecho en el Panamá Ocupado». Me contenté con unas cuantas postales holo.

Empecé a escribir una a Indihar, pero me detuve. Sin duda los teléfonos del palacio de Papa estaban intervenidos y el correo sin duda era revisado por ojos hostiles. Podía descubrirnos al enviar una postal holo anunciando nuestro regreso triunfante.

Sin duda hacía semanas que Indihar y todos mis amigos se habían resignado a mi trágico fallecimiento. ¿Qué encontraríamos al regresar a la ciudad? Creía saber lo que la gente sentía hacia mí. Seguramente Youssef y Tariq mantendrían las propiedades de Friedlander Bey, pero Kmuzu habría considerado mi muerte como su liberación y se habría ido hacía ya tiempo.

Al subir a bordo de la segunda nave suborbital sentí un escalofrío. Saber que la Nasrullah nos devolvería a la ciudad me hacía estremecer de expectación. En menos de una hora estaríamos de regreso. Las incómodas alianzas y conspiraciones que habían intentado asesinarlos serían barridas, quizás eliminadas, en cuanto nos pusiéramos manos a la obra. Ansiaba la venganza. Lo había aprendido de los Bani Salim.

Resultó ser el más breve de los largos vuelos que he tomado nunca. Apretaba la nariz contra la ventanilla, como si al concentrarme con todas mis fuerzas, pudiera ayudar a pilotar la Nasrullah y conferirle una aceleración suplementaria. Me parecía que acabábamos de pasar por Max Q cuando el ayudante de vuelo se nos acercó y nos dijo que nos abrochásemos los cinturones para aterrizar. Me preguntaba si, por ejemplo, nos precipitáramos contra la tierra e hiciéramos un cráter de varios metros de hondo, el cinturón de seguridad nos protegería lo suficiente como para salir indemnes de entre la bola de fuego.

Ninguno de los tres pasamos mucho tiempo en la terminal, porque Friedlander Bey era muy famoso como para permanecer allí mucho tiempo sin ser reconocido, y entonces Abu Adil se enteraría y... de nuevo a la Ciudad de las Dunas. O quizás un tiro en cuatro lóbulos cerebrales.

—¿Y ahora qué? —pregunté a Papa.

—Caminemos un rato —dijo.

Le seguí fuera de la terminal hasta una parada de taxis. Bin Turki, impaciente por ser útil, llevó el equipaje.

Papa iba a tomar el primer taxi de la fila, pero yo le detuve.

—Estos taxistas tienen muy buena memoria —dije—. Y probablemente son sobornables. Conozco un taxista que se adapta perfectamente a nuestras necesidades.

—Ah —dijo el viejo—, ¿tienes algo contra él, algo que no desea que se haga público?

—Mejor que eso, oh caíd. Es físicamente incapaz de recordar nada de una hora para otra.

—No comprendo. ¿Padece alguna lesión cerebral?

—Podíamos llamarlo así.

Entonces le hablé de Bill, el americano loco. Bill había llegado a la ciudad poco antes que yo. Detestaba los moddies corporales cosméticos, las apariencias no significaban nada para Bill. Ni tampoco las operaciones de cerebro. En cambio hizo algo realmente loco: pagó a uno de los médicos buscavidas de la Calle para que le extirpara uno de los pulmones y lo sustituyera por un saco que vertía una constante y calibrada dosis de RPM en su riego sanguíneo.

El RPM es a cualquier otro alucinógeno lo que una cucharada de sacarina es a un simple grano de azúcar. Me arrepentía profundamente de las veces que lo había probado. Su nombre técnico es ribopropilmetionina, pero aquellos días había oído a la gente de la calle llamarlo «infierno». La primera vez que lo probé, mi reacción fue tan horrible que tuve que volver a tomarlo porque no creía que nada pudiera ser tan malo. Era un insulto a mi imagen de Conquistador de Todas las Sustancias.

No hay suficiente dinero en el mundo como para obligarme a probarlo de nuevo.

Y ése era el producto que Bill se vertía en las arterias día y noche. Huelga decir que Bill está completa y permanentemente colocado. No parece tanto un taxista como un astrólogo poseso, capaz de seducir a toda una familia real y terminar sus días asesinado en un río helado a medianoche.

Viajar con Bill era una experiencia de lunáticos, porque siempre intentaba esquivar en la carretera objetos que sólo él podía ver. Y estaba convencido de que los demonios —los afrit— se sentaban junto a él delante, distrayéndolo, tentándolo y molestándolo tanto que debía emplear toda su capacidad de concentración para no morir en un brutal choque en la autopista. Bill y sus comentarios me parecían

fascinantes. Para mí era un modelo de lo que no debía ser. Me decía a mí mismo: «Puedes acabar como él si no dejas de tragar pastillas todo el día».

—¿Y a pesar de ello recomiendas a ese taxista? —dijo Friedlander Bey dubitativo.

—Sí —respondí—, porque toda la concentración de Bill pasaría por el ojo de una aguja y todavía cabría espacio para una pirámide de pulgas de cinco pisos. No tiene cerebro. Al día siguiente no se acordará de nosotros. Cuando bajemos del taxi ni siquiera nos recordará. A veces se larga pitando antes incluso de que le pagues.

Papa se mesó la barba blanca que necesitaba urgentemente un afeitado.

—Ya veo. De modo que en realidad no es sobornable, no porque sea honesto, sino porque no lo recordaría.

Yo asentí. Ya estaba buscando un teléfono público. Fui hasta uno, introduje unas monedas y dije el código de Bill al aparato. Sonó quince veces, pero al fin Bill respondió. Estaba sentado en su sitio de costumbre, justo al lado de la puerta este del Budayén, en el Boulevard il—Jameel. A Bill le costó un par de minutos acordarse de mí, a pesar de que nos conocíamos desde hacía años. Dijo que vendría al aeropuerto a recogernos.

—Ahora —dijo Friedlander Bey—, debemos decidir minuciosamente nuestro destino.

Me mordí una uña mientras pensaba.

—El local de Chiri debe estar vigilado.

Chiri era un club nocturno de la Calle. Papa había obligado a Chiriga a vendérselo a él y él me lo había regalado. Chiri había sido una de mis mejores amigas, pero después de la compra apenas hablaba conmigo. La convencí de que había sido idea de Papa y luego le vendí la mitad del club y volvimos a ser colegas.

—No nos aventuraremos a contactar con ninguno de nuestros amigos —dijo—. Quizás tenga la solución —fue hacia el teléfono y habló tranquilamente durante un instante. Cuando colgó me sonrió brevemente y dijo: —Creo que tengo la solución. Ferrari tiene un par de habitaciones libres encima de su club nocturno y le he dicho que necesitamos ayuda esta noche. También le he recordado unos cuantos favores que le he hecho en el curso de los años.

—¿Ferrari? —dije—, ¿El Loro Azul? Nunca he estado. Es demasiado elegante para mí.

El Loro Azul era uno de esos clubs de alta alcurnia, vestidos elegantes, que sirven champaña, con una pequeña banda latina. Signor Ferrari se pasea entre las mesas murmurando galanterías, mientras los ventiladores del techo giran perezosos por encima de las cabezas. No se ve ni un sólo seno descubierto. Ese lugar me daba grima.

—Tanto mejor. Tu amigo taxista nos llevará hasta la puerta trasera del local de

Ferrari. La puerta estará abierta. Nos acomodaremos en las habitaciones de arriba y nuestro anfitrión se reunirá con nosotros cuando cierre el club a las dos de la madrugada, inshallah. En cuanto al joven bin Turki, creo que estará sano y salvo si lo enviamos a nuestra casa. Escribe una breve nota en una de esas postales holo y fírmala sin utilizar tu nombre. Eso será suficiente para Youssef y Tariq.

Comprendí lo que deseaba. Escribí un rápido mensaje en el dorso de una de esas postales holo de Damasco: «Youssef y Tariq: éste es nuestro amigo bin Turki. Tratadlo bien hasta nuestro regreso. Hasta pronto (firmado) El magrebí». Le di la postal a bin Turki.

—Gracias, oh caíd —dijo. Aún temblaba de excitación—. Ya has hecho más de lo que nunca podré hacer por ti.

Me encogí de hombros.

—No te preocupes por devolverme nada, amigo mío. Encontraremos el modo de ponerte a trabajar. —Y añadí, dirigiéndome a Friedlander Bey—: Confío en tu buen juicio sobre Ferrari, oh caíd, porque personalmente no conozco su honestidad.

Eso provocó otra sonrisa en los labios de Papa.

—¿Honestidad? Yo no confío en los hombres honestos. Siempre hay una primera vez para la traición, como ya has aprendido. En cambio, Signor Ferrari es un cobarde y eso es algo en lo que puedo confiar. En cuanto a su honestidad, no es más honesto que cualquier otro hombre del Budayén.

Eso no significaba ser muy honesto. Pero Papa tenía razón. Pensé en como pasaría el tiempo en las habitaciones de Ferrari y mi agenda empezó a tornar forma. Antes de que pudiera hablarlo con Friedlander Bey, llegó Bill.

Bill atisbo fuera de su taxi con ojos de loco que casi parecían chisporrotear.

—¿Sí?—dijo.

Papa murmuró:

—En nombre de Alá, el clemente, el misericordioso.

—En el nombre de Christy Mathewson, el muerto, el enterrado —gruñó Bill como respuesta.

Miré a Papa.

—¿Quién es Christy Mathewson? —pregunté.

Friedlander Bey se encogió de hombros. Yo era curioso, pero sabía que era un error entablar una conversación con Bill. Podía estallar en ira y largarse o empezar a hablar sin cesar y no llegaríamos al Loro Azul antes del alba.

—¿Sí? —dijo Bill con voz amedrentadora.

—Entremos en el taxi —dijo Friedlander Bey con serenidad—. Al Loro Azul en el Budayén. Vaya a la puerta trasera.

—¿Sí? —dijo Bill—. La Calle no está abierta al tráfico rodado, que es lo que nosotros somos, o pronto seremos, en cuanto empecemos a movernos. En realidad,



todos empezaremos a movemos, porque somos...

—No te preocupes por las ordenanzas de la ciudad —dijo Papa—. Te doy permiso.

—¿Sí? ¿Aunque transportemos demonios ígneos?

—No te preocupes por eso, tampoco —dije antes de añadir, de mi propia cosecha—: Tenemos un pase especial.

—¿Sí? —musitó Bill.

—Basmala —rezó Papa.

Bill pisó el acelerador y salimos disparados del terreno del aeropuerto, zumbando, corriendo vertiginosamente y derrapando en las esquinas. Bill siempre aceleraba cuando llegaba a una curva, como si no pudiese esperar a ver lo que había al doblar la esquina. Algún día habrá un gran furgón de reparto. Maldita sea.

—/Yaa Allah! —gritó bin Turki horrorizado—. ¡Yaa Allah!

Sus gritos se extinguían en un constante gemido de terror durante todo el trayecto.

En realidad fue un viaje sin sorpresas, al menos para mí. Yo estaba acostumbrado al modo de conducir de Bill. Papa se hundió en el asiento, cerró los ojos y repetía «basmala», «basmala» sin cesar. Bill estaba sumido en un monólogo absurdo sobre cómo los jugadores de béisbol se quejaban de las bolas arrastradas, deberíais golpear alguna vez a un afrit, veríais lo duro que es intentar conectar con una bola de fuego, incluso si lo haces, no sale del campo, se limita a quebrarse en una lluvia de chispas rojas y amarillas, intentadlo alguna vez, quizás la gente comprendería... y cosas por el estilo.

Viramos por el hermoso Boulevard il—Jameel y pasamos por la puerta este del Budayén. Incluso Bill se dio cuenta de que el tráfico de peatones en la Calle era demasiado denso para su habitual temeridad y así nos abrimos paso despacio hacia el Loro Azul, luego dimos la vuelta a la manzana hasta la entrada trasera. Cuando Papa y yo salimos del taxi, Friedlander Bey pagó la carrera y dio a Bill una moderada propina.

Bill hizo un gesto con el brazo quemado por el sol.

—Me alegré de veros —dijo.

—Vale Bill —dije yo—. ¿Quién es Christy Mathewson?

—Uno de los mejores jugadores en la historia del juego. «El gran seis» le llamaban. Hace doscientos o doscientos cincuenta años.

—¡Doscientos cincuenta años! —dije sorprendido.

—¿Sí? —dijo Bill enojado— ¿Cómo estás?

Sacudí la cabeza.

—¿Sabes dónde está la casa de Friedlander Bey?

—Claro —dijo Bill—. ¿Cuál es el problema? ¿Habéis olvidado dónde la pusisteis? No va a levantarse y echar a correr.

—Aquí tienes diez kiams más. Lleva a mi joven amigo a casa de Friedlander Bey y asegúrate de que llegue allí, sano y salvo.

—Seguro —dijo el taxista.

Eché una ojeada al asiento de atrás, donde bin Turki parecía horrorizado de tener que viajar con Bill, perdido y solo en la gran ciudad.

—Nos veremos dentro de un día o dos —le dije—. Mientras tanto, Youssef y Tariq cuidarán de ti. ¡Que lo pases bien!

Bin Turki se limitó a mirarme con los ojos abiertos, tragando saliva sin acertar a formar ninguna palabra coherente. Di media vuelta y seguí a Papa hasta la puerta trasera del Loro Azul. Estaba seguro de que Bill olvidaría la conversación al poco de dejar a bin Turki en la mansión.

Subimos una escalera de madera pulida. Se retorcía haciendo un círculo completo, y nos encontramos en un descansillo flanqueado por dos puertas. La puerta de la izquierda estaba cerrada, probablemente se tratara de las habitaciones privadas de Ferrari. La de la derecha se abría a un espacioso salón, decorado al estilo europeo, con montones de paneles de madera oscura, macetas con palmeras y un piano en un rincón. El mobiliario era exquisito aunque moderno. Del salón nacían una cocina y dos dormitorios, cada uno con su cuarto de baño.

—Creo que aquí estaremos cómodos —dije.

Papa gruñó y se dirigió a un dormitorio. Casi tenía doscientos años y había sido un día largo y agotador. Cerró la puerta de la habitación tras él y yo me quedé en el salón, tocando bajito fragmentos de música en el piano.

Al cabo de unos diez o quince minutos, Signor Ferrari subió las escaleras.

—He oído ruidos aquí arriba —explicó a modo de disculpa— y deseaba asegurarme de que erais vosotros. ¿El Signor Bey lo ha encontrado todo de su agrado?

—Sí, de hecho, deseábamos agradecerle su hospitalidad.

—No es nada, nada en absoluto.

Ferrari era un hombre grueso, comprimido dentro de un sencillo traje de lino blanco. Llevaba un fez de fieltro rojo con una borla en la cabeza y se frotaba nerviosamente las manos, arrastrando el suave y casi empalagoso tono de su voz.

—Estoy seguro de que Friedlander Bey encontrará algún modo de recompensar tu amabilidad.

—Si ése es su deseo —dijo Ferrari, mirándome de soslayo con sus pequeños ojos porcinos—, será un honor aceptarlo.

—Estoy seguro.

—Ahora debo regresar con mis clientes. Si necesitáis algo sólo tenéis que descolgar el teléfono y marcar el ciento once. El personal tiene órdenes de traer lo que deseéis.

—Excelente Signor Ferrari. Si esperas un momento, me gustaría escribir una nota. ¿Puede alguien de tu personal llevarla por mí?

—Bueno...

—Es en el club de Chiriga, en la Calle.

—Sí —dijo.

Escribí un rápido mensaje a Chiri, diciéndole que estaba vivo, pero que debía mantenerlo en secreto hasta que limpiáramos nuestros nombres. Le dije que llamara al número de Ferrari a la extensión setecientos setenta y siete si deseaba hablarme, pero que no debía utilizar el teléfono del club porque podía estar pinchado. Doblé la nota y se la di a Ferrari, que me prometió entregarla en quince minutos.

—Gracias por todo, Signor —le dije, bostezando.

—Ahora me voy —dijo Ferrari—. Sin duda necesitáis descansar.

Mascullé unas palabras y cerré la puerta tras él. Luego fui a la segunda habitación de invitados y me tumbé en la cama. Esperé a que sonara el teléfono.

No se hizo esperar. Respondí al teléfono con un brusco:

—¿Quién es?

Era Chiri, por supuesto. Durante unos segundos, sólo la oí farfullar. Luego empecé a separar despacio las palabras de la histérica retahíla.

—¿De verdad estás vivo? ¿No es ningún truco?

Me eché a reír.

—Sí, tienes razón, Chiri, yo preparé todo esto antes de morir. Estas hablando con una grabación. ¡Oye, claro que estoy vivo! En verdad crees...

—Hajjar me informó de que os habían detenido por asesinato, a ti y a Papa, y que os enviaron a un exilio del que no regresaríais jamás.

—Bueno, Chiri, aquí estoy.

—Mierda, lo pasamos muy mal cuando oímos que habías muerto. La pena fue por nada, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—¿La gente se apenó?

Debo admitir que la idea me produjo una especie de placer perverso.

—Bueno, yo estoy segura de que me apené, y un par de chicas, e... Indihar. Creyó que se había quedado viuda por segunda vez.

Me mordí el labio unos segundos.

—Vale, puedes decírselo a Indihar, pero a nadie más. ¿Lo entiendes? Ni a Saied Medio Hajj ni a ninguno de mis amigos. Aún deben de estar vigilados. ¿Desde dónde llamas?

—Desde el teléfono público que está detrás de Vast Foods.

Era un bar de almuerzos. La comida no era tan abundante como pretendía sugerir el nombre del establecimiento. Fue un error del pintor del letrero que nunca se molestaron en corregir.

—Bien, Chiri. Recuerda lo que te he dicho.

—¿Qué tal si te hago una visita mañana?

Lo medité un segundo y finalmente decidí que entrañaba poco riesgo y tenía ganas de volver a ver la sonrisa de caníbal de Chiri.

—Muy bien. ¿Ya sabes dónde estamos?

—¿En el piso de arriba del Loro Azul?

—Aja.

—Negrita estar feliz—feliz de verte mañana, bwana.

—Sí, seguro —dije y colgué el teléfono.

Tenía la mente hecha un torbellino de pensamientos y planes a medio construir. Por fin, escuché a Friedlander Bey moviéndose en la cocina. Me levanté y me reuní con él.

—¿No hay ninguna tetera por ahí? —se quejó Papa.

Miré el reloj. Eran las dos y cuarto de la madrugada.

—¿Por qué no bajamos? —le propuse—. Ferrari estará cerrando el local.

Lo pensó un instante.

—Me gustaría —dijo—. Me gustaría sentarme y relajarme con una taza de té.

Bajamos las escaleras. Me aseguré cuidadosamente de que todos los clientes hubieran salido del Loro Azul, y luego Papa y yo nos sentamos a una de las mesas. Uno de los lacayos de Ferrari le llevó una tetera y después de la primera taza nunca hubierais dicho que Papa acababa de regresar de un sombrío y peligroso exilio. Cerró los ojos y saboreó hasta la última gota de té.

—Té civilizado —lo llamó.

Lo había deseado cada vez que había tenido que tragar el insulso y alcalino té de los Bani Salim.

Me quedé junto a la puerta, atisbando la acera. Me escondí dos o tres veces cuando los coches patrulla traquetearon sobre la calle empedrada.

Por fin nos rindió la fatiga y deseamos buenas noches a Signor Ferrari una vez más. Luego subimos la escalera hasta nuestro escondite. En unos minutos me había desnudado y dormido en la cómoda cama de invitados de Ferrari.

Dormí unas diez horas. Fue la noche de sueño más reparadora y gratificante que recuerdo. Hacía mucho que no disfrutaba de sábanas limpias. Me sobresaltó el teléfono. Cogí el aparato que había junto a mi cama.

—Si.

—Signor Audran —dijo la voz de Ferrari—, dos mujeres quieren verle. ¿Las hago pasar?

—Sí, por favor —dije, pasándome la mano por mi alborotado pelo.

Colgué el teléfono y me vestí a toda prisa. Podía oír la voz de Chiri llamándome desde la escalera.

—¿Marîd? ¿Qué puerta? ¿Dónde estás Marîd?

No me daba tiempo ni a ducharme ni a afeitarme, pero no me importó y no creo que a Chiri le importara. Abrí la puerta y me sorprendió ver también a Indihar.

—Entrad —dije en voz baja—. Debemos hablar bajo, porque Papa aún duerme.

—Muy bien —murmuró Chiri, entrando en el salón—. Vaya sitio tiene Ferrari aquí.

—Oh, éstas son sólo sus habitaciones de invitados. Imagina cómo será su habitación.

Indihar vestía el negro de las viudas. Se acercó y me tocó la cara.

—Me alegro de comprobar que estás bien, esposo mío —dijo y luego se dio la vuelta, llorando.

—Quiero saber una cosa —dijo Chiri, dejándose caer pesadamente en un antiguo sillón de orejas—. ¿Mataste a ese policía?

—Yo no maté a ningún policía —dije bruscamente—. Papa y yo hemos sido acusados de ello, juzgados in absentia y enviados a la Región Desolada. Ahora que hemos vuelto, y podéis estar seguras de que alguien creía que nunca íbamos a regresar, resolveremos ese crimen para limpiar nuestros nombres. Cuando lo hagamos, rodarán cabezas. Literalmente.

—Te creo, esposo —dijo Indihar, que se sentó a mi lado en un costoso sofá que hacía juego con el sillón de Chiri—. Mi..., mi último esposo y tú erais buenos amigos del patrullero muerto. Su nombre era Khalid Maxwell y era un hombre amable y generoso. No quiero que su asesino salga indemne.

—Te prometo, esposa, que eso no sucederá. Lo pagará caro.

Hubo un molesto momento de silencio. Miré incómodo a Indihar y ella bajó la vista hacia sus manos, recogidas en su regazo. Chiri salió en mi ayuda. Tosió educadamente y dijo:

—Te traigo algo, Señor Jefe.

La miré; estaba sonriendo, su tatuado rostro se arrugaba de alegría. Sacó una ristra de plástico de moddies.

—¿Mis moddies! —dije felizmente—. Parece que están todos.

—Aquí tienes suficiente material raro como para mantenerte ocupado mientras te escondes —dijo Chiri.

—Y hay algo más, esposo.

Indihar me tendió un objeto de plástico oscuro en la palma de su mano.

—¡Mi caja de píldoras! —Me alegré más que al ver la ristra de moddies. La cogí, la abrí y vi que estaba abarrotada de beauties, sunnies, Paxium, de todo lo que un trabajador fugitivo necesita para mantenerse cuerdo en un mundo hostil—. Pero —dije, aclarándome la garganta medio inconscientemente—, estoy intentando dejarlo.

—Eso es bueno, esposo —dijo Indihar.

Sabía que, tácitamente, aún me acusaba a mí, y a mi abuso de sustancias, de la muerte de su primer marido. Ofrecerme la caja de píldoras fue todo un gesto por su parte.

—¿De dónde habéis sacado estas cosas? —pregunté.

—De Kmuzu —dijo Chiri—. Se lo he contado a ese bello muchachito pero no le he dicho dónde estabais.

—Sabía que lo harías —dije—. De modo que ahora Kmuzu sabe que he vuelto.

—Hey, es Kmuzu —dijo Chiri—. Puedes confiar en él.

Sí, confiaba en Kmuzu. Más que en ninguna otra persona. Cambié de tema.

—¿Esposa, como están mis ahijados?

—Están bien —dijo, sonriendo por primera vez—. Todos quisieron saber dónde habías ido. Creo que la pequeña Zahra está enamorada de ti.

Me eché a reír, aunque estaba un poco inquieto por esas noticias.

—Bueno —dijo Chiri—, debemos irnos. El magrebí tiene que ponerse a trabajar en sus planes de venganza. ¿No es cierto, Marîd?

—Bueno, algo así. Muchísimas gracias por venir. Y gracias por traerme los moddies y la caja de píldoras. Habéis sido muy amables.

—En absoluto, esposo —dijo Indihar—. Rezamos a Alá, dando gracias por tu regreso.

Se acercó y me dio un casto beso en la mejilla.

Las acompañé a la puerta.

—¿Y el club? —pregunté.

—La misma vieja historia. El negocio está muerto, las chicas intentan robarnos a manos llenas, ya sabes el resto.

Indihar se echó a reír.

—El resto es que el club está dando una locura de dinero y que tu socia necesitará un camión para llevarlo al banco.

En otras palabras, todo andaba bien. Excepto en el aspecto de la libertad personal para mí y Friedlander Bey. Pero tenía algunas ideas para mejorar las cosas en ese aspecto. Sólo necesitaba hacer unas importantes llamadas.

—Salaamtak —dijo Indihar, inclinándose ante mí.

—Alá yisallimak —respondí.

Luego las dos mujeres se marcharon y yo cerré la puerta.

Casi inmediatamente, fui a la cocina y me tragué unos cuantos sunnies con un vaso de agua. Me había prometido a mí mismo que no caería en mis antiguos hábitos, pero eso era una pequeña recompensa por mi reciente comportamiento heroico. Luego puse la caja de píldoras a buen recaudo, por si las moscas.

Por curiosidad, miré mi ristra de moddies y daddies y descubrí que Chiriga me había hecho un pequeño regalo. Lo examiné. La etiqueta decía que era Inferno en la

noche, uno de los primeros moddies de Dulce Pilar, pero estaba grabado desde el punto de vista de su compañero.

Fui al dormitorio, me desnudé y me tumbé en la cama. Luego lo cogí, murmuré «Bismillah» y me conecté el moddy.

Lo primero que Audran notó fue que era mucho más joven, mucho más fuerte y lleno de una ansiedad que rozaba la desesperación. Se sentía maravillosamente bien y se reía mientras se quitaba la ropa.

La mujer que estaba con él en el dormitorio era Dulce Pilar. Audran la amaba con una pasión demoledora desde que la había conocido, hacía dos horas. Pensó que era un gran privilegio verla y componer torpes poemas en su honor. Follar con ella era más de lo que podía soñar.

Ella se desnudó despacio y cautivadoramente, luego se reunió con Audran en la cama. Su pelo era rubio claro y sus ojos de un verde excepcional, como límpidas y frías olas del océano.

—¿Sí? —dijo ella—. ¡Estás muy herido!

Su voz era lánguida y musical.

Inferno en la noche era uno de los primeros sex—moddies de Dulce y tenía un argumento rudimentario. Audran se percató de que era un héroe herido de la lucha de Cataluña por la independencia y Dulce representaba a la valiente hija del malvado duque valenciano.

—Estoy bien —dijo Audran.

—Necesitas urgentemente un masaje —murmuró ella, moviendo las yemas de los dedos tiernamente sobre su pecho y deteniéndose justo en el límite de su vello púbico.

Ella esperó, le miró para solicitar su permiso.

—Oh, por favor, sigue —dijo Audran.

—Por la revolución —dijo ella.

—Claro.

Y entonces le acarició la picha hasta que él no pudo soportarlo. Le acarició con los dedos su fragante pelo, luego la cogió y la tumbó sobre la cama.

—¡Tus heridas! —gritó ella.

—Me has curado milagrosamente.

—¡Oh, qué bien! —dijo ella suspirando mientras Audran la penetraba. Follaron despacio al principio, luego más y más rápido hasta que Audran estalló de intenso placer.

Después de un rato, Dulce Pilar se sentó.

—Debo irme —dijo tristemente—. Hay otros heridos.

—Lo comprendo —dijo Audran.

Se levantó y desconectó el moddy.

Jo, murmuré. Hacía mucho que no pasaba un rato con Dulce Pilar. Empezaba a creer que me estaba haciendo demasiado viejo para estas cosas. Quiero decir que ya no era ningún niño. Mientras yacía, jadeante, en la cama me di cuenta de que había estado a punto de provocarme un tirón en un músculo de la pierna. Quizás existieran sex—moddies para parejas que llevaban veinte años casados. Eso se adecuaba más a mi marcha.

Llamaron a mi puerta.

—Hijo mío —llamó Friedlander Bey—, ¿estás bien?

—Sí, oh caíd —respondí.

—Lo pregunto porque te he oído gritar.

Yepa.

—Una pesadilla, eso es todo. Deja que me dé una ducha rápida y me reuniré contigo.

—Muy bien, oh excelente.

Salté de la cama, me di una rápida ducha, me vestí y salí al salón.

—Me gustaría ponerme ropa limpia —dije—. No me he quitado esta vestimenta desde que nos secuestraron y creo que está definitivamente acabada.

Papa asintió.

—Ya me he ocupado de ello. He enviado un mensaje a Tariq y a Youssef; estarán aquí de un momento a otro con ropa nueva y dinero.

Me senté en el sillón de orejas y Papa se sentó en el sofá.

—Supongo que tus negocios han funcionado bien con ellos al volante —A Tariq y Youssef les confiaría mi vida y lo que es más: les confiaría mis pertenencias.

—Me alegraré de volver a verlos.

—Ya has tenido visitas. ¿Quién era?

Tragué saliva. De repente me percaté de que podía interpretar la visita de Indihar y Chiri como una seria brecha en nuestra seguridad. Peor aún, la podía considerar una estupidez punible.

—Mi esposa y mi socia. Chiriga —dije.

De repente se me quedó la boca seca.

Pero Papa se limitó a asentir.

—¿Están las dos bien, supongo?

—Sí, gracias a Alá, lo están.

—Me alegro de oírlo. Ahora... —Fue interrumpido por una llamada en la puerta principal del apartamento—. Hijo mío —dijo con serenidad—, ve a ver quién es. Si no es Tariq ni Youssef, no les dejes pasar, aunque sea uno de tus amigos.

—Comprendo, oh caíd.



Fui a la puerta y observé a través de la mirilla. Se trataba de Tariq y Youssef, el valet y el mayordomo de Papa y los directores de su patrimonio.

Abrí la puerta y nos saludaron efusivamente.

—¡Bienvenidos a casa! Ni por un instante creímos esa historia de que ambos habíais muerto en un remoto desierto.

Tariq entró un par de maletas llenas al salón.

—As—salaam alaykum, yaa Shaykh —me dijo.

Se volvió hacia Papa y le dijo lo mismo.

—Alaykum as—salaam —dijo Friedlander Bey—. Dime todo lo que debemos saber.

Habían llevado los negocios al día. Yo no tenía ni idea de la mayoría de asuntos que trataron con Papa, pero dos situaciones me concernían. La primera era el intento de Capadocia de independizarse de Anatolia. Me había entrevistado con los representantes capadocios ¿hacia cuánto? Parecía muchos meses, pero sólo habían transcurrido unas semanas.

Youssef dijo:

—Decidimos que los capadocios tenían muchas probabilidades de derrocar al gobierno anatolio de su provincia. Con nuestra ayuda no fallarían. Y no nos costaría mucho, por así decirlo, mantenerlos en el poder lo bastante.

¿Lo bastante? ¿Lo bastante para qué?, me pregunté. Aún tenía mucho que aprender.

Tras comentar todos los temas geopolíticos, pregunté:

—¿Qué hay sobre el proyecto de la base de datos?

—Parece que está paralizado, caíd Marîd —dijo Tariq.

—Desparalízalo —dijo Papa.

—Necesitamos a alguien que no sea de nuestra casa para aceptar un cargo ejecutivo —dijo Tariq—. Por supuesto, el cargo ejecutivo no tendrá ni verdadero poder ni influencia, eso seguirá en casa, pero necesitamos un, ah, un...

—Hombre de paja —dije.

Tariq parpadeó.

—Sí —dijo—, precisamente.

—Ya le has dado vueltas a eso, ¿no, hijo mío? —preguntó Papa.

Asentí.

—Estoy pensando en alguien para ese cargo, sí.

—Muy bien —dijo Friedlander Bey, levantándose—. Todo parece estar en orden. No esperaba menos. Sin embargo, seréis recompensados.

Youssef y Tariq se inclinaron y dieron las gracias. Papa colocó la mano izquierda en la cabeza de Tariq y la derecha en la de Youssef. Parecía un santo bendiciendo a sus seguidores.

—Oh caíd —dije—, ¿no hay nada más?

—¿Humm? —dijo mirándome.

—Sobre el caíd Mahali —dije.

—Ah sí, oh excelente. Gracias por recordármelo. Youssef, quiero que consigas una cita para mí y mi nieto con el emir. Dile que sabemos que somos fugitivos, pero también recuérdale que nos negaron nuestros derechos legales a apelar el veredicto de nuestro amañado juicio. Creemos que podemos convencerle de que somos inocentes y sólo pedimos una oportunidad para apelar nuestro caso.

—Sí —dijo Youssef—, ya comprendo. Será como deseas.

—Más bien como Alá desee —respondió Papa.

—Como Alá desee —murmuró Youssef.

—¿Llegó sano y salvo el muchacho? —pregunté.

—¿Bin Turki? —dijo Tariq—. Sí, lo instalamos en unas habitaciones vacías. Se asombra de todo cuanto ve. Se ha hecho muy amigo de Umm Jirji, tu esposa.

Torcí la boca.

—Maravilloso —dije.

—Una cosa más —dijo Friedlander Bey, el gobernador de media ciudad—. Quiero un billete de ida y vuelta a la ciudad de Najran, en el reino de Asir.

A decir verdad, eso me hizo hervir la sangre.

Parecía como si hubiera transcurrido un año desde la primera vez que visité el palacio del príncipe. En realidad, no habían pasado más que unas semanas. Sin embargo, algo había cambiado en ese tiempo. Sentía que mi discernimiento era más claro y que me había librado de mis objeciones mentales para pasar a la acción. Estaba por ver si eso sería una ayuda o un obstáculo para mi futuro en la ciudad.

La finca del emir era aún más hermosa a la luz del día que la noche de mi recepción nupcial. El aire era límpido y la brisa fresca y agradable. El borboteo líquido de las fuentes me relajaba mientras caminaba entre los jardines del caíd Mahali. Cuando llegamos a la casa un criado abrió la puerta.

—Tenemos una cita con el emir —dijo Friedlander Bey.

El criado nos estudió minuciosamente, decidió que no éramos ni locos ni asesinos y asintió. Le seguimos por una larga galería que rodeaba un patio interior. Abrió la puerta de una pequeña sala de audiencias, entramos, tomamos asiento y esperamos a que llegara el caíd. Me sentí muy incómodo, como si me hubieran pescado copiando en un examen y estuviera esperando a que llegara el director y me castigara. Pero no me habían pescado copiando; el cargo era asesinar a un oficial de policía. Y la pena no era de unos cuantos azotes, era de muerte.

Decidí que Papa llevara la defensa. Tenía un siglo y medio más de práctica en el claqué verbal que yo.

Nos sentamos en un silencio nervioso durante un cuarto de hora. Entonces, con más ruido que ceremonia, entraron el caíd Mahali y otros tres hombres. El caíd estaba muy guapo en su gallebeya y su keffiya blancas y dos de sus asistentes llevaban ternos de estilo europeo de color gris oscuro. El tercer hombre llevaba las túnicas y el turbante negro de un estudioso del noble Corán; sin duda se trataba del visir del caíd Mahali.

El príncipe tomó asiento en una silla hermosamente tallada y se dirigió a nosotros.

—¿Cuál es el problema? —preguntó con calma.

—Oh príncipe —dijo Friedlander Bey, dando un paso al frente—, hemos sido injustamente acusados de asesinar a un oficial de policía, Khalid Maxwell. Luego sin ser sometidos a un juicio público, sin ni siquiera concedernos la oportunidad de replicar a nuestros acusadores y presentar una defensa, hemos sido raptados, en vuestra misma casa, alteza, después de la recepción nupcial que ofreciste a mi nieto. Nos obligaron a subir a una nave suborbital y nos informaron de que ya habíamos sido juzgados. Cuando aterrizamos en Najran, nos llevaron a bordo de un helicóptero y nos lanzaron desde allí al desierto Árabe, a la parte más meridional y terrible conocida como Rub al—Khali. Hemos tenido la suerte de sobrevivir, y gracias al

valor y al sacrificio de mi querido nieto nos mantuvimos con vida hasta que nos rescató una tribu nómada de beduinos, que las bendiciones de Alá sean con ellos. Acabamos de regresar a la ciudad. Suplicamos que estudiéis este asunto porque nos creemos en el derecho de pedir una apelación y una oportunidad para limpiar nuestros nombres.

El emir consultó en voz baja con su consejero. Se volvió hacia nosotros.

—No sabía nada de esto —dijo simplemente.

—Ni yo tampoco —dijo el visir—, y vuestro archivo debería haber pasado por mi despacho antes del juicio. En cualquier caso, ese veredicto y esa sentencia no son legales sin la aprobación del caíd Mahali.

Friedlander Bey dio un paso atrás y le entregó al visir una copia de los cargos y el veredicto que el juez nos había dado.

—Esto es todo lo que nos permitieron ver. Lleva las firmas del juez y del doctor Sadiq Abd ar—Razzaq.

El visir estudió el papel unos momentos, luego se lo pasó al príncipe. El príncipe lo miró y dijo:

—Este certificado no lleva mi firma ni la de mi visir. No es un proceso válido. Tendréis vuestra apelación dentro de un mes. En ese tiempo me reuniré con el teniente Hajjar, el doctor Abd ar—Razzaq y ese juez, que me resulta desconocido. Mientras tanto, investigaré por qué ese asunto ha pasado de unos a otros sin mi conocimiento.

—Agradecemos tu generosidad, oh príncipe —dijo Friedlander Bey humildemente.

El emir hizo un gesto con la mano.

—No es necesario que me lo agradezcas, amigo. Sólo cumplo con mi deber. Ahora dime: ¿alguno de vosotros ha tenido algo que ver con la muerte de ese oficial de policía?

Friedlander Bey se acercó a mí y miró al príncipe a los ojos.

—Juro por mi vida y por la del profeta, que las bendiciones de Alá y la paz sean con él, que no hemos tenido nada que ver con la muerte del oficial Maxwell. Ninguno de los dos conocíamos al hombre.

El caíd Mahali se frotó la barba pulcramente recortada.

—Ya veremos. Ahora regresad a vuestra casa porque vuestro mes de gracia empieza ahora mismo.

Nos inclinamos y salimos de la salita de audiencias. Una vez fuera respiré hondo.

—¡Ahora podemos ir a casa! —dije.

Papa parecía muy contento.

—Sí, hijo mío —dijo—. Y contra nuestros medios y un mes de tiempo para prepararnos, Hajjar y el imán no tienen ninguna opción de triunfo.

No sabía exactamente lo que se traía entre manos, pero yo intentaría volver a mi existencia normal en cuanto me fuera posible. Estaba hambriento de vida tranquila, pequeños problemas familiares y ninguna amenaza mayor que un ratón en la habitación de las señoras en mi club nocturno. Sin embargo, como un gran poeta franchute del oscuro y turbio pasado escribió: «Los planes más minuciosos de hombres y ratones suelen ir a parar al infierno».

Eso ocurriría a su debido tiempo, lo sabía por instinto. Siempre sucede así. Por eso evité hacer planes de ningún tipo. Podía esperar que Alá en su infinita benevolencia hiciera coincidir sus intenciones con las mías.

Pero a veces, el Señor de los Mundos tarda algunos días en llegar a ti. Mientras tanto me limité a relajarme en el local de Chiri, tranquilamente sentado en mi lugar habitual en la curva de la barra. Unos cuatro o cinco días más tarde, poco después de la media noche, observaba a Chiriga, mi socia y camarera de noche, sacarle una pobre propina a un cliente. Le lanzó una aterradora mirada con sus dientes afilados y volvió a mi lado en la barra.

—Mezquino bastardo —dijo, guardando el dinero en un bolsillo de sus ceñidos téjanos.

Permanecí en silencio durante un rato. Estaba de un humor melancólico. Las tres de la mañana y un montón de bebidas siempre me lo producen.

—Sabes —dije por fin, mirando a Yasmin en el escenario—, cuando era un niño e imaginaba cómo sería cuando fuera mayor, nunca lo imaginaba así. No era en absoluto así.

La hermosa cara negra de Chiri se relajó en una de sus extrañas sonrisas.

—Ni yo tampoco. Nunca pensé que terminaría en esta ciudad. Y cuando lo hice, no planeaba plantarme en el Budayén. Aspiraba a un barrio de clase alta.

—Pero aquí estamos.

El rostro de Chiriga sonrió.

—Aquí estoy, Maîd, seguramente para siempre. Tú tienes grandes perspectivas.

Cogió mi vaso vacío, echó unos cubitos de hielo y me preparó otra Muerte Blanca. Así es como Chiri había bautizado a mi bebida favorita, ginebra y bingara con un chorrito de jugo de lima. No necesitaba otra copa, pero la quería.

Puso ante mí un viejo y gastado posavasos de corcho, luego se dio media vuelta hacia la entrada del club. Había entrado un cliente y se había sentado cerca de la puerta. Chiri se encogió de hombros delante de él y señaló hacia mí. El cliente se levantó y se movió despacio por el exiguo pasillo que quedaba entre la barra y los cubículos. Cuando se acercó más vi que se trataba de Jacques.

Jacques estaba muy orgulloso de ser un cristiano en una ciudad musulmana y se vanagloriaba de tener tres cuartos de europeo en una ciudad donde la mayoría de la gente era árabe. Eso convertía a Jacques en un estúpido y también en un blanco

perfecto. Es uno de mis tres viejos colegas: Saied Medio Hajj es mi amigo, no soporto a Mahmoud y Jacques está en el medio. No daría ni un fíq falso por lo que dice o hace, ni creo que nadie lo diera.

—¿Qué tal estás, Marîd? —dijo, sentándose a mi lado—. Nos has tenido muy preocupados durante unas semanas.

—Muy bien, Jacques —dije—. ¿Quieres beber algo?

Yasmin acababa de bailar su tercera canción y estaba cogiendo su ropa y saliendo apresuradamente del escenario, para recoger las propinas de los pocos clientes morosos que aún le quedaban.

Jacques frunció el ceño.

—Esta noche no llevo mucho dinero encima. Por eso quería hablar contigo.

—Aja —dije.

En los meses que llevaba como propietario del club había oído de todo. Indiqué a Chiri que le pusiera una cerveza a mi viejo amigo. Jacques.

La vimos llenar un vaso largo y traerlo a la barra. Lo puso frente a Jacques pero no le dijo nada. Chiri no lo soporta. Jacques es el tipo de tío que si su casa se estuviera quemando por la noche, la mayoría de la gente del Budayén le escribiría una postal y la echaría al correo para advertirle.

Yasmin se acercó hasta nosotros, vestida con una corta falda de cuero y un sujetador negro de encaje.

—Me das una propina por mi baile, Jacques —dijo ella con una dulce sonrisa.

Creo que es la bailarina más sexy de la Calle, pero como Jacques es estrictamente heterosexual y Yasmin no había nacido del todo mujer, me parecía que no tendría demasiada suerte con él.

—No tengo mucho dinero... —empezó.

—Dale una propina —le dije con voz fría.

Jacques me miró con recelo, pero escarbó en su bolsillo y sacó un billete de un kiam.

—Gracias —dijo Yasmin, trasladándose hasta el siguiente cliente solitario.

—¿Vas a seguir ignorándome, Yasmin? —dije.

—¿Cómo está tu esposa, Marîd? —dijo sin volverse.

—Sí —dijo Jacques, burlón—, ¿ya habéis acabado la luna de miel? ¿Te cuelgas aquí toda la noche?

—Soy el dueño de este lugar, sabes.

Jacques se encogió de hombros.

—Sí, pero Chiri lo puede dirigir muy bien sin ti. Solía hacerlo, si mal no recuerdo.

Exprimí la rodajita de limón de mi bebida y di un trago.

—¿Así que te has dejado caer tarde por aquí para sacarme una cerveza gratis o

qué?

Jacques me devolvió una débil sonrisa.

—Hay algo que quiero pedirte —me dijo.

—Me lo imagino.

Hice un gesto con mi vaso vacío a Chiri. Ella se limitó a levantar las cejas. Chiri opinaba que últimamente estaba bebiendo demasiado y ésa era su forma de hacérmelo saber.

No tenía humor para su desaprobación. Chiri solía ser una persona tolerante, pensaba que toda persona tenía derecho a su propia flagrante estupidez. Le hice un gesto más cortante y por fin asintió y mezcló otra Muerte Blanca en un vaso limpio. Desfiló hasta el extremo de la barra, lo depositó bruscamente ante mí y volvió a marcharse sin pronunciar palabra. No entendía de qué se preocupaba.

Jacques bebió lentamente su cerveza, luego puso su vaso en el mismo centro del posavasos.

—Marîd —dijo, con los ojos puestos en un precioso transexual llamado Lily que hacía cansinamente su número en el escenario—, ¿te desviarías de tu camino para ayudar a Fuad?

¿Qué podría contaros sobre Fuad? Su apodo en la calle era il—Manhous, que significa «el permanentemente jodido» o algo por el estilo. Fuad era un tipo flacucho, huesudo, con una gran mata de pelo que lucía a modo de tupé grasiento. Cuando era pequeño sufrió alguna enfermedad degenerativa, porque tenía los brazos tan delgados y frágiles como ramitas secas, con anchas e hinchadas junturas. Era un buen tipo, supongo, pero siempre mostraba su característico aspecto de cachorro desvalido. Estaba tan desesperado por gustar y tan ansioso por agradar que a veces resultaba insoportable. Algunas de las bailarinas de los clubes lo explotaban, lo enviaban a buscar comida y a hacer recados, lo cual ni se lo pagaban ni se lo agradecían. Si me paraba a pensar en él —lo cual no hacía muy a menudo—, tendía a sentir un poco de lástima por el pobre tipo.

—Fuad no es muy brillante —dije—. Aún no ha aprendido que esas busconas de las que se enamora siempre le roban a espuestas a la primera de cambio.

Jacques asintió.

—No estoy hablando de su inteligencia. Me refiero a..., ¿le ayudarías si hubiera dinero por medio?

—Bueno, creo que es alguien penoso, pero no puedo recordar que haya hecho daño a nadie. No creo que sea lo bastante listo. Sí, me parece que lo ayudaría. Depende.

Jacques aspiró una bocanada de aire y la soltó despacio.

—Bueno, escucha —dijo—, me ha pedido un gran favor. Dime lo que opinas.

—Ya es la hora, Marîd —dijo Chiri desde el otro extremo del bar.

Miré el reloj y vi que ya eran casi las tres y media. En el club sólo quedaban dos clientes y llevaban allí sentados casi una hora. En todo ese tiempo no había entrado nadie, excepto Jacques. Esa noche no íbamos a hacer más negocio.

—Muy bien —anuncié a las bailarinas—, señoras, pueden vestirse.

—¡Yay! —gritó Pualani.

Ella y las otras cuatro se precipitaron hacia el vestuario para cambiarse y ponerse la ropa de calle. Chiri empezó a contar la caja. Los dos clientes, que habían mantenido serias y profundas conversaciones con Kandy y Windy un momento antes, se miraron mutuamente con asombro.

Me levanté y apagué las luces del techo, luego me senté al lado de Jacques. Siempre he pensado que no hay lugar más solitario en la ciudad que un bar en el Budayén a la hora de cerrar.

—¿Qué quiere Fuad que hagas? —dije con cansancio.

—Es una larga historia —dijo Jacques.

—Fantástico. ¿Por qué no has venido hace ocho horas, cuando estaba de mejor humor para oír largas historias?

—Tú escucha. Fuad vino a mí esta mañana con su cara larga y de velatorio. Ya sabes a lo que me refiero. Habrías pensado que se acercaba el fin del mundo y acababa de descubrir que no había sido invitado. En cualquier caso, estaba almorzando en el Solace con Mahmoud y el Medio Hajj. Fuad llegó, acercó una silla y se sentó. Y también empezó a comer de mi plato.

—Sí, ése es nuestro chico —dije.

Recé a Alá para que Jacques fuese al grano en menos tiempo de lo que lo había hecho Fuad.

—Le di una bofetada y le dije que se largara porque hablábamos de cosas serias. En realidad no era así, pero no estaba de humor como para aguantarlo. Así pues, dije que necesitaba que alguien le ayudara a recuperar su dinero. Saied le dijo: «Fuad, ¿has vuelto a permitir que otra de esas chicas de la Calle te robe el dinero?». Y Fuad dijo que no, que no se trataba de nada de eso.

»Luego el sacó un papel de aspecto oficial y se lo dio a Saied, que lo miró y me lo pasó. "¿Qué es esto?", dijo Mahmoud.

»"Es un cheque de caja por dos mil cuatrocientos kiams", dijo Fuad.

»"¿Cómo lo conseguiste?", le pregunté.

»"Es una larga historia", dijo.

Cerré los ojos y sujeté el vaso helado contra mi frente dolorida. Podía haberme enchufado mi daddy bloqueador del dolor, pero estaba en una ristra en mi maletín, en mis habitaciones de la mansión de Friedlander Bey.

—Jacques —dije en una voz baja y seria—, has dicho que era una larga historia y Fuad dijo que era una larga historia y no tengo ganas de oír una larga historia, ¿vale?



¿Puedes intentar contarme lo más importante?

—Claro, Marîd, ten paciencia. Dijo que llevaba meses ahorrando su dinero, que deseaba comprar un camión eléctrico a un tipo de Rasmiyya. Dijo que vivir en el camión le saldría más barato que alquilar un apartamento y también planeaba ir de viaje a visitar a sus amigos a Trípoli.

—¿Fuad es de allí? No lo sabía.

Jacques se encogió de hombros.

—De cualquier modo, dijo que el tipo de Rasmiyya le había pedido dos mil cuatrocientos kiams por su camión. Fuad jura que estaba muy bien y sólo necesitaba una arreglito aquí y otro allá, de modo que juntó todo su dinero e hizo un cheque de caja a nombre del tipo. Esa tarde, fue del Budayén a Rasmiyya y se encontró con que el tipo había vendido el camión a otro, después de prometerle a Fuad que se lo guardaría.

Sacudí la cabeza.

—Fuad, muy bien. Qué confiado hijo de puta.

—Así que Fuad regresó por la puerta este, nos encontró en el Café Solace y nos contó la historia de su infortunio. Mahmoud se le rió en su cara y Saied, llevaba a Rex, el moddy de tipo duro, de modo que Fuad pasó desapercibido. Pero siento una especie de lástima por él.

—Aja —dije. Me costaba creer que Jacques sintiera lástima por Fuad. De ser cierto, los cielos se habrían abierto o algo así, y no creo que lo hicieran. Tras una pausa, añadí—: ¿Qué quiere Fuad que hagas?

Jacques miró de soslayo el taburete del bar.

—Bien, es evidente que Fuad nunca ha tenido una cuenta banca—ría. Guarda su dinero en metálico en una vieja caja de puros o algo así. Por eso pidió un talón de caja. De modo que ahí está, con un talón de caja a nombre de otro y sin modo de recuperar sus dos mil cuatrocientos kiams.

—Ah —dije.

Empezaba a comprender.

—Quiere que le dé el dinero en metálico —dijo Jacques.

—Pues hazlo.

—No sé —dijo Jacques—, es un montón de dinero.

—Pues no lo hagas. —Le miré exasperado—. Bueno Jacques, ¿qué demonios quieres de mí?

Contempló el vaso de cerveza vacío unos segundos. Nunca lo había visto tan incómodo. A lo largo de los años había disfrutado como un loco recordándome que yo era medio francés y medio beréber, mientras que él era superior a causa de un solo abuelo europeo. Le debió costar buena parte de su orgullo acudir a mí en busca de consejo.

—Magrebí —dijo—, últimamente te estás ganado una buena reputación como alguien que resuelve las cosas. Ya sabes, solucionar problemas y tonterías.

Claro. Desde que me había convertido en el reticente vengador de Friedlander Bey, había tenido que tratar directa y violentamente con varios tipos violentos. Ahora muchos de mis amigos me miraban de modo diferente. Imaginé que estaban murmurando entre sí: «Cuidado con Marîd, estos días puede ordenar que te partan las piernas».

Me estaba convirtiendo en una fuerza a tener en cuenta en el Budayén, y también más allá, en el resto de la ciudad. De vez en cuando sentía cierta aprehensión por ello. Por interesado que estuviera en las tareas que Papa me asignaba, a pesar del irresistible poder del que ahora disfrutaba, muchos días sólo deseaba regresar a mi pequeño club en paz.

—¿Qué quieres que haga, Jacques? ¿Que sacuda al tipo que embaucó a Fuad? ¿Que lo agarre por el pescuezo y le sacuda hasta que le venda el camión a él?

—Bueno, no, Marîd, eso es estúpido. El tipo ya no tiene el camión.

Estaba llegando al límite de mi paciencia.

—¿Entonces qué cono...?

Jacques me miró e inmediatamente apartó la vista.

—Yo cogí el talón de caja de Fuad y no sé qué hacer con él. Dime qué harías tú.

—Yo, Jacques, lo ingresaría. Lo metería en mi cuenta y esperaría a que se aclarase. Cuando aparecieran los dos mil cuatrocientos kiams en mi cuenta los sacaría y se los daría a Fuad. Pero no antes. Espera a cobrar el cheque primero.

El rostro de Jacques se distendió en una amplia sonrisa.

—Gracias, Marîd. ¿Sabes que ahora te llaman Al—Amín en la Calle? «El honrado.» En estos días eres un gran hombre en el Budayén.

Algunos de mis vecinos más pobres habían empezado a referirse a mí como caíd Marîd el honrado, sólo porque les prestaba algo de dinero y había abierto unos cuantos comedores de beneficencia. Nada grande. Después de todo, el santo Corán nos pide que velemos por el bienestar de los demás.

—Sí —dije amargamente—, caíd Marîd. Ése soy yo, cierto.

Jacques se mordió el labio y entonces llegó a una decisión.

—Entonces, ¿por qué no lo haces tú? —dijo. Sacó el talón verde pálido del bolsillo de su camisa y lo depositó ante mí—. ¿Por qué no vas y lo ingresas para Fuad? En realidad yo no tengo tiempo.

Me eché a reír.

—¿Que no tienes tiempo?

—Tengo otras cosas por las que preocuparme. Además, tengo razones para que no aparezcan dos mil cuatrocientos kiams en mi cuenta.

Lo miré un momento. Era tan típico.

—Tu problema, Jacques, es que esta noche has estado verdaderamente cerca de hacer una buena obra, pero te ha faltado un pelo. No, no veo por qué debo hacerlo.

—Te lo pido como amigo, Marîd.

—Lo haré —dijo—. Apoyaré a Fuad. Si tanto temes que te estafe, yo garantizaré el cheque. ¿Tienes algo que escriba?

Jacques me dejó una pluma, yo le di la vuelta al cheque y lo endosé, primero con el nombre del tipo que había partido el corazón de Fuad, luego con mi propia firma. Luego empujé el talón hacia él con las yemas de los dedos.

—Gracias, Marîd —dijo.

—Ya sabes, Jacques, deberías prestar más atención a los cuentos de hadas de cuando eras joven. Actúas como uno de esos príncipes malos que pasan de largo ante la vieja afligida del camino. A los príncipes malos siempre se los come un djinn, sabes, ¿o es que los casi europeos sois inmunes a la sabiduría popular?

—No necesito ninguna lección moral —dijo Jacques con una mueca.

—Oye, espero de ti algo a cambio.

Me ofreció una débil sonrisa.

—Claro, Marîd. Los negocios son los negocios.

—Y la marcha es la marcha. Así es como van las cosas por aquí. Quiero que me hagas un trabajito, mon ami. Los últimos meses, Friedlander Bey ha hablado de entrar en la industria de las terminales de información. Me dijo que buscara una persona lista y trabajadora para que representara a su nueva empresa. ¿Te gustaría empezar desde abajo?

El buen humor de Jacques desapareció.

—No sé si tengo tiempo —dijo. Parecía muy preocupado.

—Te gustará. Ganarás mucho dinero, inshallah, te olvidarás de las demás actividades.

Éste era uno de esos casos en los que la voluntad de Dios era sinónimo de la de Friedlander Bey.

Sus ojos iban de un lado a otro como un pequeño animal en una jaula.

—En realidad no quiero...

—Creo que sí querrás, Jacques. Pero no te preocupes, por ahora.

Lo discutiremos después de comer dentro de un día o dos. Ahora me alegro de que hayas acudido a mí con tu problema. Creo que a los dos nos irá muy bien.

—Voy a meter esto en un cajero automático —dijo.

Se levantó del taburete, murmuró algo entre dientes y se perdió en la noche. Apostaría a que se arrepentía de haber pasado por el club Chiri esa noche. Casi me echo a reír en su cara cuando se fue.

No mucho más tarde, un hombre negro, alto y fuerte, con la cabeza rapada y una expresión sombría, entró en el club. Era mi esclavo, Kmuzu. Se quedó de pie junto a

la puerta, esperando a que pagara a Chiri y a las bailarinas para cerrar el bar. Kmuzu había venido para llevarme a casa. También estaba allí para espiarme a costa de Friedlander Bey.

Chiri siempre se alegraba de verlo.

—¡Kmuzu, cielo, siéntate y tómate algo! —dijo ella.

Era la primera vez que hablaba con cariño en las últimas seis horas. Pero ella no tenía mucha suerte con Kmuzu. Chiri estaba realmente hambrienta del cuerpo de Kmuzu, pero él no le correspondía en interés. Creo que Chiri empezaba a arrepentirse de las escarificaciones rituales y los tatuajes de su rostro, porque eso parecía intimidarle. Sin embargo, cada noche le ofrecía una bebida y él replicaba que era un fiel musulmán y no consumía alcohol; todo lo más le permitía servirle un vaso de naranjada. Y le decía que no pensaba en ninguna relación normal con una mujer hasta que no recuperase la libertad.

Él sabía que yo pretendía liberarle, pero aún no. Por una razón, Papa —Friedlander Bey— me había regalado a Kmuzu y no me permitía anunciar ninguna emancipación independiente. Y por otro motivo, por mucho que odiase admitirlo, me gustaba tener a Kmuzu haciendo ese papel.

—Ahí te quedas, señor jefe —dijo Chiri.

Cogió las facturas del día, se guardó la mitad de las ganancias, de acuerdo a nuestro acuerdo, y sacudió un saludable fajo de kiams sobre la barra enfrente de mí. Me resultaba muy difícil superar un sentimiento de culpabilidad al embolsarme tanto dinero cada día sin realmente trabajar, pero al final lo lograba. Ya no me preocupaba por ello, debido a las buenas obras que subvencionaba y que me costaban un cinco por ciento de mis ingresos semanales.

—Venid a buscar vuestro dinero —dije.

No tuve que decirlo dos veces. El surtido de mujeres de verdad, transexuales y travestís sin operar que trabajaban en el turno de noche, hacía cola para recibir su salario y las comisiones sobre las bebidas que habían sacado a sus clientes. Windy, Kandy y Pualani cogieron su dinero y se internaron en la noche sin una palabra. Lily, que llevaba meses tirándome los tejos, me besó en la mejilla y me susurró una invitación para beber con ella. Yo me limité a darle una palmadita en su delicioso y pequeño culo y me dirigí a Yasmin.

Se retorció su hermoso pelo negro por encima del hombro.

—¿Te espera Indihar? —dijo—. ¿O te vas a la cama solo?

Cogió la pasta de mi mano y siguió a Lily fuera del club. Nunca me perdonará por haberme casado.

—¿Quieres que la eche, Marîd? —preguntó Chiri.

—No, pero gracias de todos modos.

Agradecía su interés. A excepción de unos breves períodos de desafortunada

incomprensión, hacía tiempo que Chiri era mi mejor amiga en la ciudad.

—¿Todo anda bien con Indihar? —preguntó.

—Todo perfecto. Apenas la veo. Tiene unas habitaciones para ella y los niños en la otra ala de la mansión de Papa. Yasmin tenía razón en lo de irme a la cama solo.

—Aja —dijo Chiri—. Eso no durará. Me he fijado en cómo miras a Indihar.

—Es sólo un matrimonio de conveniencia.

—Aja. Bueno, tengo mi dinero y me voy a casa. Aunque no se por qué me molesto, a mi tampoco me espera nadie. Tengo todos los sex—moddies de Dulce Pilar, pero a nadie con quien follar. Creo que me echaré mi viejo chal sobre los hombros y me sentaré en la mecedora a escribir mis memorias. Sin embargo, ¡qué desperdicio de mis cualidades sexuales!

Siguió mirando a Kmuzu con grandes ojos abiertos e intentando con todas sus fuerzas reprimir su sonrisa sin demasiado éxito. Por fin, se limitó a coger su bolso de mano, echar un trago de tende de su reserva privada y nos dejó a Kmuzu y a mí solos en el club.

—En realidad no es necesario que vengas aquí cada día, yaa Sidi —dijo Kmuzu—. La mujer, Chiriga, es perfectamente capaz de mantener el orden. Sería mejor para ti que te quedaras en casa y atendieras a tus intereses más acuciantes.

—¿Qué intereses son éstos, Kmuzu? —pregunté apagando todas las luces y siguiéndole hasta la acera.

Cerré el club y empecé a caminar por la Calle hacia la gran puerta este, detrás de la cual estaban el Boulevard il—Jameel y mi coche.

—Tienes un importante trabajo que hacer para el amo de la casa.

Se refería a Papa.

—Papa no sabe pasar sin mí durante mucho tiempo —dije—. Aún estoy recuperándome de la odisea.

No deseaba convertirme en un matón. No deseaba ser el caíd Marîd Audran al—Amín. Deseaba desesperadamente volver a sudar para ganarme el pan, quedándome sin comer a veces, pero sintiéndome libre y sin que marcaran mi destino los otros peces gordos del juego.

Pero no se le podían explicar estas cosas a Friedlander Bey. Tenía una respuesta para todo; unas veces, la respuesta consistía en sobornos y recompensas, y, otras, en la tortura física. Era como quejarse a Dios por las pulgas. Tenía cosas más importantes en mente.

Una cálida brisa arrastraba fragancias contradictorias: carne asada de los restaurantes, cerveza derramada, el aroma de las gardenias, la fetidez del vómito. En la manzana un hombre de aspecto pordiosero con una larga camisa blanca y unos pantalones de algodón blanco empleaba una manguera de plástico para limpiar hacia la alcantarilla la basura que esa noche había quedado en la acera. Cuando nos

acercamos nos sonrió con su boca sin dientes y apartó el chorro de agua hacia un lado mientras pasábamos.

—Caíd Marîd —dijo con voz ronca.

Yo asentí, estaba seguro de que no lo había visto en mi vida.

A pesar de que Kmuzu caminaba a mi lado, me sentí terriblemente abatido. A veces, a altas horas de la noche, el Budayén me provoca ese efecto. Incluso la Calle, que nunca estaba completamente en silencio, estaba en su mayor parte desierta y nuestras pisadas resonaban contra los ladrillos y el pavimento empedrado. La música provenía de otro club una manzana más allá, el sonido estridente se extinguía en un lánguido lamento en la distancia. Yo llevaba los restos de mi última Muerte Blanca en un vaso de plástico y los tragué, saboreando sólo el agua del hielo, la lima y un poquito de ginebra. No estaba preparado para que se acabara la noche.

Mientras nos acercábamos al arco de la puerta del confín este del barrio amurallado, sentí un susurro amenazador. Me encogí de hombros. No estaba seguro de si se trataba de cierta señal misteriosa de mi mente inconsciente o era el mero resultado de demasiadas copas y demasiado cansancio.

Detuve mis pasos sobre la acera en la esquina de la calle Tercera. Kmuzu también se paró y me miró con interrogación. Reflejos de neón del color de la sangre zigzagueaban en un holo que enmarcaba una de las clínicas de moddies corporales Kafiristani de la Calle. Miré el holo un momento, observando cómo un muchacho regordete de rasgos flácidos se convertía en una muchacha voluptuosa. ¡Hurra por los milagros de la holografía y la cirugía!

Volví el rostro al cielo. De repente comprendí que mis escasos días de descanso se acercaban a su fin, que debería pasar a la siguiente etapa de mi desarrollo. Claro que ya había tenido esa sensación antes. Muchas veces, para ser exactos, pero ésta era diferente. Esa noche no había ingerido ninguna droga ilícita.

—Jo —murmuré, sintiendo un escalofrío en esa desolada noche de verano e inclinándome contra la cristalera de la clínica.

—¿Qué sucede, yací Sidi? —preguntó Kmuzu.

Le miré un momento, agradecido por su presencia. Le dije lo que acababa de cruzar por mi mente confusa.

—No era un mensaje de las estrella, yaa Sidi. Era lo que el amo de la casa te dijo esta mañana. Habrás tomado sabe Dios cuántas tabletas de soneína; si no, te acordarías. El amo de la casa dijo que había decidido cual sería el próximo paso de su venganza.

—Eso es lo que me temía, Kmuzu. ¿Tienes idea de lo que significa?

Me gustaba más cuando tenía la loca idea de que había llegado del espacio exterior.

—Él no comparte sus pensamientos conmigo, yaa Sidi.

Oí un ruido como un fuerte susurro y me volví, súbitamente asustado. Era sólo el viento. Mientras recorríamos el resto del camino Calle arriba, el viento se hizo más fuerte, hasta formar violentos remolinos con fragmentos de papel y hojas caídas. Empezó a arrastrar sombrías nubes por el cielo de la noche, tapando las estrellas, ocultando la obesa luna llena.

Luego el viento murió, justo cuando salíamos del Budayén al Boulevard, al otro lado del muro. De repente todo volvió a quedar en calma y en silencio. El cielo estaba aún cubierto y la luna era un pálido reflejo tras una nube plateada.

Me volví a mirar la puerta oriental. No creo en la adivinación ni en las premoniciones, pero recuerdo la inquietud que sentí cuando Kmuzu y yo caminamos hacia mi sedán color crema aparcado en los aledaños. Fuera lo que fuere, no le dije nada a Kmuzu. En estas situaciones él es repelentemente racional.

—Quiero volver pronto a casa, Kmuzu —dije esperando que abriera la puerta del pasajero.

—Sí, yaa Sidi.

Entré en el coche y esperé a que diera la vuelta y se pusiera al volante. Pulsó el código de encendido y guió el coche eléctrico hacia el norte de la amplia calle.

—Esta noche me siento un poco raro —me quejé, apoyando la cabeza hacia atrás contra el asiento y cerrando los ojos.

—Dices eso casi todas las noches.

—Pero hoy es cierto. Empiezo a sentirme muy incómodo. Ahora todo me parece diferente. Miro esos edificios y me parecen hormigueros humanos. Oigo una pieza de música y de repente estoy escuchando el gemido de angustia de alguien perdido en el vacío. No estoy de humor para revelaciones místicas, Kmuzu. ¿Cómo puedo atajarlo?

Se rió con voz grave.

—Puedes despejarte, yaa Sidi.

—Ya te he dicho que no es eso. Estoy sobrio.

—Sí, claro, yaa Sidi.

Miré pasar la ciudad detrás de mi ventana. No tenía ganas de seguir discutiendo con él. Me sentía sobrio y completamente despejado. Me sentía lleno de energía, lo cual a las cuatro de la mañana es algo que detesto. Es un momento del día fatal para el entusiasmo. La solución era simple: una generosa dosis de butacuálido HCL cuando llegara a casa. Los beauties me producirían cinco minutos de deliciosa confusión y luego me rendiría al sueño. Por la mañana ni siquiera recordaría ese desagradable interludio de lucidez.

Circulamos en silencio un rato y gradualmente mudé ese extraño humor. Kmuzu dirigió el coche hacia el palacio de Friedlander Bey, que queda justo detrás del barrio cristiano de la ciudad. Sería bueno estar en casa, tomar una ducha caliente y luego leer un poco antes de irme a dormir. Una de las razones por las que cada noche me

quedaba en Chiri hasta la hora de cerrar era porque quería evitar encontrarme con nadie de la casa. A las cuatro ya estaban todos dormidos. No tendría que verlos hasta mañana.

—Yaa Sidi —dijo Kmuzu—, esta noche has tenido una llamada importante.

—Escucharé mis mensajes antes de desayunar.

—Creo que deberías oírlo ahora.

No me gustaba eso, aunque no podía imaginar de qué problema se trataba. Antes odiaba responder al teléfono porque debía dinero a todo el mundo. Ahora todo el mundo me debía dinero.

—¿No es mi hermano perdido? ¿No ha aparecido ante la expectativa de que comparta mi buena suerte con él?

—No, no era tu hermano, yaa Sidi. Y aunque lo fuera, por qué no ibas a alegrarte...

—No hablaba en serio, Kmuzu —Kmuzu es un tipo muy inteligente y he llegado a depender bastante de él, pero tiene un gran agujero allí donde otros tienen el sentido del humor—. ¿Cuál es el mensaje?

Entró por la puerta de la mansión de Papa. Nos detuvimos en la caseta del guarda lo suficiente para que nos identificara, luego seguimos despacio por el camino serpenteante.

—Te han invitado a una cena festiva —dijo—. En honor a tu regreso.

—Aja —dije. Ya había soportado dos o tres en los últimos días. Era evidente que la mayoría de los subalternos de Friedlander Bey se sentían obligados a festejarnos por temor a verse privados de su medio de vida. Bueno, con ello obtuve algunas comidas gratis y algunos regalos decentes, pero creí que se habían terminado—. ¿De quién se trata esta vez? ¿De Frenchy? —era el propietario del club donde solía trabajar Yasmin.

—Un hombre mucho más importante. El caíd Reda Abu Adil.

Lo miré con incredulidad.

—¿Me ha invitado a cenar nuestro peor enemigo?

—Sí, yaa Sidi.

—¿Cuándo es la cena? —pregunté.

—Después de las plegarias vespertinas de hoy, yaa Sidi. El caíd Reda tiene una agenda muy ocupada y sólo podía esta noche.

Solté una profunda bocanada de aire. Kmuzu detuvo el coche al pie de la gran escalera de mármol que llevaba hasta la puerta principal de caoba.

—Me pregunto si a Papa le importará que duerma hasta muy tarde esta mañana —dije.

—El amo de la casa me dio instrucciones concretas de que me asegurara de que desayunaras con él.



—No esperaba esto, Kmuzu.

—¿Desayunar? Entonces come poco si todavía te duele el estómago.

—No —dije con exasperación—, esa cena con el caíd Reda. Odio que me sorprendan. No tengo ni idea de lo que se propone y a Papa no le da la gana de contarme nada sobre él.

Kmuzu se encogió de hombros.

—Tu buen criterio te sacará adelante, yaa Sidi. Y yo estaré contigo.

—Gracias Kmuzu —dije, saliendo del coche.

En realidad me sentía mejor con él a mi alrededor que con mi buen criterio. Pero a él no se lo podía confesar.

# 11

Siempre lo recordaré como «el día de las tres comidas».

En realidad, las comidas propiamente dichas no fueron memorables; de hecho, casi no recuerdo lo que comí ese día. La importancia deriva de lo que sucedió y se dijo en torno a esas tres mesas.

El día empezó cuando Kmuzu me sacudió para que me despertara media hora antes de lo que yo tenía previsto. Había puesto mi daddy despertador para las siete y media, pero Friedlander Bey había adelantado treinta minutos el desayuno. Odio despertarme, ya sea fresco como una rosa, ágil y resentido gracias al chip, o adormilado, bostezante y resentido gracias a Kmuzu. Pensé que si Alá hubiera querido que nos levantáramos pronto, no habría inventado el mediodía.

También odio desayunar. Sin embargo, últimamente compartía la primera comida de la mañana con Friedlander Bey cuatro veces por semana. Imaginé que las cosas sólo podían empeorar mientras Papa me siguiera cargando de más y más responsabilidad.

Siempre visto un atuendo árabe conservador en esas reuniones. Paso más tiempo en una gallebeya que en téjanos, camisa informal y botas. Mis antiguas prendas de vestir cuelgan de una percha en el armario y me lanzan silenciosos reproches cada vez que las veo.

Los téjanos me recuerdan constantemente lo que me he perdido desde que Papa me tocó con su dedo mágico. Vendí buena parte de lo que antes llamaba «libertad»; lo irónico es que todos mis amigos habrían pagado eso y mucho más por conseguir los lujos de los que ahora disfrutaba. Al principio odiaba a Papa por la pérdida, de mi libertad. Ahora, aunque algunas veces sentía una sombra de arrepentimiento en la noche oscura, me daba cuenta de que Friedlander Bey me había dado una oportunidad. Mis horizontes se habían expandido mucho más de lo que había imaginado en los viejos tiempos. Sin embargo, era perfectamente consciente de que no podía rechazar ni los lujos ni las nuevas responsabilidades. En cierto modo, era el pájaro proverbial en la jaula de oro proverbial.

Aunque era agradable tener dinero.

Así que me duché, me cepillé la barba roja, y me puse la túnica y la keffiya que Kmuzu me había elegido. Luego bajé la escalera y me dirigí al comedor pequeño.

Friedlander Bey ya estaba allí, atendido por Tariq, su valet. Kmuzu me ayudó a sentarme en mi sitio habitual y se quedó de pie detrás de mi silla.

—Buenos días, hijo mío —dijo Papa—, confío en que te hayas despertado bien.

—Il—hamdu lillah —respondí: «Alabado sea Dios».

Para desayunar había un cuenco de cereal de trigo hinchado, con piel de naranja y nueces, una fuente de huevos fritos, otra de carnes y, por supuesto, café. Papa dejó

que Tariq le sirviera unos huevos y cordero asado.

—Te he concedido varios días de descanso, oh excelente. Pero ahora los días de descanso han concluido. Deseo saber qué has hecho sobre el proyecto de la base de datos.

—Creo que he encontrado un excelente agente en mi amigo Jacques. Le hice un favor y ahora se cree obligado a devolvérmelo.

Papa me miró como si yo fuera su discípulo aventajado.

—¡Muy bien, hijo mío! Me alegra ver que aprendes los entresijos del poder tan rápido. Ahora deja que te enseñe la terminal de la base de datos que utilizarás, mejor dicho, que tu amigo utilizará.

Tariq salió de la habitación y volvió enseguida con lo que parecía ser un maletín duro. Lo colocó en la mesa, apretó los cierres y levantó la tapadera.

—¡Uau! —dijo, impresionado por el diseño compacto de la terminal—, es una pequeña belleza.

—Ciertamente —dijo Friedlander Bey—. Tiene su módem interno, así como su impresora convencional. Para ahorrar costes, este modelo no acepta órdenes verbales. Todo debe ser tecleado manualmente. Sin embargo, espero que el proyecto de la base de datos nos permita recuperar la inversión en unos seis meses o un año y entonces sustituiremos estas terminales por modelos activados por la voz.

Asentí.

—Y me corresponde a mí vender al propietario de cada bar, club nocturno y restaurante del Budayén la idea de alquilarme uno. No lo comprendo. No veo por qué la gente pagará veinticinco fíqs por un servicio de información que la ciudad proporciona gratis.

—Nos ha contratado la ciudad —explicó Tariq—. La comisión especial del emir decidió que no podía sufragar la info más tiempo. Dentro de unas semanas, todas las terminales de info gratis serán reemplazadas por nuestras máquinas, inshallah.

—Ya lo sé —dijo—. Me refería a qué debo hacer si los propietarios de los bares rehúsan abiertamente hacerlo.

Friedlander Bey me dirigió una sonrisa glacial.

—No te preocupes por eso. Tenemos técnicos especializados que convencerán a esos propietarios reticentes.

—Técnicos especializados.

Adoraba el eufemismo. Todos los técnicos de Papa tenían nombres como Guido, Tiny e Igor.

Papa prosiguió.

—Sería mejor que tú y tu amigo trabajarais en equipo unos días, antes de que lo dejes solo. Cuando tengamos todo el Budayén cubierto, podremos ejercer un control más estrecho. Podremos decir quién utiliza el servicio y qué preguntas hace. Como

deberán emplear una tarjeta oficial de identificación, podremos supervisar la entrega de información. Incluso podremos evitar que ciertos individuos reciban cierta información.

—Pero seguramente no lo haremos —dije.

Papa se quedó en silencio durante un segundo.

—Claro que no —dijo por fin—. Eso sería contrario a los principios del santo Profeta.

—¡Que las bendiciones de Alá y la paz sean con él! —respondí automáticamente.

Tariq dejó un cuadernillo ante mí.

—Aquí están todas las órdenes —dijo—, y el libro tiene una bolsita al dorso con una tarjeta de identificación especial, de modo que no tendrás que pagar por las llamadas.

—Gracias —dije—. Hoy estudiaré estas órdenes y mañana iré con Jacques a hablar con los propietarios de los clubs de la Calle.

—Excelente, hijo mío —dijo Papa—. Ahora, nuestra venganza; sería mejor si lo combinaras con el descubrimiento del verdadero asesino de Khalid Maxwell y de la identidad de quienes conspiraron contra nosotros. Sólo aceptaré la solución más elegante.

—¿Y si el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq no está realmente implicado? —pregunté; me refería al imán que permitió que Hajjar y sus matones nos secuestraran.

Papa estalló en cólera.

—¡No me hables de ese hijo de camello enfermo! —gritó.

Nunca lo había visto demostrar tanta emoción. Su cara se encendió y daba puñetazos preso de la ira.

—Oh caíd...

—¡La gente del Budayén está loca de preocupación! —dijo golpeando la mesa—. Todos piensan en lo que ocurriría si nos volvieran a secuestrar y si esa vez no volviéramos. Corren horribles rumores de que hemos perdido el control, que nuestros asociados ya no gozan de protección. En los últimos días, no he hecho más que calmar y apaciguar a mis preocupados amigos. Bueno, juro por la vida de mis hijos que no seré débil, ni me desplazarán. Tengo un plan, hijo mío. Espera y verás si ese maldito imán puede separarme otra vez de la gente que me quiere. Si no está implicado, haz que lo esté.

—Sí, oh caíd —dije.

Jo. Así es como iban las cosas en torno a la mesa del desayuno. Castigos y recompensas sin reparar en lo correcto. A veces Friedlander Bey me recordaba a los veleidosos dioses griegos de las obras de Hornero, veleidosos porque a menudo molestaban a toda una nación de humanos debido a cierta ofensa imaginaria, o por aburrimiento, o por ninguna razón en especial.

Incluso cuando Papa hablaba del proyecto de la base de datos—sabía que le guiaba el odio y que no cejaría hasta que pudiera aplastar por completo a quienes conspiraban contra nosotros. EL lema de Friedlander Bey era: «El desquite es la mejor venganza». No haría otra cosa, ni perdonar en función de una superioridad moral, ni actos simbólicos cargados de ironía.

No sólo los Bani Salim exigían la justa venganza. El concepto estaba expresado claramente en el noble Corán y formaba parte del punto de vista musulmán, algo que el mundo occidental había aprendido a las malas en numerosas ocasiones. Alguien moriría —Hajjar, el caíd Mahali, el doctor Abd ar—Razzaq, el verdadero asesino de Khalid Maxwell— y parecía que me tocaba a mí elegir a quién.

Friedlander Bey frunció el ceño de concentración.

—Hay otra piedra en mi zapato —dijo por fin—. Me refiero al teniente de policía Hajjar. Por suerte es muy simple deshacerse de alguien tan irritante.

—¿Trabajó para ti hace algún tiempo? —pregunté.

Papa volvió la cabeza y simuló escupir en el suelo.

—Es un traidor. Se vende al primero que le ofrezca más dinero. No tiene honor ni lealtad. Me alegro que ahora trabaje para el caíd Reda y no para mí. No podía confiar en él cuando lo hacía. Ahora sé dónde está y sospecho que podría comprarlo de nuevo si lo desease. Quizás lo haga y cuando lo tenga podré vaciarme el zapato a mis anchas.

Estaba hablando de asesinato. Hubo un tiempo en el que podía atraerme el modo informal en que Papa hablaba de liquidar a alguien, pero ya no. Observaba la situación como lo haría un beduino y sabía que Papa tenía toda la razón. Era sólo un problema de método. Los detalles debían ser resueltos, pero eso no era lo difícil. Sólo me preocupaba que Papa hubiera hablado primero de eliminar al imán y luego al teniente Hajjar. No creí que debiéramos despoblar la ciudad llevados por nuestra justa ira.

Minutos más tarde estaba en la oficina, probando órdenes en el ordenador. Me pareció que con esa pequeña máquina podía saberlo todo sobre cualquiera de la ciudad. Mis órdenes confidenciales especiales me permitían libre acceso a la información que el ciudadano medio ni siquiera sospechaba que hubiera sido grabada. Me invadió una turbadora sensación de poder mientras hurgaba en las vidas de amigos y enemigos. Me sentía como un pirata informático y la sensación era deliciosa.

Cuando aprendí el manejo de la terminal de la base de datos, estaba en disposición de hacer una lista de todas las llamadas telefónicas del doctor Abd ar—Razzaq en los últimos dos meses, entradas y salidas. Las llamadas de entrada se identificaban sólo por sus códigos. Luego hice lo mismo con el código del teniente

Hajjar de la comisaría. Descubrí que el teniente Hajjar y el imán habían hablado once veces durante esas ocho semanas. Probablemente habría otras llamadas desde otros teléfonos, pero no era necesario que las rastreara. Esa prueba nunca habría sido admitida en un tribunal de justicia.

Una media hora antes de que planease ir a almorzar, Kmuzu me anunció que tenía visitas. Eran Indihar y bin Turki, el joven Bani Salim.

—Buenos días —les dije.

—Espléndidos días, esposo —dijo Indihar—. Espero que no interrumpamos tu trabajo.

Les señalé el sofá para que se pusieran cómodos —No, en absoluto. Es un placer veros. Iba a salir a comer dentro de un momento. ¿Necesitáis algo?

—Te traigo saludos de parte de tu madre —dijo Indihar—. Se pregunta por qué sólo la has visitado una vez desde tu regreso.

Bueno, la verdad es que aún me sentía algo incómodo. Llegó a la ciudad hace unos meses, impertinente y desaliñada. Había hecho de puta la mayoría de su vida, pero la había aceptado y le había dado un conjunto de habitaciones en el ala este, y ella se esforzaba por moderar su tono y ser aceptada en casa de Friedlander Bey. Hablamos mucho y al final nos reconciamos, pero aún me intimidaba. Sabía que era mi problema, no el suyo, e intentaba superar mis sentimientos. Aun no las tenía todas conmigo, a pesar de las buenas obras que mi madre estaba haciendo en la ciudad, utilizando mi dinero para fundar y dirigir comidas benéficas y refugios. Su comportamiento era verdaderamente encomiable, pero no lograba borrar de mi memoria la conmoción que me produjo verla al cabo de los años.

—Dile a Umm Marîd que he estado muy ocupado intentando ponerme al día de lo sucedido mientras estaba fuera. Dile que iré a verla muy pronto. Transmítele mi amor y pídele perdón por mi descuido.

—Sí, esposo —dijo Indihar.

No creo que le convenciera mi respuesta, pero no dijo nada más.

Bin Turki se aclaró la garganta y dijo:

—Debo estarte agradecido por muchas cosas, oh caíd. Cada nuevo día me depara maravilla tras maravilla. Veo cosas que mis hermanos no creerían aunque se las contara. Sin embargo deseo ser libre para explorar vuestro mundo como me plazca. No tengo dinero y por eso no tengo libertad. Nosotros, los Bani Salim, no estamos acostumbrados al cautiverio, aunque sea en estas condiciones tan agradables.

Me mordí el labio, pensativo.

—¿De verdad te consideras preparado para salir de estos muros? ¿Has aprendido ya a protegerte contra los lobos con piel de cordero de la ciudad?

El joven se encogió de hombros.

—Quizás no sepa cómo solucionar un problema, pero reclamo el derecho a

aprender por mí mismo.

Entonces tuve una súbita inspiración.

—Necesitarás dinero, como tú bien has dicho. ¿Te gustaría hacer algún trabajo para mí, por lo que te compensaré con un moderado salario semanal?

Los ojos de bin Turki se abrieron aún más.

—Sí, oh caíd —dijo con voz temblorosa—. Te agradezco la oportunidad.

—Aún no sabes lo que quiero —dije severamente—. ¿Recuerdas la historia de nuestro secuestro y traslado al Rub al—Khali?

—Sí, oh caíd.

—¿Recuerdas que te hablé de la innecesaria crueldad del sargento de la ciudad de Najran? ¿Cómo golpeó al viejo caíd sin motivo?

—Sí, oh caíd.

Abrí el cajón de mi escritorio, saqué el billete suborbital y lo empujé sobre el escritorio.

—Aquí tienes —dije—. Su nombre es sargento al—Bishah. Puedes salir mañana por la mañana.

Eso era todo.

Indihar se llevó la mano a la boca.

—¡Marîd! —exclamó.

Había adivinado a qué tipo de misión enviaba al joven y estaba horrorizada.

Bin Turki dudó un momento, luego aceptó el billete.

—Bien —dije—. Cuando regreses tendrás cinco mil kiams esperándote y una asignación semanal de doscientos kiams. Con eso podrás alquilar una casa o un apartamento y llevar la vida que desees, pero siempre tendrás la gratitud de Friedlander Bey y la mía.

—Eso vale más que cualquier cantidad de dinero —murmuró bin Turki.

—Indihar —dije—, ¿te importa amparar a nuestro joven amigo? ¿Ayudarle a encontrar un lugar donde vivir y aconsejarle que se cuide y ahorre su dinero?

—Me gustaría, esposo —dijo.

Su expresión era preocupada. Aún no había visto mi nuevo yo.

—Gracias a ambos —dije—. Ahora, tengo trabajo que hacer.

—Que tengas buen día, esposo —dijo Indihar levantándose.

—Sí, gracias, oh caíd —dijo bin Turki.

Yo simulé estar absorto en unos papeles y ellos se marcharon en silencio. Estaba temblando como un corderillo recién nacido. Yo tampoco había visto a mi nuevo yo.

Aguardé cinco minutos, diez. Estaba esperando a que mi sentido de la indignación moral se hiciera oír, pero no sucedió. Una parte de mi mente se sentó al lado, juzgándose, y lo que descubrió era perturbador. Presumiblemente no tenía ningún escrúpulo moral en encargarse a la gente turbios trabajos. Intenté estimularme

cierto sentimiento de tristeza, pero fue imposible. No sentía nada. No era nada de lo que estar orgulloso y decidí que era algo que no podía contárselo a nadie. Al igual que Friedlander Bey, había aprendido a vivir con lo que debía hacer.

Salí del ordenador y cuando la pantalla del monitor se oscureció, empecé a hacer planes para comer. Desde mi regreso había visto a Jacques, pero no había visto ni a Mahmoud ni a Saied. Sabía que seguramente estarían sentados en el patio del Café Solace, jugando a cartas y cotilleando. De repente me pareció que eso era lo que necesitaba. Llamé a Kmuzu y le dije que deseaba que me llevara al Budayén. Asintió sin decir palabra y fue a buscar el sedán westfaliano.

Aparcó en el Boulevard il—Jameel y atravesamos la puerta este. La calle estaba llena de turistas diurnos que pronto se arrepentirían de ignorar el consejo del director del hotel de que evitaran el barrio amurallado. Si no se iban pronto, les mangarían hasta el último kiam de sus bolsillos y bolsos.

Kmuzu y yo caminamos hacia el Solace y, tal como esperaba, mis tres amigos estaban sentados a una mesa cerca de la verja de hierro del patio. Crucé la pequeña puerta y me reuní con ellos.

—Hola, Marîd —dijo Jacques con voz apagada—. Hola Kmuzu.

—¿Cómo estás, Marîd? —dijo Mahmoud.

—Me preguntaba qué te había sucedido —dijo Saied el Medio Hajj.

En una ocasión había sido mi mejor amigo, pero me traicionó con el caíd Reda Abu Adil y desde entonces algo había cambiado.

—Estoy bien —dije—. Supongo que ya habéis oído la historia.

—Sí, la hemos oído —dijo Mahmoud—, pero no de tus labios. Fuisteis secuestrados, ¿no? ¿Del palacio del emir? Creí que Papa era más competente que eso.

—Papa es bastante astuto —dijo Medio Hajj—, sólo que el caíd Reda lo es más de lo que nos creemos.

—Debo admitir que eso es cierto —dije.

—Kmuzu, siéntate —dijo Jacques—. No tienes por qué jugar al esclavo con nosotros. Nos gustas. Tómate algo.

—Gracias —dijo Kmuzu en una voz tediosa—. Prefiero seguir de pie.

—Insistimos —gruñó Mahmoud—. Nos pones nerviosos.

Kmuzu asintió, cogió una silla de otra mesa y se sentó detrás de mí.

El viejo Ibrahim acudió a tomarme la nota y pedí un plato de hurnmus y pan, con ginebra y bingara para bajarlo todo.

—Puajj —dijo Mahmoud.

Ya iba a responder cuando me interrumpió un hombre que había cruzado el enrejado de hierro.

—Caíd Marîd —dijo con emoción—, ¿me recuerda?

Le miré un momento; aunque sabía que lo había visto antes no podía precisar



dónde.

—Lo siento —dije.

—Me llamo Nikos Kouklis. Hace unos meses me prestaste dinero para abrir mi tienda de gyrosouvlaki en la calle Novena. Desde entonces me ha ido mejor de lo que soñaba. Mi tienda es un éxito, mi mujer es feliz, mis hijos están bien alimentados y vestidos. Es un placer devolverte tu inversión y mi esposa ha hecho un pan de baklava para ti. Por favor, acéptalo junto con mi eterna gratitud.

Me cogió por sorpresa. Había prestado dinero a un montón de gente de aquí y allí, pero era la primera vez que alguien se molestaba en devolvérmelo. De hecho, me sentí algo incómodo.

—Quédate ese dinero —dije—. Ahórralo para tu mujer y tus hijos.

—Lo siento, oh caíd —dijo Kouklis—, pero insisto en devolvértelo.

Me hice cargo del orgullo del hombre y cogí el dinero con una cortés inclinación. También acepté el plato de baklava.

—¡Que siga tu éxito! —dije—. ¡Que tu fortuna aumente!

—Todo te lo debo a ti —dijo el propietario del restaurante griego—. Siempre estaré en deuda contigo.

—Quizás algún día puedas pagármela.

—Lo que quieras —dijo Kouklis—. Cuando quieras.

Se inclinó ante los cuatro y se marchó.

—Oh, señor Pezgordo —dijo Mahmoud, burlón.

—Sí, es cierto. ¿Qué habéis hecho vosotros por nadie?

—Bueno... —empezó Mahmoud.

Le atajé. Conocía a Mahmoud desde que era una niña de caderas estrechas llamada Misty, que trabajaba para Jo—Mama. Sabía que no podía confiar en él en la medida en que no podía derribarlo. Ahora, con los kilos que se había echado después de su cambio de sexo, eso significaba unos cuarenta y cinco centímetros.

Me volví hacia Jacques y dije:

—¿Aún estás dispuesto a ayudarnos?

—Claro.

Jacques parecía un poco asustado. Como la mayoría de la gente del Budayén, prefería aceptar la protección de la casa de Friedlander Bey, pero se asustaba cuando le llegaba la hora de devolver esa generosidad.

—Entonces llámame mañana hacia el mediodía —dije—. Tienes mi número de la mansión de Papa, ¿no?

—Aja —dijo Jacques, nervioso.

—Oh —dijo Mahmoud—, ¿ahora tú también te has vendido?

—Mira quién habla —dijo Jacques—. El señor lacayo del caíd Reda encuentra motivos para criticar.

—Yo no soy el lacayo de nadie —dijo Mahmoud medio levantándose de su asiento.

—Oh, no, claro que no —dijo Saied.

Ignoré su riña de chiquillos.

—Tengo el hardware, Jacques —dije—. He estado jugando con él y definitivamente parece un buen negocio para todos, así como para los propietarios de los clubs que se suscriban. No tendrás que preocuparte por nada ilegal, tenemos un montón de permisos de la ciudad y todo es trigo limpio.

—Entonces, ¿por qué está interesado Friedlander Bey? —dijo Mahmoud—. No creo que le interese nada que no sea como mínimo un poquito corrupto.

Medio Hajj se recostó en su silla y contempló a Mahmoud durante unos segundos.

—Ya sabes, amigo mío —dijo por fin—, algún día alguien te partirá la boca. Desearás no haber cambiado de sexo y unirte a los tipos grandes.

Mahmoud se rió con desdén.

—Cuando creas que eres lo bastante hombre, Saied —dijo.

El altercado fue interrumpido por la llegada de Yasmin.

—¿Cómo estáis todos? —preguntó.

—Muy bien —dijo el Medio Hajj—. Estamos aquí sentados al sol comiendo baklava y escuchando como nos despedazamos unos a otros. ¿Quieres un poco?

A Yasmin le tentó el pastel de miel, pero seguía un régimen más estricto de lo que yo creía.

—No —dijo, sonriendo—, no puedo hacerlo. Mis caderas están muy bien así.

—Yo lo corroboro —dijo Jacques.

—Eres un chico malo —dijo Yasmin.

—Escucha, Yasmin.

—¿Qué demonios quieres, hombre casado? —dijo amargamente.

—Sólo me preguntaba cuándo ibas a olvidar esos celos.

—¿Qué celos? —preguntó burlona—. ¿Crees que me paro a pensar en esas nimiedades de ti e Indihar? Tengo cosas más importantes en mente.

Sacudí la cabeza.

—Por lo que a mí respecta el Islam me permite casarme con hasta cuatro mujeres, si puedo mantenerlas a todas por igual. Eso significa que aún puedo buscar pareja, aunque esté casado con Indihar. Sólo estoy casado de nombre.

—¡Ja! —gritó Saied—. ¡Lo sabía! Nunca has consumado ese matrimonio, ¿no es cierto?

Le miré unos segundos.

—Yasmin —dije—, dame un respiro, ¿vale? Déjame invitarte a cenar algún día. Creo que necesitamos hablar.

Frunció el ceño, lo cual no era en absoluto alentador.

—Hablaremos —dijo—. Hablaremos esta noche en el club, si Indihar te permite salir.

Luego cogió un pedazo de baklava, se dio media vuelta y se largó Calle abajo.

Poco después me levanté y deseé a mis amigos un buen día. Después hice que Kmuzu me acompañara a casa de Papa. Aún tenía papeles que arreglar.

La tercera comida del día fue chez caíd Reda. Cuando regresé a casa después de la pausa para comer, intenté terminar cierto trabajo. Fue difícil. Sabía que Friedlander Bey contaba con mi contribución al proyecto del banco de datos y al floreciente negocio de estabilizar o desestabilizar las naciones musulmanas que acudían a nosotros en busca de ayuda.

Sin embargo, ese día en particular, no pude evitar cierta preocupación por los planes de Abu Adil. ¿Por qué nos había invitado a cenar? ¿Para terminar lo que había empezado cuando nos secuestró hace varias semanas?

Por ese motivo llevé una pequeña pistola de agujas en mi cinturón, le di la vuelta para que me quedase en la riñonera. Escogí la pistola de agujas porque estaba hecha completamente de plástico y los rayos X no la descubrirían. Estaba cargada con dardos reductores, no envenenados. La mitad de un cargador de esos mamones levantarían suficiente carne para ser memorable, si el blanco vivía para contarlo.

Había llevado mi mejor vestido a la recepción nupcial que me ofreció el caíd Mahali, y por tanto había quedado destruido con el rigor de los viajes por el desierto. También le había dado mi daga ceremonial al caíd Hassanein. Esta noche llevaría la mejor prenda que me quedaba, una larga gallebeya blanca decorada con flores bordadas a mano con un hilo de seda color crema. Era una gallebeya preciosa y estaba muy orgulloso de ella. Había sido un regalo de una familia del Budayén a la que había ayudado un poco.

Llevaba sandalias y una keffiya a cuadros blanca y negra. También una daga enfundada al estilo beduino, en el centro de la cintura, contra el vientre. Cuando me la colocaba en el cinturón, decidí preguntarle a Friedlander Bey si podíamos llevar a bin Turki con nosotros a la cena. Ya habíamos planeado llevar a Tariq y a Youssef. No queríamos entrar a la fortaleza del caíd Reda sin un pequeño ejército particular.

Papa estuvo de acuerdo en que bin Turki podía sernos útil, de modo que los cuatro le acompañamos a la mansión del caíd Reda, en el distrito occidental de la ciudad, Hâmidyya. Abu Adil estaba agazapado como una rana en el centro de una de las peores zonas de la ciudad. Su finca sólo rivalizaba con la de Papa y la del caíd Mahali, pero el caíd Reda estaba rodeado por los edificios quemados, abandonados y derruidos de Hâmidyya. Siempre me recordaba a Satán sentado en el centro de su reino infernal.

Atravesamos la puerta que se abría en el alto muro de ladrillos marrones que

rodeaba la mansión y nos detuvimos para que el guardia nos identificara. Luego aparcamos el coche y los cinco fuimos hasta la puerta principal. Esta vez no permitiríamos que nos separasen.

No tuvimos problemas con el hombre que respondió al timbre. Nos condujo hasta un pequeño comedor donde habían puesto mesa para diez. Nuestro grupo tomó asiento en un extremo de la mesa y esperamos a que entrara Abu Adil.

Y eso es lo que hizo. Un corpulento guardaespaldas entró primero, seguido por el caíd Reda en una silla de ruedas empujada por su pequeño Kenneth. Detrás de ellos seguían dos matones. Sin duda el caíd había observado nuestra llegada desde algún sitio y elaboró una lista de invitados de entre sus empleados que nos igualara en número. Cinco contra cinco.

—Me alegra que hayáis decidido honrar mi casa —dijo Abu Adil—. Debemos reunimos más a menudo. Quizás entonces haya menos tensión entre nosotros.

—Te agradecemos la invitación, oh caíd —dije con suspicacia.

Kenneth me miraba evaluándome. Luego me ofreció una tranquila sonrisa y sacudió la cabeza. Sólo le inspiraba repugnancia, y no sabía por qué. Quizás si le rompía todos los dedos, le borraría esa mueca. Era una fantasía inocente, creo.

Los criados trajeron platos de cuscús, kebabs, cordero asado y verduras bañados en maravillosas y succulentas salsas.

—¡En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso, que os sea grato! —dijo el caíd Reda.

—¡Que tu mesa sea eterna, oh padre de generosidad! —dijo Friedlander Bey.

Papa y yo comimos frugalmente, esperando cualquier signo de traición por parte de Abu Adil o de sus musculosos hombres. Bin Turki comió como si nunca antes hubiera visto comida. Estoy seguro de que nunca había asistido a un banquete tan succulento.

Le susurré.

—El caíd Reda seguramente está tratando de seducirte para apartarnos de nuestra casa.

En realidad no lo pensaba, era sólo un chiste.

Bin Turki se quedó pálido.

—¿No pensarás que mi lealtad está en venta, no?

Le empezaron a temblar las manos de emoción.

—Sólo estaba bromeando, amigo mío —dije.

—Ah —respondió—, bueno. A veces me resulta incomprensible tu humor de la ciudad. De hecho, ni siquiera sé lo que está sucediendo aquí esta noche.

—No eres el único —le dije.

Los esbirros de Abu Adil no dijeron nada, como era costumbre. Kenneth tampoco dijo nada, aunque rara vez me quitaba ojo. Comimos en silencio, como si

esperáramos que de repente nos tendieran alguna horrible trampa. Por fin, cuando la comida empezaba a agotarse, el caíd Reda se levantó y dijo:

—Una vez más es un gran placer ofrecer un pequeño regalo a Marîd Audran. Demos gracias a Alá porque él y Friedlander Bey han regresados sanos y salvos de su odisea.

Repetimos en coro:

—¡Alabado sea Alá!

Abu Adil se inclinó y sacó una caja de cartón gris.

—Esto —dijo abriéndola—, es el uniforme propio del rango de teniente del Jaish. Mandas a tres pelotones de leales patriotas y últimamente están intranquilos, se preguntan por qué no asistes a nuestras reuniones ni ejercicios. Creo que es por un motivo: no tenías el uniforme apropiado. Bueno, ahora ya no tienes excusa. ¡Que el caíd Marîd lo disfrute!

Me quedé sin habla. Era aún más absurdo que la representación original. No sabía qué decir, así que farfullé unas palabras de agradecimiento y acepté la caja con el uniforme. Ya le habían añadido una insignia de teniente.

Poco después, cuando a ninguno de nosotros le cabía nada más, el caíd Reda se excusó y salió del comedor seguido por Kenneth y sus tres esbirros.

Bin Turki se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué va en silla de ruedas? Seguro que es lo bastante rico como para pagarse cualquier tipo de ayuda médica. Incluso en el Rub al—Khali hemos oído historias maravillosas sobre los milagros que realizan los médicos de la civilización.

Separé las manos.

—En realidad no es un inválido —expliqué en voz baja—. Su afición es coleccionar módulos de personalidad grabados de verdaderos sufrientes de todo tipo de enfermedades fatales. Es una perversión llamada Infierno Sintético. Disfruta, si se le puede llamar así, de los peores dolores e incapacidades, y cuando ya tiene suficiente se desconecta el moddy. Supongo que ha desarrollado una tolerancia poco frecuente para el dolor.

—Es penoso —suspiró bin Turki, frunciendo el ceño.

—Así es el caíd Reda Abu Adil —dije.

En dos o tres minutos, regresábamos al coche.

—¡Que os parece! —exclamó Tariq—. Para una vez que somos precavidos y vamos a su casa armados hasta los dientes, se limita a servirnos una comida magnífica y a soltarle un uniforme al caíd Marîd.

—¿Qué crees que puede significar? —preguntó Youssef.

—Creo que ya lo descubriremos —dijo Papa.

Sabía que estaba en lo cierto. La comida debía ocultar algo insidioso, pero no

imaginaba qué.

¿Significaba eso que ahora estamos obligados a invitarlo? Si eso seguía así, más tarde o más temprano las dos casas terminarían yendo al cine, mirando combates de boxeo en el holo y bebiendo cerveza juntas. No podía soportarlo.

## 12

Esperé a Yasmin para hablar, pero esa noche no acudió a trabajar. Me fui a casa a las dos de la mañana y dejé que Chiri cerrara. Al día siguiente no me esperaba ningún desayuno de trabajo con Papa, así que le dije a Kmuzu que deseaba irme a dormir un poco más tarde. Me dio su consentimiento.

Cuando me desperté por la mañana, me di un largo baño caliente y volví a leer una de mis novelas de misterio favoritas escritas por Lufty Gad. Gad era el mejor escritor palestino del siglo pasado y, de vez en cuando, me preguntaba si yo no imitaba inconscientemente a su gran detective al—Qaddani. A veces caía en ese modo irónico de hablar de al—Qaddani. Ninguno de mis amigos se había percatado, aunque no creo que el grupo lea demasiado.

Cuando salí de la bañera me vestí y me salté el equilibrado desayuno que Kmuzu me había preparado. Me miró sombríamente, pero al cabo de unos meses había aprendido que no me apetecía comer. No comería. Aunque Papa lo pidiera.

Kmuzu me entregó un sobre en silencio. Contenía una carta de Friedlander Bey dirigida al teniente Hajjar, requiriendo que yo volviera a ingresar en el cuerpo de policía de la ciudad durante la investigación de la muerte de Khalid Maxwell. La leí y asentí. Papa tenía una curiosa habilidad para anticiparse con ese tipo de cosas. También sabía que podía «requerir» algo a la policía, porque lo complacerían.

Me guardé la carta en el bolsillo y me relajé en un cómodo sillón de cuero negro. Decidí que era el momento de consultar al Sabio Consejero. El Consejero era un módulo de personalidad que calibraba mi presente estado emocional, y me producía una fantasía superrealista que expresaba mis problemas y me brindaba una solución simbólica, a veces indescifrable.

—Bismillah —murmuré, y cogí el moddy para enchufármelo.

Audran se transformó en el gran poeta persa Hafiz. Llevaba una vida rodeada de lujos y sus poemas contenían imágenes que los musulmanes más estrictos desaprobaban. En el curso de los años, Audran se había ganado un gran número de enemigos. Por eso, cuando murió, los musulmanes estrictos dijeron que debía negarse a su cuerpo las bendiciones de la tradicional oración funeraria. Condenaron a Audran con sus propias palabras.

—¿Acaso no escribió el poeta sobre prácticas impías como son beber brebajes alcohólicos y caer en la promiscuidad sexual? —preguntaron—. Escuchad su poesía:

*¡Acércate, acércate, copero! Pasa de uno a otro y ofrécenos una copa  
llena, pues el amor parece libre y tranquilo al principio, pero luego causa*

*demasiados problemas.*

Eso avivó una larga discusión entre los enemigos de Audran y sus admiradores. Finalmente, determinaron que se decidiría en función de lo que dijese uno de sus poemas elegido al azar. Para ese fin, escribieron una amplia selección de versos de Audran en hojas de papel y las metieron en una urna. Pidieron a un niño inocente que sacara un verso de la urna. Éste es el pareado que sacó el niño:

*Al funeral de Audran alegres asistimos, pues por pecador que haya sido,  
en el cielo se abrirá camino.*

El veredicto fue aceptado por ambos bandos y así Audran tuvo un funeral con las celebraciones pertinentes. Cuando la historia acabó, Audran se desconectó el moddy.

Me encogí de hombros. Esas fantasías en las que aparecía muerto y flotaba sobre mi propio funeral siempre me producían escalofríos. Ahora debía pensar en su significado, en qué relación guardaba conmigo. Hacía quince años que no escribía un poema. Archivé la visión como algo a discutir muy pronto con Kmuzu.

Era el momento de hacer averiguaciones sobre Khalid Maxwell y su muerte violenta. Decidí que el primer paso era ir a la comisaría y echar un vistazo a las actividades del Budayén a cargo del teniente Hajjar. No odiaba a Hajjar, simplemente me ponía la carne de gallina. No era de la clase de personas que se divierten arrancando las alas de las moscas, era de los que se van a la habitación de al lado y observan, desde un agujerito secreto, cómo lo hace otro.

Kmuzu me llevó en el sedán westfaliano de color crema hasta las inmediaciones de la comisaría en la calle Walid al—Akbar. Como de costumbre, me rodeó una multitud de niños en la acera y yo avancé entre ellos lanzando monedas a diestro y siniestro. Ellos suplicaban, cantando: «Danos, danos, oh generoso!». Me gustaban los niños. No hace mucho que yo mismo formaba parte de las multitudes, pidiendo dinero para alimentarme. En algún momento del guión los papeles se cambiaron y ahora yo era el gran tipo rico. Era rico, vale, pero nunca olvidaría mis orígenes. No escatimaba a los chicos su baksheesh.

Entré en la comisaría y me dirigí a la sala de ordenadores del segundo piso. Me pararon un par de veces hombres uniformados, pero no dije nada, me limité a mostrarles la carta con la firma de Friedlander Bey. Los policías se desvanecieron como fantasmas.

Recordaba muy bien cómo funcionaban los ordenadores. Incluso recordaba la contraseña secreta: Miramar. El equipo de esa comisaría tenía costumbres muy relajadas y confiaba en que no hubieran cambiado la contraseña en meses. Supongo que era preferible el riesgo de que un extraño entrase en los archivos de la policía a



que todo el cuerpo memorizase una palabra nueva.

Me senté en el destartado ordenador Annamese y empecé a darle órdenes. La sargento de policía que hacía de mantenedora de la base de datos me vio y se acercó.

—Lo lamento, señor —dijo en una voz que no era en absoluto de lamento—, pero estos ordenadores no están abiertos al público.

—¿No me recuerdas? —pregunté.

Entornó un ojo y lo pensó.

—No, de modo que tendrá que irse.

Saqué la carta de Papa y se la mostré.

—He de trabajar aquí unos minutos.

—Tendré que comprobarlo —dijo, doblando la carta y devolviéndomela—. Nadie me ha informado de esto. Llamaré al teniente. Mientras tanto, no toque el ordenador.

Asentí, sabiendo que tendría que esperar a que se abriera paso a través de la cadena de mando. No tardó mucho. En pocos minutos el teniente Hajjar en persona entró malhumorado en la sala de ordenadores.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, Audran? —gritó, con una expresión que era una mueca amenazadora.

Le di la carta de Papa. No me digné a levantarme, ni a explicarme. La carta hablaría por mí. Me sentía como si ejerciera cierto dominio. Hajjar necesitaba que lo pusieran en su sitio de vez en cuando.

Me arrebató el papel de las manos y lo leyó de cabo a rabo.

—¿Qué es esto? —dijo rudamente.

—Es una carta. De quien tú sabes, ya la has leído.

Me miró y arrugó el papel en una pelota.

—Me importa un pepino esta carta, Audran. ¿Y qué estás haciendo en libertad? Estás legalmente desterrado. Podía meterte preso ahora mismo.

Negué con el dedo y sonreí.

—Na, na, Hajjar. El emir nos ha concedido una apelación y tú lo sabes.

—Pero —dijo.

—Pero —dije yo, cogiendo el papel arrugado y pasándoselo por las narices—, no crees que esta carta te pare los pies, ¿no?

—En absoluto —esta vez parecía mucho menos seguro.

—Bueno —dije con calma—. Papa tiene un montón de gente que puede pararte los pies.

Hajjar se humedeció los labios.

—Bueno, ¿qué demonios quieres?

Sonreí de un modo falsamente amistoso.

—Sólo quiero usar el ordenador un minuto.

—Supongo que eso puede arreglarse. ¿Qué intentas sacar?

Separé las manos.

—Deseo limpiar nuestros nombres. Deseo descubrir lo que sabes sobre Khalid Maxwell.

En sus ojos observé una mirada de temor.

—No puedo permitirlo —dijo. Le temblaba notablemente la voz—. Es asunto de la policía.

Me eché a reír.

—Yo soy un policía. Al menos por el momento.

—No —respondió—. No lo permitiré. El caso está cerrado.

—Lo vuelvo a abrir —dije sacudiendo el papel arrugado ante él.

—Muy bien, adelante. Pero esto tendrá repercusiones. Te lo advierto.

—Espero las repercusiones, Hajjar. Te aconsejo que te olvides de ellas.

Me miró unos segundos. Luego dijo:

—Yallah, tu madre debía ser una camella sifilítica, Audran, y tu padre un bastardo cristiano.

—Casi —dije, le di la espalda y seguí dando órdenes al ordenador.

Supongo que Hajjar se largó.

Lo primero que hice fue pedir el archivo de Khalid Maxwell. No averigüé mucho. Era evidente que el archivo había sido recortado hasta dejar muy poca información. Descubrí que Maxwell llevaba cuatro años en el cuerpo, que había ganado un premio al valor y había sido asesinado mientras se hallaba fuera de servicio. Según el ordenador de la policía murió cuando intervenía en una violenta discusión entre Friedlander Bey y yo, frente a la casa de Maxwell en el número 23 de Shams Alley.

Era ridículo. Ni siquiera sabía dónde estaba Shams Alley; seguro que no estaba en el Budayén. Maxwell era el segundo oficial de policía del distrito de Hajjar que había sido asesinado ese año. Eso no era bueno para Hajjar, pero era peor para Maxwell.

Imprimí el archivo y luego pasé un ratito husmeando en otros archivos. El expediente del teniente daba menos información que la última vez que lo vi. Habían borrado toda mención de sus problemas con el Departamento de Asuntos Internos. Quedaba poco más que su nombre, edad y dirección.

Mi propio archivo me consideraba el asesino de Khalid Maxwell (en libertad, pendiente de apelación). Eso me recordó que el tiempo volaba y que me quedaban pocas semanas de libertad. Sería muy difícil demostrar mi inocencia —y la de Papa— desde dentro de una celda o con la cabeza bajo el hacha del verdugo. Decidí remover un poco más las cosas y ver lo que sucedía.

Cuando salí de la comisaría me encontré a Kmuzu sentado en el coche un poco más allá de la calle Walid al—Akbar. Entré al asiento trasero y le dije que me llevara a la puerta este del Budayén. Cuando llegamos allí, lo envié a casa porque no sabía lo que tardaría en resolver mis asuntos. Frunció el ceño y dijo que prefería esperar, pero

se lo repetí con voz más firme.

Llevaba la unidad de base de datos portátil que Friedlander Bey y yo comercializábamos y mientras caminaba Calle arriba hacia el Café Solace sonó el teléfono. Lo descolgué del cinturón y dije:

—Hola.

—¿Audran? —preguntó una voz nasal que parecía asqueada.

—Sí —dije—. ¿Quién es?

—Kenneth. Llamo en nombre del caíd Reda Abu Adil.

Eso explicaba el asco, el sentimiento era absolutamente mutuo.

—Sí, Kenny, ¿qué quieres?

Hubo una breve pausa.

—Me llamo Kenneth no Kenny. Me gustaría que lo tuvieras en cuenta.

Sonreí.

—Claro, colega. ¿A qué debo esta llamada?

—El caíd Reda ha oído que has metido las narices en el caso de Khalid Maxwell. No lo hagas.

Las noticias vuelan.

—¿No?

—Exacto —dijo Kenneth—. No lo hagas. El caíd Reda está preocupado por tu seguridad, pues eres un oficial del Jaish y teme lo que pueda ocurrirte si sigues con la investigación.

Me eché a reír sin ganas.

—Te diré lo que ocurrirá si no sigo con la investigación: Papa y yo perderemos la apelación y nos condenarán a muerte.

—Lo comprendemos, Audran. Si deseas salvar vuestros cuellos hay dos caminos: el bueno y el malo. El bueno es buscar una coartada para ti y para Papa la noche del crimen. El malo es seguir con lo que estás haciendo.

—Fantástico, Ken, pero a decir verdad, no me acuerdo de lo que hice la noche en cuestión.

—Me llamo Kenneth —dijo con un bufido justo antes de colgar.

Sonreí y volví a colgar el teléfono en mi cinturón.

Encontré a Jacques y a Mahmoud jugando al dominó en el Café Solace. Acerqué una silla a su mesa y observé un rato. El viejo Ibrahim vino a preguntarme si quería algo. Le pedí una Muerte Blanca y Mahmoud me miró con curiosidad.

—¿Cuánto hace que estás aquí, Marîd? —me preguntó—. Estábamos jugando al dominó y no te hemos visto llegar.

—No hace mucho —le dije. Me volví hacia mi otro amigo—. Jacques, ¿estás listo para vender bases de datos esta tarde?

Me miró como si se arrepintiera de haber accedido a ayudarme.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer? Quiero decir, limpiar tu nombre y tu reputación.

Asentí.

—No te preocupes, ya he empezado a ocuparme de eso.

—Ya lo hemos oído —dijo Mahmoud.

—El rumor en la Calle es que buscas a alguien para colgarle el asesinato de Maxwell —dijo Jacques.

—En lugar de demostrar dónde estabas la noche del crimen —dijo Mahmoud—. No lo estás llevando bien. Estás intentando hacer lo más difícil.

—Eso es precisamente lo que el actual pelagatos de Abu Adil me ha dicho —dije despacio—. Qué coincidencia.

—¿Kenneth te dijo eso? —preguntó Mahmoud—. Bueno, mira, seguramente tiene razón.

No tenía más preguntas que hacerles, así que cambié de tema.

—¿Preparado, Jacques? —dije.

—Bueno, Marîd, a decir verdad, hoy me duele el estómago. ¿Qué tal si quedamos mañana?

—Quizás mañana te encuentres bien —dije, sonriendo—, pero hoy vas a venir conmigo.

Esperé pacientemente hasta que Mahmoud ganó la partida de dominó y luego a que Jacques pagara la apuesta.

—Hoy no va a ser un buen día para mí —dijo Jacques.

Vestía bien, como de costumbre, pero lucía esa exasperante mirada de cristiano que todos sus amigos odiaban tanto. Daba la impresión de que deseaba ir a cualquier parte y empezar una nueva vida con otro nombre.

Le miré con el rabillo del ojo. Estaba muy nervioso.

—¿Qué te pasa, Jacques?

Su labio superior hizo una mueca de desdén.

—Te diré una cosa, Marîd. Este trabajo no es para mí. No es apropiado hacer de... vulgar vendedor.

No pude evitar reírme.

—No te veo como a un vulgar vendedor, si ése es tu problema. En realidad no lo eres. Eres mucho más que eso. Intenta ver el cuadro completo, oh excelente.

Jacques no parecía convencido.

—Estoy mirando la foto grande. Me veo a mí mismo de bar en bar o de club en club intentando sacarle dinero al propietario. Eso es venta al por menor. Es una humillación para alguien como yo. ¿Te he dicho alguna vez que tengo tres cuartos de sangre europea?

Suspiré. Nos lo decía casi cada día durante los últimos siete años.

—¿No te has preguntado nunca quien trabaja en la venta al por menor en Europa?

—Los americanos —dijo Jacques, dando un respingo.

Me froté mi dolorida frente.

—Olvida las ventas. No vas a ser un vendedor. Serás un especialista en instalación de base de datos. Y cuando funcione serás ascendido a ingeniero de obtención de información. Con un considerable aumento en tu porcentaje.

Jacques pestañeó.

—No puedes engañarme, Marîd.

—¡Ahora viene lo bueno! No te engañe. En estos tiempos tengo suficiente poder como para retorcerte un brazo y hacer que te alegres de ayudarme.

Jacques se rió brevemente y sin humor.

—Mi brazo es irretorcible, oh caíd. Aún eres un macarra de la calle, al igual que el resto de nosotros.

Me encogí de hombros.

—Quizás sea cierto, mi cristiano amigo, pero soy un macarra de la calle con Habib y Labib a mis órdenes.

—¿Quiénes son éstos?

—Las Rocas Parlantes —dije con serenidad.

El rostro de Jacques perdió el color. Todos en el Budayén conocían a los inmensos guardaespaldas de Papa, pero yo era uno de los pocos privilegiados que conocían sus nombres. Claro que no podía decir quién era uno y quién otro, pero no importaba porque siempre iban juntos.

Jacques escupió en el suelo delante de mí.

—Es cierto lo que dicen de que el poder corrompe —dijo amargamente.

—Te equivocas, Jacques —dije con voz tranquila—. Yo no amenazaría a uno de mis amigos. No necesito ese poder. Sólo contaba con que me devolvieras un favor. ¿Acaso no respaldé el cheque de Fuad para ti? ¿No estás de acuerdo en ayudarme?

Hizo una mueca.

—Sí, bueno, es una cuestión de honor, bueno, entonces, te devolveré gustoso el favor.

Le di una palmada en la espalda.

—Sabía que podía contar contigo.

—Siempre que quieras, Marîd.

Pero su mirada me decía que aún le dolía el estómago.

Llegamos al club de Frenchy, que estaba al otro lado de la Calle a una manzana del mío. Frenchy era un tipo grande, grueso, con barba negra, que tenía el aspecto de descargador de muelle de algún soleado puerto francés. Era el tipo más duro que he visto en mi vida. Las riñas no duraban mucho en el local de Frenchy.

—¿Qué tal estás, Marîd? —gritó Dalia, la camarera de Frenchy.

—Muy bien. Dalia, ¿está Frenchy?

—Está en la trastienda. Iré a buscarlo.

Se quitó el delantal y desapareció en la oficina trasera. No había muchos clientes, pero aún era de día.

—¿Puedo invitarte a un trago? —le pregunté a Jacques mientras esperábamos.

—El Señor no aprueba el alcohol —dijo—. Deberías saberlo.

—Lo sé —dije—. Sé lo que el Señor desaprueba. Pero a mí personalmente nunca me ha dicho nada.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas a vomitarte encima? ¿Y a las resacas? ¿Cómo llamas a que te partan la cara por estar tan borracho que dices algo incorrecto a la persona equivocada? Y no deberías ser blasfemo.

No podía tomarlo en serio.

—Yo también te he visto beber lo tuyo.

Jacques asintió enérgicamente.

—Sí, amigo mío, pero luego me confieso, hago mi penitencia y todo vuelve a estar en orden.

Frenchy, que apareció justo a tiempo, me salvó de la exégesis religiosa de mi amigo.

—¿Qué ocurre? —dijo tomando el taburete a mi derecha.

—Bueno, Frenchy —dije—, me alegro de verte y me alegro de ser bienvenido en tu club, pero en realidad no tenemos tiempo para sentarnos aquí y charlar. Quiero venderte algo.

—Tú quieres venderme algo, noraf —dijo con su voz ronca—. Espera un momento, me resulta imposible negociar cuando estoy sobrio.

—Creí que habías dejado de beber —dije—. A causa de tu estómago.

—Bueno, he vuelto a empezar —dijo Frenchy.

Hizo un gesto a la camarera y Dalia le llevó una botella sin abrir de Johnnie Walker. No sé por qué será, pero la mayoría de esos marineros no beben más que Johnnie Walker. Me percaté por primera vez en el club de Jo—Mama entre los marinos mercantes griegos y en los dos bares filipinos de la calle séptima. Frenchy abrió la botella y llenó medio vaso.

—Voy a daros una oportunidad —dijo Frenchy, tragándose el whisky y rellenando el vaso.

—Ponme una ginebra con bingara —le dije a la camarera.

—¿Quieres un poco de jugo de lima? —me preguntó Dalia.

Le sonreí.

—Nunca te olvidas.

Se encogió de hombros, enfadada.

—¿Cómo iba a hacerlo? —murmuró—. ¿Y tú, Jacques?

—¿Tienes esa cerveza ecuatoriana? Ponme una.

Dalia asintió y le llevó a Jacques su cerveza.

Frenchy se sirvió un segundo vaso de whisky y eructó.

—Eh bien, Marîd —dijo frotándose la espesa barba—, ¿qué hay en el maletín?

Lo puse sobre la barra y abrí los cierres.

—Te encantará.

—Aún no —dijo Frenchy—, pero quizás en unos minutos. Se sirvió un tercer vaso de Johnnie Walker.

—¿Qué tienes ahí, Marîd? —dijo Dalia, descansando los codos sobre la barra.

Frenchy le echó una mirada y ladeó un poco la cabeza.

—Ve a limpiar las mesas —le dijo.

Empezaba a hacerle efecto el licor. Eso era bueno.

Abrí la tapa de la maleta y dejé que Frenchy mirara el ordenador. Era una obra de arte, con bastante memoria para que no olvidara su propio trabajo. Era inútil a menos que estuviera conectada a una base de datos. Friedlander Bey había contratado con una empresa de Bosnia la producción de los ordenadores a un precio muy inferior al del mercado. Eso era porque la corporación bosnia era propiedad de una compañía industrial con sede en Bahrein; tanto el director ejecutivo como el vicepresidente de ventas debían sus actuales puestos de poder, riqueza y confort a la intervención de Papa en los asuntos políticos locales hacía unos diez años.

Serví a Frenchy un cuarto vaso.

—Merde alors —murmuró.

—Friedlander Bey quiere que seas el primero en el Budayén —le dije.

El francés grandote estaba saboreando su whisky, no tragándolo.

—¿Primero, para qué y segundo, sobreviviré gracias a esto? —preguntó.

Yo sonreí.

—Tienes la oportunidad de ser el primero de la Calle en tener uno de estos ordenadores. Puedes colocarlo aquí mismo en un extremo de la barra, donde la gente pueda verlo nada más entrar.

—Aja —dijo Frenchy— ¿Para qué cono quiero uno?

Miré a Jacques para ver si prestaba atención.

—Estas unidades tienen acceso a más información que el servicio de la ciudad —dije—. Tus clientes podrán entrar en una red global de datos que les proporcionará información casi ilimitada.

Frenchy sacudió la cabeza.

—¿Cuánto va a costarles?

—Un kiam. Sólo un kiam por consulta.

—¡Minute, papillon! El servicio info de la ciudad es gratis. Todo lo que tienes que hacer es descolgar el teléfono.

Volví a sonreír.

—No por mucho tiempo, Frenchy. Nadie lo sabe aún, así que no lo divulgues. Friedlander Bey ha comprado el servicio info de la ciudad.

Frenchy se echó a reír.

—¿Qué ha hecho, sobornar al emir?

Me encogí de hombros.

—Ha convencido al emir. Pero eso no importa ahora. El emir cree que Papa administrará mejor el servicio que la anterior Comisión de Servicios Públicos. Claro que Papa también ha dicho que para ofrecer al público el servicio que merecen, tendrá que cobrar una pequeña tarifa por cada transacción.

Frenchy asintió.

—Así que el servicio info gratuito va a ser eliminado. Y estas terminales lo reemplazarán. Y tú y Papa estaréis al frente, ofreciendo partículas de información. ¿Qué sucederá si alguien quiere husmear en la vida personal de Papa?

Me di la vuelta y bebí con indiferencia la mitad de mi Muerte Blanca.

—Oh —dije con serenidad—, por desgracia nos veremos obligados a limitar el libre acceso de determinadas personas a determinados datos.

Frenchy dio un puñetazo en la barra y se echó a reír. En realidad era más un bramido.

—¡Es magnífico! —gritó—, estrangula el intercambio de información y decide quién se beneficiará de ella. Espera a que se entere Abu Adil.

Jacques se me acercó.

—No sabía nada, Marîd —dijo en voz baja—. No me habías hablado de esto y creo que eso disuelve nuestro acuerdo.

Le hice un gesto para que se bebiera la cerveza.

—Por eso he venido hoy contigo. Quería aclararte todas las ramificaciones. Es el alba de una era excitante.

—Yo no lo creo así. ¿En qué voy a meterme?

Separé las manos.

—En una de las mayores empresas comerciales de la historia.

Justo entonces entró un cliente, un hombre alto vestido con traje europeo. Tenía el pelo gris, esmerada y costosamente corta do, y en la nuca llevaba un broche de plata con varios diamantes y un nido de grandes esmeraldas en el centro. Sostenía un maletín no mucho más pequeño que el mío y se quedó en la puerta esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad del bar de Frenchy.

Una de las bailarinas de Frenchy se acercó a él y le invitó. No conocía a la chica. Debía ser nueva en el Budayén, pero si se quedaba un rato más inevitablemente sabría más de ella de lo que me apetecía. Llevaba una combinación larga de un tejido



muy fino, de modo que sus pequeños pechos y el oscuro triángulo de vello púbico resultaban visibles incluso en la penumbra.

—¿Quieres un trago? —le preguntó.

El hombre elegante le hizo una mueca.

—¿Te llamas Theoni? —preguntó él La bailarina inclinó los hombros.

—No, pero ella está por aquí. Theoni es una de las nuestras.

Theoni era una de las chicas más dulces de la Calle, completamente fuera de lugar en el club de Frenchy. Nunca había trabajado para mí, pero me alegraría mucho si un día acudiera a Chiriga en busca de trabajo. Era pequeña, ágil y agradable, y llevaba encima una moderada dosis de cirugía. Sus moddies corporales acentuaban su hermosura natural sin convertirla en el tipo de caricatura que solemos ver por aquí. A diferencia de la mayoría de las bailarinas, nunca se había operado el cerebro y cuando no estaba entreteniendo a un cliente, se sentaba cerca de la oficina de Frenchy bebiendo sharáb y leyendo libros de bolsillo. Creo que era la lectura lo que me parecía más atractivo de ella.

Salió del fondo oscuro del bar, saludó al cliente y lo condujo hasta una mesa justo detrás de donde Frenchy, Jacques y yo estábamos sentados. Dalia fue a tomarle nota y pidió una cerveza para él y un cóctel de champaña para Theoni.

Frenchy se llenó otra copa de Johnnie Walker.

—Dalia, dame un vaso de agua mineral —dijo; y luego se dirigió a mí—: Es la mejor camarera de la Calle, ¿lo sabías? Crees que Chiri es buena camarera, no cambiaría a Dalia por Chiri ni aunque me dieras también a Yasmin. Jo, ¿cómo te arreglas con ella? Con Yasmin, quiero decir. Siempre llega tarde. Es buena para los hombres y hace mucho dinero, pero tiene un carácter...

—Frenchy —dije, cortando su ebrio monólogo—, créeme, lo sé todo sobre el carácter de Yasmin.

—Supongo que sí. ¿Cómo se ha tomado lo de trabajar para ti ahora que te has casado?

Volvió a reírse, con un rugido grave que nacía de lo más profundo de su pecho.

—Hablemos de la terminal, Frenchy —dije, intentando retomar el hilo de la conversación—. Necesitarás una porque todos en la Calle tendrán una y sin ella perderás clientes. Es como no tener teléfono o lavabo.

—El lavabo sólo funciona los martes y los jueves —murmuró Frenchy—. ¿Y yo qué sacaré?

Supuse que eso significaba qué ganaría él si aceptaba la terminal.

—Bueno, amigo, podemos prestarte algún dinero si nos permites instalar nuestra primera base de datos aquí en tu club. Mil kiams al contado, aquí y ahora, y no tienes que hacer nada. Sólo firmar el formulario de pedido y mañana vendrá un electricista e instalará la unidad al final de la barra. No tendrás que mover un dedo.

—¿Mil kiams? —dijo.

Se inclinó hacia mí y me miró a los ojos. Respiraba pesadamente sobre mi rostro y no era una experiencia agradable.

—Mil. En metálico. Ahora mismo. Y lo mejor, Frenchy, es que no te pediremos que nos lo devuelvas. Repartiremos la recaudación de la terminal contigo: un sesenta y cinco por ciento para nosotros y un treinta y cinco para ti. Cobraremos el pago del préstamo de tu treinta y cinco por ciento. Ni siquiera tendrás que sacar dinero. Y cuando quede saldado te prestaremos otros mil, en metálico, para que hagas lo que te dé la gana.

Se frotó la barba y entornó los ojos intentando ver cuál era la jugada.

—¿Os repartiréis conmigo la recaudación cada mes?

—El treinta y cinco por ciento es tuyo —dije.

—Así que esos préstamos son...

—¡Un regalo! —dijo Jacques.

Me volví para mirarlo. Hubo unos minutos de silencio. Con el rabillo del ojo veía a Theoni sentada muy cerca del cliente del broche. Ella deslizaba la mano sobre su muslo y él parecía muy incómodo.

—¿De dónde eres, cielo? —dijo sorbiendo su cóctel.

—Achaca —respondió él quitándole la mano de su regazo.

Frenchy levantó su pesado cuerpo y cogió dos vasos por encima de la barra. Los llenó hasta la mitad de whisky y puso uno enfrente de Jacques y otro enfrente de mí. Luego cogió la botella de cerveza de Jacques y la apartó.

—Pipi de chai —dijo burlón—. Bebe conmigo.

Me encogí de hombros y levanté el vaso de whisky. Frenchy y yo brindamos y yo lo acabé de un trago. Jacques parecía tener más problemas con él. No era muy bebedor.

—Marîd —dijo Frenchy, repentinamente serio—, ¿qué me sucederá si mi bar y yo declinamos tu generosa oferta? ¿Y si me niego? Después de todo, éste es mi club y digo lo que entra y lo que no entra. No quiero una terminal de información. ¿Qué va a pensar Papa de eso?

Enarqué las cejas y sacudí la cabeza.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Frenchy?

No contestó; sólo se quedó mirándome.

—Acepta la terminal —dije con voz serena.

Era lo bastante grande como para partirme por la mitad, pero él sabía que era un momento crítico. Sabía que echarme de su club no era una reacción correcta. Se levantó con un largo y triste suspiro.

—Muy bien, Marîd —dijo por fin—. Firmaré. Pero no creas que no sé lo que eso significa.

Le sonreí.

—No es tan malo, Frenchy. Toma, aquí tienes tus mil kiams.

Metí la mano en el bolsillo de la gallebeya y saqué un sobre cerrado.

Frenchy me lo quitó y se dio media vuelta. Caminó hacia su oficina sin decir nada más.

—Esta noche —le dije a Jacques—, le puedes ofrecer los mismos mil kiams a Big Al y a los demás, pero los tendrán cuando la terminal de información esté instalada, ¿vale?

Jacques asintió. Apartó el vaso de whisky sin terminar.

—¿Y sacaré una comisión por cada terminal?

—Cien kiams.

Estaba seguro de que Jacques haría un buen trabajo vendiendo el proyecto a nuestros amigos y vecinos, sobre todo con el incentivo de la comisión de cien kiams por venta, y con el poderoso respaldo de Friedlander Bey. La influencia de Papa facilitaría el trabajo a Jacques.

—Lo haré lo mejor que pueda, Marîd —dijo.

Parecía más convencido. Se bebió el resto de la cerveza ecuatoriana de la botella.

Un poco más tarde, el cliente de Achaea se levantó y abrió su maletín. Sacó un paquete delgado y envuelto.

—Es para ti —le dijo a Theoni—. No lo abras hasta que me haya ido.

Se inclinó, la besó en la mejilla y luego salió a la cálida tarde.

Theoni empezó a romper el papel. Abrió el paquete y encontró un libro con lomos de piel. Mientras lo hojeaba, sonó el teléfono de mi cinturón. Lo descolgué y dije hola.

—¿Hablo con Marîd Audran? —dijo una voz ronca.

—Sí.

—Soy el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq.

Se trataba del imán que había firmado nuestras sentencias de muerte. Estaba perplejo.

Theoni se levantó y señaló al caballero de Achaea.

—¿Sabéis quién era? —gritó, mientras las lágrimas descendían por su rostro—. ¡Era mi padre!

Dalia, Jacques y yo miramos a Theoni. En el Budayén suceden cosas como ésta todo el tiempo. No era nada de lo que escandalizarse.

—Me gustaría hablar de cómo intentas limpiar vuestros nombres —dijo Abd ar—Razzaq—. No toleraré el quebrantamiento de ninguna ley musulmana. Te concedo una audiencia mañana a las dos.

Colgó antes de que pudiera responder.

Metí la muestra de terminal de información en el maletín y se lo pasé a Jacques.

El cerro la tapa y se fue.

—Bueno —le dije a Dalia—. He hablado con todo el que creo que puede estar implicado en el caso de Khalid Maxwell. Así que ya he dado la primera vuelta al pueblo.

Me miró y limpió el mostrador con un trapo. No tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando.

## 13

Me quedé en la cama leyendo otra novela de Lufty Gad hasta las tres de la madrugada. Me dolía el estómago y me zumbaban fuerte los oídos; al cabo de un rato me percaté de que estaba sudando tanto que había empapado las sábanas. Me hallaba en pleno ataque de ansiedad.

Bueno, se supone que los héroes no se desmoronan. Fijaos en Qaddani, el infalible detective de Gad. Nunca caía en la desazón. Nunca se levantaba por la noche deseando huir a cualquier parte y empezar de nuevo. Después de un par de horas de temblores nerviosos, decidí volver a poner mi vida en orden, inmediatamente. Salí de la empapada cama y atravesé el dormitorio, para encontrar mi caja de píldoras.

Estaba llena de útiles medicamentos y tuve que meditar unos segundos mi elección. Por fin me decidí por los tranquilizantes. Intentaba acabar con mi vieja costumbre de tomar drogas recreativas, pero en este caso mis píldoras y cápsulas favoritas estaban auténticamente indicadas. Empecé con el Paxium, tomé doce píldoras violetas y cuatro amarillas. Eso me aliviaría la ansiedad, me dije a mí mismo.

Regresé a la cama, ahuequé los almohadones y leí otros dos capítulos. Esperé a que el Paxium me hiciera efecto y admito que después de media hora o así, sólo sentía un pequeño e insignificante resto de euforia. Me hallaba en la cima de la tensión mental como el merengue en un pastelillo. Por debajo de él, aún se me revolvían las tripas de ansiedad.

Me levanté y fui descalzo al lavabo. Abrí la caja de píldoras y saqué ocho tabletas de soneína, mi analgésico favorito. En realidad no era un dolor agudo, pero creí que la tibieza del opiáceo acabaría con el resto de ansiedad. Me tragué las tabletas lechosas con un sorbo de agua mineral.

Cuando al—Qaddani fue capturado por el malo israelita y recibió su una—vez—por—novela obligatoria tunda de palos, me sentía mucho mejor. La ansiedad era sólo un borroso recuerdo y sentía una maravillosa confianza en que más tarde sería capaz de superar al doctor Sadiq Abd ar—Razzaq con la mera fuerza de mi personalidad.

Me encontraba tan bien que deseaba compartir mi alegría con alguien. No con Kmuzu, quien seguramente estaría informando a Friedlander Bey de mi última jugada. No, en cambio me vestí rápido y salí de mis habitaciones. Recorrí tranquilamente los oscuros pasillos del ala oeste del palacio de Papa hasta el ala este. Llamé flojo a la puerta de Indihar una cuantas veces. No quería despertar a los niños.

Esperé un minuto y llamé más fuerte. Por fin, oí movimiento y Senalda, la doncella valenciana que había contratado para que ayudara a Indihar, abrió la puerta.

—Señor Audran —dijo adormilada.

Se frotó los ojos y me miró. No se alegraba de que la despertaran a estas horas.

—Lo siento, Senalda —dije—, pero es urgente que hable con mi esposa.

La doncella me miró un par de segundos pero no dijo nada. Se dio media vuelta y regresó al oscuro apartamento. Yo aguardé en la puerta. Al instante llegó Indihar, envuelta en una túnica de satén. Tenía una expresión seria.

—Esposo —dijo.

Yo bostecé.

—Necesito hablar contigo, Indihar. Siento lo de la hora, pero es muy importante. Se pasó la mano por el pelo y asintió.

—Será mejor que lo sea, magrebí. Los niños se despertarán en un par de horas y después no me darán tiempo a echar una cabezadita —se hizo a un lado permitiéndome entrar en el salón.

En aquel momento me sentía fantástico, invencible. Quince minutos antes, había decidido acudir a Indihar para que me dijera que era valiente y leal y fuerte, porque necesitaba oírsele a alguien. Pero ahora, la soneína me había dicho todo lo que necesitaba oír, y sólo quería discutir mis dudas sobre la estrategia. Sabía que podía confiar en Indihar. No me preocupó su enojo por haberla sacado de su cómodo y cálido lecho.

Me senté en uno de los almohadones y esperé a que ella se acomodara frente a mí. Se pasó unos segundos frotándose la cara con sus largos y delicados dedos.

—Indihar —dije—, tú eres mi esposa.

Dejó de hacerse masajes en la cara y levantó la vista hacia mí.

—Ya te lo he dicho —masculló con los dientes apretados—, no follaré contigo. Me despiertas en mitad de la noche en estado de embriaguez...

—No, no se trata de eso. Necesito tu sincera opinión sobre algo.

Me miró sin decir palabra. No parecía aplacada.

—Habrás notado —dije— que últimamente Papa me ha estado cargando de responsabilidades. Y me he visto obligado a emplear algunos de sus métodos, aunque personalmente me parecen deplorables.

Indihar sacudió la cabeza.

—He visto como enviabas a bin Turki a Najran para su... trabajo. Me dio la impresión de que no tenías ningún problema en ordenar la muerte de un extraño. No hace mucho, te habría horrorizado y habrías dejado que Tariq o Youssef se encargaran de los cabos sueltos.

Me encogí de hombros.

—Era necesario. Tengo cientos de amigos y socios que dependen de nosotros y no puedo dejar que nadie se salga con la suya después de atacarnos. Si lo hiciera, perderíamos nuestra influencia y poder, y nuestros amigos perderían su protección.

—¿Perderíamos? ¿Nosotros? Inconscientemente empiezas a identificarte con Friedlander Bey. Ahora te ha ganado por completo, ¿no? ¿Qué le ha pasado a tu capacidad de indignación?

Empezaba a deprimirme, a pesar de la soneína. Eso significaba que necesitaba tomar más soneína, pero no podía, no delante de Indihar.

—Tendré que averiguar quién mató realmente a Khalid Maxwell, y luego me ocuparé de que le dispensen el mismo trato que al sargento de Najran.

Indihar sonrió sin calidez.

—También has adoptado un modo peculiar de eludir la verdad. «Que le dispensen el mismo trato» en lugar de «matarlo». Es como si tuvieras la conciencia en un maldito daddy y nunca te lo enchufaras.

Me levanté y solté una bocanada de aire.

—Gracias, Indihar. Me alegro de que hayamos charlado. Ahora puedes irte a dormir.

Me di la vuelta y me largué, cerrando la puerta tras de mí. Me encontraba fatal.

Caminé en silencio por el pasillo de las habitaciones de mi madre. Di la vuelta al oscuro pasadizo de la parte principal de la casa y de entre las sombras surgió una figura, que se me acercó. Al principio me asusté —era posible que un astuto asesino hubiera burlado a los guardias y a las alarmas electrónicas—, pero entonces me di cuenta de que era Youssef, el mayordomo y ayudante de Papa.

—Buenas noches, caíd Marîd —dijo.

—Youssef—dije tímidamente.

—Estaba despierto y te oí caminar. ¿Necesitas algo?

Seguimos andando hasta el ala oeste.

—No, en realidad no, Youssef. Gracias. ¿Estabas despierto?

Me miró ceremoniosamente.

—Tengo un sueño muy ligero —dijo.

—Ah, bueno, sólo quería discutir una cosa con mi esposa.

—¿Y te satisfizo la respuesta de Umm Jirji?

Gruñí.

—No exactamente.

—Bueno, entonces, quizás pueda ayudarte.

Iba a declinar su ofrecimiento, pero entonces pensé que Youssef podía ser la persona indicada para hablar de mis sentimientos.

—Indihar me ha dicho que he cambiado un poco en este último año.

—Tiene razón, caíd Marîd.

—No está muy contenta con lo que me he convertido.

Youssef se encogió de hombros en la tímida luz.

—No puedes esperar que ella lo comprenda —dijo—. Es una situación muy compleja, sólo las personas que desempeñan puestos de responsabilidad pueden comprenderla. Es decir Friedlander Bey, tú, Tariq y yo mismo. Para todos los demás somos monstruos.

—Yo soy un monstruo para mí mismo, Youssef —dije tristemente—. Quiero recuperar la libertad. No quiero desempeñar ningún puesto de responsabilidad. Quiero ser joven y pobre y libre y feliz.

—Eso no es posible, amigo mío, debes erradicarlo de tu mente. Tienes el honor de cuidar de mucha gente y les debes lo mejor de ti. Eso significa concentración no alterada por las dudas.

Sacudí la cabeza. Youssef no me comprendía del todo.

—Ahora tengo un montón de poder —dije despacio—. ¿Cómo puedo saber si estoy haciendo buen uso de él? Por ejemplo, encargué a un muchacho que acabara con un rufián que maltrató a Friedlander Bey en Najran. El santo Corán habla de venganza, pero sólo al mismo nivel que la afrenta. Podía haber golpeado al sargento sin sentimiento de culpa, pero acabar con su vida...

Youssef levantó la mano para cortarme.

—Ah —dijo sonriendo—, has interpretado mal la Sabia Mención de Dios y tu propia situación. Lo que dices sobre la venganza es cierto, pues el hombre común debe preocuparse sólo por su vida y la de su familia. Pero así como se dice que el privilegio acarrea responsabilidad, lo contrario también es cierto. De modo que los de esta casa estamos por encima de ciertas interpretaciones sencillas de las órdenes de Alá. Para mantener la paz en el Budayén y en la ciudad debemos actuar con rapidez y firmeza. Si nos maltratan, como tú has dicho, no debemos esperar a que se produzca una muerte para que acabemos con lo que nos amenaza. Mantenemos el bienestar de nuestros amigos y socios anticipándonos a la acción y podemos ir por ahí convencidos de que no hemos transgredido el contenido de las enseñanzas del Santo Profeta.

—Que las bendiciones de Alá y la paz sean con él —dije yo, con una expresión estudiadamente neutra, pero aullando en mi interior.

No había oído un sofisma tan ridículo desde los días en que el viejo caíd que vivía en una caja en nuestro callejón de Argel intentaba demostrar que la tierra era plana, porque la ciudad de La Meca era plana. Lo cual no es así.

—Me preocupa que aún te muestres tan reticente, caíd Marîd —dijo Youssef.

Hice un gesto con la mano.

—No es nada. Siempre tengo algunas dudas antes de hacer lo que debo hacer. Pero tú y Friedlander Bey sabéis bien que siempre acabo mis trabajos. ¿Es necesario que me entusiasme con ellos?

Youssef se rió brevemente.

—No, claro que no. De hecho es bueno que no lo hagas. Si lo hicieras correrías el riesgo de acabar como el caíd Reda.

—Que Alá no lo quiera —murmuré.

Llegamos a mi puerta y dejé que Youssef se fuera a la cama. Entré, pero no tenía



ganas de dormir. Aún estaba confuso. Me detuve a tomar otras cuatro soneínas y un par de trifets para obtener energía. Luego abrí despacio la puerta, con cuidado de no despertar a Kmuzu y miré el corredor. Youssef ya no estaba. Volví a salir, bajé la escalera y me senté al volante de mi sedán eléctrico.

Necesitaba una copa con un montón de gente sonriente a mi alrededor. Me dirigí hasta el Budayén, cediendo a la peculiar y placentera soledad que se siente a altas horas de la madrugada, en la carretera vacía. No me digáis nada sobre conducir bajo la influencia de las drogas, ya lo sé, es estúpido y debería ser encarcelado y exhibido como ejemplo. Pensé que con todas las cosas terribles que daban vueltas en mi cabeza, no iba a sucederme algo como un accidente de tráfico. Volvía a sentir la artificial confianza que dan las drogas.

De cualquier modo, llegué a la puerta este sin incidentes y aparqué el coche cerca de la parada de taxis del Boulevard il—Jameel. Mi club ya había cerrado —llevaría así más de una hora— y muchos otros también estaban oscuros. Pero estaba lleno de bares de madrugada y cafés abiertos las veinticuatro horas del día. Un montón de bailarinas se pasaban por el Brig cuando salían de trabajar. Pensaréis que después de beber con los clientes durante ocho horas, estarían hartas, pero eso no era así. Les gustaba sentarse juntas en el bar, echarse unos tragos de schnapps y hablar de los idiotas con los que habían tenido que conversar esa noche.

El Brig era un oscuro y frío bar cerca del muro sur del Budayén en la calle séptima. Fui hacia allí. En lo más profundo de mi mente tenía la esperanza de encontrarme con alguien. Alguien como Yasmin.

El Brig estaba lleno de humo y bullicio, y cubrían las luces con geles azules que hacían que todo el mundo parecía un muerto. No quedaba ni un taburete libre en toda la barra, así que me senté en un cubículo contra la pared opuesta. Kamal ibn ash—Shaalan, el propietario, que también trabajaba detrás de la barra, me vio y se acercó. Dio un par de débiles pasadas por la mesa con un trapo empapado en cerveza.

—¿Cómo estás, Marîd? —dijo con su voz ronca.

—Muy bien —respondí—. Ginebra y bingara con un poco de zumo de lima, ¿vale?

—Apuesta a que sí. ¿Buscas compañía esta noche?

—Ya la encontraré yo, Kamal.

Se encogió de hombros y se fue a prepararme la bebida.

Al cabo de diez segundos una jovencita preoperada se sentó ante mí. Había elegido el nombre de Tansy, pero en el trabajo todo el mundo le llamaban Nafka. Nadie quería decirle lo que «nafka» significaba en yiddish.

—¿Me invitas a una copa, míster? —dijo ella—. Podría sentarme a tu lado y saludar el día con un polvo.

No recordaba quién era yo. Pensó que era sólo un viejo macarra.

—Esta noche no, cielo —dije—. Estoy esperando a alguien.

Sonrió torvamente, con los párpados entornados.

—Te sorprendería lo que puedo hacerte mientras esperas.

—No, no creo que me sorprendieras. Sólo que no me interesa, lo siento.

Tansy se levantó y se contoneó un poco. Me hizo un lento guiño.

—Ya sé cuál es tu problema, míster —rió para sí y se dirigió otra vez a la barra.

Bueno, no, no sabía cuál era mi problema. Yo tampoco tuve demasiado tiempo para pensar en él porque vi a Yasmin salir del lavabo de señoras en los oscuros recovecos del club. Parecía como si se hubiera tomado muchas copas en el trabajo y otras tantas allí. Me levanté y la llamé. Giró la cabeza a cámara lenta, como un apatosaurus buscando otro montón de maleza para mascar.

—¿Quién me llama? —dijo, tambaleándose hacia mí.

—Soy Marîd.

—¡Marîd! —sonrió descuidadamente y se dejó caer en el cubículo como un saco de patatas.

Alargó la mano bajo de la mesa y me manoseó por debajo de la gallebeya.

—Te echo de menos, Marîd. ¿Sigues teniendo esa cosa ahí debajo?

—Yasmin, escucha...

—Estoy muy cansada esta noche, Marîd. ¿Quieres acompañarme hasta mi apartamento? Estoy algo bebida.

—Ya me he dado cuenta. Mira, en realidad quería hablar contigo sobre...

Se volvió a levantar y se puso en pie a mi lado, inclinándose para pasar sus brazos alrededor de mi nuca. Empezó a cosquillearme la oreja con la lengua.

—¿Antes te gustaba, Marîd, recuerdas?

—Nunca me gustó. Estás pensando en otro.

Yasmin deslizó la mano por mi pecho.

—Vamos, Marîd, quiero irme a casa. Ahora vivo en la calle catorce.

—Muy bien —dije.

Cuando Yasmin se emborrachaba y se le metía una idea en la cabeza no había modo de quitársela. Me levanté, la cogí por los hombros, me aseguré de que llevaba su bolso y, medio guiándola medio arrastrándola, la saqué del Brig. Tardamos media hora en recorrer siete manzanas de la Calle.

Al final llegamos a su edificio y encontré las llaves en su bolso. Abrí la puerta principal y la llevé hasta la cama.

—Gracias, Marîd —dijo en una voz cantarina. Le quité los zapatos y luego me di la vuelta para irme—. ¿Marîd?

—¿Sí?

Volvía a tener sueño. Quería regresar a casa y meterme en mi habitación antes de que Youssef o Tariq o Kmuzu descubrieran que me había largado e informaran a

Friedlander Bey.

Yasmin volvió a llamarme.

—¿Me haces un masaje en la nuca?

Suspiré.

—Vale, pero sólo un poco.

Bueno, empecé a darle masajes en la nuca y, mientras lo hacía, ella se quitó su minifalda negra. Luego se incorporó e intentó quitarme la gallebeya por encima de la cabeza.

—Yasmin, estás bebida —dije.

—Házmelo, ¿quieres? —pidió—. De este modo no tendré resaca.

No era la proposición más sensual que me habían hecho. Ella me dio un largo y profundo beso. Y también sabía qué hacer con sus manos. En un instante estábamos follando apasionada y fogosamente. Creo que se durmió antes de que terminara. Luego tuve un débil orgasmo y me derrumbé a su lado.

¿Cómo podría describir el inicio del nuevo día? Dormía nervioso medio dentro, medio fuera del desnudo colchón de Yasmin. Tuve unos realistas y locos sueños a medida que los restos de los opiáceos y los estimulantes desaparecían de mi riego sanguíneo. Me desperté una vez alrededor de las diez de la mañana, con un sabor repugnante en la boca y un dolor sordo en la frente. No podía recordar dónde estaba y miré alrededor del apartamento de Yasmin, con la esperanza de hallar alguna pista. Finalmente examiné su grácil espalda, su fina cintura y su succulentas caderas. ¿Qué hacía en la cama con Yasmin? Ella me odiaba. Luego recordé el fin de la noche anterior. Bostecé y me di media vuelta. Casi al momento estaba dormido otra vez.

Soñé que mi madre me gritaba. Tuve un montón de sueños. En la superficie, mi mami y yo habíamos resuelto nuestras diferencias y olvidado las culpas y los resentimientos. Los sueños me decían que la mayoría de ese progreso había sido sólo cosmético y en lo más profundo, aún albergaba incómodas y confusas sensaciones en lo referente a mi madre.

La voz de mi madre se hizo más estridente, pero yo no sabía qué le preocupaba esta vez. Vi como su rostro se volvía rojo y horrible y me mostraba los puños, con un lenguaje soez que resonaba dolorosamente en mis oídos. Me encogí mientras ella empezaba a pegarme en la cabeza y en los hombros.

Me desperté. Era Yasmin la que gritaba y también me golpeaba en sueños. Yasmin había empezado siendo un muchacho bastante grande y bien formado, por eso, aún después de su operación de cambio de sexo, seguía siendo un oponente formidable. Además contaba con el elemento sorpresa.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

Rodé del colchón al frío suelo. Miré el reloj: era casi mediodía. No comprendía cuál era el problema de Yasmin.

—¡Eres una basura, Audran! —gritó—. Eres vomitivo aprovechándote de mí en el estado en que me hallaba.

Pese a todas las veces que habíamos hecho el amor en el pasado, pese a todo lo que habíamos vivido juntos, me sentía incómodo desnudo ante ella. Esquivé sus puños, luego intenté dominarla tratando de ocultar mi desnuda vulnerabilidad.

—Yo no me he aprovechado de ti, Yasmin —dije; de nuevo me dolía la cabeza, pero esta vez mucho más fuerte—. Te encontré hace unas horas en el Brig. Me suplicaste que te llevara a casa. Intenté irme pero tú empezaste a follarme. Te montaste sobre mí. No me dejaste marchar.

Se sujetó la frente y dio un respingo.

—No recuerdo nada de eso.

Me encogí de hombros, cogiendo mi ropa interior y mi gallebeya.

—¿Qué quieres que te diga? No soy responsable de lo que tú puedes o no recordar.

—¿Cómo sé que no me trajiste a casa colocadísima y luego me violaste cuando estaba a tu merced?

Me puse la gallebeya por la cabeza.

—Yasmin —dije con tristeza—, ¿no me conoces lo suficiente como para eso? ¿He hecho yo algo alguna vez que te hiciera pensar que sería capaz de la violación?

—Has matado gente —dijo, pero su argumentación había perdido acaloramiento.

Hice equilibrio sobre un pie y me puse una sandalia.

—No te he violado, Yasmin.

Se relajó un poco.

—¿Sí? —dijo—. ¿Cómo fue?

Me puse la otra sandalia.

—Fue magnífico, Yasmin. Siempre es magnífico cuando estamos juntos. Te echo de menos.

—¿Sí? De verdad, Marîd.

Me arrodillé junto al colchón.

—Mira —dije mirándole a los ojos oscuros—, precisamente porque estoy casado con Indihar...

—No dejaré que la engañes conmigo, Marîd. Indihar y yo hemos sido buenas amigas desde hace tiempo.

Cerré los ojos y me los froté. Luego volví a mirar a Yasmin.

—Hasta el profeta Mahoma...

—Que las bendiciones de Alá y la paz sean con él —murmuró ella.

—Hasta el profeta tenía más de una esposa. Puedo tener hasta cuatro, siempre que pueda mantenerlas a todas por igual y tratarlas con la misma equidad.

Los ojos de Yasmin se abrieron aún más.

—¿Qué intentas decirme, Marîd?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, cariño. Indihar y yo estamos casados sólo de nombre. Somos buenos amigos, pero creo que está algo resentida conmigo. Y cuando digo que te echo de menos lo digo en serio.

—¿De verdad te casarías conmigo? ¿Y qué diría Indihar de eso? Y cómo...

Levanté una mano.

—Tengo un montón de trabajo en mente. Tendríamos que reunirnos y hablar de eso. Y Papa no lo aprobaría. De cualquier modo, estoy citado con el imán de la mezquita Shimaal dentro de dos horas. Debo irme y asearme.

Yasmin asintió, pero me miró con la cabeza ladeada. Me aseguré de que llevaba las llaves y todo aquello con lo que había entrado, sobre todo mi esencial caja de píldoras. Me dirigí hacia la puerta.

—¿Marîd?

Me volví para mirarla.

—Yo no sería sólo tu esposa número dos. No sería una criada de Indihar y los niños. Esperaría que me trataran con igualdad, tal como dice el noble Corán.

Asentí.

—Tenemos mucho tiempo.

Crucé la habitación y me arrodillé para darle un beso de despedida. Fue un beso, tierno y lento, y lamenté que terminara. Luego me levanté, suspiré y cerré la puerta al salir. Yaa Alá, ¿qué habían hecho conmigo las drogas esta vez?

Fuera en la calle descubrí una mañana gris y lluviosa. A tono con mi humor, pero eso no la hacía más agradable. Me esperaba un largo paseo por la Calle, desde la Catorce hasta la puerta este. Bajé la cabeza y caminé pegado a los escaparates, esperando que nadie me reconociera. No estaba de humor para una reunión con Saied Medio Hajj ni Jacques ni ninguno de mis viejos colegas. Además, apenas tenía tiempo para llegar a casa, tomar una ducha y cambiarme de ropa para la cita con el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq.

Claro que, como de costumbre, mis deseos no parecían adecuarse al orden del cosmos. Había recorrido una manzana y media cuando una voz aguda gritó:

—¡Al—Amin! ¡Oh grande!

Me puse a temblar y miré a mi espalda. Era un muchacho flacucho de unos quince años, más alto que yo, vestido con una camisa blanca gastada y sucia, y pantalones blancos. Sus pies sucios parecían no haber conocido nunca zapatos ni sandalias. Llevaba una keffiya a cuadros blancos y púrpuras anudada alrededor de su roñoso cuello.

—Buenos y radiantes días, oh caíd —dijo contento.

—Vale —dije—. ¿Cuánto necesitas?

Me metí la mano en el bolsillo y saqué un fajo de billetes.

Me miró atónito, luego miró en todas direcciones.

—No quería pedirte dinero, caíd Marîd. Quería decirte algo. Te están siguiendo.

—¿Qué?

Las noticias me sorprendieron y me entristecieron de verdad. Me preguntaba quién habría hecho que me siguieran, Hajjar o Sadiq Abd ar—Razzaq o Abu Adil.

—Es cierto, oh caíd —dijo el chico—. Caminemos juntos. En el otro lado de la Calle, a una manzana detrás de nosotros hay un *kaffir*<sup>[3]</sup>;gordo con una gallebeya celeste. No le mires.

Asentí.

—Me pregunto si ha estado sentado fuera del apartamento de Yasmin toda la noche, esperándome.

El chico se echó a reír.

—Mis amigos me han dicho que eso ha hecho.

Estaba asombrado.

—¿Cómo sabías tú..., ellos..., dónde estaba yo esta noche pasada?

—¿Me compras algo para comer, oh padre de generosidad? —me pidió.

Me pareció buena idea. Doblamos la esquina y caminamos hasta Kiyoshi, un restaurante japonés, mejor de lo habitual, al sur de la calle Catorce. Eché un vistazo al hombre gordo que intentaba desesperadamente pasar desapercibido. No parecía peligroso, pero eso no quería decir nada.

Nos sentamos en un cubículo, mirando la banda de rock que aparecía en holografía ante nosotros. El propietario del restaurante era también músico y su banda entretenía a todas las mesas, tanto si lo querías como si no. El muchacho y yo nos partimos una doble ración de pollo hibachi. Parecía lo bastante seguro como para hablar.

—Tú eres nuestro protector, yací Amín —dijo el chico entre dos voraces bocados—. Siempre que entras en el Budayén, te observamos desde el momento en que atraviesas la puerta este. Tenemos un sistema de señales, de modo que siempre sabemos dónde estás. Si necesitas ayuda estaríamos a tu lado al instante.

Sonreí.

—No sabía nada de esto.

—Tú has sido bueno con nosotros, con tus refugios y tus comidas benéficas. Así que esta mañana mis amigos se sentaron mientras tu visitabas a esa transexual, Yasmin. Se percataron de que el *kaffir* hacía lo mismo. Cuando me desperté esta mañana, me contaron las noticias. Escucha: cuando oigas esta melodía —y silbó una familiar canción infantil que todos los jóvenes de la ciudad conocían—, sabrás que estamos contigo y te decimos que tengas cuidado. Puede que te sigan o que te busque la policía. Cuando oigas esa melodía, sería bueno que te volvieras invisible durante

un rato.

Me apoyé en el respaldo de la silla, asimilando sus palabras. Así que tenía un ejército de niños guardándome las espaldas. Me sentí grande.

—No tengo palabras para agradeceros.

El muchacho separó las manos.

—No es necesario —dijo—. Nos gustaría poder hacer más. Ahora mi familia está en mayor necesidad que muchas de las otras y eso significa que no puedo dedicar mucho tiempo a...

Lo comprendí de inmediato. Volví a sacar mi fajo de billetes y saqué cien kiams. Empujé el dinero por encima de la mesa.

—Toma —dije—. Para el bienestar de tus benditos padres.

El muchacho cogió los cien kiams y los contempló maravillados.

—Eres aún más noble de lo que cuentan las historias —murmuró. Rápidamente quitó el dinero de la vista.

Bueno, yo no me sentía noble. Le di al chico unos cuantos pavos por egoísmo y cien kiams no afectaron demasiado a mi cuenta corriente.

—Toma —dije levantándome—, acaba la comida. Tengo que irme. Llevaré cuidado. ¿Cómo te llamas?

Me miró a los ojos.

—Soy Ghazi, oh caíd. Cuando oigas dos notas graves rápidas, seguidas de una larga nota aguda, eso significa que un chico le pasa la responsabilidad de vigilarte a otro. Ten cuidado, Al—Amin. En el Budayén dependemos de ti.

Le puse la mano en su largo y sucio pelo.

—No te preocupes, Ghazi. Soy demasiado egoísta para morir. Hay demasiadas cosas hermosas en este mundo de Dios que aún no he experimentado. Tengo algunas cosas importantes que me mantienen aquí.

—¿Como hacer dinero, beber, jugar a las cartas y Yasmin? —preguntó sonriente.

—Hey —dije, simulando asombro—, ¡sabes mucho de mí!

—Oh —dijo el chico frívolamente—, todo el mundo en el Budayén lo sabe.

—Fantástico —susurré.

Pasé junto al negro gordo, que había estado merodeando delante del restaurante japonés y me dirigí hacia el este por la Calle. Detrás de mí oí que alguien silbaba la canción infantil. Todo el tiempo caminé con los hombros tensos como si en cualquier momento fuera a recibir el impacto de una pistola. Sin embargo, llegué al otro extremo del barrio amurallado sin que nada me tocara. Entré en el coche y vi a mi sombra coger un taxi. No me importó si me seguía o no. Me iba a casa.

No quería encontrarme con nadie mientras subía la escalera hacia mi habitación, pero una vez más la suerte se volvió contra mí. Primero Youssef y luego Tariq se cruzaron en mi camino. Ninguno de ellos me dijo nada, pero sus expresiones eran

graves y desaprobadoras. Me sentía como el inútil, borracho, alcohólico hijo que dilapida la fortuna de una gran familia. Cuando llegué a mis habitaciones, Kmuzu me esperaba en el pasillo.

—El amo de la casa está muy enfadado, yaa Sidi —dijo.

Asentí. Era lo mínimo que podía esperar.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que te habías levantado pronto y habías salido. Le dije al amo de la casa que no sabía dónde habías ido.

Suspiré aliviado.

—Bueno, si vuelves a hablar con Papa, dile que salí con Jacques, para ver cómo se las arreglaba con el proyecto de la base de datos.

—Eso sería mentir, yaa Sidi. Sé dónde has estado.

Me pregunté cómo lo sabía. Quizás, después de todo, el hombre negro gordo que me seguía no trabajaba para los malos.

—¿No puedes decir una pequeña mentirijilla, Kmuzu? ¿Por mí?

Me miró con dureza.

—Soy cristiano, yaa Sidi —fue todo lo que dijo.

—Gracias de todos modos —le respondí, apartándolo para abrirme paso hasta el baño.

Me di una larga ducha caliente, dejando que el chorro golpease contra mi espalda y mis hombros doloridos. Me lavé el pelo, me afeité y me cepillé la barba. Empezaba a sentirme mejor, aunque sólo había dormido unas horas. Miré en el armario un buen rato, pensando en qué ponerme para mi cita con el imán. Me sentí un poco perverso, elegí un conservador traje temo azul. Casi nunca llevaba ropa de estilo occidental y, cuando lo hacía, evitaba los trajes de temo. Tenía a Kmuzu para que me hiciera el lazo de la corbata; yo no sólo no sabía, sino que me negaba a aprender.

—¿Te preparo algo de comer, yaa Sidi? —me preguntó.

Miré el reloj.

—Gracias Kmuzu, pero apenas tengo tiempo. ¿Serías tan amable de llevarme?

—Claro, yaa Sidi.

Por alguna razón no sentía ninguna ansiedad ante la perspectiva de enfrentarme a Sadiq Abd ar—Razzaq, el imán de la mayor mezquita de la ciudad y uno de nuestros principales pensadores religiosos. Eso era bueno, porque significaba que ya no tenía necesidad de engullir ninguna tableta ni ninguna cápsula con el fin de prepararme para la reunión. Sobrio y con los cinco sentidos, acudiría a la cita con la cabeza bien alta sobre los hombros.

Kmuzu aparcó el coche en doble fila en la calle exterior al muro occidental de la mezquita, yo corrí bajo la lluvia y subí los sólidos escalones de granito. Me quité los zapatos y me abrí camino a través de los sombríos espacios y cámaras que formaban



una red asimétrica bajo altos y abovedados techos. En algunas de las columnatas, maestros con túnica enseñaban lecciones religiosas a grupos de muchachos con rostros serios. En otras oraban algunas personas solas o en pequeñas congregaciones. Seguí una larga y fría columnata hacia la parte trasera de la mezquita, donde se encontraban las oficinas del imán.

Hablé primero con un secretario, que me dijo que el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq llegaría un poco tarde esa mañana. Me invitó a sentarme en una pequeña sala de espera lateral. Una ventana daba al patio interior, pero el cristal estaba tan sucio que apenas podía ver a través de él. La sala de espera me recordó las visitas que solía hacer a Friedlander Bey, antes de que fuera a vivir a su mansión. Siempre sentía frío en los tobillos en una sala de espera muy parecida a ésta. Me pregunté si era una estratagema psicológica de los ricos y poderosos.

Después de media hora, el secretario abrió la puerta y dijo que el imán me recibiría. Me levanté, respiré hondo, me estiré la americana y seguí al secretario. Abrió una pesada, exquisitamente tallada puerta de madera y entré.

El doctor Sadiq Abd ar—Razzaq había colocado su gran escritorio en el rincón más oscuro de la habitación y se sentaba en su acolchada silla de piel; apenas podía distinguir sus rasgos. Una gran lámpara de luz verdosa iluminaba el escritorio, pero cuando tomé el asiento que me señaló, su cara se hundió otra vez en las sombras indistintas.

Esperé a que él hablara primero. Me acomodé en el sillón, volviendo la cabeza de un lado a otro, viendo sólo estanterías de libros que desaparecían de la vista hacia el techo. Un peculiar olor, compuesto de papel viejo y amarillento, humo de puro y soluciones de limpieza con olor a pino, llenaba la habitación.

Me observó sentado algún tiempo. Luego se inclinó hacia adelante, ofreciendo la parte inferior de su rostro a la luz de la lámpara.

—Monsieur Audran —dijo en una voz vieja y agrietada.

—Sí, oh sapientísimo.

—Niegas las pruebas que se han reunido, pruebas que demuestran claramente que tú y Friedlander Bey asesinasteis al oficial Khalid Maxwell —dijo dando golpecitos a una carpeta azul.

—Sí, lo niego, oh sapientísimo. Nunca me he reunido con el patrullero muerto. Ni tampoco Friedlander Bey tiene ninguna relación con este caso.

El imán suspiró y se alejó de la luz.

—Hay pruebas contundentes contra vosotros, debes saberlo. Tenemos un testigo ocular.

Eso era nuevo.

—¿Sí? ¿Quién es ese testigo y cómo sabe que es de fiar?

—Porque, monsieur Audran, el testigo es un teniente de la policía. El teniente

Hajjar, para ser exactos.

—¡Hijo de asno! —grité. Luego me contuve—. Os pido disculpas, oh sapientísimo.

Hizo un gesto con la mano en señal de disculpa.

—Es tu palabra contra la de un alto oficial de policía. Debo emitir mis juicios según la ley islámica, según el procedimiento civil adecuado y empleando mis limitadas facultades para descubrir la verdad entre las mentiras. Debo advertirte de que a menos que puedas aportar pruebas decisivas de tu inocencia el caso no volverá a ser juzgado.

—Así lo entiendo, imán Abd ar—Razzaq. Tenemos vías de la investigación aún por explorar. Confiamos en presentar suficientes pruebas como para haceros cambiar de idea.

El viejo tosió roncamente unas cuantas veces.

—Por tu bien espero que así lo hagáis. Pero estad convencidos de que mi principal interés será que se haga justicia.

—Sí, oh sapientísimo.

—Para ese fin, deseo saber cuáles son vuestros planes inmediatos, en lo referente a la investigación de este triste suceso.

Eso era. Al imán le alteraban demasiado mis intenciones, muy bien podía prohibirlas y entonces habría descubierto la proverbial duna sin sombra.

—Oh sapientísimo —empecé despacio—, hemos averiguado que no se realizó la adecuada autopsia al cadáver de Khalid Maxwell.

Pido vuestro permiso para exhumar el cadáver y que el forense de la ciudad realice un concienzudo examen.

No podía ver la expresión del hombre, pero podía oír su pesada respiración.

—Ya sabes que Alá ordena que el entierro siga de inmediato a la muerte.

Asentí.

—Y que la exhumación se permite sólo en las situaciones más extremas y urgentes.

Me encogí de hombros.

—Me permito recordaros que mi vida y la vida de Friedlander Bey dependen del resultado de esa autopsia. Estoy seguro de que el caíd Mahali accederá, aunque tú no lo hagas.

El imán golpeó la mesa del despacho con su arrugada mano.

—¡Modera tus palabras, muchacho! ¿Me amenazas con pasar por encima de mi autoridad en este asunto? Bueno, no será necesario. Te doy permiso para la exhumación. Pero a cambio, deberéis presentar las pruebas en dos semanas, no en el mes que previamente os habían concedido. Los ciudadanos no pueden tolerar más dilación en el cumplimiento de la justicia.

Se inclinó sobre su escritorio y buscó una hoja de papel en blanco. Le observé escribir un corto párrafo y firmarlo.

Abd ar—Razzaq nos ponía casi imposible la tarea de limpiar nuestros nombres. ¡Dos semanas! Eso no me gustaba nada. Podíamos tardar doce. Apenas me levanté, incliné ligeramente la cabeza Y dije:

—Entonces, si me disculpa, oh sapientísimo, iré directamente a la oficina del forense del Budayén. No quiero haceros perder más tiempo.

No podía verlo y no me dijo nada más. Simplemente me dio la hoja de papel. La leí, era la orden oficial para que la autopsia de Khalid Maxwell se realizara dentro de las próximas dos semanas.

Me quedé unos segundos de pie en la tenebrosa oficina, sintiéndome cada vez más incómodo. Por fin me dije a mí mismo: «Que le jodan», y me di media vuelta. Me apresuré a atravesar la gran mezquita, recuperé los zapatos y volví al coche con Kmuzu.

—¿Quieres ir a casa ahora, yaa Sidi? —me preguntó.

—No, tengo que ir al Budayén.

Asintió y puso el coche en marcha. Me recosté en el asiento y pensé en lo que había averiguado. Hajjar pretendía ser un testigo ocular. Bueno, sospechaba que podía destruir su testimonio. De todos modos, no me sentía demasiado mal. Incluso me felicité a mí mismo por haber salido airoso de la entrevista con Abd ar—Razzaq.

Luego tuve dos llamadas telefónicas que enfangaron mi nuevo y feliz humor.

La primera era sobre dinero. Sonó el teléfono y lo descolgué.

—Hola.

—¿El señor Marîd Audran? Soy Kirk Adwan, del Banco de las Dunas.

Ése era el banco donde tenía mis ingresos.

—¿Sí? —dije intrigado.

—Tenemos un talón emitido a Farouk Hussein por un importe de dos mil cuatrocientos kiams. Está endosado por usted, así como por el señor Hussein, en lo que parece ser su caligrafía.

Aja. El cheque que el pobre Fuad había entregado a Jacques. Jacques había esperado a que el talón se aclarase, luego había sacado los dos mil cuatrocientos kiams y se los había entregado a Fuad.

—¿Sí?

—Señor Audran, el señor Hussein ha informado de que ese cheque le ha sido robado. No podemos proceder; a no ser que usted pueda cubrir los dos mil cuatrocientos kiams a las cinco en punto de mañana, nos veremos obligados a llamar a la policía. Puede visitar cualquiera de nuestras oficinas para solucionarlo.

—Ah, un minuto...

Demasiado tarde. Adwan había colgado.

Cerré los ojos y maldije en silencio. ¿Qué era eso, una especie de estafa? Fuad era demasiado estúpido para llevar a cabo algo tan complicado. ¿Estaría Jacques implicado? No me importaba. Iba a llegar al fondo del asunto y el responsable lo lamentaría. Sería mejor que se acostumbrase a respirar fina arena dorada.

Estaba furioso. La situación me hizo murmurar entre dientes. Pasó una hora. Kmuzu y yo fuimos a comer algo al Café Solace cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Qué? —dije impaciente.

Era el teniente Hajjar, el experto testigo ocular en persona.

—«Que» tú, Audran...

—Necesito discutir algo contigo, Hajjar —le interrumpí bruscamente.

—Espera turno, noraf. Dime, ¿esta mañana no has tenido una cita con el imán Sadiq Abd ar—Razzaq?

Entorné los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Hajjar soltó un bufido.

—Yo sé mucho. De cualquier modo, me preguntaba si podías aclararme cómo es que menos de una hora después de tu visita, cuando su secretario fue a verlo, el santo hombre estaba muerto, tumbado en el suelo con media docena de dardos de pistola envenenados en su pecho.

Miré a Kmuzu.

—¿Hola? —dijo Hajjar dulcemente—. ¿Señor Sospechoso? ¿Te importaría dejarte caer por la oficina cuanto antes?

Volví a colgar el teléfono en mi cinturón. Ahora que sólo tenía dos semanas en lugar de un mes para establecer nuestra inocencia, tenía más problemas que antes. Busqué la caja de píldoras en mi americana —después de todo, era otro de esos momentos en los que las drogas ilícitas estaban absolutamente indicadas—, pero la había dejado en mi gallebeya.

Me pregunté a mí mismo: «¿Qué habría hecho el caíd Hassanein en semejante situación?». La única respuesta era: «Pirarse a las impracticables soledades del Rub al —Khali».

Tal vez no fuera mala idea...

Esa misma tarde me ocupé de los principales problemas, lo cual era una prueba importante de lo mucho que había madurado. En los viejos tiempos me habría metido en mi dormitorio envuelto en una densa bruma de soneína y hubiera evitado pensar en los problemas durante uno o dos días, hasta que las cosas se pusieran críticas. Desde entonces había aprendido que era mucho más fácil resolver los líos mientras aún están en la etapa de alerta amarilla.

Antes que nada debía decidir qué crisis era más acuciante. ¿Era más importante salvar mi vida o mi cuenta de crédito? Bueno, siempre había estado en buenas relaciones con el banco, sobre todo desde que me había convertido en el segundo de Papa y el beneficiario de frecuentes y gruesos sobres plagados de dinero. Supongo que el Banco de las Dunas podía esperar una hora o dos, pero quizás el teniente Hajjar no tuviera tanta paciencia.

Llovía aún mientras Kmuzu me conducía a la comisaría en la calle Walid al—Akbar. Como de costumbre tuve que abrirme paso entre una multitud de chicos de caras sucias, que se apretaban contra mí y pedían clamorosamente su baksheesh. Me preguntaba por qué los muchachos se apelotonaban aquí en la comisaría en lugar de hacerlo por ejemplo en el Hotel Palazzo di Marco Aurelio, donde estaban los turistas ricos. Quizás pensaran que la gente que entraba y salía de la comisaría tenían otras cosas en la cabeza y quizás fueran más generosos. No lo sé, lancé unos cuantos kiams y todos se precipitaron hacia el dinero. Mientras subía la escalera, oí como un chico silbaba la canción familiar de los niños.

Subí hasta la oficina acristalada de Hajjar en medio de la división de detectives. Estaba al teléfono, de modo que entré y me senté en una incómoda silla de madera al otro lado de su escritorio. Cogí un montón de correspondencia de Hajjar y empecé a husmear, hasta que él volvió a cogerla con una mueca de enfado. Luego ladró unas palabras al teléfono y colgó.

—Audran —dijo en una voz alta y parsimoniosa.

—Teniente —dije—. ¿Qué ha ocurrido?

Se levantó y paseó un poco.

—Sé que te van a cortar la cabeza antes de lo que tú te crees.

Me encogí de hombros.

—¿Lo dices porque Abd ar—Razzaq acertó en dos semanas el tiempo de que disponemos para limpiar nuestros nombres?

Hajjar dejó de pasear, se volvió hacia mí y su rostro modeló una malvada sonrisa.

—No, estúpido cabrón —dijo—, toda la ciudad va a ir tras de ti y a colgarte por los talones por el asesinato del santo hombre. Con antorchas encendidas te sacarán de la cama y te partirán en pedacitos los órganos internos. A ti y a Friedlander Bey, a

ambos. Y está a punto de ocurrir.

Cerré los ojos y suspiré débilmente.

—Yo no he matado al imán, Hajjar.

Se sentó detrás de su escritorio.

—Mirémoslo científicamente. Tú tenías una cita con el imán a las dos en punto. El secretario dice que entraste a verlo al cabo de un cuarto de hora. Estuviste en la oficina de Abd ar—Razzaq poco más de quince minutos. No hubo más citas hasta las tres y media. Cuando el secretario entró a ver al imán a las tres treinta, el doctor Sadiq Abd ar—Razzaq estaba muerto.

—En toda una hora cualquiera pudo haber matado a ese hijo de puta —dije con serenidad.

Hajjar sacudió la cabeza.

—Es un caso cerrado —dijo—. No vivirás lo bastante para descubrir nada de Khalid Maxwell.

Empezaba a estar molesto. No asustado ni preocupado..., sencillamente molesto.

—¿Le preguntaste al secretario si abandonó su despacho durante esa hora? ¿Le preguntaste si vio a alguien más en ese tiempo?

Hajjar sacudió la cabeza.

—No es necesario —dijo—, caso cerrado.

Me levanté.

—Quieres decir que ahora tengo que demostrar que soy inocente de dos asesinatos.

—Y a toda leche. No difundiremos la noticia de la muerte del imán hasta mañana por la mañana, porque el emir quiere que estemos preparados para reprimir las algaradas y las manifestaciones. Se producirán terribles algaradas y manifestaciones, sabes. Y mi predicción es que tú las presenciarás desde primera fila, desde el interior de una jaula de hierro. Si Friedlander Bey desea limpiar su nombre en lo de Maxwell tendrá que hacerlo sin ti. Estarás fiambre en unos días, a no ser que abandones la ciudad. Y créeme, te costará mucho hacerlo porque te vigilamos a cada minuto.

—Lo sé. El tipo gordo y negro.

Hajjar parecía humillado.

—Bueno, no es uno de mis mejores hombres.

Me dirigí a la puerta. Estas visitas a Hajjar nunca resultaban gratificantes.

—Ya nos veremos —dije por encima del hombro.

—No me gustaría estar en tu pellejo. He esperado mucho tiempo esto, Audran. ¿Adónde vas ahora?

Me di la vuelta para mirarlo.

—Oh, pensaba dejarme caer por la oficina del forense del Budayén. Tengo permiso del imán para la exhumación del cadáver de Khalid Maxwell.

Se puso rojo y encendido como un globo.

—¿Qué? —gritó—. ¡No harás tal cosa! ¡No en mi jurisdicción! ¡No lo permitiré! Sonreí.

—La vida es dura, teniente —dije mostrándole el visto bueno oficial que me había dado Abd ar—Razzaq. No confiaba en Hajjar lo bastante para dejárselo tocar—. Esto es todo lo que necesito. Si todo se pone peor aún, puedo hacer que el caíd Mahali te reprima.

—¿Maxwell? ¿Exhumado? ¿Para qué demonios? —gritó Hajjar.

—Dicen que la víctima lleva impresa una imagen del rostro de su asesino en la retina, incluso después de muerto. ¿No lo habías oído antes? Quizás descubra quién asesinó al patrullero. Inshallah.

Hajjar dio un puñetazo en la mesa.

—¡Eso es mera superstición!

Me encogí de hombros.

—No sé. Vale la pena probar. Nos vemos.

Me largué de la oficina del teniente y lo dejé echando humo por las orejas de rabia.

Subí al coche y Kmuzu se giró para mirarme.

—¿Estás bien, yaa Sidi? —me preguntó.

—Más problemas —gruñí—. Hay una oficina del Banco de las Dunas al doblar una esquina del Boulevard, a unas diez manzanas. Necesito ver a alguien allí.

—Sí, yaa Sidi.

Mientras nos abríamos paso a través del tráfico congestionado, me pregunté si de verdad podría Hajjar cargarme con la muerte del imán. Después de todo, había tenido ocasión, así como una especie de móvil. ¿Era bastante para constituir un caso legal? ¿Sólo por el hecho de que probablemente había sido la última persona, excepto el asesino, en ver con vida al doctor Sadiq Abd ar—Razzaq.

Mi siguiente pensamiento fue grave. Hajjar no necesitaba construir un sólido caso legal. A partir de mañana habrían doscientos mil afligidos musulmanes lamentando el brutal asesinato de su líder religioso. Todo lo que tenía que hacer era susurrar a bastantes oídos que yo era el responsable, y yo pagaría por el crimen sin ni siquiera presentarme ante un juez islámico. Y ni siquiera me darían la oportunidad de hablar en mi defensa.

Dejé de preocuparme por la lluvia. Con las últimas jugadas de Hajjar incluso dejé de preocuparme por los dos mil cuatrocientos kiams. Entré en el banco y miré a mi alrededor. Sonaba una música suave y en el aire fluía una tibia fragancia de rosas. El vestíbulo del banco era de cristal y acero. A la derecha había una fila de cajeros humanos y luego una fila de cajeros automáticos. Enfrente de ellos estaban los despachos de algunos funcionarios del banco. Fui a la recepcionista y esperé a que

notara mi presencia.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo en un aburrido tono de voz.

—Hace un rato me ha llamado el señor Kirk Awdan...

—El señor Awdan está con un cliente en este momento. Tome asiento y enseguida le atenderá.

—Aja.

Me dejé caer en un sofá y descansé la barbilla sobre mi pecho. Volví a desear la caja de píldoras o la ristra de moddies. Habría sido bueno escapar a la personalidad de otro unos instantes.

Por fin el cliente que estaba con Adwan se fue, y yo me levanté y atravesé la alfombra. Adwan estaba ocupado firmando papeles.

—Enseguida estoy con usted —dijo—. Tome asiento.

Me senté. Sólo deseaba sacarme de encima ese estúpido asunto.

Adwan terminó su trabajo, levantó la vista, inspeccionó mi rostro una décima de segundo y luego me deslumbró con su sonrisa oficial, diciendo con voz encantadora:

—¿En qué puedo servirle?

—Me ha llamado antes. Me llamo Marîd Audran. Una confusión sobre un talón de dos mil cuatrocientos kiams.

La sonrisa de Adwan se desvaneció.

—Sí, ya recuerdo —dijo. Su voz se volvió muy fría. Me temo que yo no le gustaba al señor Adwan—. El señor Farouk Hussein ha informado del robo del talón de caja. Cuando llegó al banco, sólo estaba su nombre delante y el suyo en el reverso.

—Yo no robé el cheque, señor Adwan. Yo no lo ingresé.

Él asintió.

—Claro señor, si usted lo dice. Sin embargo, como ya le he dicho por teléfono, si no puede restituir el dinero, tendremos que canalizar este asunto por la vía legal. Me temo que en la ciudad este tipo de robos se castigan severamente. Muy severamente.

—Tengo la intención de restituir el dinero —dije.

Metí la mano en mi americana y saqué la cartera. Llevaba cinco mil kiams encima. Conté dos mil cuatrocientos y dejé el dinero en el despacho.

Adwan lo cogió, lo contó y se excusó. Se levantó y entró en una puerta con un letrero que decía: Prohibida la entrada.

Esperé. Me pregunté qué sucedería ahora. ¿Regresaría Adwan con una tropa de guardias del banco armados? ¿Me rompería mis tarjetas de crédito? ¿Convocaría a los demás empleados del banco en un coro de denuncia pública? Me importaba un carajo.

Cuando Adwan regresó a su escritorio se sentó y cruzó las manos delante de mí.

—Nos alegra que se haya ocupado de este asunto con tanta presteza.

Hubo un momento de silencio horrible.



—Dígame ¿cómo sé que era un cheque robado? Quiero decir, usted me ha llamado, me ha dicho que se trataba de un cheque robado, he venido, le he dado dos mil cuatrocientos kiams, usted se ha levantado, ha desaparecido y cuando ha regresado el dinero ha volado. ¿Cómo sé que no lo ha depositado en su propia cuenta?

Me miró unos segundos. Luego abrió un cajón del escritorio, sacó un cuadernillo delgado de una carpeta y lo miró. Me miró a los ojos y murmuró un número a su teléfono.

—Tenga —dijo—. Hable usted mismo con Hussein.

Esperé a que el hombre respondiera.

—¿Hola?

—Hola, ¿quién es?

—Me llamo..., bueno, no importa. Estoy aquí sentado en una oficina del Banco de las Dunas. Un cheque con su nombre ha llegado a mi poder.

—Usted lo robó —dijo Hussein bruscamente.

—Yo no lo robé. Uno de mis socios intentaba hacer un favor a un amigo y me pidió que endosara el cheque y lo respaldara.

—Ni siquiera sabe mentir, señor.

Volvía a estar irritado.

—Oye, colega —dije en voz paciente—. El nombre de ese amigo es Fuad. Me dijo que deseaba comprarte un camión, pero tú se lo vendiste a...

—¿Fuad? —dijo Hussein con suspicacia.

Luego describió a Fuad il—Manhous desde su grasiento pelo hasta los gastados zapatos.

—¿De qué lo conoce? —pregunté atónito.

—Es mi cuñado —dijo Hussein—. A veces se queda conmigo y con su hermana. Debí dejar ese cheque por ahí y Fuad pensó que podía sacar algo. Le romperé sus jodidos brazos a ese enclenque bastardo.

—Uf —dije, aún sorprendido de que Fuad pudiera inventar una historia tan verosímil; era mejor timador de lo que le creía capaz.

—Me parece que ha intentado engañarnos a los dos.

—Bueno, ya tengo otra vez el dinero en el banco. ¿Respaldó usted el cheque?

Sabía lo que me aguardaba.

—Sí—dije.

Hussein se rió.

—Entonces buena suerte si pretende que Fuad le devuelva el dinero. Nunca tiene dos kiams juntos. Si se ha pateado dos mil cuatrocientos kiams, ya puede reclamárselos al maestro armero. Probablemente ya habrá salido de la ciudad.

—Sí, tiene razón. Me alegro de que todo se haya aclarado.

Colgué el teléfono. Más tarde, cuando resolviera mis principales problemas, Fuad tendría que pagar.

Aunque en cierto sentido, casi lo admiraba por haber ideado todo eso. Empleó mis propios prejuicios contra mí, contra mí y contra Jacques. Confiamos en él porque lo creímos demasiado estúpido como para hacer una jugada. Hacía unas semanas me habían estafado unos timadores beduinos y ahora Fuad. Aún tenía muchas cosas por las que sentirme humilde.

—¿Señor? —dijo Adwan.

Le devolví su teléfono.

—Muy bien, ahora lo comprendo —le dije—. El señor Hussein y yo tenemos un amigo común que ha intentado jugar a dos bandas.

—Sí señor. El banco sólo se preocupa de que sea reembolsado.

Me levanté.

—Que le jodan, al banco —dije.

Acariciaba la idea de sacar todo mi dinero del Banco de las Dunas. Pero era demasiado ventajoso. Me habría gustado sacudir a ese baboso de Kirk Adwan, sólo una vez.

Había sido un día muy largo y no había dormido mucho en el apartamento de Yasmin. Empezaba a derrumbarme. Mientras entraba en el coche, me dije a mí mismo que haría una visita más y luego me sentaría al final de la barra de mi club y miraría contonearse a criaturas desnudas de formas femeninas al son de la música.

—¿A casa, yaa Sidi? —preguntó Kmuzu.

—No hay descanso para los malvados, amigo —dije recostando la cabeza y haciéndome masaje en las sienes—. Llévame otra vez a la puerta este del Budayén. Necesito hablar con el forense y después iré a sentarme al Chiriga unas horas. Necesito relajarme un poco.

—Sí, yaa Sidi.

—Si quieres puedes venir conmigo. Ya sabes que Chiri se alegrará de verte.

Vi como Kmuzu entornaba los ojos a través del retrovisor.

—Te esperaré en el coche —dijo con firmeza.

En realidad no le gustaba que Chiri le prestara tanta atención. O quizás le gustaba, y eso era lo que le molestaba.

—Estaré unas cuantas horas. De hecho, seguramente me quede hasta el cierre.

—Entonces iré a casa. Puedes llamarme cuando desees.

En sólo unos minutos llegamos al Budayén por el Boulevard. Bajé del coche, me incliné y dije adiós a Kmuzu. Caminé bajo la cálida llovizna y observé cómo se alejaba el sedán color crema. Para ser sincero, tenía muy poca prisa por ver al examinador médico. Tenía muy poca tolerancia a la palidez cadavérica.

Y palidez cadavérica fue justo lo que vi al entrar en la morgue, que estaba nada

más cruzar la puerta, en la esquina de la Primera y la Calle. En la ciudad funcionaban dos morgues, había otra que se ocupaba de la ciudad en general y estaba esta oficina que se encargaba del Budayén. El barrio amurallado generaba tantos cadáveres que merecía su propia franquicia de cadáveres. Lo único que nunca comprendí era por qué la morgue estaba en el extremo este del Budayén y el cementerio contra la muralla occidental. Pensaréis que sería más fácil que estuvieran juntos.

En el pasado había estado en la morgue unas cuantas veces. Mis amigos y yo la llamábamos la cámara de los horrores, porque superaba cualquier idea que uno pudiera hacerse, por horrible que ésta fuera. Era tenebrosa y tenía muy mala ventilación. El aire era caliente y pegajoso y olía a restos humanos, cuerpos muertos y formol. La oficina del forense tenía doce grandes cajones en donde almacenaban los cadáveres, pero cada día la muerte natural, el infortunio y una anticuada mutilación criminal aportaban esa cantidad de cuerpos antes del mediodía. Los últimos esperaban en el suelo, apilados sobre las baldosas rotas y mugrientas.

El forense y dos ayudantes intentaban paliar ese constante y tétrico tráfico. La limpieza era el mayor problema, pero ninguno de los tres empleados disponía de tiempo para fregar el suelo. Alguna vez el teniente Hajjar había enviado a presidiarios de la cárcel a trabajar a la morgue, pero no era una tarea agradable. Como los constructores de los archivadores de cadáveres habían olvidado incluir desagües, debían ser limpiadas a mano cada pocos días. Los archivadores eran nidos fabulosos de diversas variedades de gérmenes y bacterias. Los infortunados prisioneros solían regresar a la cárcel como mínimo con tuberculosis o meningitis, enfermedades que en cualquier otro lugar eran notablemente evitables.

Uno de los ayudantes se acercó a mí con una mirada desolada en el rostro.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó—. ¿Busca un cadáver?

Por instinto retrocedí ante él. Temí que me tocara.

—Tengo permiso del imán de la mezquita de Shimaal para proceder a la exhumación de un cuerpo. Fue una víctima de asesinato y nunca le practicaron la autopsia.

—Exhumación, aja —dijo el ayudante, indicándome que le siguiera.

Pasé por la habitación embaldosada. Había un cuerpo desnudo tieso en una de las dos mesas metálicas de autopsias. Estaba iluminada por una sucia y destartalada luz de techo y una hilera de fluorescentes parpadeantes.

El formol me escocía en los ojos y me picaba la nariz. Estuve agradecido cuando vi que el ayudante me guiaba hacia una sólida puerta de madera en el extremo opuesto de la sala de autopsias.

—Pase por aquí —dijo—. El doctor le verá en unos minutos, está comiendo.

Me acomodé en la pequeña oficina. Estaba llena de ficheros. Había una mesa de despacho donde se elevaban pilas de carpetas, archivos, libros, disquetes de

ordenador y quién sabe qué más. Enfrente de él había una silla rodeada por más montones de papeles, libros y cajas. Me senté en la silla. No había espacio para moverse. Me sentía atrapado en esa sombría madriguera, pero al menos era mejor que la sala de afuera.

Al cabo de un rato entró el forense. Me miró una vez por encima de sus gafas de montura gruesa. Los ojos nuevos son muy baratos y fáciles de conseguir —hay dos buenas tiendas de ojos en el mismo Budayén—, por eso ya no se ven muchas personas con gafas.

—Soy el doctor Besharati. ¿Está aquí por una exhumación?

—Sí, señor.

Se sentó y apenas lo podía ver por encima del desorden de su escritorio. Cogió una trompeta del suelo y se recostó hacia atrás.

—Tendré que aclararlo con la oficina del teniente Hajjar —me dijo.

—Ya he ido a verlo. El imán Abd ar—Razzaq me ha dado permiso para que se realice este examen póstumo.

—Entonces, llamaré al imán —dijo el forense.

Arrancó algunas notas a su trompeta.

—El imán está muerto —dije en una voz neutra—. Pero puede llamar a su secretario.

—¿Cómo dice? —se sorprendió el doctor Besharati.

—Lo asesinaron esta tarde. Después de que yo saliera de su oficina.

—¡Que las bendiciones de Alá y la paz sean con él! —dijo. Luego murmuró un rato. Supongo que estaba rezando—. Esto es horroroso. Es algo terrible. ¿Han capturado al asesino?

Sacudí la cabeza.

—No, aún no.

—Espero que lo despedacen —dijo el doctor Besharati.

—Volviendo a la autopsia de Khalid Maxwell... —le di la orden escrita del difunto doctor Sadiq Abd ar—Razzaq.

Volvió a dejar la trompeta en el suelo y examinó el documento.

—Sí, por supuesto. ¿Cuál es el motivo de su petición?

Le relaté toda la historia. Me miró con expresión de sorpresa durante casi todo el relato, pero la mención de Friedlander Bey lo sacó de su asombro. Papa suele causar ese efecto mágico en la gente.

Por fin, el doctor Besharati se levantó y me estrechó la mano por encima de su escritorio.

—Por favor, dele saludos a Friedlander Bey —dijo nervioso—. Supervisaré la exhumación yo mismo. Se realizará hoy, inshallah. En cuanto a la autopsia, será practicada mañana a las siete en punto. Me gusta acabar todo el trabajo que puedo

antes del calor de la tarde, ¿comprende?

—Sí, claro —dije.

—¿Desea estar presente? Durante la autopsia, me refiero.

Me mordí el labio y pensé.

—¿Cuánto tardará?

El forense se encogió de hombros.

—Un par de horas.

El carácter del doctor Besharati insinuaba que era alguien en quien Friedlander Bey y yo podíamos confiar. Sin embargo intenté probarlo.

—Entonces llegaré a las nueve y usted me informará. Si hay algo que crea que debo ver, podrá enseñármelo. De no ser así, no veo por qué voy a inmiscuirme en su trabajo.

Salió desde detrás de su escritorio y me cogió del brazo para guiarme hacia la Cámara de los Horrores.

—Supongo que no.

Me alejé de él hacia la habitación de espera exterior.

—Aprecio que pierda su tiempo por ayudarme —dije—. Gracias.

Hizo un gesto con la mano.

—No, no es nada. En el pasado Friedlander Bey me ha ayudado en más de una ocasión. ¿Tal vez mañana, después de la autopsia, me permita dar un pequeño paseo por sus dominios?

Me quedé mirándole.

—Bueno, ya veremos —dije por fin.

Se sacó un pañuelo y se sonó la nariz.

—Lo comprendo. Llevo veinte años aquí y lo odio tanto como la primera vez que lo vi. —Sacudió la cabeza.

Cuando salí a la calle, respiré el aire fresco como si me estuviera ahogando. Ahora más que nunca necesitaba un par de copas.

Mientras caminaba por la Calle, oí agudos silbidos a mi alrededor. Sonreí. Mis ángeles de la guardia estaban trabajando. Era primera hora de la tarde y los clubs y los cafés empezaban a llenarse. Quedaban unos pocos turistas nerviosos, preguntándose si les quitarían la vida si se sentaban en algún lugar a tomar una cerveza. Seguramente lo descubrirían. A las malas.

Cuando llegué a Chiri ya había entrado el turno de noche. Me sentí mejor de inmediato. Kandy estaba en el escenario, bailando enérgicamente alguna canción de propaganda sikh. Era un estilo musical ante el que me entraban ganas de salir corriendo y desaparecer.

—Jambo, Señor Jefe —dijo Chiri, deslumbrándome con una sonrisa.

—¿Cómo estás, corazón? —dije.

Tomé asiento en la curva más distante de la barra. Chiri me preparó una Muerte Blanca y se acercó.

—¿Preparado para otra maravillosa, exótica y excitante noche en la Calle? —dijo plantando un posavasos de corcho y depositando en él mi bebida.

Fruncí el ceño.

—Nunca es maravillosa, nunca es exótica —dije—. Es la misma maldita y aburrida música y los mismos clientes anónimos.

Chiri asintió.

—El dinero siempre tiene el mismo aspecto, pero eso no me hace saltar de la cama.

Eché un vistazo al club. Mis tres colegas, Jacques, Saied Medio Hajj y Mahmoud estaban sentados a un mesa del rincón, jugando a cartas. Era raro, porque a Medio Hajj no le excitaba mirar a las bailarinas y Jacques era heterosexual militante y apenas podía hablar a las travestís y a las transexuales, y Mahmoud —por lo que yo sabía—no tenía predilecciones sexuales. Por eso pasaban la mayor parte del tiempo en el Café Solace o en el patio del local de Gargotier.

Me acerqué a darles la bienvenida a mi humilde establecimiento.

—¿Qué tal estáis? —dije, acercando una silla.

—Bastante bien —dijo Mahmoud.

—Dime —dijo Jacques estudiando sus cartas—, ¿qué era todo ese jaleo en el club de Frenchy con esa Theoni?

Me rasqué la cabeza.

—¿Te refieres a cuando se levantó y empezó a sollozar? Bueno, el cliente que se estaba trabajando le dio un regalo, ¿te acuerdas? Cuando salió del club ella abrió el paquete y resultó ser un álbum de un bebé. Montones de preciosas fotos de su bebida adorable y una especie de diario de los primeros meses de la niña. Resulta que el tipo era el padre de Theoni. Su mujer se escapó con ella cuando Theoni tenía sólo ocho meses. Desde entonces su padre ha gastado un montón de tiempo y dinero siguiendo la pista de la niña.

Medio Hajj movió la cabeza.

—Theoni debió sorprenderse.

—Sí —dije—. Le humilló que su padre la viera trabajar allí. Él le dio una propina de cien kiams y prometió volver pronto. Ahora sabe por qué se sintió tan incómodo cuando probó a excitarlo.

—Aquí estamos intentando jugar a cartas, magrebí —dijo Mahmoud. Era tan compasivo como una navaja de afeitar oxidada—. He oído que vas a exhumar el cadáver de ese policia.

Me sorprendió que ya hubiera corrido la voz.

—¿Qué os parece? —pregunté.

Mahmoud me miró con persistencia un par de segundos.

—No puede importarme menos —dijo por fin.

—¿A qué estáis jugando? —pregunté.

—Al bourré —dijo Saied—. Estamos enseñando a los cristianos.

—Ha sido una lección muy cara —dijo Jacques.

El bourré es un juego engañosamente tranquilo y sencillo. Nunca he jugado a otro juego de cartas en el que puedas perder tanto dinero en tan poco tiempo. Ni siquiera en el póquer americano.

Los observé un rato. Era evidente que ninguno de los tres pensaba nada sobre la exhumación. Me alegraba de ello.

—¿Nadie ha visto a Fuad?

Jacques me miró.

—Al menos hace un par de días que no lo veo. ¿Cuál es el problema?

—El cheque era robado.

—¡Ja! Y has pringado por él, ¿no es cierto? Lo siento, Marîd. No había modo de saberlo.

—Claro, Jacques —dije con voz sombría.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Saied.

Jacques les contó toda la historia, alargándose mucho, con diversas fórmulas retóricas, cambios de voces, exageraciones de la verdad y haciéndome parecer un completo y absoluto idiota. Por supuesto, él minimalizó su participación en el asunto.

Los tres rompieron a reír sin remedio.

—¿Dejaste que Fuad te timara? —saltó Mahmoud—. ¿Fuad? ¿Nunca lo superarás! ¡Se lo contaré a todo el mundo!

No dije una palabra. Sabía que oiría hablar de ello durante mucho tiempo, a no ser que cogiera a Fuad y le hiciera pagar su estúpido crimen. Ahora no podía hacer nada más que levantarme y volver a mi asiento en la barra. Mientras caminaba, Jacques dijo:

—Ya tienes una terminal de información aquí, Marîd, ¿lo has notado? Y me debes dinero por las otras que ya he vendido. Cien kiams cada una, dijiste.

—Ven con las órdenes de pedido firmadas —dije con frialdad.

Exprimí la rodaja de lima y bebí un poco de Muerte Blanca. Chiri se inclinó sobre la barra.

—¿Vas a exhumar a Khalid Maxwell?

—Puede que averigüe algo valioso.

Sacudió la cabeza.

—Pero triste. La familia ya ha sufrido mucho.

—Sí, es cierto —tragué un poco más de ginebra con bingara.

—¿Qué es eso de Fuad?

—No importa. Pero si le ves, avísame inmediatamente. Me debe algo de dinero, eso es todo.

Chiri asintió y volvió a la barra, a la que se había sentado un nuevo cliente. Miré como Kandy acababa su última canción.

Noté una mano sobre mi hombro. Me volví y vi a Yasmin y a Pualani.

—¿Qué tal te ha ido, querido? —dijo Yasmin.

—Muy bien.

No tenía ganas de explicarle nada.

Pualani sonrió.

—Yasmin dice que vosotros dos vais a casaros la semana que viene. ¡Felicidades!

—¿Qué? —dije sorprendido—. ¿Qué es eso de la semana que viene? No se lo he propuesto formalmente. Sólo hablé de la posibilidad. Antes tengo un montón de cosas en las que pensar. Tengo que ocuparme de un montón de problemas. Y luego tengo que hablar con Indihar y Friedlander Bey...

—Oops —dijo Pualani largándose.

—¿Esta mañana estabas mintiéndome? —preguntó Yasmin—. ¿Sólo intentabas salir de mi casa sin que te sacudiera como te mereces?

—¡No! —dije enfadado—. Sólo dije que quizás juntos no nos fuese tan mal. Aún no estoy preparado para fijar una fecha ni nada por el estilo.

Yasmin parecía herida.

—Bueno, mientras pendoneas por ahí y te aclaras, tengo lugares adonde ir y personas a quienes ver. ¿Me comprendes? Llámame cuando resuelvas tus, llamémosle, problemas.

Se largó, con la espalda muy tiesa, y se sentó junto al nuevo cliente. Le puso la mano en el regazo. Yo me tomé otra copa.

Estuve allí sentado un buen rato, bebiendo y charlando con Chiri y con Lily, la preciosa transexual que siempre andaba tirándome los tejos. A eso de las once sonó mi teléfono.

—¿Diga?

—¿Audran? Soy Kenneth, ¿me recuerdas?

—Ah, sí, la niña de los ojos de Abu Adil, ¿no es cierto? La queridita del caíd Reda. ¿Qué ocurre? ¿Vas a celebrar tu puesta de largo y quieres que vaya con algunos chicos?

—Te desprecio, Audran. Siempre te he despreciado.

Estaba convencido de que Kenneth me odiaba con una ferocidad irracional.

—¿Para qué me llamas?

—El viernes por la tarde, el Jaish desfilará y se manifestará contra el monstruoso asesinato del imán doctor Sadiq Abd ar—Razzaq. . El caíd Reda desea que asistas con el uniforme para dirigirte al Jaish en este momento histórico y también que te



reúnas con la unidad de la que estás al mando.

—¿Cómo te has enterado de lo de Abd ar—Razzaq? —le pregunté—. Hajjar dijo que no se lo contaría a nadie hasta mañana.

—El caíd Reda no es «nadie». Deberías saberlo.

—Sí, tienes razón.

Kenneth se detuvo.

—El caíd Reda también desea que te diga que se opone firmemente a la exhumación de Khalid Maxwell. Aún a riesgo de parecer amenazador, debo transmitirte los sentimientos del caíd Reda. Dice que si sigues con la autopsia te ganarás su odio eterno. No es algo para tomárselo a la ligera.

Me eché a reír.

—Escucha Kenny, ¿acaso no somos ya encarnizados rivales? ¿Acaso no nos odiamos ya? ¿Acaso Friedlander Bey y Abu Adil no están ya a la greña? ¿Qué puede significar una pequeña autopsia entre enemigos acérrimos?

—Muy bien, estúpido hijo de puta —dijo Kenneth tajante—. Yo ya he cumplido transmitiéndote sus mensajes. El viernes uniformado en el Boulevard il—Jameel, fuera de la mezquita Shimaal. Será mejor que aparezcas.

Luego se cortó la comunicación y guardé el teléfono en mi cinturón.

Eso constituía la segunda vuelta al campamento. Miré a Chiri y levanté el vaso para que me lo rellenara. La larga noche rugía.

Dormí unas buenas cuatro horas esa noche. Después del corto descanso de la noche anterior estaba agotado y exhausto. Cuando el daddy despertador me desveló a las siete y media, saqué los pies de la cama y los puse sobre la alfombra. Metí la cara entre mis manos y respiré hondo un par de veces. No deseaba levantarme ni tenía ganas de combatir contra las fuerzas que se confabulaban en mi contra. Miré el reloj. Disponía de una hora, antes de que Kmuzu me llevara al Budayén a la cita con el forense. Si me duchaba, vestía y desayunaba en cinco minutos, podía volver a dormirme hasta las ocho y media.

Gruñí unas cuantas maldiciones y me levanté. Me crujó la espalda. Creo que nunca antes la había oído crujir. Quizás me estaba volviendo demasiado viejo para trasnochar, beber y pelear. Fue un pensamiento desolador.

Me tambaleé vagamente hasta el baño y abrí el grifo de la ducha. Cinco minutos más tarde me percaté de que estaba contemplando directamente el chorro caliente con los ojos abiertos. Me había dormido de pie. Cogí el jabón y me enjaboné el cuerpo, luego giré despacio y dejé que el agua punzante me enjuagara. Me sequé y me vestí una gallebeya limpia y blanca, y una túnica púrpura por encima. En cuanto al desayuno, debía tomar una decisión. Después de todo, iba a la Cámara de los Horrores. Tal vez la comida pudiera esperar hasta más tarde.

Kmuzu me miró con su expresión neutra, la que se supone que no expresa emoción alguna, pero en realidad es transparentemente desfavorable.

—Anoche volviste a llegar completamente borracho, yaa Sidi —dijo, mientras depositaba un plato de huevos y pastelillos de cordero frito ante mí.

—Te debes confundir de persona, Kmuzu —dije.

Miré la comida y sentí una oleada de náuseas. Cordero no, ahora no.

Kmuzu se sentó junto a mi silla y cruzó sus musculosos brazos.

—¿Te enfadarías si te hiciera una observación? —me preguntó.

Nada de lo que yo pudiera decir lo detendría.

—No. Por favor, haz tu observación.

—Últimamente has descuidado tus obligaciones religiosas, yaa Sidi.

Me volví y le miré a su linda y negra cara.

—¿Y a ti qué cono te importa? Ni siquiera practicamos la misma fe, como siempre me recuerdas.

—Ninguna religión es mejor que otra.

Me eché a reír.

—No estoy seguro. Podría nombrarte algunas que...

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Es que tu propia estima ha caído tan bajo que no te sientes digno de rezar? Eso es una falacia y tú lo sabes, yaa Sidi.

Me levanté y murmuré:

—No es de tu incumbencia.

Regresé al dormitorio a buscar mi ristra de moddies y daddies. No probé bocado del desayuno.

Los moddies neurológicos no estaban en el dormitorio, así que fui al salón. Tampoco estaban allí. Al fin los descubrí, ocultos tras una toalla en el escritorio de mi estudio. Busqué entre los cuadraditos de plástico. Con el tiempo había reunido una envidiable colección. Sin embargo deseaba los especiales, unos que tenía desde que me operé el cerebro. Eran daddies que se adaptaban a mi segundo implante, los daddies que inhibían las señales corporales desagradables. Era el software que me había salvado la vida en el Rub al—Khali.

Me los conecté y disfruté de la diferencia. Ya no tenía ni sueño, ni hambre. Un daddy se ocupó de mi creciente ansiedad.

—Muy bien, Kmuzu —dije con voz cariñosa—. En marcha. Hoy tengo un montón de cosas que hacer.

—Muy bien, yaa Sidi, ¿qué hago con toda esta comida?

Me encogí de hombros.

—Hay gente que se muere de hambre en Eritrea. Envíasela a ellos.

Por lo general Kmuzu no apreciaba ese tipo de humor, así que me aseguré de que llevaba mis llaves y salí al pasillo. No lo esperé, sabía que enseguida me alcanzaría. Bajé las escaleras y esperé a que pusiera en marcha el coche y lo llevara a la puerta principal. Durante el trayecto al Budayén no cruzamos palabra.

Me dejó en la puerta este. Una vez más tenía un montón de planes en los que no cabía Kmuzu, así que lo envié a casa. Le dije que le llamaría cuando lo necesitara. A veces es fantástico tener un esclavo.

Al llegar a la morgue recibí una desagradable sorpresa. El doctor Besharati ni siquiera había tocado el cadáver de Khalid Maxwell. Cuando entré, levantó la vista hacia mí.

—Señor Audran —dijo—. Perdóneme, llevo un poco de retraso esta mañana. Hemos tenido mucho trabajo anoche y a primera hora de la mañana. Algo raro en esta época del año. Normalmente tenemos más asesinatos durante los meses cálidos.

—Aja.

No llevaba ni dos minutos allí y el formol ya me estaba irritando los ojos y la nariz. Los daddies inhibidores no me ayudaban en esto.

Miré como los dos ayudantes del forense iban hacia uno de los doce «archivadores» y sacaban el cuerpo de Khalid Maxwell. Lo dejaron con pocos miramientos sobre una de las dos mesas de trabajo. La otra ya estaba ocupada por un cadáver en avanzado estado de desguace.

El doctor Besharati se quitó unos guantes de goma y se puso otros.

—¿Ha visto alguna vez una autopsia? —preguntó.

Parecía estar de muy buen humor.

—No, señor —dije.

—Puede salir fuera si se marea. —Cogió una larga manguera negra y abrió un grifo—. Va a ser un caso especial —dijo y empezó a derramar agua por encima de Maxwell—. Lleva varias semanas bajo tierra, de modo que no nos dará tanta información como un cadáver reciente.

La fetidez del cuerpo era espantosa y el agua de la manguera no contribuyó a mejorarlo. Me asfixiaba. Uno de los ayudantes me miró y se rió.

—Cree que es malo ahora —dijo—. Espere a que lo abramos.

El doctor Besharati lo ignoró.

—El informe oficial de la policía dice que la muerte se produjo como resultado de unos disparos a corta distancia realizados por una pistola estática de calibre mediano. Si hubiera estado a más distancia sus nervios y sus músculos habrían dejado de funcionar unos momentos y se habría desplomado indefenso. En apariencia le dispararon a quemarropa en el pecho. Eso casi siempre produce un ataque cardíaco.

Mientras hablaba había elegido un gran bisturí.

—Bismillah —murmuró y realizó una incisión en forma de «y» desde la articulación de los hombros hasta el esternón y luego hacia abajo hasta la ingle.

Aparté la vista cuando los ayudantes levantaron la capa de piel y músculos y la separaron del esqueleto. Luego oí como abrían la caja torácica con algún instrumento grande. Después de levantar la caja torácica, la cavidad pectoral parecía una ilustración de un libro de biología elemental. No era tan terrible. Sin embargo tenían razón: la hediondez era casi insoportable. Y no tenía pinta de mejorar.

El doctor Besharati utilizó la manguera para lavar un poco más el cadáver. Me miró.

—El informe de la policía también dice que fue su dedo el que apretó el gatillo de esa pistola estática.

Sacudí enérgicamente la cabeza.

—Ni siquiera...

Levantó una mano.

—No tengo nada que ver con la coacción legal ni con el castigo —dijo—. Su culpabilidad o su inocencia no se ha demostrado en un tribunal de justicia. No me he formado ninguna opinión al respecto. Pero me parece que si fuera culpable no estaría tan ansioso por el resultado de esta autopsia.

Lo pensé un momento.

—¿Es probable que encontremos alguna información útil?

—Bueno, como le dije, no tanta como la que habríamos obtenido si no se hubiera pasado todo ese tiempo en una caja bajo tierra. Su sangre está putrefacta, pegajosa y

negra y casi inservible para lo que interesa a la medicina forense. Pero en cierto sentido ha tenido suerte de que fuera pobre. Su familia no lo ha embalsamado. Quizás pueda decirnos una o dos cosas sobre lo sucedido.

Volvió a centrar su atención en la mesa. Un ayudante empezaba a sacar los órganos internos, uno a uno, fuera de la cavidad corporal. Los ojos mustios de Khalid Maxwell me miraban; su pelo estaba cerdoso y parecía de paja, sin lustre ni elasticidad. Su piel se había secado en el ataúd. Creo que tendría unos treinta y pocos años cuando fue asesinado; ahora tenía la cara de un viejo de ochenta años. Experimenté la extraña sensación de estar flotando, como si todo eso fuera un sueño.

El otro ayudante bostezó y me miró.

—¿Le apetece oír algo de música? —dijo.

Alargó la mano a su espalda y puso en marcha una holocadena barata. Empezó a sonar la misma maldita canción de propaganda Sikh que Kandy bailaba cada vez que subía al escenario.

—No, por favor, gracias —dije.

El ayudante se encogió de hombros y apagó la música.

El otro ayudante separó de un tijeretazo un órgano interno flácido, lo midió, lo pesó y esperó a que el doctor Besharati cortara un pedacito, que metieron en un frasco y lo sellaron. El resto de la víscera fue descartada en un montón sobre la mesa, junto al cadáver.

El forense prestó mucha atención al corazón.

—Tengo la teoría —dijo en tono conversacional— de que una carga de pistola estática crea cierto dibujo característico de desgarró en el corazón. Algún día, cuando esta teoría esté generalmente aceptada, podremos identificar la pistola estática del crimen, al igual que los laboratorios de balística identifican las balas disparadas por la misma pistola de proyectiles.

En aquel momento cortaba el corazón en pequeñas rebanadas, para examinarlo concienzudamente más tarde.

Enarqué las cejas.

—¿Qué descubriría en ese tejido del corazón?

El doctor Besharati no levantó la vista.

—Un dibujo especial de células explotadas y no explotadas. Estoy seguro de que cada pistola estática deja su propia y peculiar firma.

—¿Pero aún no se acepta como prueba?

—Aún no, pero algún día, espero que pronto. Eso hará mi trabajo..., el de la policía y el de los abogados... mucho más fácil.

El doctor Besharati se estiró y movió los hombros.

—Me duele la espalda —dijo, frunciendo el ceño—. Muy bien, estoy listo para proceder con el cráneo.

Un ayudante practicó una incisión de oreja a oreja a lo largo de la base del cráneo, justo por debajo de la línea del pelo. Luego el otro ayudante tiró grotescamente del cuero cabelludo de Maxwell hacia adelante hasta que cayó sobre la cara del cadáver. El forense seleccionó una pequeña sierra eléctrica; al ponerla en marcha la habitación se llenó de un fuerte zumbido que me dio dentera. Empeoré cuando empezó a cortar en círculo la parte superior del cráneo.

El doctor Besharati apagó la sierra y levantó la tapa de hueso, que inspeccionó de cerca en busca de fracturas u otras señales de juego sucio. Examinó el cerebro, primero en su lugar, luego cuidadosamente depositado sobre la mesa. Cortó el cerebro en pedacitos, como había hecho con el corazón, y puso uno en otro frasco.

Unos momentos más tarde me percaté de que la autopsia había finalizado. Miré mi reloj, habían pasado volando noventa minutos, cautivado por una especie de macabra fascinación. El doctor Besharati cogió sus muestras y salió de la cámara de los horrores por una puerta en forma de arco.

Miré como los ayudantes limpiaban. Cogían una bolsa de plástico y metían en ella todos los órganos diseccionados, incluido el cerebro. Cerraban la bolsa con un cordel, lo metían todo en la cavidad pectoral de Maxwell, colocaban la caja torácica en su lugar y empezaban a coserlo con unas puntadas largas y descuidadas. Colocaron la tapa del cráneo en su lugar, volvieron a poner el cuero cabelludo de Maxwell en su sitio y lo cosieron por la base del cráneo.

Resultaba una manera mecánica y despiadada de que un buen hombre concluyera su existencia. Claro que era mecánica y despiadada; a los tres empleados de la oficina del forense les aguardaban veinte autopsias o más antes de la hora de cenar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó uno de los asistentes con una sonrisa turbia en el rostro—. ¿No tiene ganas de vomitar?

—Estoy bien. ¿Qué le sucederá a él? —dije señalando el cuerpo de Maxwell.

—Volverá a la caja, volverá a la tierra antes de las plegarias del mediodía. No se preocupe por él. Ya no siente nada.

—Que las bendiciones de Alá y la paz sean con él —dije, y sentí otro escalofrío.

—Sí —dijo el ayudante—, lo que usted diga.

—¿Señor Audran? —me llamó el doctor Besharati. Di media vuelta y lo vi de pie en el pasillo—. Venga y le mostraré a qué me refería.

Le seguí hasta un taller de altos techos. La iluminación era algo mejor, pero el aire era aún peor, si cabe. Las paredes de la habitación estaban completamente recubiertas de estanterías desde el suelo hasta el techo. Cada estantería contenía un par de miles de tubos de plásticos, que ocupaban hasta el último milímetro de espacio. El doctor Besharati encontró lo que andaba buscando.

—Me gustaría poder deshacerme de ellos —dijo con tristeza.

—¿Qué son?

—Muestras. La ley ordena que las conservemos al menos diez años. Como las muestras del corazón y el cerebro extraídas a Maxwell. Pero, como el formol es un peligro, la ciudad no nos permite quemarlas cuando ha expirado el plazo. Tampoco nos permite enterrarlas ni arrojarlas al desagüe, debido a la contaminación. Casi no tenemos espacio.

Miré en torno a la habitación abarrotada de estanterías.

—¿Qué van a hacer?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé. Quizás tengamos que alquilar un almacén refrigerado. Es cosa de la ciudad y la ciudad siempre me dice que no tiene dinero para limpiar mi oficina. Creo que olvidan que nosotros estamos aquí abajo.

—Lo comentaré con el emir la próxima vez que lo vea.

—¿Lo hará? —dijo esperanzado—. En cualquier caso, mire esto.

Me enseñó un viejo microscopio que probablemente era nuevo cuando el doctor Besharati soñó por primera vez en estudiar medicina.

Observé a través del binocular y vi unas células manchadas. Era todo lo que pude ver.

—¿Qué es lo que estoy mirando?

—Un trozo del tejido muscular de Khalid Maxwell. ¿Observa el dibujo del desgarro del que le hablaba?

Bueno, no tenía ni idea del aspecto que deberían tener las células, por lo tanto no podía juzgar cómo se habían alterado por el efecto del disparo de la pistola estática.

—Me temo que no —dije—. Me conformo con su palabra. Pero usted lo ve, ¿no? Si encuentra otra muestra con el mismo modelo, ¿testificaría que se ha empleado la misma pistola?

—Estaría dispuesto a testificar —dijo despacio—, pero como ya le he dicho, no tendría ningún valor en un juicio.

Le volví a mirar.

—Aquí tenemos algo —dije, pensativo—. Habrá algún modo de emplearlo.

—Bueno —dijo el doctor Besharati acompañándome fuera de la Cámara de los Horrores hasta la sala de espera—. Espero que encuentre el modo. Espero que limpie su nombre. Dedicaré especial atención a este trabajo y tendré los resultados a última hora de esta tarde. Si puedo hacer algo más, no dude en llamarme. Estoy aquí de doce a dieciséis horas al día, seis días a la semana.

Me volví para mirarle por encima del hombro.

—Me parece que pasa un horrible montón de tiempo en estas latitudes.

Se encogió de hombros.

—Ahora mismo tengo siete víctimas de asesinato para examinar, además de Khalid Maxwell. A pesar de todos estos años, no puedo evitar preguntarme quiénes

eran estas pobres almas, qué tipo de vida llevaban, qué terrible historia les hizo acabar sobre mis mesas. Para mí, señor Audran, todos son personas. Personas. No fiambres. Y merecen lo mejor que pueda hacer por ellas. Para algunos soy la única esperanza de que se haga justicia. Soy su última oportunidad.

—Tal vez aquí justo al final, su vidas adquieran cierto sentido. Quizás si usted ayuda a identificar a los asesinos, la ciudad pueda proteger a otros de ellos.

—Tal vez —dijo. Sacudió tristemente la cabeza—. En ocasiones la justicia es la cosa más importante del mundo.

Agradecí al doctor Besharati su ayuda y salí del edificio. Me daba la impresión de que adoraba su trabajo y al mismo tiempo odiaba las condiciones en las que se veía obligado a trabajar. Mientras salía del Budayén se me ocurrió que algún día podía acabar como Khalid Maxwell, con las tripas desperdigadas sobre una mesa de acero inoxidable, el corazón y el cerebro almacenados en rodajas en tubitos blancos de plástico. Me alegraba de seguir mi camino, aunque éste fuera hacia la comisaría de Hajjar.

No estaba lejos: atravesar la puerta este, seguir por el Boulevard il—Jameel, bajar unas cuantas manzanas hasta la esquina de Walid al—Akbar. Me vi obligado a detenerme inesperadamente. El gran coche negro de Papa estaba aparcado en la curva. Tariq esperaba de pie en la acera, como si estuviera esperándome. No tenía una expresión amable.

—A Friedlander Bey le gustaría hablar contigo, caíd Marîd —dijo.

Abrió la puerta trasera y me metí dentro. Esperaba que Papa estuviera en el coche, pero me encontré solo.

—¿Por qué no ha enviado a Kmuzu a buscarme, Tariq?

Mientras cerraba la puerta y daba la vuelta alrededor del coche, no hubo respuesta. Se puso al volante y empezamos a avanzar entre el tráfico. Pero, en lugar de conducir hacia la casa, Tariq me llevaba a la parte este de la ciudad, a través de barrios desconocidos.

—¿Adonde vamos? —pregunté.

No hubo respuesta.

Me recosté en el asiento, preguntándome que sucedería. Luego tuve una horrible y hostil sospecha. Ya había hecho ese recorrido una vez, hacía mucho tiempo. Mis sospechas aumentaron cuando giramos y nos adentramos en los pobres suburbios orientales. El daddy inhibitor hacía lo que podía para suprimirme el miedo, pero mis manos habían empezado a sudar.

Por fin, Tariq se desvió hacia un camino asfaltado detrás de un motel verde de cemento. Lo reconocí de inmediato. Reconocí el pequeño cartel escrito a mano que decía: MOTEL. NO HAY HABITACIONES. Tariq aparcó el coche y me abrió la puerta.



— Habitación diecinueve — dijo.

— Lo sé. Recuerdo el camino.

Una de las Rocas Parlantes estaba en el pasillo de la habitación 19. Me miró, sin ninguna expresión en el rostro. No podía mover al gigante, de modo que esperé a que decidiera qué iba a hacer conmigo. Por fin gruñó y se apartó, sólo lo suficiente para dejarme pasar.

Una vez dentro, la habitación parecía la misma. No la habían vuelto a decorar desde mi última visita, cuando Friedlander Bey se fijó por primera vez en mí, cuando por primera vez entré a formar parte de los intrincados planes del viejo. El mobiliario estaba gastado y raído: una cama de estilo europeo y un bureau, un par de sillas con rajaduras en la tapicería. Papa se sentó en una mesa de cartas plegable colocada en medio de la habitación. Junto a él estaba la otra Roca.

— Hijo mío — dijo Papa, con expresión sombría y sin amor en los ojos.

— Hamdilah as— salaama, yaa caíd — dije—. Alabado sea Dios por tu bienestar.

Miré de soslayo buscando un medio de escapar de la habitación. Pero no había ninguno.

— Allah yisalimak — respondió rudamente, deseándome las bendiciones de Alá en una voz tan vacía de afecto como una bala perdida.

Como sospechaba, las Rocas Parlantes me flanquearon. Las miré y luego miré a Papa.

— ¿Qué he hecho, oh caíd? — susurré.

Sentí las manos de las Rocas sobre mis hombros, retorciéndome, aplastándome. El daddy bloqueador del dolor evitó que gritara.

Papa se levantó desde detrás de la mesa.

— He pedido a Alá que cambiaras tus costumbres, hijo mío. Me has entristecido mucho.

La luz desapareció de sus ojos y eran como trozos de hielo sucio. No parecía en absoluto triste.

— ¿Qué quieres decir? — pregunté.

Sabía perfectamente a lo que se refería.

Las Rocas me apretujaron más fuerte los hombros. El de mi derecha — Habib o Labib, nunca sabré quién — me separó el brazo del costado. Puso la mano sobre mi hombro y empezó a retorcerme.

— Debería sufrir más — dijo Friedlander Bey pensativo—. Quitadle los chips de los implantes.

La otra Piedra hizo lo que le ordenaron y sí, empecé a sufrir más. Creí que me iban a arrancar el brazo. Solté un bramido gutural.

— ¿Ahora sabes por qué estás aquí, hijo mío? — dijo Papa, acercándose a mí.

Me puso una mano sobre la mejilla, que ahora estaba húmeda de lágrimas. La

Roca siguió retorciéndome el brazo.

—No, oh caíd —dije con voz ronca; apenas me salían las palabras.

—Drogas —dijo Papa con sencillez—. Has sido visto en público demasiadas veces bajo el influjo de las drogas. Ya sabes lo que pienso sobre eso. Has despreciado la sagrada palabra del profeta Mahoma, que las bendiciones de Alá y la paz sean con él. Él prohibió la embriaguez. Yo prohíbo la embriaguez.

—Sí —dije.

Era evidente que estaba más enfadado por la afrenta realizada contra él que contra nuestra bendita religión.

—Ya te había advertido antes. Ésta es la última. La última de todos los tiempos. Si no te enmiendas, hijo mío, darás otro paseo con Tariq. Pero él no te traerá hasta aquí. Te llevará lejos de la ciudad. Te llevará lejos, a las vastas soledades del desierto. Regresará a casa solo. Y esta vez no habrá esperanza de que regreses con vida. Tariq no será tan descuidado como el caíd Reda. Todo eso a pesar del hecho de que eres mi nieto. Tengo otros nietos.

—Sí, oh caíd —dije bajito. Me dolía mucho—. Por favor.

Fijó los ojos en las Rocas. Me soltaron al instante. Pero el dolor persistió. No desaparecería en un buen rato. Me levanté de la silla despacio, haciendo muecas de dolor.

—Espera un momento, hijo mío —dijo Friedlander Bey—. Aún no hemos terminado.

—Yallah —exclamé.

—Tariq —dijo Papa. El chófer entró en la habitación—. Dale el arma a mi nieto.

Tariq se acercó y me miró a los ojos. Entonces creí ver un atisbo de simpatía, donde antes no había ninguna. Sacó una pistola de agujas y la depositó en mi mano.

—¿Qué es esta arma, oh caíd? —pregunté.

Papa frunció el ceño.

—Es el arma que mató al imán doctor Sadiq Abd ar—Razzaq. Con ella podrás descubrir la identidad del asesino.

Contemplé la pistola de agujas como si fuera un artefacto ajeno a la tierra.

—¿Cómo...?

—No tengo más respuestas para ti.

Me puse en pie y miré directamente al viejo de pelo blanco.

—¿Cómo conseguiste esta pistola?

Papa hizo un gesto con la mano. Era evidente que yo no tenía por qué saber la respuesta a mi pregunta. Todo lo que tenía que hacer era descubrir a su propietario. Entonces supe que la entrevista había concluido. Friedlander Bey había llegado al límite de su paciencia conmigo, por el modo en que estaba llevando la investigación.

De repente me percaté de que podía estar mintiendo, la pistola de agujas podía no

haber sido el arma del crimen. Sin embargo, en la vasta y complicada telaraña de intrigas que le rodeaban a él, a mí y al caíd Reda, quizás eso fuera irrelevante. Quizás lo único importante era que el arma había sido designada como tal.

Tariq me ayudó a ir hasta el coche. Me acomodé despacio en el asiento trasero, con la pistola de agujas cerca del pecho. Justo antes de cerrar la puerta Tariq me dio los daddies inhibidores. Le miré, pero no se me ocurrió nada que decir. Me los conecté agradecido.

—¿Adonde te llevo, caíd Marîd? —dijo Tariq mientras se sentaba al volante y encendía el motor.

Tenía una corta lista donde elegir. Primero quería ir a casa, meterme en la cama y tomarme unas soneínas medicinales hasta que el brazo y los hombros dejaran de atormentarme. Sin embargo, sabía que Kmuzu no lo permitiría. Descartado eso, prefería ir a Chiri y tragarme unas cuantas Muertes Blancas. Mi reloj me dijo que el turno de día aún no habría llegado. En tercer lugar, pero ganadora por exclusión, estaba la comisaría. Tenía una importante pista que comprobar.

—Llévame a la calle Walid al—Akbar, Tariq —dije.

Asintió. Había un largo camino lleno de baches para regresar a los distritos más familiares de la ciudad. Me senté con la cabeza hacia atrás y los ojos entreabiertos, escuchando el triste ruido que hacían los inhibidores en mi cabeza. No sentí nada. Mi aflicción y mis sensaciones habían sido aplacadas electrónicamente. Podría haberme sumido en un sueño agitado e intranquilo. Ni siquiera pensaba en lo que hacía cuando me dirigía a mi destino.

Tariq interrumpió mi descanso.

—Ya hemos llegado —dijo.

Detuvo el coche, salió de él y me abrió la puerta. Yo bajé deprisa, con el inhibidor resultaba fácil.

—¿Te espero aquí, caíd Marîd?

—Sí —dije—. No tardaré. Oh, a propósito, ¿tienes algún papel y algo para escribir? No quiero entrar con esa pistola de agujas. Pero necesito escribir su número de serie.

Tariq buscó en sus bolsillos y sacó lo que necesitaba. Escribí el número en el dorso de cierta extraña tarjeta de negocios y la metí en el bolsillo de mi gallebeya. Luego corrí escalera arriba.

No deseaba toparme con el teniente Hajjar. Fui directo a la sala de ordenadores. Esta vez, la sargento de guardia se limitó a mover la cabeza. Supongo que me estaba convirtiendo en un elemento familiar. Me senté ante uno de los miserables y mugrientos ordenadores y lo accioné. Cuando el ordenador me preguntó qué deseaba, murmuré: registro de armas. Pasé varios menús de opciones y por fin el ordenador me preguntó el número de serie del arma en cuestión. Saqué la tarjeta de negocios y leí la

combinación alfanumérica.

El ordenador lo pensó unos segundos, luego la pantalla se llenó de información iluminadora. La pistola de agujas estaba registrada a nombre de mi colega el teniente Hajjar. Me senté y miré el ordenador. ¿Hajjar? ¿Por qué habría de matar Hajjar al imán?

Porque Hajjar era un policía a las órdenes del caíd Reda Abu Adil. Y el caíd Reda creía que también contaba con Abd ar—Razzaq. Pero el imán cometió un peligroso error, me permitió proceder a la exhumación de Khalid Maxwell, contrariando los más fervientes deseos de Abu Adil. En apariencia, a Abd ar—Razzaq le quedaba una pizca de integridad, una oxidada fidelidad a la verdad y a la justicia, y Abu Adil había ordenado su muerte por ello. El caíd Reda observaba impotente cómo su plan para librarse de Friedlander Bey y de mí se desintegraba lentamente. Ahora, para salvar el culo, debía asegurarse de no tener ninguna relación con la muerte de Khalid Maxwell.

En la pantalla del ordenador apareció más información. Descubrí que la pistola había sido robada, que estaba registrada a nombre de Hajjar hacía tres años. El archivo daba el domicilio de Hajjar, pero sabía que estaba desfasado desde hacía tiempo. Sin embargo, lo más interesante era que contenía la hoja de servicios completa de Hajjar, detallando cada desliz y cada falta leve que había cometido desde que llegó a la ciudad. Se citaba un extenso recital de todos los cargos que se habían presentado contra él, incluidos los de tráfico de drogas, chantaje y extorsión, por los cuales nunca fue condenado.

Sonreí porque Hajjar se había esmerado en borrar esta información de los archivos de personal y de la base de datos de información criminal de la ciudad. Se olvidó este archivo y quizás algún día me ayudaría a colgar a ese estúpido hijo de puta.

Acababa de limpiar la pantalla cuando una voz dijo con el acento jordano de Hajjar.

—¿Cuánto tiempo te queda hasta que el hombre del hacha se ocupe de ti, magrebí? ¿Estás al día?

Me di la vuelta en la silla giratoria y le sonreí.

—Todo está volviendo a su cauce. No creo que deba preocuparme por nada.

Hajjar se inclinó hacia mí y chasqueó la lengua.

—¿No? ¿Qué has hecho, falsificar una confesión firmada? ¿A quién vas a colgarle el mochuelo? ¿A tu mamá?

—Ya he obtenido todo lo que necesitaba de tu ordenador. Quiero darte las gracias por permitirme usarlo. Has sido un buen perdedor, Hajjar.

—¿De qué demonios estás hablando?

Me encogí de hombros.

—La autopsia de Maxwell me reveló un montón de cosas, pero no eran

determinantes.

El teniente gruñó.

—Intenté advertirte.

—De modo que vine aquí y empecé a husmear. Accedí a las bibliotecas de procedimiento policial y encontré un artículo muy interesante. Parece ser que hay una nueva técnica para identificar a las víctimas de pistolas estáticas.. ¿Sabías algo de eso?

—No. No puedes conseguir pistas de una pistola estática. No deja huellas. Ni balas, ni dardos, ni nada.

Supuse que un par de mentiras por una buena causa no harían daño a nadie.

—El artículo decía que cada pistola estática deja sus huellas particulares en las células del cuerpo de la víctima. ¿En serio que no lo has leído? No haces los deberes, Hajjar.

Su sonrisa desapareció, sustituida por una expresión de grave preocupación.

—¿Te lo estás inventando todo?

Me eché a reír.

—¿Qué iba a saber yo sobre ese asunto? ¿Cómo me lo iba a inventar? Te he dicho que lo acabo de leer en tu propia biblioteca.

Ahora tengo que ir a pedirle al caíd Mahali que me permita exhumar a Maxwell otra vez. El forense no buscó esas huellas de pistola estática. No creo que conozca siquiera su existencia.

Hajjar palideció. Me cogió de la tela de mi gallebeya por debajo de la garganta.

—Si haces eso —bramó—, todo buen musulmán de la ciudad te partirá en pedacitos. Te lo advierto. Deja en paz a Maxwell. Ya has tenido tu oportunidad. Si no tienes ya las pruebas, mala suerte.

Le cogí por la muñeca, se la retorció y me soltó.

—Olvídalo —dije—. Ponte al teléfono y dile a Abu Adil lo que te he contado. Estoy sólo a un paso de limpiar mi nombre y meter a alguien en el trullo.

Hajjar me golpeó en la cara.

—Has ido demasiado lejos, Audran —dijo. Parecía aterrorizado—. Vete de aquí y no vuelvas. No vuelvas hasta que estés dispuesto a confesar ambos crímenes.

Me levanté y le di un empujón.

—Sí, seguro, Hajjar.

Me sentía mejor que los últimos días, salí de la sala de ordenadores y bajé las escaleras donde Tariq me aguardaba.

Le dije que me llevara al Budayén. Tenía un montón de cosas que hacer esa mañana, pero era la hora de almorzar y pensé que me había ganado un poco de comida y de relajación. Nada más cruzar la puerta este, en la calle Primera frente a la morgue había un restaurante llamado Meloul. Meloul era un magrebí como yo, y

poseía otro restaurante no lejos de la comisaría. Era el favorito de los policías y le había ido tan bien que había abierto otro local en el Budayén, dirigido por su cuñado.

Me senté a una pequeña mesa cerca de la parte trasera del restaurante con la espalda hacia la cocina, así podía ver quién entraba por la puerta. El cuñado de Meloul se acercó sonriendo y me ofreció un menú. Era un hombre corpulento y bajo, con una nariz grande y ganchuda, piel oscura de beréber y una cabeza calva a excepción de unos flecos de pelo negro alrededor de cada oreja.

—Me llamo Suman. ¿Qué tal está usted? —me preguntó.

—Bien —dije—. Ya conozco el restaurante de Meloul. Me gusta mucho la comida.

—Me alegra oír eso —dijo Sliman—. Aquí hemos añadido algunos platos de todo el norte de África y Oriente Medio. Espero que le gusten.

Estudié un ratito el menú y pedí un cuenco de yogurt frío y sopa de pepino, seguido de una brocheta de pollo a la parrilla. Mientras esperaba, Suman me trajo un vaso de té de menta dulce.

La comida llegó enseguida, era abundante y buena. Comí despacio, saboreando cada bocado. Al mismo tiempo esperaba una llamada telefónica. Esperaba que Kenneth me dijera que si llevaba a cabo una segunda exhumación, el caíd Reda me condenaría a todos los tormentos del infierno.

Terminé la comida, pagué la cuenta, dejé a Sliman una generosa propina y salí al exterior. De inmediato oí a un muchacho silbar la canción infantil. Me estaban vigilando. Después de la comida y con los daddies inhibidores aún conectados, no me preocupó demasiado. Podía cuidar de mí mismo. Pensé que lo había demostrado una y otra vez. Empecé a caminar Calle arriba.

Un segundo chico empezó a silbar junto con el primero. Creí percibir cierta urgencia en su señal. Me detuve, repentinamente precavido y miré a mi alrededor. Por el rabillo del ojo noté una sombra en movimiento y cuando miré, vi a Hajjar corriendo hacia mí, tan deprisa como le permitían sus piernas.

Levantó la mano. Tenía una pistola estática. Disparó, pero no me alcanzó con precisión. Sin embargo, tuve un terrible momento de desorientación, una afluencia de calor a través de mi cuerpo y luego me derrumbé en la acera, contrayéndome y temblando espasmódicamente. No podía hacer que el cuerpo respondiera a mis deseos. No podía controlar mis músculos.

A mi lado uno de los chicos había caído al suelo. Estaba inmóvil.

Me quitaron los daddies inhibidores y me metieron en la cama y estuve casi veinticuatro horas inconsciente.

Al día siguiente, cuando empecé a recuperar mis desperdigados sentidos, aún estaba temblando y era incapaz de coger siquiera un vaso de agua. Kmuzu me cuidó constantemente, siempre sentado en una silla junto a mi lecho, y me informó de lo que había sucedido.

—¿Pudiste ver al que te disparó, yaa Sidi? —¿Al que me disparó? —dije sorprendido—. Fue Hajjar, quién si no. Lo vi tan claro como el día. ¿Acaso no lo vio nadie más?

Kmuzu enarcó las cejas.

—Nadie se presentaría a una identificación. Parece que sólo tenemos un testigo dispuesto a hablar, uno de los dos chicos que intentaban advertirte. Dio una descripción incompleta que carece por completo de valor para identificar al asesino.

—¿Asesino? Entonces el otro muchacho...

—Está muerto, yaa Sidi.

Asentí con gran tristeza. Dejé caer la cabeza sobre las almohadas y cerré los ojos. Eso me dio mucho que pensar. Me preguntaba si el chico asesinado era Ghazi. Esperaba que no fuera así.

Unos minutos más tarde, tuve otra idea.

—¿Ha llamado alguien preguntando por mí, Kmuzu? Llamadas especiales del caíd Reda o de su pipiolo, Kenneth.

Kmuzu sacudió la cabeza.

—Han llamado Chiriga y Yasmin. Tus amigos Saied y Jacques han venido a casa, pero no estabas en condiciones de recibir a nadie. El caíd Reda no ha llamado.

Eso era muy significativo... Había soltado a Hajjar la mentira de una segunda exhumación y éste había reaccionado violentamente, incluso salió corriendo tras de mí con una pistola estática, para evitar que prosiguiera la investigación. Supongo que creería que podía hacer que pareciera que me había dado un ataque al corazón allí mismo, en una acera del Budayén. El problema con Hajjar era que no era tan competente como él creía. No lo había conseguido.

Estoy seguro de que transmitió mis planes a su jefe, el caíd Reda, pero esta vez no hubo llamada de advertencia por parte de Kenneth. Quizás Abu Adil sabía que sólo estaba faroleando. Quizás creyó que no averiguaría nada útil examinando el cuerpo de Khalid Maxwell por segunda vez. Quizás estaba tan confiado que ni siquiera le importó.

Ésa era la tercera vuelta al campamento y esta vez sólo quedaba una persona interesada: Hajjar. En lo más hondo de mi corazón estaba convencido de que era

culpable de los dos crímenes. Había matado a Khalid Maxwell cumpliendo órdenes de Abu Adil y había intentado cargarme el muerto a mí. Había asesinado al doctor Sadiq Abd ar—Razzaq y había acabado con la vida de un muchacho inocente, probablemente sin querer. Lo malo era que, aun sabiendo la verdad, no tenía nada como para llevarlo ante un tribunal y pasárselo por las narices.

No podía ni sostener un libro, de modo que miré el holo toda la tarde. Retransmitían el funeral del imán asesinado, que había tenido lugar el día antes, después de permanecer de cuerpo presente durante veinticuatro horas. Hajjar tenía razón, hubo algaradas. Las calles alrededor de la mezquita Shimaal estuvieron abarrotadas de cientos de miles de personas, noche y día. Algunos de ellos perdieron la calma y se quedaron fuera de la mezquita cantando y acuchillándose sus propios brazos y cueros cabelludos con navajas. La multitud empujaba en una dirección y luego en otra, y murió un gran número de gente, ya fuera por asfixia o pisoteada.

Se pronunciaron constantes y estridentes gritos clamando por que el asesino fuera conducido ante la justicia. Esperé para ver si Hajjar había dado mi nombre a los chicos de la prensa, pero el teniente fue incapaz de cumplir su amenaza. Ni siquiera tenía un arma del crimen para implicar a un sospechoso. Todo lo que tenía era una prueba extremadamente débil y circunstancial. Estaba a salvo de él, al menos durante un tiempo.

Cuando me cansé de ver el reportaje, lo apagué y presencié la representación de una ópera de mediados del siglo XVI de la hégira, La ejecución de Rushdie. No contribuyó a levantarme los ánimos.

Me llegó la inspiración justo cuando Kmuzu me trajo una bandeja de cuscús vegetal y pollo, y se disponía a alimentarme.

—Creo que ya lo tengo —dije—. Kmuzu, ¿me harías el favor de pedir a información el número de la oficina del forense y sostenerme el teléfono en la oreja?

—No faltaba más, yaa Sidi.

Consiguió el número y lo pronunció en el aparato. Me aguantó el teléfono para que pudiera hablar.

—Marhaba —dijo una voz al otro extremo; era uno de los ayudantes.

—Que Dios sea contigo. Soy Marîd Audran, el que ordenó la autopsia de Khalid Maxwell hace un par de días.

—Sí, señor Audran. Como no pasó por aquí, le enviamos los resultados por correo. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí. —Mi corazón empezó a latir apresuradamente—. Tengo el pulso un poco afectado por una pistola estática en el Budayén...

—Sí, ya lo hemos oído. Un joven fue asesinado en el mismo ataque.

—Exacto. De eso quería hablarle. ¿Se le practicó la autopsia al muchacho?

—Sí.



—Ahora escuche. Esto es muy importante. ¿Puede pedirle al doctor Besharati que compare el dibujo de la fractura de las células del corazón del muchacho con el de Khalid Maxwell? Creo que deben ser parecidos.

—Hmm. Eso es interesante. Pero, sabe, aunque así sea, no sacaré nada de ello. No en el aspecto legal. No puede...

—Ya lo sé. Sólo quiero confirmar si mi sospecha es cierta. ¿Puede pedirle que lo compruebe cuanto antes? No exagero cuando le digo que es una cuestión de vida o muerte.

—Muy bien, señor Audran. Seguramente le llamaré un poco más tarde.

—No tengo palabras para agradecerse —dijo con entusiasmo.

—Sí —dijo el asistente; y añadió, antes de colgar—: lo que usted diga. Kmuzu se llevó el teléfono.

—Excelente razonamiento, yaa Sidi —dijo, casi sonriendo.

—Bueno, aún no hemos averiguado nada. Debemos esperar la llamada del doctor. Eché una pequeña siestecita y me despertó la mano de Kmuzu sobre mi hombro.

—Tienes visita —me dijo.

Volví la cabeza, constatando que empezaba a recuperar el control de mis músculos. Oí pasos en el salón y luego mi joven amigo beduino, bin Turki, entró en el dormitorio. Se sentó en la cama junto a la silla.

—As—salaam alaykum, yaa caía —dijo seriamente.

Me alegré mucho de verlo.

—Waa alaykum as—salaam —dijo sonriendo—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace menos de una hora. Vine directamente desde el aeropuerto. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te pondrás bien?

—Alguien me disparó, pero esta vez Alá estaba de mi lado. Mi atacante tendrá que hacerlo mejor la próxima vez.

—Oremos por que no haya próxima vez, oh caíd —dijo bin Turki.

Yo separé las manos. Habría próxima vez, de eso estaba casi seguro. Si no Hajjar, sería otro.

—Ahora dime, ¿cómo te ha ido el viaje?

Bin Turki frunció los labios.

—Ha sido un éxito.

Sacó algo de su bolsillo y lo depositó sobre la manta, cerca de mi mano. Lo cogí en mis crispados dedos y me lo acerqué para verlo mejor. Era una insignia de plástico que decía Sargento al—Bishah. Ése era el nombre del bastardo de Najran que nos había golpeado a Friedlander Bey y a mí.

Lo había olvidado, pero sí, había ordenado un asesinato. Tranquilamente había condenado a un hombre a muerte y la placa con su nombre era todo lo que quedaba de él. ¿Cómo me sentía? Bueno, aguardé unos segundos, esperando que un horror

glacial impregnara mis pensamientos. Pero no sucedió. A veces las muertes de otras personas son fáciles. No sentía más que indiferencia e impaciencia por reemprender mis asuntos.

—Bueno, amigo mío —dije—. Serás recompensado.

Bin Turki asintió; volvió a coger la placa.

—Hablamos de un empleo que me proporcionaría una renta regular. Me estoy acostumbrando a las sofisticadas costumbres de la ciudad. Creo que me quedaré aquí una temporada, antes de regresar con los Bani Salim.

—Será un placer que te quedes con nosotros. Deseo recompensar a tu clan por su hospitalidad y amabilidad sin límites cuando nos abandonaron en las Arenas. Pensaba en construirles un poblado, cerca de ese oasis...

—No, oh caíd. El caíd Hassanein nunca aceptaría semejante regalo. Algunos dejaron a los Bani Salim y construyeron casas de ladrillos y cemento, y los vemos una o dos veces al año cuando pasamos por sus pueblos. Sin embargo, la mayoría de la tribu se apega a las viejas costumbres. Ésa es la resolución del caíd Hassanein. Hemos oído hablar de los lujos de la electricidad y los hornos de gas, pero somos beduinos. No cambiaríamos los camellos por camiones, ni cambiaríamos nuestras tiendas de pelo de cabra por una casa que nos atara a un lugar.

—No había pensado que los Bani Salim vivieran todo el año en el poblado —dije—. Pero quizás a la tribu le gustaría disponer de cómodos alojamientos al final de su migración anual.

Bin Turki sonrió.

—Tienes buenas intenciones, pero el regalo que imaginas sería mortal para los Bani Salim.

—Como quieras, bin Turki.

Se levantó y me cogió la mano.

—Te dejaré descansar, oh caíd.

—Ve en paz, hijo mío.

—Allah yisallimak —dijo y salió de la habitación.

A las siete de la tarde sonó el teléfono. Kmuzu contestó.

—Es el doctor Besharati.

—Déjame ver si puedo sostener el teléfono. —Lo cogí y torpemente me lo acerqué a la oreja—: Marhaba, —¿Señor Audran? Sus sospechas eran ciertas. Los dibujos de la fractura cardíaca de Khalid Maxwell y del chico son idénticos. No me cabe la menor duda de que fueron asesinados con la misma pistola estática.

Me quedé pensativo con la mirada perdida un momento.

—Gracias, doctor Besharati —dije por fin.

—Claro que eso no demuestra que el mismo individuo haya empleado el arma en

los dos casos.

—No, ya me doy cuenta de ello. Pero existen muchas probabilidades de que así sea. Ahora sé exactamente lo que tengo que hacer y cómo.

—Bueno —dijo el forense—, no sé a lo que se refiere, pero le deseo suerte. Que la paz sea con usted.

—Y con usted —dije colgando el teléfono.

Como estaba castigando a mis enemigos y recompensando a mis amigos, pensé en algo que pudiera hacer por el doctor Besharati. Sin duda se había ganado mi agradecimiento.

Esa noche me dormí pronto y a la mañana siguiente estaba lo bastante recuperado como para abandonar la cama y darme una ducha. Kmuzu quería que evitase cualquier tipo de ejercicio, pero no era posible. Era viernes, Sabbath, y debía acudir a un desfile del Jaish.

Comí un opíparo desayuno y me puse el uniforme gris que el caíd Reda me había dado. Los pantalones tenían buen corte, con una tira negra en cada pierna y se ajustaban a las botas altas y negras. La túnica llegaba hasta el cuello y tenía una insignia de teniente cosida. También había una gorra de plato con visera negra. Cuando estuve completamente vestido, me miré al espejo. Creo que el parecido del uniforme con la vestimenta nazi no era una coincidencia.

—¿Qué parezco, Kmuzu?

—No eres tú, yaa Sidi. Definitivamente no es tu estilo.

Sonreí y me quité la gorra.

—Bueno, Abu Adil fue muy amable al darme este uniforme. Lo menos que puedo hacer es llevarlo para él una vez.

—No entiendo por qué haces esto.

Me encogí de hombros.

—¿Por curiosidad, tal vez?

—Espero que el amo de la casa no te vea vestido así, yaa Sidi.

—Espero que no. Ahora trae el coche. El desfile será en el Boulevard il—Jameel, cerca de la mezquita Shimaal. Supongo que tendremos que dejar el coche donde podamos y caminar unas manzanas. La multitud aún ronda la mezquita.

Kmuzu asintió. Bajó a encender el sedán westfaliano. Lo seguí y decidí no llevar ni narcóticos ni moddies conmigo. No sabía exactamente en dónde me metía y me pareció una buena idea ir con la cabeza despejada.

Cuando llegamos al Boulevard me asombró comprobar lo grande que era el gentío. Kmuzu se desvió por calles y callejones secundarios, intentando acercarse al lugar de reunión del Jaish.

Al cabo de un rato, nos vimos obligados a rendirnos y hacer el resto del camino a pie. Nos abrimos paso a través de la masa de gente. Creo que el uniforme nos

ayudaba un poco, pero avanzábamos muy despacio. Alcancé a ver una plataforma elevada con un estrado de orador donde colgaban banderas decoradas con los emblemas del Jaish. Me pareció ver a Abu Adil y a Kenneth allí, ambos de uniforme. El caíd Reda estaba charlando con otro oficial. No llevaba ninguno de sus moddies de Infierno Sintético. Me alegré, no quería tratar con un Abu Adil sufriente de los efectos de una falsa enfermedad terminal.

—Kmuzu —dije—, voy a intentar subir a la plataforma para hablar con el caíd Reda. Quiero que te sitúes detrás. Procura estar cerca. Puedo necesitarte en cualquier momento.

—Lo comprendo, yaa Sidi —dijo con semblante de preocupación—. Ten cuidado y no corras riesgos innecesarios.

—No lo haré.

Me abrí paso a través de la multitud hasta llegar a los rangos inferiores del Jaish, que estaba en formación por compañías sobre el terreno neutral del Boulevard. Desde allí me resultó más fácil llegar hasta el principio. A lo largo del camino recibía saludos por parte de mis compañeros de milicia.

Bordeé la plataforma y subí tres escalones. Reda Abu Adil aún no me había visto, de modo que fui hasta él para saludarlo. Su uniforme era mucho más elegante que el mío. Claro que sus botones eran de oro, mientras que los del resto eran de bronce. En el cuello en lugar de medias lunas de bronce, llevaba alfanjes de oro.

—¿Bueno, pero qué es esto? —dijo Abu Adil, devolviéndome el saludo. Parecía sorprendido—. No esperaba que acudieras.

—No quería contrariarte, señor —dije sonriendo. Me dirigí a su ayudante—. ¿Qué tal Kenny?

Kenneth era coronel y estaba encantador con las botas altas.

—Te advertí que no me llamas así —protestó.

—Sí, eso hiciste. —Le di la espalda—. Caíd Reda, sin duda el Jaish es una fuerza musulmana paramilitar. Recuerdo cuando era un grupo dedicado a limpiar la ciudad de extranjeros. Ahora llevamos orgullosos los símbolos de la fe. Estaba pensando: ¿es tu Kenneth uno de nosotros? Apostaría a que es cristiano o incluso judío.

Kenneth me cogió por el hombro y me dio un empujón.

—Declaro que no hay más Dios que Alá —recitó—, y Mahoma es su profeta. Sonreí.

—¡Fantástico! Suena muy realista. ¡Olvídalo!

El rostro de Abu Adil se ensombreció.

—Vosotros dos, acabad con vuestra riña infantil. Tenemos cosas más importantes en las que pensar. Ésta es nuestra primera gran manifestación pública. Si todo sale bien, conseguiremos cientos de nuevos adeptos, doblaremos el tamaño del Jaish. Eso es lo que de verdad importa.

—Oh —dije—. Ya veo. ¿Y qué pasa con el pobre viejo de Abd ar—Razzaq? ¿O ahora no es más que un fiambre?

—¿Por qué has venido? —exigió Abu Adil—. Si es para burlarte de nosotros...

—No señor, en absoluto. Tenemos nuestras diferencias, pero estoy a favor de limpiar esta ciudad. He venido para reunirme con los tres pelotones que se supone que dirijo.

—Bien, bien —dijo Abu Adil despacio—. Espléndido.

—No confío en él —dijo Kenneth.

Abu Adil le contestó:

—Yo tampoco, amigo, pero eso no significa que no podamos comportarnos de un modo civilizado. Hoy nos está observando un montón de gente.

—Intenta controlar tu hostilidad un ratito, Kenneth —dije—. Estoy dispuesto a perdonar y a olvidar.

Se limitó a mirarme y a darse la vuelta.

Abu Adil me puso la mano en el hombro y señaló a una unidad de hombres reunidos al pie de la plataforma, a la derecha.

—Éstos son tus pelotones, teniente Audran. Forman el destacamento Al—Hashemi. Son algunos de nuestros mejores hombres. ¿Por qué no bajas y te reúnes con tus oficiales? Pronto empezaremos el desfile.

—Muy bien —dije.

Bajé de la plataforma y caminé hasta mi unidad. Me detuve y saludé a los tres sargentos del pelotón, luego desfilé entre las filas como si los estuviera inspeccionando. La mayoría de los hombres me parecieron en baja forma. No creo que el Jaish tuviera nada que hacer contra una verdadera fuerza militar. Pero el Jaish no pretendía entrar en batalla contra un ejército. Fue creado para atormentar a tenderos e intelectuales infieles.

Al cabo de un cuarto de hora, Abu Adil habló por el micrófono, ordenando que comenzara el desfile. Mi unidad se ocupaba de evitar las interferencias de los civiles. Algunas de las compañías especialmente adiestradas exhibieron sus habilidades, desfilando y haciendo juegos malabares con pedazos de madera en forma de rifles.

Esto se alargó durante una hora bajo el ardiente sol y empecé a temer que había cometido un grave error. Empezaba a sentirme débil e inseguro y deseaba de veras sentarme. Por fin, la última compañía del espectáculo se puso en posición de firmes y Abu Adil avanzó hasta la tribuna de oradores. Arengó al Jaish otra media hora, recreándose en el horror del asesinato del doctor Sadiq Abd ar—Razzaq e instándonos a jurar fidelidad a Alá y al Jaish, y a no descansar hasta que el brutal asesino hubiera sido capturado y ejecutado según los dictados de la ley islámica. Podía decir que el caído Reda había excitado a todos los hombres uniformados en un frenesí apenas reprimido.

Entonces, por sorpresa, me llamó para que hablara. Le contemplé durante un segundo o dos y luego subí a la plataforma. Me detuve ante el micrófono y Abu Adil retrocedió. Un tenso silencio flotaba sobre los hombres uniformados reunidos ante mí, pero detrás de ellos podía ver las multitudes de decenas de miles de hombres y mujeres cuya furia contenida estaba a punto de estallar. Me pregunté qué iba a decirles.

—Compañeros soldados de Alá —empecé, levantando los brazos para incluir no sólo al Jaish, sino también a la muchedumbre que se convocaba detrás—. Es demasiado tarde para cualquier otra acción que no sea la venganza. —Los espectadores lanzaron un fuerte grito—. Como el caíd Reda ha dicho, tenemos un deber sagrado, autorizado en varios pasajes del noble Corán. Debemos encontrar a la persona que acabó con nuestro santo imán y luego debemos hacerle probar nuestra justicia.

Se oyó otro grito, esta vez un sonido extraño, voraz, ululante que me hizo estremecer.

Proseguí.

—Ésa es nuestra tarea. Pero el honor, la fe y el respeto por la ley exigen que controlemos nuestra ira, por temor a que nos vengamos en el hombre equivocado. ¿Cómo, entonces, sabremos la verdad? ¡Amigos míos, mis hermanos y hermanas en el Islam, yo tengo la verdad!

Eso arrancó un grito de la plebe y un sonido de sorpresa a mi espalda, donde estaban Abu Adil y Kenneth. Me desabroché unos botones de mi túnica y saqué la pistola de agujas, levantándola para que todo el mundo la viera.

—¡Ésta es el arma del crimen! ¡Éste es el horrible instrumento que causó la muerte a nuestro imán!

La reacción fue espeluznante. La multitud histérica empujaba hacia adelante y los soldados de a pie del Jaish luchaban por evitar que la gente derrumbara la plataforma.

—¡Yo sé de quién es esta arma! —grité—. ¿Queréis saberlo? ¿Queréis saber quién asesinó al doctor Sadiq Abd ar—Razzaq vergonzosamente a sangre fría?

Esperé unos segundos, sabiendo que el murmullo cesaría. Vi a Kenneth dirigirse hacia mí, pero Abu Adil le cogió del brazo y lo detuvo. Eso me sorprendió.

—Pertenece al teniente de policía Hajjar, un emigrante jordano de nuestra ciudad, un hombre con varios crímenes a sus espaldas que han quedado impunes. No sé cuáles fueron sus móviles. No sé por qué nos arrebató al imán. Sólo sé que hizo algo mal y en este instante está sentado no lejos de aquí, en la comisaría de policía de la calle Walid al—Akbar, satisfecho de su impío crimen, convencido de que está a salvo de la justa venganza del pueblo.

Pensé en decir unas cuantas cosas más, pero fue imposible. En ese momento, la muchedumbre se convirtió en algo terrible. Parecía moverse y ondear y agitarse. A

nuestro alrededor proferían gritos, cantos y maldiciones que nadie podía entender. Entonces, en sólo unos minutos, pude comprobar que se producía una sorprendente organización, como si los líderes hubieran sido elegidos y las decisiones tomadas. Lentamente, el animal que era la multitud se alejó de la plataforma y del Jaish. Se dirigía hacia el sur por el exquisito Boulevard il—Jameel. Hacia la comisaría de policía. Iba a buscar al teniente Hajjar.

Hajjar había previsto el comportamiento de la muchedumbre enfurecida. Había previsto el terror de su ira irracional. Sólo se había equivocado en la identidad de la víctima.

Observé fascinado. Al cabo de un rato, me retiré del micrófono. El desfile vespertino del Jaish había concluido. Muchos de los hombres uniformados habían roto filas y se habían unido a la masa enardecida.

—Muy bien hecho, Audran —dijo Abu Adil—. Excelente jugada.

Le miré. Me pareció que era sincero.

—Te costará uno de tus más útiles subordinados —dije—. Las venganzas son unas putas, ¿no crees?

Abu Adil se limitó a encogerse de hombros.

—Ya había despedido a Hajjar. Puedo reconocer un buen trabajo cuando lo veo, Audran, aunque esté realizado por mi enemigo. Pero ten cuidado. Sólo porque te felicite no creas que no haya empezado a planear el modo de hacértelo pagar. Todo este asunto ha sido desastroso para mí.

Sonreí.

—Tú te lo has buscado.

—Recuerda lo que te he dicho: te lo haré pagar.

—Supongo que lo intentarás —dije.

Bajé los escalones traseros de la plataforma. Kmuzu estaba allí. Me sacó del Boulevard, lejos del gentío que empujaba, y nos dirigimos hacia el coche.

—Por favor, quítate ese uniforme, yaa Sidi —dijo.

—¿Qué? ¿Y que vaya a casa en ropa interior? —sonreí.

—Pues, como mínimo, quítate esa túnica. Me pone enfermo todo lo que significa. Le hice caso y me quité la túnica en un rincón del asiento trasero.

—Bueno —dije, estirándome—, ¿cómo lo hice?

Kmuzu se volvió brevemente y me ofreció una de sus raras sonrisas.

—Muy bien, yaa Sidi —dijo.

Luego volvió a centrar la atención en conducir.

Me relajé y me recosté en el asiento. Me dije a mí mismo que la breve interrupción de mi vida, provocada por Abu Adil, el teniente Hajjar y el imán Abd ar —Razzaq, había acabado y ahora la vida volvería a la normalidad. El caso estaba cerrado. En cuanto al caíd Reda, los planes para darle su merecido tendrían que

esperar hasta algún momento del nebuloso futuro, cuando Friedlander Bey se hubiera reunido con Alá en su santo Paraíso.

Mientras tanto, Papa y yo rehabilitamos nuestro buen nombre. Nos reunimos al día siguiente con el emir y le presentamos información y pruebas sobre las muertes de Khalid Maxwell, Abd ar—Razzaq y el teniente Hajjar. No creí necesario entrar en detalles sobre el súbito fallecimiento del sargento al—Bishah en Najran, ni otros puntos pertinentes. El caíd Mahali ordenó a uno de sus delegados administrativos que nos eximiera de los falsos cargos y erradicara cualquier mención del asesinato de Khalid Maxwell de nuestros archivos.

Estaba muy contento de lo rápido que había vuelto a mis actividades rutinarias. Otra vez estaba en mi despacho, revisando información sobre un partido revolucionario que estaba cobrando fuerza en mi hogar, Mauritania. Kmuzu entró en mi despacho y esperó a que me percatara de su presencia. Levanté la vista hacia él.

—¿Qué ocurre?

—El amo de la casa desea hablar contigo, yaa Sidi.

Asentí, no sabía lo que me aguardaba. Con Papa a veces es imposible predecir si te convoca para recompensarte o para castigarte. Empezó a rugirme el estómago. ¿Había vuelto a perder su favor? ¿Me esperaban las Rocas Parlantes para romperme los huesos?

Por fortuna, ése no era el caso. Friedlander Bey me sonrió al entrar en su oficina y me indicó que me sentara a su lado.

—Te pedí que encontraras una solución elegante a nuestras dificultades, hijo mío, y me complace que lo hayas hecho.

—Me alegro de oírlo, oh caíd —dije, aliviado.

—Te ofrezco lo que creo que es una merecida recompensa por todo lo que has sufrido y por la labor que has realizado en mi nombre.

—No pido recompensas, oh caíd.

Bueno, me gustaban las recompensas como al que más, pero era de buen tono rechazarla simbólicamente.

Papa me ignoró. Acercó hacia mí un sobre delgado y una caja de cartón. Le miré interrogativamente.

—Cógelo, hijo mío. Me complace enormemente ofrecértelo.

El sobre contenía dinero, claro está. No en metálico, porque la cantidad era demasiado elevada. Era un cheque bancario por un cuarto de millón de kiams. Lo contemplé unos segundos, tragué saliva y lo volví a dejar sobre la mesa. Luego cogí la caja y la abrí. Contenía un moddy. Por motivos religiosos, Friedlander Bey era un enérgico enemigo de los módulos de personalidad. Era bastante raro que me regalara uno.

Miré la etiqueta. El moddy era una recreación de mi personaje favorito, el



detective de Lufty Gad, al—Qaddani. Sonreí.

—Gracias —dije bajito.

El moddy significaba para mí mucho más que un enorme montón de dinero. Poseía una especie de calidez que no acertaría a expresar en palabras.

—He creado este módulo especialmente para ti —dijo Papa—. Espero que lo disfrutes. —Me miró unos segundos más. Luego su expresión se tornó seria—. Ahora dime cómo anda el proyecto de la base de datos. Y necesito un informe sobre la situación en Capadocia. Y otra cosa, ahora que el teniente Hajjar ha muerto debemos decidir un sustituto de confianza.

Meses de tormento aliviados al fin por un solo minuto de buen humor. ¿Qué más podía pedir?

**FIN**

# NOTAS

[1] *Shaitan*: demonio árabe. (N. de la T.)

[2] *Afrit*: demonio, espíritu maligno en la mitología árabe. (N. de la T.)

[3] *Kaffir*: cafre, infiel en árabe. (N. de la T.)

# NOTA ACERCA DEL AUTOR

George Alee Effinger nació en Cleveland (Ohio) en 1947 y estudió en las universidades de Yale y Nueva York. Participó en el taller literario de Clarion en 1970, publicó sus primeros relatos el año siguiente y desde entonces se ha dedicado profesionalmente a la escritura. Su trabajo de mayor resonancia hasta la fecha ha sido la trilogía de temática ciberpunk que venimos presentando al lector castellano.

Una bibliografía sucinta del autor comprende los libros siguientes:

## TRILOGÍA CIBERPUNK:

1987 — *When Gravity Fails* (Cuando falla la gravedad, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1989).

1989 — *A Pire in the Sun* (Un fuego en el Sol, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1991).

1991 — *The Exile Kiss* (Ed. Martínez Roca, en preparación).

## NOVELAS:

1972 — *What Entropy Means to Me*.

1973 — *Relatives* (Hermanos, Ed. Andrómeda, col. Más Allá, Buenos Aires, 1976).

1975 — *Nightmare Blue*, con Gardner Dozois.

1976 — *Those Gentle Volees*.

— *Felicia* (narrativa general).

1978 — *Death in Florence* (también publicada como *Utopia 3*).

1979 — *Heroics*.

1981 — *The Wolves of Memory*.

1985 — *The Nick of Time*.

1986 — *The Bird of Time*.

1988 — *Shadow Money* (narrativa general).

## RECOPIACIONES DE RELATOS:

1974 — *Mixed Feelings*.

1976 — *Irrational Numbers*.

1978 — *Dirty Tricks*.

1983 — *Idle Pleasures*.

## NOVELIZACIONES:

- 1974 — Man the Fugitive (serie El planeta de los simios).
- 1975 — Escape to Tomorrow (id.).
- Journey into Terror (id.).
- 1976 — Lord of the Apes (id.).
- 1990 — The Zork Chronicles (sobre el juego de ordenador).

**PREMIOS:**

- Nébula por «The Schrödinger Kitten».
- Hugo y Theodore Sturgeon Memorial por «The Schrödinger Kitten».